



DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2004-2011

Acreditación de la Coneau (Resolución 320/04)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

Otro país es (im)posible.

**El devenir de la centroizquierda en la Argentina de los
noventa. Del Frente Grande hasta la Alianza.**

Damián Corral

Director: Dr. Eduardo Rinesi

Octubre 2011



FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.**
 - b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS:
 - c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.
- a. Título completo del trabajo de Tesis:
"Otro país es (im)posible. El devenir de la centroizquierda en la Argentina de los noventa. Desde el Frente Grande hasta la Alianza.
 - b. Presentado por (Apellido/s y Nombres completos del autor):
Corral, Damián Gustavo
 - c. E-mail del autor: *corral.damian@gmail.com*
 - d. Estudiante del Posgrado: *Doctorado en Ciencias Sociales*
 - e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado:
*Instituto de Desarrollo Económico y Social
Universidad Nacional de General Sarmiento*
 - f. Para recibir el título de (consignar completo):
 - a) Grado académico que se obtiene: *Doctor*
 - b) Nombre del grado académico: *Doctor en Ciencias Sociales*
 - g. Fecha de la defensa: *25/06/2012*
 - h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): *Rinesi, Eduardo Francisco*
 - i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):

- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:
- k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.): *314 páginas*
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: 1991-1997; Argentina
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves):
Frente Grande, Frepaso, centroizquierda, partidos políticos, medios de comunicación, neoliberalismo, corrupción

n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

Este trabajo se propone analizar el derrotero de la centroizquierda en la Argentina durante los años 90, desde la formación del Frente Grande hasta la constitución de la Alianza. Nos interesa demostrar cómo en ese proceso de crecimiento se transformó la promesa política que encarnaba esta fuerza. En su origen, dicha promesa se proponía establecer una ruptura con el orden neoliberal y construir un proyecto de país sostenido en una democracia inclusiva y participativa. A medida que el espacio frentista amplió su apoyo electoral y generó la expectativa de poder llegar al gobierno, esa promesa devino en otra más moderada, cercana a los principios del liberalismo político, que consistía en renovar las formas de hacer política y volver transparentes sus prácticas mediante la lucha contra la corrupción, abogando por la independencia de la justicia y el equilibrio de poderes. Indagar sobre el tipo de oposición construida, el perfil de sus liderazgos, los desplazamientos discursivos y el vínculo con los medios de comunicación, entre otros aspectos, formará parte del análisis sobre la declinación de esa promesa política transformadora.

o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Este trabalho se propõe a analisar o curso do núcleo na Argentina durante os anos 90, a partir da formação de grandes frente até a constituição da Aliança. Estamos interessados em demonstrar como no processo de crescimento que transformou a promessa política que encarna essa força. Na sua origem, esta promessa foi proposto estabelecer uma ruptura com a ordem neoliberal e construir um projeto de país sustentado em uma democracia inclusiva e participativa. Como o espaço parte brancos expandiu seu apoio eleitoral e gerou a expectativa de poder chegar ao governo, que a promessa se tornou outro mais moderado, próximo aos princípios do liberalismo político, que foi renovar as formas de fazer política e de retorno transparente suas práticas através da luta contra a corrupção, que defende a independência do poder judicial e de equilíbrio de poder. Informe-se sobre o tipo de oposição construída, o perfil de liderança, o deslocamento discursivo e a relação com os meios de comunicação social, entre outros aspectos, será parte da análise sobre o declínio do que prometem transformar político.

p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

The purpose of this work is to analyze the course of the center-left in Argentina throughout the 1990s, from the formation of the Broad Front (Frente Grande) until the constitution of the Alliance (Alianza). We are interested in showing how the political promise, that this force embodied during this process of growth, developed. Originally, the reason of this promise was to establish a rupture against the neo-liberal order and build the project of a country sustained by an inclusive and participatory democracy. As the "frentista" space increased its electoral support

and generated the expectation to reach the government, this promise turned into a more moderated one, closer to the principles of the political Neoliberalism, which consisted in renewing the way of making politics and to make transparent its practices through the fight against corruption, advocating for the independence of justice and balance of powers. Part of the analysis of the declining of that transforming political promise, among other aspects, is to investigate about the kind of opposition built, profile of its leadership, shifting of speech, and link with the media.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

RESUMEN

Este trabajo se propone analizar el derrotero de la centroizquierda en la Argentina durante los años 90, desde la formación del Frente Grande hasta la constitución de la Alianza. Nos interesa demostrar cómo en ese proceso de crecimiento se transformó la *promesa política* que encarnaba esta fuerza. En su origen, dicha promesa se proponía establecer una ruptura con el orden neoliberal y construir un proyecto de país sostenido en una democracia inclusiva y participativa. A medida que el espacio frentista amplió su apoyo electoral y generó la expectativa de poder llegar al gobierno, esa promesa devino en otra más moderada, cercana a los principios del liberalismo político, que consistía en *renovar las formas de hacer política* y volver transparentes sus prácticas mediante la lucha contra la *corrupción*, abogando por la independencia de la justicia y el equilibrio de poderes. Indagar sobre el tipo de oposición construida, el perfil de sus liderazgos, los desplazamientos discursivos y el vínculo con los medios de comunicación, entre otros aspectos, formará parte del análisis sobre la declinación de esa promesa política transformadora.

La tesis estará organizada de la siguiente forma: en el primer capítulo examinaremos cómo se fue estructurando la relación de subordinación de la política a la economía en la Argentina durante las últimas décadas, dando cuenta de las transformaciones producidas con la implantación del modelo neoliberal a partir de la dictadura militar, los intentos fallidos de equilibrar este vínculo durante la primera etapa del gobierno de Alfonsín y la profundización del modelo bajo la gestión de Menem. Sobre esta última década, estudiaremos el impacto que la aplicación de dicho modelo tuvo sobre el rol del Estado, las políticas públicas y sobre la estructura social.

En el segundo capítulo abordaremos dos dimensiones de análisis: el sistema partidario argentino y la relación entre los medios de comunicación y la política. En el primer caso, nos interesa dar cuenta sobre la dinámica partidaria en nuestro país, fundamentalmente a partir de 1983, así como del desarrollo de las terceras fuerzas y los principales clivajes que organizaron la disputa política. En un segundo momento, el propósito es indagar sobre la compleja relación

entre medios de comunicación y política a la luz de una presunta “crisis de representación política” y de la transformación de los liderazgos.

Nuestro interés se fijará en el tercer capítulo en el proceso que se inicia con la renuncia del “Grupo de los Ocho” al justicialismo en 1990 y la búsqueda de una articulación con otras agrupaciones políticas de izquierda y centroizquierda críticas del gobierno, recorrido que conduce a la constitución del Frente Grande en 1993. Pondremos énfasis en el modo en que, con sus polémicas y disputas, se fue perfilando una propuesta política claramente antagónica a la que conducía el presidente Menem en un primer intento de interlocución con otros actores del campo gremial y productivo.

En el cuarto capítulo centraremos nuestra atención en la importante performance efectuada por el Frente Grande, en especial por Carlos “Chacho” Álvarez, en las elecciones constituyentes de 1994 y las implicancias que esto tuvo sobre la orientación de la fuerza en términos de transformación de la promesa política. Será importante analizar la política de alianzas del Frente Grande orientada hacia el centro del espectro ideológico como también la distancia que Álvarez comenzó a tomar respecto de la protesta social y de la *politicidad* expresada en la acción colectiva.

El quinto capítulo girará en torno a la constitución del Frepaso, al disímil protagonismo de las fuerzas políticas que lo integraban y a la disputa entre los líderes por la conducción de la fuerza. Buscaremos demostrar como la propuesta del Frepaso en la campaña electoral anticipaba su resignación a convertirse en un proyecto alternativo como tercera fuerza al encarnado por los partidos tradicionales.

En el sexto capítulo nos proponemos comprender los sentidos y significados construidos en torno al problema de la corrupción como tópico estructurante de la propuesta “moralizadora” de la política sostenida por el Frepaso. A su vez, nos interesa explorar qué otros actores de la comunicación política y la “sociedad civil” utilizaron desde diferentes lógicas esta dimensión de la transparencia y la lucha contra la corrupción en tanto forma de ejercer una fiscalización sobre la acción política y sus actores institucionales.

En el capítulo siete examinaremos, en un primer momento, la ruptura de la sociedad entre el sector de Álvarez y Bordón y las consecuencias que esto tuvo para la fuerza. En segundo lugar, observaremos las tensiones y ambigüedades en torno a la candidatura del Frepaso a la jefatura de gobierno porteño. En tercer término abordaremos, a la luz de los cambios operados en el marco de oportunidades políticas durante 1996 y 1997, la reposición de un discurso crítico del modelo neoliberal por parte del Frepaso y la potencialidad que el nuevo contexto ofrecía para la construcción de una alternativa política. Para finalizar, relevaremos las condiciones en que se construyó la Alianza y los compromisos asumidos por ambas fuerzas.

Por último, habiendo cerrado el proceso histórico en el cual enmarcamos nuestro objeto de estudio, nos dedicaremos en el apéndice a recorrer algunos debates y posicionamientos de los colectivos editoriales próximos al espacio frentista, así como también a revisar las fundamentaciones de ciertos intelectuales identificados con los giros y las inflexiones que fue dando Álvarez y su grupo más cercano en el propósito de construir una fuerza “programática y de mayorías”.

ABSTRACT

The purpose of this work is to analyze the course of the center-left in Argentina throughout the 1990s, from the formation of the Broad Front (Frente Grande) until the constitution of the Alliance (Alianza). We are interested in showing how the *political promise*, that this force embodied during this process of growth, developed. Originally, the reason of this *promise* was to establish a rupture against the neo-liberal order and build the project of a country sustained by an inclusive and participatory democracy. As the “frentista” space increased its electoral support and generated the expectation to reach the government, this promise turned into a more moderated one, closer to the principles of the political Neoliberalism, which consisted in *renewing the way of making politics* and to make transparent its practices through the fight against *corruption*, advocating for the independence of justice and balance of powers. Part of the analysis of the declining of that transforming political promise, among other aspects, is to investigate about the kind of opposition built, profile of its leadership, shifting of speech, and link with the media.

The thesis will be organized in the following manner:

In the first chapter we will examine how politics became subordinated to the economy the last decades in Argentina, accounting for the transformations produced by the implantation of the neoliberal model since the military dictatorship, the failed attempts of balancing this link during the first stage of the government of Alfonsín and the deepening of the model under Menem’s office. About this last decade, we will study the impact that the application of this model had on the role of the State, public politics, and social structure.

In the second chapter we will tackle two dimensions of analysis: the Argentinian party system and the relationship between the media and politics. The former means we are interested in showing the dynamic of the parties in our country, fundamentally since 1983, as well as the development of third forces and the major cleavages which organized the political dispute; the latter is to investigate about the complex relationship between the media and

politics as a consequence of a supposed “crisis of political representation” and transformation of leadership.

Our interest in the third chapter will be focused on the process that began with the resignation of the “Group of Eight” to the Justicialism in 1990 and the search of an articulation with other political groups from the left and center-left which were critical of the government, ending in the constitution of the Frente Grande in 1993. We will emphasize the way in which, with its controversies and disputes, it became to be a clear contrary proposal led by president Menem in a first attempt of dialogue with other actors in the productive and union field.

In chapter four we will center our attention in the important performance of the Frente Grande, especially by Carlos “Chacho” Álvarez, in the constituent election in 1994, and the implication that this had for the orientation of the force in terms of transformation of the political promise. It will be very important to analyze the policy of the alliances of the Frente Grande oriented toward the center of the ideological scope as well as the distance that Álvarez started to take from the social protest and the *politicization* expressed in the collective action.

The fifth chapter will be about the constitution of the Frepaso, the dissimilar importance of the political forces which integrated it, and the dispute among the leaders for controlling the force. We will show how the proposal of the Frepaso in the electoral campaign foresaw its resignation to become an alternative project as a third force against the traditional parties.

In the sixth chapter we propose to understand the senses and meaning built around the problem of corruption as a structuring topic of the “moralizing” proposal held by the Frepaso. In addition, we are interested in exploring which other actors of the political communication and “civil society” used from different logic this dimension of the transparency and fight against corruption as a way of supervising the political action and its institutional actors.

In chapter seven, firstly, we will examine the rupture in society between the sector of Álvarez and Bordón and the consequences for the force. Secondly, we will observe the tensions and ambiguities about the candidacy of the Frepaso to the leadership of the government of the city of Buenos Aires. Thirdly, we will tackle, as a consequence of the changes operated within

the framework of political opportunities during 1996 and 1997, the restoring of critical speech of the neo-liberal model from the Frepaso and the potentiality that the new context offered for the construction of a political alternative. Lastly, we will reveal the conditions in which the Alianza was built and the commitments assumed by both forces.

Finally, having closed the historical process in which we formed our object of study, we will dedicate the appendix to go through some debates and positioning of the collective editorials close to the frentista space, as well as the baselines of certain intellectuals identified with the turns and inflections given by Álvarez and his closest group in order to build a “programmatic and majority” force.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	10
INTRODUCCIÓN	11
1. Democracias formales, neoliberalismo y promesa política	12
2. Liderazgos y política de coaliciones	17
3. Recorrido de lectura y consideraciones metodológicas	22
CAPÍTULO I. La política subordinada a la economía	27
1.1. El fin del ciclo de industrialización sustitutiva y del Estado distribucionista	27
1.2. El terrorismo de Estado y la transformación estructural de la economía	29
1.3. La ilusión democrática (1983-1989)	33
1.4. Los años noventa y la profundización de la matriz neoliberal	42
1.4.1. Las políticas de ajuste y desregulación durante la gestión de Menem	43
1.4.2. Las otras transformaciones estructurales	49
1.4.3. Las reformas en el área social, previsional, de salud y de educación	55
CAPÍTULO II. Partidos, personalización de la representación y mediatización de la política	60
2.1. El bipartidismo argentino y las terceras fuerzas	60
2.2. Clivajes e identidades políticas	64
2.3. El debate sobre la crisis de la representación política	67
2.4. Representación y personalización del liderazgo en Argentina	73
2.5. Los alcances de la mediatización de la política	76

CAPÍTULO III. El horizonte de <i>otro país</i> El camino hacia el Frente Grande	88
3.1 El “Grupo de los Ocho”	89
3.2 La larga agonía del acuerdo frentista	97
3.3. El porvenir de una ilusión	101
3.4. “Otro país es posible”	108
CAPÍTULO IV. Transiciones del Frente Grande al Frepaso	123
4.1. El <i>corset</i> de la propuesta económica	125
4.2. “El método no es una marcha”. El Frente Grande y la protesta social	138
4.3. Desandar <i>los caminos de Germán</i> . La relación con la CTA	144
CAPÍTULO V. La apuesta por la “transversalidad”	152
5.1. La lógica aluvional y los desafíos de la institucionalización	153
5.2. La formación del Frepaso	158
5.3. ¿Centroizquierda o centroderecha? La disputa por el liderazgo de la fuerza	163
5.4. La campaña electoral: “el cambio seguro”	175
CAPÍTULO VI. La corrupción como principal problema de la Argentina	183
6.1. La corrupción y el escándalo en el enfoque de los medios	184
6.2. La batalla por la “transparencia”. La lucha contra la corrupción como eje de de la oposición al gobierno de Menem	194
6.3. Moral(idades) y política	200

CAPÍTULO VII. Hacia una coalición antim enemista	209
7.1. La estrategia de crecimiento y el poder institucional	210
7.2. Perder la oportunidad de gobernar	217
7.3. <i>Yo pisaré esas calles nuevamente...</i> Apagón, Frepaso y clases medias	226
7.4. La constitución de la Alianza	234
Apéndice: Los textos del Frepaso. Intelectuales e intervención política	245
Intelectuales, política y democracia	245
Del Frente Grande al Frepaso: las implicancias del giro “institucionalista”	251
El fantasma del populismo y el elogio de la moderación	258
Orgánico o flexible. En torno al formato partido	263
El Frepaso en la Alianza y el tardío <i>punto de vista</i> autocrítico	268
Videos y política	271
Conclusiones	277
¿El retorno de lo político o la política acorralada?	289
Bibliografía	293
Fuentes consultadas	312

AGRADECIMIENTOS

En cierto modo la tesis es un proceso de elaboración colectiva, se va nutriendo y toma cuerpo en función de los aportes, intercambios y apoyos intelectuales pero también afectivos de quienes forman parte de nuestros entornos laborales y familiares y de nuestras amistades. A quienes participan de esos entornos quiero agradecerles:

A mi director, Eduardo Rinesi, por su capacidad para guiar este trabajo, sus lúcidas sugerencias y su generosa predisposición para leerme y escucharme.

A mis compañeras y compañeros del área de Sociología del Instituto de Ciencias. Con quienes he tenido valiosos intercambios en relación al proceso de elaboración de la tesis y a las diferentes circunstancias que se atraviesan en la siempre desafiante empresa de producir académicamente.

A la gente amiga del área de Historia: Eleonora, Alejandra, Gabriela, Héctor, Paola y Carolina. Y a Gabriela. Por el continuo aliento y por haberme enriquecido con el aporte de sus respectivas experiencias como tesistas.

A todos los entrevistados, por su buena predisposición.

A Ariana Reano, Pedro Nuñez y Ramiro Segura, por sus sugerentes críticas y comentarios en el marco del taller de tesis del doctorado. A Belén Amadeo, Diego Gómez y Sebastián Pereyra, por haberme facilitado materiales muy valiosos para la elaboración de esta tesis.

A mis amigos Adriana y Gustavo, que colaboraron cada vez que los necesité. A mi familia. Y a Esther y César, mis suegros, por su solidaridad.

Al amor, la paciencia y la estimulante sonrisa de Claudia, mi compañera. Y a Joaquín, nuestro hijo, que en los momentos más desérticos de la escritura supo recordarme que lo realmente importante era ir a jugar.

INTRODUCCIÓN

Desde la puerta de La Crónica Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo de Wilson voceando los diarios de la tarde y él echa a andar, despacio, hacia la Colmena. Las manos en los bolsillos, cabizbajo, va escoltado por transeúntes que avanzan, también, hacia la plaza San Martín. Él era como el Perú, Zabalita, se había jodido en algún momento. Piensa: ¿en cuál?

*Mario Vargas Llosa
Conversación en La Catedral*

“El sueño terminó” anunciaba la tapa de la revista *Tres Puntos*, en donde el rostro de un hombre con cara desencajada se recortaba sobre un afiche que decía “para dignificar la política JUNTO A CHACHO ALVAREZ”. Reflejaba la renuncia del Carlos “Chacho” Álvarez a la vicepresidencia de la Nación el 6 de octubre del 2000, poco menos de diez meses después que la *Alianza por el trabajo, la justicia y la educación*, una coalición entre la Unión Cívica Radical y el Frepaso, accediera al mando del gobierno nacional luego de derrotar electoralmente a la fórmula justicialista Eduardo Duhalde-Ramón Ortega. La Alianza se había constituido en 1997, con el objetivo fundamental de clausurar los diez años de Menem en la presidencia y terminar así con, en palabras del propio Álvarez, “la invencibilidad del justicialismo”. Para lograr ese objetivo, sobreactuó el consenso con la estabilidad económica y buscó delimitar una diferencia con el gobierno justicialista en torno a la lucha contra la corrupción, la apelación a una justicia “transparente” y una mayor compromiso con educación y las políticas sociales. En el ejercicio del poder, La Alianza dio continuidad a las políticas neoliberales implementadas por el gobierno

de Menem¹, políticas a las cuales se habían enfrentado a comienzos de la década del 90 algunos de los dirigentes más importantes del Frepaso, entre ellos su propio líder. Ni siquiera la expectativa de *moralizar* la política pudo ser satisfecha: la denuncia de pago de sobornos en el Senado de la Nación para aprobar la ley de flexibilización laboral desencadenó la primera crisis institucional de la coalición política y la salida del gobierno del vicepresidente. El alma política del Frepaso rodaba por Callao.

La Alianza daba así la puntada final al ciclo menemista en esos aciagos dos años de gobierno que culminaron en la fenomenal crisis del 2001. No nos vamos a dedicar en este trabajo a analizar las diferentes variables explicativas del deficitario funcionamiento de esa coalición electoral ni de su fracaso en la gestión de gobierno. Sí nos interesa, en cambio, examinar el derrotero de una de las fuerzas políticas que integró ese gobierno; más precisamente, leer en clave crítica el proceso de crecimiento de una fuerza política que, denominada en su origen como Frente Grande y posteriormente como Frepaso, buscó renovar durante una buena parte de la década de los 90 un escenario político dominado por el menemismo. Proponemos indagar cómo el tipo de construcción política, la naturaleza y el perfil de sus liderazgos, los desplazamientos y las inflexiones discursivas producidas en virtud del acelerado crecimiento electoral que tuvo esta fuerza, fueron transformando un proyecto político que originalmente encarnó la *promesa* de que “otro país es posible”, la expectativa de un horizonte de cambio y transformación del ciclo neoliberal, pero que derivó en una mera opción de alternancia política en coalición con uno de los partidos que integraban el bipartidismo, sistema que había sido objeto de una crítica implacable por parte de los principales dirigentes del Frente Grande desde su origen.

1. Democracias formales, neoliberalismo y promesa política

Desde los años setenta en adelante, varios países de América Latina se vieron atravesados por procesos de inestabilidad institucional y crisis económica. El dismantelamiento de un régimen de acumulación que tenía al Estado como principal agente de desarrollo provocó

¹ Se mantuvo la convertibilidad, la política de privatizaciones, la apertura comercial, el ajuste fiscal y el endeudamiento externo. Se aplicó además una suba impositiva que impactó sobre la clase media y se recortó un 12 % los salarios al sector público y a los jubilados.

el debilitamiento de los actores populares y de clase media sobre los que éste sostenía su legitimidad, produciéndose una reorientación en el rumbo económico por parte de las élites gobernantes hacia políticas de ajuste de alto costo social. Con un recetario conocido – disminución de la intervención del Estado, desregulación de la economía, apertura comercial irrestricta, privatizaciones, ajuste fiscal-, la aplicación de políticas neoliberales en nuestra región generó desempleo, precarización del trabajo, aumento de la pobreza y el debilitamiento de los lazos de solidaridad primarios que permitían al individuo la integración social; significaron un manifiesto retroceso en la institucionalización de los derechos que confieren una *real* carta de ciudadanía. En este sentido, se ha planteado una fuerte correlación negativa entre la estabilidad del régimen democrático y la existencia de desigualdades sociales.²

Dichas políticas fueron aplicadas en América Latina por gobernantes que arribaron al poder prometiendo proyectos políticos claramente antagónicos al que después encarnaron³. En este marco se inscribe el liderazgo político de Carlos Menem en la Argentina que, apoyado en una coalición política con eje en el justicialismo pero que se ampliaba hasta incluir a sectores políticos liberales y al *establishment* económico, impulsó una política aperturista y de desregulación que desarticuló la capacidad de negociación sindical y la movilización obrera en virtud de una estrategia de cooptación del gobierno hacia el sindicalismo nucleado en la CGT. El perfil pragmático y acomodaticio de éste sector profundizó la subordinación del actor sindical al líder gobernante. También la principal fuerza de oposición política fue objeto de la estrategia de cooptación menemista con la concreción del “Pacto de Olivos”, que le permitió al ex presidente radical Raúl Alfonsín recuperar el centro del escenario político nacional justificando el acuerdo en el intento de evitar la hegemonía y la perpetuación en el poder de Menem.

² Según Ludolfo Paramio, no es el desarrollo económico sino la reducción de las desigualdades lo que garantiza dicha estabilidad. Asimismo, señala un proceso de baja identificación de los ciudadanos con los partidos políticos (desafección) como otro factor que obstaculiza la consolidación democrática. Paramio, Ludolfo (1993), “Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo”, en *Cuadernos del CLAEH 68*, Montevideo, diciembre, pp.15-28.

³ Si bien la primera experiencia neoliberal en América Latina la encarnó el dictador Augusto Pinochet en Chile, el desplazamiento más marcado se dio con la asunción al poder de Salinas de Gortari en 1988 en México, Menem en 1989 en la Argentina y Fujimori en 1990 en Perú.

“Pacto de Olivos”, Menem y Alfonsín, peronismo y radicalismo, “bipartidismo cómplice”. Crisis de las narrativas partidarias, crisis de legitimidad de la representación, crisis de la *palabra política* (Rinesi y Vommaro, 2007), desencanto de la sociedad con las promesas de los dos gobiernos democráticos. La promesa de una democracia sustantiva que devino en una democracia procedimental en los '80; la promesa del bienestar económico y la transformación productiva que mutó en desempleo, pobreza y exclusión social promediando la década de los 90. Estas fallidas promesas de los dos gobiernos democráticos acotaron el campo de la política como promotor de identificaciones y creencias en la sociedad. Sobre este repliegue y retracción de la política en su capacidad de interpelar y movilizar, de construir lazo social, comenzó a expandirse una *lógica comunicacional* en donde se reflejó cada vez más la política: la imprimida por los medios de comunicación, fundamentalmente por el complejo audiovisual. Con su asimilación a la lógica del marketing, la política comenzó a evidenciar la deficitaria construcción argumentativa de un proyecto (Verón, 1998). De este modo, hacia fines de los años ochenta y durante toda la década de los noventa fue cobrando protagonismo el campo de la comunicación política en nuestro país, que delimitaba el cruce entre el espacio político, el espacio periodístico y el espacio de los expertos en opinión, actores con lógicas diferentes y en disputa (Vommaro, 2008: 20).

Sobre la articulación entre el déficit del sistema político bipartidista argentino y el avance del campo de la comunicación política, algunos intelectuales cifraron las claves de la aparición y consolidación de un nuevo espacio progresista como el *Frepaso*. Para Juan Carlos Portantiero, tanto el desprestigio de la política tradicional, la fragmentación de la sociedad civil como la apatía ciudadana hacia las cuestiones públicas crearon la necesidad de una nueva fuerza que “renovara y moralizara” la política argentina, rol que proponía el Frepaso desde su lanzamiento político. (Portantiero, 1994: 5). La implantación de un discurso “republicano” que intentaba limitar la reelección presidencial pero que se hacía extensivo a la lucha contra la corrupción, la crisis de la Justicia y la denuncia “del carácter funcional de la reforma a la concentración de poder”, los peligros que implicaba “un poder sin límites ni contrapesos, entre otros”- contribuyó a trazar la fisonomía de una fuerza política que prometía “renovar la política” del “pactismo bipartidista” sustanciado por Menem y Alfonsín y cubrir -mediante la creación de

un nuevo frente político de centroizquierda- el espacio discursivo vacío que dejaba la inclinación del menemismo hacia el polo derecho del clivaje político. (Abal Medina, 1994).

Nos interesa poner en tensión esa matriz “liberal-republicana” que configuró el discurso y la identidad política de la fuerza a partir de las elecciones constituyentes de 1994 con otra matriz, podríamos denominarla nacional-popular o populista, que estuvo presente en los inicios de esta fuerza política y que fue perdiendo vigor a medida que la fuerza conformada por pequeñas agrupaciones y partidos políticos comenzaba a tener éxito electoral. Esa tensión se emparenta con una promesa que, en los inicios de esta experiencia de centroizquierda, contribuyó a delimitar un intento rupturista con las políticas de ajuste estructural en el primer lustro de los '90. “Otro país es posible” fue a nuestro juicio, a diferencia de algunos analistas que lo describen como un mero slogan que rápidamente fue sustituido por una opción pragmática (Mocca, 2003), el esbozo de una promesa de cambio y transformación de lo instituido que se gestó en 1993, cuando el encuentro entre el Frente del Sur referenciado en Fernando “Pino” Solanas y el Fredejuso, liderado por “Chacho” Álvarez conformaron el *Frente Grande*.

Aun con tensiones, perfiles diferenciados de sus principales referentes, culturas políticas provenientes del peronismo y de las tradiciones de izquierda, esta naciente fuerza política organizó un discurso que buscó antagonizar con el modelo de ajuste ejecutado por el gobierno de Menem, denunciando el carácter estructural que asumía la corrupción en la gestión gubernamental y la impronta tecnocratizante que progresivamente iba revistiendo los lenguajes de la política en su relación de subordinación a la economía. Retomando algunos de las premisas sostenidas por el disidente *Grupo de los Ocho* diputados justicialistas –referenciado en el mismo Álvarez y en el dirigente de extracción sindical Germán Abdala, el Frente Grande logró en el mismo año de su conformación un interesante resultado electoral en Capital Federal que superaba las performances obtenidas por fuerzas ubicadas en el espectro de izquierda y centroizquierda en elecciones anteriores. Asimismo, la crítica al bipartidismo predominante en el sistema político argentino fue desde sus comienzos otro de los rasgos identitarios de la nueva fuerza política. Acentuando el diagnóstico de una “crisis de representación política” que afectaría a los dos partidos tradicionales de la Argentina, el Frente buscó construir un espacio

en diálogo con otras organizaciones sociales, sindicales y productivas afectadas y en posición de resistencia contra la política económica.

En términos organizativos, el espacio político que se iba configurando asumía un perfil más movimientista que de estructura partidaria; en ese marco, algunos de sus dirigentes comenzaban a tener alta visibilidad y una importante capacidad de penetración en la agenda de los medios. Como indicamos anteriormente, frente a la crisis de los partidos de masas o de su transformación en partidos profesional-electorales (Panebianco, 1988), la comunicación política se configuró, a nivel mundial, como una nueva arena de disputa entre actores contribuyendo a un proceso de personalización del vínculo representativo (Manin, 1992), en donde la imagen de los políticos adquirió mayor incidencia que el programa partidario y los posicionamientos ideológicos. Así, en un contexto de crisis de las legitimidades partidarias tradicionales, desmovilización y cierto desencanto, el Frente Grande optó por apostar a un crecimiento más referenciado en el espacio de los medios de comunicación que en las formas tradicionales de organización y movilización política. En este nuevo emplazamiento que atravesaba la política, Álvarez encontró un escenario privilegiado para legitimar sus ideas e iniciativas en virtud de su eficiente retórica confrontativa y de una asombrosa familiaridad entre los temas denunciados e investigados por el dirigente y aquellos abordados por el periodismo “independiente”. Con el acuerdo de Menem y Alfonsín por la reforma constitucional, Álvarez logró posicionarse como la *contrafigura* del “Pacto de Olivos”, emergiendo como un líder personalista de nuevo cuño, vinculado a la exitosa performance mediática y su capacidad de ser reconocido y aceptado en algunos sectores de la opinión pública.

Nos interrogamos entonces, observando en el espejo de la Constituyente y la expectativa generada por el Frente Grande, sobre las consecuencias de la mutación que sufre la promesa que inicialmente encarnaba la fuerza: de qué modo una promesa política muta en una promesa moral sobre la política: “renovar la cultura política argentina”, “una nueva forma de hacer política”. Ahora bien, ¿qué entendemos por cultura política? En su libro *Reconstrucciones, Las nuevas formas de la cultura política*, hace varios años Oscar Landi nos daba algunas claves para definir este complejo concepto. Apoyándose en la pragmática lingüística, Landi vinculaba dos propiedades de los discursos o manifestaciones culturales: la referencia a la política y/o la

capacidad para incidir en las “relaciones intersubjetivas” inherentes a un orden político determinado. En este sentido, la cultura política comprendería identidades sociales, prácticas religiosas, preferencias estéticas, memorias colectivas, circulación de la información, etc. La multiplicidad de significados potenciales o materializados asociados a este heterogéneo universo de componentes serán procesados de forma diferente de acuerdo a las tensiones y conflictos de la propia dinámica política (Landi, 1988, 203). Eduardo Rinesi y Gabriel Vommaro (2007) definen una “cultura política menemista” organizada en torno a lo que el propio Landi plantearía como un “juego de voces” estructurado, por un lado, en la conexión y la cercanía del presidente con la ciudadanía pero también en los técnicos de la reconversión económica y, a su vez, en periodistas y comunicadores que funcionaban como “intelectuales orgánicos”. En tanto emergente político crítico del Pacto de Olivos, el Frente Grande adquirió visibilidad a través de la denuncia a la “falta de honestidad y transparencia” en las prácticas ligadas a los “intereses personalistas” de la dirigencia política en su conjunto; en paralelo y en defensa de “la república” y “el equilibrio de poderes” se advirtió sobre los “déficits institucionales” y se predicó contra la “concentración y el manejo discrecional del poder” en la figura presidencial. *Renovar la cultura política* implicaba entonces, desde los lentes frentistas, la apuesta por un “mejoramiento institucional” y una transformación del vínculo representativo, “más abierto a la ciudadanía”; Si la cultura menemista se apoyó en el discurso tecnocrático y el de ciertos voceros de los poderes reales ¿cuáles fueron los soportes materiales y discursivos que enhebraron la cultura política frentista?

2. Liderazgos y política de coaliciones

Emparentada con esa mutación en la promesa encarnada por el Frente Grande culminadas las elecciones Constituyentes de abril de 1994, se presentó la necesidad sostenida por Álvarez de que el Frente Grande pasara de una “cultura testimonial” a una “cultura de gobierno”; de convertir a la naciente fuerza política en una *opción de mayorías*. Con este propósito y atravesando una fuerte tensión en la competencia con Solanas por el liderazgo de la fuerza y por la orientación ideológica que la misma debía adoptar, Álvarez y su sector promovieron un acercamiento y finalmente un acuerdo con el partido Socialista y con un

desprendimiento del justicialismo liderado por el senador José Octavio Bordón. Conformaron así, hacia fines de 1994, un nuevo frente político que pasó a denominarse Frepaso.

La opción por una “cultura de gobierno” a no más de un año de haberse creado el Frente Grande, sin una organización consolidada como fuerza política y sin recursos institucionales en su haber marcaba una distancia, en términos comparativos, con la experiencia de otras fuerzas políticas ubicadas entre la izquierda y la centroizquierda en la región, como los experiencias del Partido de los Trabajadores en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay. De composición política heterogénea y con un claro posicionamiento ideológico en ambos casos, tanto el PT como el Frente Amplio apostaron a construcciones políticas de largo plazo, donde la organización y la identidad política primó por sobre las performances electorales. Asimismo, estas dos experiencias fueron progresivamente desplazándose desde posiciones antisistema a la participación en el sistema partidario en virtud de lo cual comenzaron a acumular recursos institucionales mediante el gobierno de municipios –Montevideo en el caso del Frente Amplio- y estados –como la gestión del PT en San Pablo.

Frente a estos interesantes procesos de crecimiento y consolidación política de fuerzas de centroizquierda cercanas en la región, Álvarez señaló las limitaciones y los obstáculos que podían generar la militancia y la heterogeneidad ideológica en una fuerza que pretendiera consolidarse como alternancia de gobierno. En este caso la coyuntura electoral y la vocación de un rápido acceso al gobierno fue la premisa predominante en el acuerdo que dio origen al Frepaso, relegando la construcción partidaria pero también la articulación de una alianza de sectores sociales y productivos que apuntalaran un proyecto político en disputa con el de Menem. Si la conversión del Frente Grande al Frepaso evidenciaba la renuncia a trazar una *frontera política* (Aboy Carlés, 2001) con el modelo económico predominante, la disputa por los liderazgos marcaría un denominador común de ambas configuraciones frentistas. Mientras la tensión entre Álvarez y Solanas se estructuró en términos ideológicos; la competencia entre Álvarez y Bordón se dirimió en el marco del pragmatismo político y de la exposición en los medios de comunicación. En el acuerdo para definir la fórmula presidencial mediante una novedosa interna abierta se puso en juego qué candidato ofrecía mejores credenciales para garantizar “la gobernabilidad”, en una oferta electoral donde se respaldaba la estabilidad

económica, las reformas promercado y se promovía una variante más prolija del modelo neoliberal predominante. Consolidado ese desplazamiento de una matriz de carácter más populista a otra liberal-republicana, la corrupción se convirtió en un tópico medular que pasó a organizar el discurso político opositor del Frepaso, en convergencia con el discurso de otros actores provenientes del campo de la comunicación política y de la “sociedad civil”, posicionados como fiscales de la “clase política”. El examen sobre la corrupción se orientó más a la investigación de “casos emblemáticos”, irregularidades políticas, funcionarios deshonestos que al entramado y la interpenetración entre el sistema político y el sistema económico.

Si bien la promesa del Frepaso de un “cambio seguro” obtuvo el segundo puesto en las elecciones presidenciales de 1995 desplazando de ese lugar al radicalismo, su presencia política a nivel nacional y en términos de gestión era casi insignificante. Una oportunidad importante para construir recursos de gobierno y demostrar una gestión que materializara los clásicos valores de una fuerza de centroizquierda – la búsqueda de la igualdad y la inclusión, la intervención del Estado en la economía, la defensa de los derechos humanos, políticos y sociales, la participación popular, etc.- era la jefa a gobierno de la ciudad de Buenos Aires, donde la figura de Álvarez se imponía por peso propio como principal candidato del Frepaso con grandes posibilidades de obtener la victoria. Pero la decisión de Álvarez de preservarse como referente nacional abocado a la construcción de una “opción de gobierno” impidió que el Frepaso pudiera adquirir experiencia de gobierno y darle una orientación progresista a la ciudad de Buenos Aires.

Con todo, en ese mismo año y a pesar de la derrota electoral del candidato Norberto Laporta frente a Fernando De la Rúa, el Frepaso volvió a liderar la oposición política al gobierno de Menem. La convocatoria a una Multisectorial –donde también participó el radicalismo- y la organización de un *apagón* contra la suba de impuestos del gobierno, tuvo gran repercusión mediática y activa participación de sectores medios de la capital así como de organizaciones sociales y productivas con trayectoria en la crítica y la resistencia a las políticas de ajuste. Con el *apagón* en 1996, el cacerolazo contra las empresas telefónicas y la instalación de la carpa docente en 1997, sumado a las huelgas generales de las dos centrales de trabajadores y la intensificación de la protesta social en el interior del país con la irrupción de un nuevo sujeto

político en las clases populares -el *piquetero*-, se configuraba un escenario político con gran potencialidad disruptiva que el Frepaso podía lograr articular si volvía a tensar, como en el *Grupo de los Ocho* o en los comienzos del Frente Grande, la fibra del conflicto, la confrontación de un proyecto democrático donde la democracia no se asociara meramente a un mejor funcionamiento institucional y de equilibrio de poderes sino a otro rol del Estado en la orientación de la política económica, a ampliar los canales de participación, a reconstruir legitimidad y soberanía política. Frente a este escenario que podía consolidar al Frepaso como tercera fuerza en el propósito de representar un proyecto de país alternativo al de los partidos tradicionales, se anunció que, respondiendo a la demanda de la “gente”, era necesaria una gran coalición para derrotar electoralmente al menemismo.

Quienes han analizado el devenir de la centroizquierda en los años 90 sitúan su fracaso en la constitución de la Alianza o bien en el desempeño del Frepaso durante el gobierno de la coalición. Quisiéramos tomar distancia de estas perspectivas para proponer más explícitamente una hipótesis que se ha venido delineando en las páginas anteriores: intentaremos demostrar que las dificultades, imposibilidades o el fracaso del Frepaso fueron anteriores a la Alianza, si por ello consideramos no la performance electoral sino la capacidad de constituir una *promesa fuerte*, esto es plantear un antagonismo, marcar una delimitación, formular una *alternativa significativa* que permitiera recrear lo político (Mouffe, 2005) frente a la sedimentación del proyecto neoliberal en curso. Es en este marco que no interpretamos la transición entre el Frente Grande y el Frepaso como una mera ampliación de la alianza electoral sino como un punto de inflexión en la significación y densidad de aquella promesa. Por ello, sin desconocer la dimensión electoral, indagaremos en cómo se fue posicionando esta fuerza política en relación con la *cuestión social*, con los nuevos sujetos de la protesta y con actores sindicales y productivos que protagonizaron o participaron de ella; si hubo algún intento de construir una alianza con las clases populares y las clases medias afectadas por las reformas económicas. ¿Bajo qué lenguajes, mediante qué formas de destinación política el adversario con quién se antagonizó dejó de ser el neoliberalismo, los poderes económicos y el saber tecnocrático para pasar a ser “la clase política”? ¿Con qué voces y discursos legitimados en el espacio público se compartió y proyectó esta perspectiva negativa, de desconfianza sobre la política, sobre su

funcionamiento, sus actores y su capacidad de generar identificaciones colectivas en la sociedad? ¿Qué factores incidieron en la apuesta a edificar una opción política mediante la activa participación en la agenda de los medios en lugar de construir un partido político, con anclaje territorial y desarrollo organizativo? ¿Cuáles fueron los alcances y límites de construir una propuesta sobre la base de representar fielmente las demandas que los medios y los sondeos de opinión transmitían como propias de “la sociedad”? ¿Qué riesgos insume tomar decisiones políticas ponderando exclusivamente los humores sociales de las clases o fracciones de clase más afines electoralmente? Dicho de otro modo, ¿no forma parte de la autonomía de la política –mencionada casi con exasperación por Álvarez – adoptar decisiones contraviniendo ciertas representaciones sociales, demandas, exigencias de “la gente” aún con el riesgo de privarse de una performance electoral exitosa? Con un deliberado apoyo a los criterios rectores del modelo económico del gobierno y pivoteando sobre el “equilibrio de poderes”, la “lucha contra la corrupción y el poder y discrecional del gobierno”, ¿cuál era la delimitación, la “diferencia significativa” (Pousadela, 2003) que el Frente proponía y presentaba como rasgo singular de su identidad política?

Por último, nos interesa abordar cómo esta reconversión en clave liberal de la centroizquierda en los años 90 fue alentada por algunos intelectuales que acompañaron con entusiasmo los giros “institucionalistas” de la fuerza, al tiempo que advirtieron sobre los “desvíos populistas” que podía encerrar una crítica a las transformaciones estructurales de la economía y al funcionamiento del Estado neoliberal. Examinaremos entonces cómo el debate por el proyecto político y los sectores y clases a representar por parte de una fuerza que en sus orígenes nació y se pensó con una vocación transformadora, fue reemplazado, en las plumas de los intelectuales –algunos ya oficiando de asesores políticos-, por la disyuntiva acerca de si el Frepaso debía constituirse con la misma lógica que los partidos tradicionales o si bien debía profundizar el estilo de poder concentrado en el vértice, de organización flexible y contacto fluido con la opinión pública, de débiles instancias intermedias y escaso vínculo con la militancia. Pero, al mismo tiempo, nos proponemos reconstruir aquellas intervenciones que marcaron, desde la cercanía del espectro ideológico donde se inscribía la fuerza, disidencias,

interpelaciones en clave crítica o reflexiones que alertaban sobre los desplazamientos discursivos, la fragilidad identitaria o la orientación conservadora de su propuesta programática.

3. Recorrido de lectura y consideraciones metodológicas

La tesis estará organizada de la siguiente forma: en el primer capítulo examinaremos cómo se fue estructurando la relación de subordinación de la política a la economía en la Argentina durante las últimas décadas, dando cuenta de las transformaciones producidas con la implantación del modelo neoliberal a partir de la dictadura militar, los intentos fallidos de equilibrar este vínculo durante la primera etapa del gobierno de Alfonsín y la profundización del modelo bajo la gestión de Menem. Sobre esta última década, estudiaremos el impacto que la aplicación de dicho modelo tuvo sobre el rol del Estado, las políticas públicas y sobre la estructura social para dar cuenta de la magnitud de las transformaciones producidas y de los alcances y el espesor que debía tener una propuesta política que se propusiera como alternativa al ordenamiento neoliberal dominante.

En el segundo capítulo abordaremos dos dimensiones de análisis: el sistema partidario argentino y la relación entre los medios de comunicación y la política. En el primer caso, nos interesa dar cuenta sobre la dinámica partidaria en nuestro país, fundamentalmente a partir de 1983, así como del desarrollo de las terceras fuerzas y los principales clivajes que organizaron la disputa política. En un segundo momento, el propósito es indagar sobre la compleja relación entre medios de comunicación y política a la luz de una presunta “crisis de representación política” y de la transformación de los liderazgos.

Nuestro interés se fijará en el tercer capítulo en el proceso que se inicia con la renuncia del “Grupo de los Ocho” al justicialismo en 1990 y la búsqueda de una articulación con otras agrupaciones políticas de izquierda y centroizquierda críticas del gobierno, recorrido que conduce a la constitución del Frente Grande en 1993. Pondremos énfasis en el modo en que, con sus polémicas y disputas, se fue perfilando una propuesta política claramente antagónica a la que conducía el presidente Menem en un primer intento de interlocución con otros actores del campo gremial y productivo.

En el cuarto capítulo centraremos nuestra atención en la importante performance efectuada por el Frente Grande, en especial por Carlos “Chacho” Álvarez, en las elecciones constituyentes de 1994 y las implicancias que esto tuvo sobre la orientación de la fuerza en términos de transformación de la promesa política. Será importante analizar la política de alianzas del Frente Grande orientada hacia el centro del espectro ideológico como también la distancia que Álvarez comenzó a tomar respecto de la protesta social y de la *politicidad* expresada en la acción colectiva.

El quinto capítulo girará en torno a la constitución del Frepaso, al disímil protagonismo de las fuerzas políticas que lo integraban y a la disputa entre los líderes por la conducción de la fuerza. Buscaremos demostrar como la propuesta del Frepaso en la campaña electoral anticipaba su resignación a convertirse en un proyecto alternativo como tercera fuerza al encarnado por los partidos tradicionales.

En el sexto capítulo nos proponemos comprender los sentidos y significados construidos en torno al problema de la corrupción como tópico estructurante de la propuesta “moralizadora” de la política sostenida por el Frepaso. A su vez, nos interesa explorar qué otros actores de la comunicación política y la “sociedad civil” utilizaron desde diferentes lógicas enunciativas esta dimensión de la transparencia y la lucha contra la corrupción en tanto forma de ejercer una fiscalización sobre la acción política y sus actores institucionales.

En el capítulo siete examinaremos, en un primer momento, la ruptura de la sociedad entre el sector de Álvarez y Bordón y las consecuencias que esto tuvo para la fuerza. En segundo lugar, observaremos las tensiones y ambigüedades en torno a la candidatura del Frepaso a la jefatura de gobierno porteño. En tercer término relevaremos, a la luz de los cambios operados en el marco de oportunidades políticas durante 1996 y 1997, la reposición de un discurso crítico del modelo neoliberal por parte del Frepaso y la potencialidad que el nuevo contexto ofrecía para la construcción de una alternativa política. Para finalizar, revisaremos las condiciones en que se construyó la Alianza y los compromisos asumidos por ambas fuerzas.

En el último capítulo, ya habiendo cerrado el proceso histórico en el cual enmarcamos nuestro objeto de estudio, recorreremos algunos debates y posicionamientos tanto de los

colectivos editoriales cercanos en mayor o menor medida con la fuerza política analizada como también las argumentaciones de ciertos intelectuales identificados con los giros y las inflexiones que fue dando Álvarez y su grupo más cercano en el propósito de construir una fuerza “programática y de mayorías”. Nos interesará explorar las razones justificatorias del pasaje de la fuerza de una “cultura testimonial” a una “cultura de gobierno” y las conveniencias o no de construir un partido político similar a los anteriores o un “partido de opinión”. También nos parece útil detenernos en las representaciones construidas por estos intelectuales/asesores en torno a la militancia, a los cuadros dirigenciales, al rol del Estado y a los riesgos inherentes a formular una propuesta que confrontara con el modelo económico neoliberal.

El abordaje de nuestro objeto de estudio se organiza en términos temporales en tres etapas, entre 1991 y 1997: en primer lugar, tomaremos como punto de partida la experiencia del “Grupo de los Ocho” como antecedente, tras la ruptura con el partido justicialista, del recorrido iniciado por algunos dirigentes del peronismo disidente que conduciría trabajosamente a la constitución del Frente Grande en 1993. Un segundo período abarca desde la elección para Constituyentes en 1994 hasta los comicios presidenciales de 1995. En este proceso se produce la irrupción de Álvarez como liderazgo político con proyección nacional a la vez que el Frente Grande se convierte en Frepaso. Una última etapa se concentra entre los años 1995 y 1997, desde poco antes de la ruptura entre Álvarez y Bordón hasta la constitución de la Alianza. Con este acuerdo entre el Frepaso y la UCR se pone fin al intento mediante el cual, con ambivalencias y contradicciones, una tercera fuerza buscó construir un proyecto político alternativo al de los partidos mayoritarios.

Entre las fuentes primarias consultadas, se realizaron cuarenta y tres entrevistas semiestructuradas a dirigentes políticos con participación tanto en la creación como durante el proceso de crecimiento del Frente Grande y del Frepaso, a militantes ligados a los sectores de Álvarez, Solanas y Bordón, y a intelectuales que hayan tenido algún grado de involucramiento con la fuerza de centroizquierda. Se retomaron trece entrevistas realizadas entre el 2000 y el 2001 para mi tesis de maestría⁴ y se sumaron treinta más para este trabajo. Asimismo, se

⁴ En la misma analizamos la construcción y consolidación del liderazgo político de Carlos “Chacho” Álvarez durante los años 90.

relevaron documentos partidarios públicos (publicaciones, plataformas partidarias, solicitadas, afiches) y documentos internos (destinados a los congresos partidarios, plenarios, debates internos, borradores de trabajo).

Para la reconstrucción histórica del escenario político de los años noventa se trabajó con un corpus periodístico acotado a tres medios gráficos: los diarios *Clarín* y *Página 12* y, en menor medida, *La Nación*. Se optó centralizar el recorte del corpus, preferentemente en *Clarín* y *Página 12* por dos criterios metodológicos, uno respecto a la naturaleza del medio y otro inherente a la relevancia periodística. En el primer caso, se eligió la prensa gráfica dado que sigue siendo ésta, en el campo de los medios de comunicación, la que otorga mayor relevancia a la problemática política dentro de la diversidad de secciones propuestas. La información política cubre normalmente la tapa de los diarios pero también se desarrolla en las distintas secciones del mismo y de otras publicaciones. Con todo, el estatuto que asume cada periódico como vehículo de la "opinión autorizada" es distinto de acuerdo a su posición en el campo periodístico y a su inserción en el espacio público en el cual interviene. Las diferencias de "entidad" entre periódicos de alcance nacional responden, entre otras razones, a la respetabilidad pública que logran.

En un análisis de diarios considerados de "élite", José Vidal Veneyto le asigna a éstos dos funciones primordiales: por un lado constituirse en una "referencia imprescindible" para los otros medios de comunicación como formador de opinión; por otro oficiar como escenario privilegiado para el desembarco de actores e instituciones de distinta índole y carácter. Para cumplir con estas funciones, el periódico de élite debe garantizar una amplia oferta de información, el carácter plural de voces y posiciones presentadas y un tratamiento riguroso de la información. En función de este rol informativo, el autor denomina a estos periódicos como *diarios de referencia dominante*.⁵ Se considera que por su alcance a nivel nacional pero también por la capacidad de instalar la agenda, el matutino *Clarín* cumple con las características de un diario de "referencia dominante" (Vidal Veneyto, 1994). No obstante, el corpus se complementó

⁵ Vidal Beneyto, José: "El espacio público de referencia dominante" (1984), ponencia al *Simposio Internacional de Bolonia*, organizado por la International Sociological Association, Bolonia.

con el periódico *Página 12*, por ser este medio –fuertemente crítico con el gobierno menemista en consonancia con la postura frentista- quien mayor cobertura periodística le otorgara a las fuerzas de izquierda y centroizquierda, generando un escenario discursivo atractivo para los actores políticos de esta procedencia. Por último, para la reconstrucción de los debates e intervenciones intelectuales, fueron relevadas las revistas *La Ciudad Futura*, *Punto de Vista* y el *Ojo Mocho* entre 1993 y 1998.

Capítulo I.

La política subordinada a la economía

1.1. El fin del ciclo de industrialización sustitutiva y del Estado distribucionista

¿Qué relación asumió el vínculo entre la política y la economía en nuestro país en las últimas décadas? Varios enfoques coinciden en que la política ha visto estrecharse en sus capacidades en beneficio de la economía, o mejor dicho, del mercado. Hasta 1976 se desplegó en la Argentina un proceso de industrialización sustitutiva que había comenzado con la crisis de 1930 y que, con sus diferentes ciclos y oscilaciones, expresó la vigencia de un modelo de acumulación con fuerte sesgo productivo, de expandida salarización y con un considerable nivel de integración social. Este proceso fue estimulado desde su inicio por el carácter intervencionista y regulador que adoptó el Estado, en consonancia con lo que acontecía mundialmente, y por las políticas democratizadoras en términos de bienestar que se aplicaron en determinados períodos de este largo ciclo, siendo las más destacadas aquellas instrumentadas durante los dos gobiernos justicialistas (1946-1955/1973-1976).

En la segunda etapa del ciclo sustitutivo (1955-1976), el ingreso de capitales extranjeros dinamizó y modernizó sectores claves de la economía como el automotriz, el metalúrgico y el químico-petroquímico, permitiendo corregir parcialmente el retraso en materia tecnológica y de bienes de capital que padecía el país. El Estado aumentó su participación en la producción de bienes y servicios, mantuvo una política proindustrialista capturando recursos del sector agropecuario y extendió su capacidad de regulación al sector financiero. El proceso de integración de la “industria pesada” a la estructura económica local se consolidó, superando los tradicionales estrangulamientos de la balanza de pagos e iniciando una senda de crecimiento del producto que duró diez años (1964-1974). Así, las exportaciones de bienes de origen industrial, controladas predominantemente por el capital extranjero, crecieron sensiblemente hasta alcanzar casi el 20 por ciento de las exportaciones totales (Basualdo, 2006: 441). En el marco de una economía semicerrada y con un mercado interno que por su capacidad de

consumo era destino privilegiado de la producción manufactura tanto de empresas nacionales como extranjeras, la participación de los asalariados en la distribución de la riqueza se estabilizó cerca del 40% y las bajas tasas de desempleo robustecieron la fuerza del movimiento obrero para defender los derechos laborales y sociales conquistados (Aronskind: 2003, 90). En tanto, el endeudamiento externo, que creció considerablemente a partir de 1968, operó como una fuente de financiamiento para dicha expansión industrial.

Con la proscripción del peronismo como rasgo distintivo, el período 1955-1976 estuvo caracterizado por una fuerte conflictividad social y permanente disputa -distributiva pero también política- entre diferentes alianzas de clases⁶ que no se saldó con la cristalización de un proyecto político y socioeconómico triunfante sino que derivó en una situación de “empate hegemónico” (Portantiero, 1973). Las Fuerzas Armadas, imbuidas del influjo anticomunista que recorría la región, se constituyeron en un actor con capacidad de veto sobre los gobiernos constitucionales, consolidando así un escenario político donde la inestabilidad institucional se convirtió, paradójicamente, en el rasgo más estable de ese tiempo. Sobre el final del período, cuando se habían superado los ciclos *stop and go* y crecían paralelamente las exportaciones agropecuarias e industriales, se profundizó la puja distributiva y la conflictividad social y política. Hacia 1975, el grave deterioro político del gobierno justicialista fermentó un escenario propicio para la convergencia político-empresarial-militar en torno a la necesidad de impulsar un nuevo golpe de Estado que erradicara de raíz el Estado interventor y distribucionista y disciplinara a la clase obrera y al empresariado “ineficiente” (Cavarozzi, 1996).

A continuación, analizaremos en primer lugar cómo se modificó radicalmente la matriz socioeconómica y política a la que aludimos recientemente. En primer lugar, sintetizaremos los cambios en el modelo de acumulación de capital iniciados y favorecidos por la implantación de una brutal política represiva a partir de 1976, y el impacto que estos generaron en la política, la estructura social y en los diferentes actores colectivos. En segundo término, abordaremos los intentos por recuperar los márgenes de autonomía de la política en relación con la economía

⁶ Sobre la dinámica entre Estado y alianzas de clases en esta período, ver el clásico trabajo de Guillermo O’Donnell “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976” en O’Donnell, Guillermo (1997), *Contrapuntos. ensayos escogidos sobre el autoritarismo y la democratización*, Buenos Aires: Paidós, pp. 31-68.

que tuvieron lugar con la recuperación de la estabilidad institucional a partir de 1983 y la ambiciosa promesa democrática que encarnó Raúl Alfonsín. Por último, buscaremos desarrollar las principales reformas estructurales de inspiración neoliberal implementadas en nuestro país durante los años '90 y el impacto que tuvo en la fragmentación y polarización de nuestra sociedad.

1.2. El terrorismo de Estado y la transformación estructural de la economía

A partir de 1976 comenzará la *gran transformación* de la sociedad argentina a partir del encumbramiento en el poder de una dictadura militar que diseñó y ejecutó un proyecto político que articulaba el disciplinamiento y la despolitización de la sociedad -para lo cual se aplicó un fenomenal política represiva-, con la retracción progresiva del Estado intervencionista y benefactor. El plan sistemático de desapariciones masivas, la suspensión de la actividad de los partidos políticos, la prohibición de huelgas y de la acción gremial, la supresión de las negociaciones colectivas, la implantación del estado de sitio y de la pena de muerte y la censura en los medios de comunicación formaron parte de un proyecto de transformación de las relaciones de dominación (Kavisse, Azpiazu, Basualdo, 1988). El populismo político, el proteccionismo industrialista, el Estado tutelar y los conflictos inherentes a la movilización y politización sindical y de masas formaban parte de la matriz que debía erradicarse según militares y empresarios (Cavarozzi: 1997; Novaro y Palermo: 2003).

Las reformas estructurales que implementó el ministro de Economía de la dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, implicaron el pasaje de un modelo de acumulación basado en la producción a otro de *valorización financiera*, que modificara tres aspectos centrales del modelo de industrialización por sustitución de importaciones: la eliminación de la nacionalización de los depósitos bancarios, los controles sobre la tasa de interés y las trabas al endeudamiento del sector privado en el mercado interno de capitales (Basualdo: 2006). En este proceso de desregulación de los mercados, la política económica se orientó entonces a recomponer tasas de ganancias para estimular el incremento de la inversión privada. Para ello, se aplicó en 1977 una reforma financiera que liberaba la tasa de interés, descentralizaba depósitos y creaba un mercado de capitales atractivo a partir de la eliminación de cualquier restricción para el libre

movimiento de los mismos y la garantía de los depósitos por parte del Banco Central. Con el propósito de recomponer el nivel de reservas y de alentar el ingreso de capitales, se incrementó la tasa de interés, que terminó siendo superior a la tasa de inflación. Se desmontaba así un clásico mecanismo de control estatal sobre el mercado financiero. La rentabilidad obtenida en las colocaciones bancarias, superior a la generada en los sectores productores de bienes, fue decisiva para reorientar los recursos a la esfera financiera. (Arceo et. al., 2008: 21)

A esta medida estructural, la acompañó una apertura comercial de la economía mediante reducciones arancelarias, rebajas de subsidios y unificación de tipos de cambio, medidas que apuntaban a “volver más competitiva” la economía nacional y así desplazar a los sectores productivos “ineficientes”. Se buscaba la estabilidad macroeconómica mediante la devaluación, el equilibrio tanto de las cuentas fiscales como de la balanza de pagos y el control de la inflación –para lo cual se congelaron los salarios reales- y, por otra parte, se apuntaba a reducir el grado de intervención estatal directa como productor. A su vez, hubo un incremento de la presión tributaria y un aumento del Estado en tarifas de algunos servicios públicos. En el plano externo, se decidió afrontar los pagos de la deuda, situación que fue facilitada por los vínculos aceptados del nuevo equipo económico con los organismos multilaterales de crédito, que otorgaron créditos que le habían sido negados al anterior gobierno justicialista. Mediante este voto de “confianza” comenzaron a ingresar con fluidez fondos de bancos privados extranjeros en un contexto internacional de alta liquidez. (Rapaport, 2005, 647).

Para el gobierno militar, la industria –por su ineficiencia y altos costos- debía dejar de ser el motor del crecimiento y la economía debía especializarse en productos de mayor aceptación en el mercado externo. Por la importación de bienes de consumo durables fundamentalmente, las pequeñas y medianas industrias se vieron afectadas mientras que algunos grupos económicos locales, extranjeros y empresas trasnacionales sacaron rédito del estrecho vínculo que trabaron con el Estado y con el sector financiero, convergente con las estrategias de integración y diversificación productiva. La contracara del proceso de desindustrialización iniciado fue una reprimarización de la economía y el cambio de la orientación comercial exportadora, privilegiando a los productos agropecuarios, mineros y sus derivados. Con la caída del PBI industrial del 20% entre 1976 y 1983, el progresivo desmantelamiento del tejido

manufacturero afectó la tasa de empleo en un 5,5 por ciento entre 1975 y 1982, destruyendo 500 mil puestos de trabajo (*ibid.*, 23).

La persecución y represión a la oposición política, al “enemigo subversivo” tuvo como objetivo el disciplinamiento del conjunto de la sociedad. Debilitadas las organizaciones guerrilleras en el momento del golpe, la persecución se focalizó fundamentalmente en obreros, dirigentes sindicales e integrantes de las comisiones gremiales internas de fábrica. Con este plan, se ocuparon plantas industriales, se persiguieron, encarcelaron y desaparecieron dirigentes sindicales de perfil combativo, se intervino la CGT y se eliminaron las 62 Organizaciones y el fuero sindical. Con la complicidad de empresarios y políticos, se instalaron centros de inteligencia en las fábricas para detener obreros, operación que motivó la desaparición casi completa de las comisiones internas de las plantas industriales de Mercedes Benz, Swift y Fiat.⁷ Así, se promovió y concretó una desarticulación central de la estructura sindical.

No solamente el terrorismo de Estado buscó desarticular a la clase obrera industrial. En el mismo sentido se orientaron otras medidas como la supresión de leyes laborales, la pérdida de conquistas sociales, el derecho de huelga y la quita del control de las obras sociales a los sindicatos, entre otras (Palomino, 2005: 383). A nivel salarial, se eliminaron las negociaciones colectivas y se fijaron “topes” máximos para los aumentos salariales, que estuvieron por debajo del fuerte incremento de la inflación. A nivel de mercado de trabajo, al crecer el porcentaje de trabajadores desalentados que se retiraban de la población económicamente activa, la desocupación abierta se mantuvo baja –en torno al 3,8%–, mientras que aumentó el cuentapropismo y la precarización del empleo. Como resultado de esta política anti-industrial, desde 1976 creció el empleo en el sector terciario, pero cayó rápidamente el volumen del empleo en el conjunto del sector industrial, cuya disminución se estima en un 38,6% entre 1976 y 1982 (Arceo et. al., 2008: 24) produciéndose una fuerte desaceleración del empleo salariado industrial de clase media. El sostenido aumento de la proporción de empleo no registrado fue otra característica que comienza a ser significativa durante esta época. En consecuencia, durante la dictadura militar la creación de empleo urbano favoreció en mayor medida a las

⁷ En este marco desaparecerá el principal dirigente del sindicato de Luz y Fuerza, Oscar Smith.

ocupaciones autónomas que a las asalariadas. Hacia 1980, el empleo asalariado había perdido casi 4 puntos porcentuales en la estructura social urbana, representando ahora alrededor del 68% del total. A esto se sumó el despido de empleados estatales.

También se observaron modificaciones en la evolución y estructura de las remuneraciones. Los salarios se flexibilizaron hacia abajo a pesar de la baja tasa de desocupación abierta. En 1976 caen un 29,8%, en 1977 un 13,3% y un 5,2% en 1978. La participación de los trabajadores en el ingreso nacional pasó del 45 al 26 % entre 1974 y 1983. (Rapaport, 2005: 668). El coeficiente de Gini, que en 1975 era del 0,366 para zonas urbanas, crecía hasta el 0,410 en 1980. La pobreza se incrementó del 3,2% en 1974 al 8,3% en 1980 (Torrado: 2004, 46). Durante el gobierno militar se produce una expansión de la clase media fundamentalmente autónoma sobre la clase obrera. Esto pone fin al creciente proceso de salarización de la clase media a la vez que se incrementa la desalarización de la clase obrera. Por su parte, aumenta el estrato marginal, alimentado por trabajadores asalariados urbanos que perdieron sus antiguas posiciones ocupacionales. Con lo cual la movilidad social durante la dictadura militar es descendente, tanto en términos ocupacionales como de distribución de ingresos (Becaria, 2001; Torrado, 2004). En suma, la pauperización de vastas franjas de la clase trabajadora y de sectores medios ante la caída de establecimientos industriales, la reducción del personal ocupado y la liberación de precios de los alquileres fueron marcando un deterioro general de las condiciones de vida. Asimismo, el progresivo recorte del gasto público en materia social, la transferencia de escuelas y hospitales nacionales a jurisdicciones locales, la intervención de las Obras Sociales y los proyectos de privatización de la salud, sumados a la liberalización de los precios de los alquileres, fueron otros rasgos salientes de la avanzada del mercado y la retracción del Estado. (Belmartino: 2005).

Otro punto de inflexión en las transformaciones estructurales durante el período fue el crecimiento exponencial del endeudamiento externo, público y privado, que aumentó las condiciones de vulnerabilidad y profundizó la dependencia de la Argentina del financiamiento exógeno. Una parte importante de la deuda correspondió al sector público mientras que la parte restante se concentró en un conjunto de grandes empresas que apostaron a la especulación financiera y la fuga de capitales. Estos grupos económicos y conglomerados fueron

beneficiados mediante el otorgamiento de un seguro de cambio primero y la estatización de sus respectivas deudas con el exterior después. Así, en la medida en que se derrotaban mediante una feroz represión a los sectores políticos y sociales vinculados con el modelo nacionalista y distribucionista, comenzaba a edificarse una matriz de dominación donde ocuparían un rol cada vez más protagónico los grupos económicos locales, las empresas extranjeras y la tecnocracia financiera vinculada a acreedores externos y organismos multilaterales de crédito. Al finalizar la dictadura militar, la deuda externa había pasado de 8000 a 45 mil millones de dólares, de los cuales 32 mil correspondían al Estado. En tanto, la fuga de capitales ascendía a 20 mil millones de dólares. (Basualdo, 2006). De aquí en más, los acreedores externos se convertían en un importante actor socioeconómico en el país con fuerte incidencia sobre las políticas estatales (Sidicaro, 2001: 32).

En síntesis, terrorismo de Estado, concentración y centralización de la economía, desarticulación del modelo productivo sustitutivo, reducción de salarios, crecimiento exponencial de grandes grupos económicos locales y extranjeros, endeudamiento estatal, represión y disciplinamiento del movimiento obrero, aislamiento y soledad. Una pesada herencia en el alumbrar de la democracia.

1.3. La ilusión democrática (1983-1989)

El retorno a la democracia significó nuevas expectativas sobre la recuperación de la política como orientadora del destino colectivo en nuestro país. Implicaba no sólo un nuevo sistema de reglas y derechos sino también otro marco de sociabilidad e institucionalización del conflicto, en el cual se dirimía la capacidad controlar o disciplinar distintos actores. (Pucciarelli: 2005; Acuña: 1995). Pero también, la gran ilusión de construir un espacio público participativo, abierto a una pluralidad de voces que durante largo tiempo debieron estar silenciadas.⁸ Este

⁸ La primera etapa del gobierno de Alfonsín contó con un amplio apoyo de la ciudadanía, que encontró nuevos canales para involucrarse en el debate de los asuntos públicos. El juicio a las Juntas Militares, el tratado de Paz con Chile apoyado por un plebiscito, el Congreso Pedagógico Nacional, donde se debatió el sistema educativo a implementar, y las leyes del divorcio y de la patria potestad fueron algunas medidas de gobierno que concitaron entusiasmo en la sociedad, que en muchos casos se movilizó para manifestar públicamente su adhesión a las mismas.

proceso se dio en un contexto de severas restricciones económicas en América Latina en general y también en nuestro país: fuerte caída del Producto bruto interno, picos inflacionarios, crisis de la deuda mexicana, suba de la tasa de interés internacional y caída de los productos exportables. Las transformaciones en la estructura socioeconómica producidas durante la dictadura fortalecieron las fracciones dominantes y debilitaron las fracciones sociales subordinadas (Villarreal, 1985), condiciones que a priori dificultaban la implementación de un proyecto económico de sesgo progresista.

Alfonsín asumió el gobierno con una economía en franco retroceso: al estancamiento del PBI, se sumaban altos niveles de inflación, escaso volumen de reservas, déficit fiscal y un endeudamiento externo que trepaba a 45 mil millones de dólares. En el inicio del gobierno se aplicó un plan económico heterodoxo al mando del ministro de Economía Bernardo Grinspun, proveniente del riñón del radicalismo. La política económica tuvo en sus inicios un sesgo planificador y distributivo, teniendo como objetivos principales el crecimiento de la economía vía estímulo de la demanda y la recuperación del crédito. Al considerar a la desocupación y los bajos salarios como factores explicativos del estancamiento económico, se optó en un comienzo por un sistema gradualista para orientar la evolución de precios, tipo de cambio, tasa de interés y tarifas públicas, al tiempo que se buscó acotar el déficit fiscal y regular la emisión monetaria. Al aumento de salarios -y posterior congelamiento- y al fomento de créditos accesibles para las pequeñas y medianas empresas, se agregó la implementación del Programa Alimentario Nacional (PAN) para asistir socialmente a los sectores de menos recursos. Los pagos correspondientes a la deuda externa se realizaron originalmente en el marco de un intento de renegociación de plazos, condiciones y volúmenes adeudados conforme a las posibilidades del plan económico que se estaba implementando, confiando en un supuesto apoyo de los países centrales (Heredia, 2005: 169).

Con la oposición empresarial a lo que consideraban un programa económico intervencionista y populista, el control de precios y tarifas fue ignorado por sectores sobre los cuales el gobierno no tenía capacidad de disciplinamiento. En el primer año de la reinstauración democrática la inflación alcanzó el 688%, afectando seriamente el nivel salarial y convirtiéndose

en la principal prioridad de la política económica y tema de movilización y oposición del sindicalismo. Las posteriores medidas devaluatorias, de aumento de tarifas públicas y de restricción del circulante conforme a las condiciones impuestas por el FMI no tuvieron los efectos esperados al provocar un freno de la actividad económica. La dura posición asumida por acreedores y países centrales para facilitar el crédito externo obligó a la Argentina a negociar con el FMI, asomando el horizonte de las políticas de “reforma estructural” y ajuste. Comenzaba a vislumbrarse como déficit del gobierno las dificultades para construir una alianza con actores políticos, económicos y sociales capaz de comprometerse y apoyar el conjunto de transformaciones económicas necesarias.

El fracaso de Grinspun en su intento por acordar con una fracción de la burguesía endeble estructuralmente dejando fuera del acuerdo a los grandes grupos económicos y los acreedores externos, es decir, al nuevo bloque dominante postdictadura reveló, como afirma Julieta Pesce (2005) la existencia de una correlación de fuerzas desfavorable para el gobierno. A su vez, éste debía enfrentar en una situación de debilidad las imposiciones de los organismos multilaterales de crédito y la banca acreedora quienes, fortalecidos por el incremento de la deuda, operaban como representantes orgánicos de los acreedores externos. Un bloque de poder concentrado con mayor capacidad para imponer demandas, fracciones sociales subordinadas muy fragmentadas y una errática estrategia de articulación con los sectores populares; tras el intento fallido de Grinspun, el gobierno asumió como irreversibles las condiciones estructurales heredadas.

A principios de 1985 se produjo un recambio en la conducción económica asumiendo un equipo extrapartidario conducido por Juan Vital Sourrouille. El diagnóstico del nuevo equipo fue que la tendencia a una inflación estructural no se iba a revertir con una política económica gradualista sino con una política de shock que bajara las expectativas de inflación primero para luego corregir el déficit fiscal y la emisión monetaria como causas de la inflación en el largo plazo. A mediados de ese año se lanza el *Plan Austral*, orientado a una regulación del tipo de cambio, salarios y tarifas públicas. Con el nuevo signo monetario – “el Austral”- se asumió el compromiso de no emitir dinero para financiar el desequilibrio de las cuentas públicas, se incrementaron los impuestos a las exportaciones y se instrumentó una reforma tributaria. Tras

un aumento inicial, los salarios se congelaron como también los precios. Los resultados del nuevo plan en el corto plazo fueron alentadores: la inflación bajó al 2% mensual, disminuyó el déficit fiscal, aumentó la recaudación y se renovaron los depósitos bancarios en moneda nacional. En este contexto, disminuyó la fuga de capitales y la economía se reactivó, promoviendo en el mediano plazo un crecimiento de la producción manufacturera y la inversión. Alentadas por este marco favorable, las autoridades económicas retomaron las negociaciones por los pagos de deuda externa. Apoyado por empresarios y medios de comunicación, el *Plan Austral* implicó, según algunas perspectivas críticas, un corrimiento hacia el liberalismo económico. Las propuestas económicas de consultorías y centros privados vinculados a esta matriz de pensamiento fueron progresivamente incorporadas en la gestión económica radical (Ortiz-Schorr, 2005: 299).

Los resultados auspiciosos del nuevo plan económico comenzaron a vislumbrarse en el momento político más oportuno para plebiscitar el liderazgo alfonsinista: las elecciones legislativas realizadas en septiembre de 1985,⁹ donde el gobierno derrotó ampliamente a un peronismo que alcanzó su piso histórico en términos electorales. Junto con el éxito inicial del *Plan Austral*, otra medida que contribuyó en la obtención del triunfo legislativo fue el juicio a las Juntas Militares, iniciado en abril de 1985. Pero la conmoción generada en las fuerzas armadas por las condenas de la justicia profundizó las presiones del sector militar. Con la fatídica resolución de Semana Santa de 1987¹⁰, se generalizó la sospecha ciudadana de que el primer mandatario más que exigir el final de la insurrección y la subordinación al poder constitucional, realizó una concesión para terminar con el conflicto, dando una peligrosa evidencia de la debilidad institucional para doblegar a los sectores conspiradores. Dos meses después, se aprobó en el parlamento la *ley de Obediencia Debida* donde se exculpaba a oficiales

⁹ El gobierno debía enfrentar a un justicialismo en crisis por la derrota de 1983 y dividido entre la conducción oficial en manos del sindicalismo y un sector autodenominado *renovación*, conducido en su origen por Antonio Cafiero, Carlos Menem y Carlos Grosso. La *renovación* cuestionaba las prácticas autoritarias de la conducción del PJ y aspiraba a constituirse en interlocutor del alfonsinismo.

¹⁰ Un centenar de oficiales y suboficiales “carapintadas” comandados por Aldo Rico se amotinaron en Campo de Mayo, presionando a Alfonsín para que frenara los juicios a los mandos medios y bajos militares por las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura. Alfonsín se trasladó a los cuarteles, negoció en secreto con los sublevados y, a su retorno, frente a una plaza de Mayo colmada, invitó a la ciudadanía a retornar a sus hogares anunciando que “la casa está en orden” dándole la espalda a una masiva movilización de la ciudadanía en apoyo al gobierno democrático.

y suboficiales que actuaron obedeciendo órdenes. Los episodios de Semana Santa y las leyes de *Punto Final* y *Obediencia Debida* significaron un retroceso en la política de derechos humanos llevada adelante por el gobierno de Alfonsín evidenciando otra debilidad de la *promesa democrática*: la de hacer justicia sobre los crímenes de lesa humanidad (Canelo, 2005).

En este mismo sentido, el gobierno de Alfonsín mantuvo un vínculo atravesado por tensiones con el actor sindical en una etapa donde creció la conflictividad laboral impulsada por los sucesivos reclamos sindicales antes la pérdida del poder adquisitivo del salario por la permanente inflación. En 1984 el ministro de Trabajo Antonio Mucci motorizó un proyecto de ley para la normalización institucional de los sindicatos, que incorporaba el voto secreto, directo y obligatorio, una representación de las minorías y la fiscalización de los comicios por parte del Estado, entre las reformas más relevantes. Ante el unánime rechazo sindical, la ley fue aprobada en Diputados pero rechazada por un voto en el Senado, con mayoría justicialista. Tras el fracaso, el gobierno negoció con el sindicalismo una norma que respondía a los intereses dirigenciales de los principales sindicatos. La lógica confrontativa y de clara oposición a las políticas económicas del gobierno radical alcanzaron su expresión más clara en la realización de trece paros generales, medidas de fuerzas que situaron a la dirigencia sindical en el centro de la escena política y fueron utilizados además para dirimir posiciones y liderazgos internos.¹¹

Asimismo, como señala Héctor Palomino (2005), las medidas de fuerza se complementaron con una estrategia más negociadora con el gobierno de Alfonsín en procura de reposicionar a los sindicatos dentro de la órbita estatal. Con este propósito, en abril de 1987 el dirigente de Luz y Fuerza Carlos Alderete fue nombrado como nuevo ministro de Trabajo y Seguridad Social en el marco de un intento dialoguista del gobierno radical para sumar fuerzas y apoyos a su ya debilitada gestión. El reposicionamiento del sindicalismo en las “posiciones de poder” estatal, permitió la restitución de leyes claves para el ejercicio de la actividad sindical, como las leyes de negociación colectiva, de asociaciones sindicales y de obras sociales.

¹¹ La CGT rechazó la implementación del Plan Austral con un paro en agosto de 1985 donde se reclama su reemplazo por un programa alternativo de 26 puntos, en el cual se incluían además del pedido de aumentos salariales, la exigencia de una moratoria del pago de intereses de la deuda externa, políticas de empleo y participación sindical en las cajas de previsión social, entre otros. Ver Palomino, Héctor, (2003), “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales” en (Juan Suriano comp.) *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 390-398.

Distintos acontecimientos fueron erosionando la legitimidad y sumando dificultades a la gestión presidencial: el fracaso de la alianza con el grupo de los 15, la crítica de los grupos económicos, la incapacidad del *plan Austral* para contener una inflación cada vez más desatada y la derrota en las elecciones legislativas de durante septiembre de 1987.¹² El creciente arco opositor comenzaba a condicionar el futuro de la gestión de Alfonsín. Las organizaciones empresarias, aglutinadas primero en el “grupo de los 11” y posteriormente en el más amplio “grupo de los 20”, articularon intereses con la CGT y apostaron a enfrentar las políticas económicas y a erosionar la capacidad de acción del gobierno.¹³ En respuesta a los reclamos salariales del sindicalismo y de pedidos de corrección del tipo de cambio por parte de los empresarios, se flexibilizaron los congelamientos de salarios y precios y se aplicó una política monetaria restrictiva.

En febrero de 1986 se anuncia la segunda etapa del *Plan Austral*, que preveía una reforma del Estado basada en la privatización de empresas públicas y la apertura económica, con el objetivo de corregir el permanente déficit fiscal. Esta iniciativa cobrará un fuerte impulso con la llegada al ministerio de Obras y Servicios Públicos de Rodolfo Terragno en 1987. Entre las medidas propuestas, se destacaba la privatización parcial de ENTEL y Aerolíneas Argentinas y de Somisa, así como políticas de desregulación petrolera y quita de obstáculos legales para la inversión privada en áreas del Estado. El proyecto, que formaba parte del acuerdo firmado con el Fondo Monetario Internacional, despertó la resistencia tanto del sindicalismo como de las empresas que se beneficiaban de las licitaciones del Estado –la “patria contratista”- y fue rechazado en el Parlamento, siendo catalogado por el peronismo como un “plan de ajuste”.

A su vez, los condicionamientos impuestos en materia de deuda externa, obligó al Estado a la búsqueda- infructuosa- de lograr mayor recaudación del sector público. En tanto, la política

¹² De la mano de la “renovación”, el peronismo triunfó con el 41.50% de los votos, imponiéndose en 17 provincias y obteniendo la mayoría en la Cámara de Diputados. Antonio Cafiero recuperaba para el justicialismo la gobernación de la provincia de Buenos Aires mientras que el radicalismo sólo podía retener la Capital Federal, Córdoba y Río Negro.

¹³ Para Eduardo Basualdo, la estrategia de la fracción dominante local fue cooptar al propio partido de gobierno, desplegando una suerte de *transformismo argentino* a partir del cual comienza a modificarse el diagnóstico del gobierno sobre la naturaleza de la crisis económica del país, dejando de atribuirla a la voluminosa deuda externa generada durante la dictadura y vinculándola con el agotamiento del “estatismo de sesgo populista. Ver Basualdo, Eduardo (2001), *Sistema político y modelo de acumulación*, Buenos Aires, Flacso-UNQUI. Para una crítica a esta aplicación del concepto gramsciano de transformismo al caso argentino, ver en este mismo volumen el comentario de José Nun.

monetaria restrictiva y el ajuste en el gasto público operaron en contra del objetivo de reactivación económica, definiendo un sesgo distributivo regresivo y alimentando la tensión con los sindicatos. El fracaso del *Plan Austral*, así como el fallido intento de una reforma del Estado y las fuertes restricciones en materia de endeudamiento externo que padecía el país, reflejaban la *incapacidad de la política* por fijar un rumbo económico, subordinar a los actores corporativos y sostener un proceso económico con eje en la industrialización y la distribución progresiva de la riqueza. Por el contrario, el credo económico liberal fue impregnando las narrativas partidarias y condicionando la capacidad de regulación y gestión estatal (Puciarelli, 2005).¹⁴

Con una inflación desatada nuevamente a mediados de 1988 –del orden del 440% acumulada en el semestre-, caída salarial, recesión, un desempleo de 6,5 % y una subocupación del 8,9% (Rapaport: 2005, 750), y con la moratoria de pagos de la deuda a la que el país había entrado en mayo de 1988, el último conjunto de medidas tendientes a estabilizar las variables macroeconómicas se aplicó en un contexto político preelectoral. El *Plan Primavera*, ejecutado en agosto de 1988 y apoyado por el Banco Mundial y las cámaras empresariales argentinas, excepto las agropecuarias, perseguía el moderado objetivo de no recortar gastos corrientes del Estado, mejorar su recaudación y evitar la hiperinflación ante las inminentes elecciones presidenciales. El nuevo programa se sustentó en un acuerdo de precios por 180 días con empresas líderes a cambio de rebajas en el IVA. Se estableció un nuevo régimen cambiario desdoblado el tipo de cambio comercial y el financiero, se incrementó un 25% de los salarios al sector público y se llevaron adelante paritarias limitadas para el sector privado. Asimismo, se incrementaron la tasa de interés y las tarifas públicas y se diseñó un plan de “racionalización administrativa” para reducir 30 mil agentes de la administración pública. En el corto plazo, el plan logró estabilizar la marcha inflacionaria –del 27% en su inicio al 7% en diciembre de 1988 – y también la expansión del tipo de cambio libre (Basualdo: 2006, 281).

¹⁴ Para Carlos Acuña, a medida que fracasaban los planes económicos del gobierno, se producía una mayor porosidad al discurso empresario y sus organizaciones en la toma de decisiones, funcionales a una reorientación del modelo económico desde la perspectiva empresaria: privatizaciones, enfrentamiento con el poder sindical y pérdida del poder del Estado como productor-asignador de recursos. Acuña, Carlos (comp.) (1995), *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp.

No obstante, el *Plan Primavera* se vio afectado por un escaso nivel de reservas -que sería compensado con la entrada de capitales especulativos- y la falta de apoyo explícito tanto de los distintos actores corporativos a nivel local como de los organismos de crédito internacionales. Estos últimos retiraron su respaldo cuando advirtieron que el gobierno no cumpliría con las reducciones del déficit y la privatización de empresas públicas exigida. Tanto el sindicalismo como las entidades agropecuarias fueron los actores más críticos de este plan, el cual expresaba una alianza con los sectores empresariales más liberales de la economía. Un mes después de su implementación y en un contexto signado por el desequilibrio macroeconómico, la caída de los precios internacionales de los productos exportables y la preocupante disminución de reservas del Banco Central, fracasaba el intento de alcanzar un acuerdo *stand by* con el Fondo Monetario Internacional.

El anuncio del Banco Mundial, en enero de 1989, de que no desembolsaría créditos ya acordados para la Argentina, abonó un escenario de incertidumbre sobre el cual se montaron un conjunto de agentes especulativos, algunos de ellos representantes de bancos acreedores, para desligarse de sus tenencias en australes y comprar masivamente dólares al Banco Central ante el crecimiento de las expectativas devaluacionistas. Esto produjo la segunda corrida cambiaria a mediados de mes, después de que el gobierno hubiera, aun con dificultades, soportado la primera corrida desencadenada en noviembre de 1988. El 6 de febrero de 1989 una nueva corrida bancaria obligó a intervenir al Banco Central, que utilizó en 15 días alrededor de 900 millones de dólares para frenar la depreciación del austral. Así, la escasez de reservas por frenar las corridas cambiarias ante las expectativas de devaluación de los agentes especulativos, la imposibilidad de estabilizar la situación macroeconómica junto con la incertidumbre político-electoral y la incapacidad del gobierno para sumar apoyos internos y externos, sellaron la suerte del *Plan Primavera*.

Un importante retiro de depósitos en dólares del sistema bancario en marzo de 1989, sumado a la resistencia de los exportadores para liquidar divisas en el mercado local, reforzaron aún más las dificultades económicas. El incremento del dólar libre se reflejó en los precios, generándose la primera situación de hiperinflación en abril de 1989. La hiperinflación generó un fuerte deterioro de salarios, un nivel de desempleo que alcanzó al 8,1 por ciento de la población

económicamente activa, un importante crecimiento del endeudamiento interno producido por la emisión de títulos indexados por el tipo de cambio, la cesación de pagos de la deuda externa y la grave escasez de reservas del banco central. En el origen y desarrollo de la crisis hiperinflacionaria se expresó la puja distributiva entre los grupos económicos locales y la banca acreedora externa, teniendo esta última un papel decisivo en dicho proceso. (Basualdo: 2006, 284). A fines de mayo, la crisis social desatada por la hiperinflación derivó en saqueos a comercios en barrios de sectores populares ubicados en el conurbano bonaerense y también en Rosario. Con una economía desbordada y capacidades estatales insuficientes para introducir algún tipo de control, el 8 de julio de 1989 el presidente Alfonsín anunció su renuncia al cargo y el traspaso de mando al presidente electo Carlos Menem, seis meses antes que concluyera constitucionalmente su mandato.

El primer ciclo desde la recuperación de la democracia se cerraba así con francos retrocesos en materia económica y social. La deuda externa se había incrementado en 22.900 millones de dólares, alcanzando los 65 mil millones y representaba el 60% del producto bruto interno. La fuga de capitales alcanzaba los 14500 millones de dólares (Basualdo, 2006). Con un nivel de desocupación del 7 % y 9% de subocupación, la continuidad en la política de desindustrialización, concentración del aparato manufacturero local y la tercerización de la economía fragmentó el mercado laboral, afectando a las fracciones empresarias secundarias y, fundamentalmente, a las clases populares. En cuanto a la distribución del ingreso, tras un breve reacomodamiento de remuneraciones en 1984, el poder de compra descendería a partir de 1987 y sufriría un drástico deterioro con el brote hiperinflacionario de 1989. De igual manera que en el período anterior, la movilidad social vuelve a ser descendente. Como afirman Schorr y Ortiz (2005) entre 1984 y 1989 los salarios sufrieron un deterioro del 30%. Así, la participación de los asalariados en el ingreso nacional cayó al 24%. En 1988, el 20% más rico de la población urbana se apropiaba del 50% de los ingresos totales mientras que el 20 % más pobre disponía de poco menos del 5%. (Arceo et. al., 2008: 28).¹⁵

¹⁵ En este período se produce una acelerada desalarización de la fuerza de trabajo: el empleo formal masculino pasa de 71% en 1970, 67% en 1980 a 61% en 1991. A esto se agrega a) una informalización de los asalariados: en 1980, el 28% de los asalariados varones trabajaba en una microempresa (hasta 5 ocupados); en 1991, esta cifra alcanza al 35%; b) el aumento de la precarización de los asalariados: en 1991, 37% del total de salarizados del sector

1.4. Los años noventa y la profundización de la matriz neoliberal

En varios países de América Latina cobró vigor durante las últimas dos décadas del siglo XX la prédica gubernamental según la cual el crecimiento económico vendría de la mano de la integración irrestricta a los mercados mundiales, y que dicho crecimiento generaría un efecto “derrame” sobre el conjunto de la sociedad, achicando la brecha social y garantizando un mayor acceso de la población a los bienes, recursos y servicios públicos. En la década del 80 comenzaron a implementarse en algunos países de América Latina, con diferentes intensidad y momentos de aplicación, las recetas económicas ortodoxas pergeñadas por el Consenso de Washington y activamente impulsadas por los organismos multilaterales de crédito, fundamentalmente el Fondo Monetario Internacional. El conjunto de reformas inspiradas en el enfoque ortodoxo de estos organismos, que cobró un impulso más vigoroso en los años '90, se caracterizaba por: a) apertura irrestricta al comercio externo; b) amplia política de privatizaciones de las empresas públicas; c) desregulación de bienes, servicios y mercados laborales; d) liberalización de mercados de capital (privatización de los fondos de pensión); e) ajuste fiscal basado en un drástico recorte del gasto público; f) reestructuración de políticas sociales estatales, apuntando hacia la focalización en grupos sociales más vulnerables; g) énfasis en las políticas macroeconómicas (Portes-Hoffman, 2002). La nueva matriz neoliberal de la economía se asentó en las políticas pro-mercado, que exigían desregulaciones y retracción del Estado no sólo como proveedor de bienes y servicios sino además como tradicional fuente de empleo. Entre los fundamentos que justificaban la aplicación de estas políticas en los países de América Latina se destacaban los beneficios de la apertura comercial para la atracción de nuevas inversiones, así como la tesis de que la desregulación en el mercado laboral flexibilizaría

privado era no-registrado o precario (no le efectuaban descuentos para aportes jubilatorios). Ver Torrado, Susana (2004), *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia*, Claves para Todos, Buenos Aires, pp. 3-36.

sus “rigideces”, mejorando tanto los salarios como la creación de empleo y, progresivamente, la brecha distributiva.

1.4.1. Las políticas de ajuste y desregulación durante la gestión de Menem

En 1989 Carlos Menem ganó las elecciones presidenciales en la Argentina con un programa de sesgo populista frente al candidato radical que proponía políticas económicas de ajuste. No obstante, ni bien asumió la conducción del Estado explicitó una alianza con el *establishment* nacional e internacional. Una clara señal en este sentido fue la designación de Miguel Roig¹⁶, ejecutivo de Bunge & Born como ministro de Economía. Con una economía en hiperinflación y en cesación de pagos, el primer plan económico tuvo como principal objetivo combatir el descontrol de precios mediante un fuerte recorte del gasto público y de la demanda interna, a través del retraso de los salarios frente a un exponencial aumento de precios, a la vez que se implementaba una política monetaria restrictiva. La devaluación de la moneda –en beneficio de los grandes grupos exportadores como B&B-, la suba de tarifas públicas y el cierre de importaciones fueron otras medidas que complementaron el primer plan de ajuste del gobierno justicialista.

Más allá de las medidas coyunturales implementadas para aliviar la profunda crisis económica que vivía el país, se comenzó a diseñar un conjunto de reformas estructurales vinculadas con el rol del Estado que tuvieron su primer impulso en el envío al Parlamento de dos leyes claves para la consolidación del programa económico oficial. Por un lado, la ley de *Emergencia Económica*¹⁷, que establecía fuertes recortes en el gasto público, proponía la autonomía del Banco Central, reducía beneficios para la industria local y liberalizaba el ingreso de capitales extranjeros. Por otro, la ley de *Reforma del Estado*¹⁸, que proponía el marco administrativo y jurídico para iniciar un amplio proceso de privatizaciones de empresas públicas e impulsaba condiciones flexibles para la renegociación de la deuda externa mediante el *plan*

¹⁶ Roig falleció a la semana siguiente de haber asumido. Fue reemplazado por otro ejecutivo del grupo económico, Néstor Rapanelli.

¹⁷ Ley 23697, sancionada el 1 de septiembre de 1989.

¹⁸ Ley 23696, sancionada el 17 de agosto de 1989.

Brady, programa que anticipaba en su instrumentación una política de subordinación a los intereses de la banca acreedora.¹⁹

Con un diagnóstico crítico sobre el funcionamiento de las empresas estatales, la política de privatizaciones tenía varios objetivos: buscaba eliminar el déficit crónico que generaban las mismas y equilibrar el presupuesto, reducir el volumen de deuda externa permitiendo a los compradores entregar títulos públicos como parte de pago, generar nuevos ingresos a través de la venta de las empresas, incrementar las inversiones privadas y mejorar la competitividad de esas empresas (Rapaport, 2005: 799) En procura de concretar estas metas, la política de privatizaciones se llevó adelante en dos etapas: en la primera, se privatizaron la empresa telefónica Entel, Aerolíneas Argentinas, las petroquímicas Polisor, Petropol e Induclor, los canales de televisión 11 y 13 y se concesionaron los peajes de las rutas nacionales. El proceso estuvo viciado de irregularidades, ausencia de controles y marcos regulatorios y aumento considerable de tarifas para beneficiar al sector privado.

En la segunda etapa, ya durante la vigencia del plan de convertibilidad, se avanzó con la privatización de la mayor parte de empresas públicas, lo que incluyó a la provisión de agua corriente y red cloacal, instalaciones portuarias, los más importantes ramales del ferrocarril, la Caja de Ahorro y Seguro, el correo y telégrafos, la red de subterráneos, la empresa siderúrgica Somisa, los aeropuertos, el Banco Hipotecario Nacional, entre las principales empresas. Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), la empresa estatal más importante, fue privatizada quedando para el Estado una participación muy reducida en términos accionarios. Las empresas privatizadas comenzaron a funcionar en mercados monopólicos u oligopólicos, mantuvieron sus tarifas dolarizadas y éstas se fueron ajustado conforme al índice de precios de los EEUU, en una clara violación a la ley de convertibilidad, que prohibía las indexaciones. (Azpiazu, 2002; Rapaport, 2005) La política de privatizaciones permitió un ingreso de 24 mil millones de dólares

¹⁹Creado en marzo de 1989 por el secretario de Tesoro norteamericano, Nicolás Brady, este plan tenía como objetivo la renegociación de la deuda externa de aquellos países que habían entrado en mora durante la crisis de 1982. Para ello, se reestructuraron los plazos de pago y se mejoraron las condiciones de financiación con la condición de que estos países implementaran políticas recomendadas por el Consenso de Washington. En el caso de la Argentina, este compromiso habilitaba la autorización del mecanismo de capitalización de la deuda externa, esto es la posibilidad de que los títulos públicos fueran utilizados como medios de pago por parte de aquellos que tuvieran interés en adquirir empresas del Estado. Así, los bonos depreciados por la cesación de pagos serían reconocidos ahora en un 100% de su valor nominal para comprar empresas públicas.

y facilitó el flujo de crédito externo al país, a la vez que contribuyó a superar el conflicto entre fracciones del capital local e internacional. La banca extranjera y las empresas transnacionales, en sociedad con grupos económicos locales,²⁰ fueron los grandes beneficiarios de esta política de extranjerización de la economía y enajenación del patrimonio público nacional.

La mayor parte del sindicalismo aceptó la política de privatizaciones sin ofrecer fuerte resistencia, con excepción de los sectores más contestatarios vinculados a ATE y enrolados en el ubaldinismo. Éstos forzaron una ruptura de la CGT -alineándose en la CGT Azopardo- pero sostuvieron la lucha en soledad frente a un *clima cultural* instalado favorable a las privatizaciones y al achique del Estado (Thwaites Rey: 2007). En efecto, el paro de los gremios estatales en marzo de 1990 contra la política de privatizaciones sólo fue apoyado por la CGT Azopardo, pero no por la CGT San Martín -integrada por los principales sindicatos- ni por los más independientes. Frente al conflicto sindical, la estrategia del gobierno de Menem alternó la fuerza y la astucia: implementó castigos para los sindicalistas que promovieran huelgas, reglamentó el derecho de huelga en los servicios públicos, incentivó la declaración de ilegalidad de los paros y amenazó con el retiro de la personería jurídica. Complementariamente, se buscó cooptar a los sindicalistas mediante diferentes incentivos, como el ofrecimiento de cargos en posiciones de poder o el control de recursos estratégicos para el sector.²¹ Con el mismo propósito, el gobierno permitió la participación de dirigentes sindicales en el proceso de negociación por las empresas privatizadas, “flexibilizando” posturas –beneficios personales mediante- y logrando así una actitud más “colaborativa” de parte de algunos caciques sindicales. Como resultado de las diferentes posiciones frente a las privatizaciones y la Ley de Empleo, hacia finales de 1991 se produce una ruptura definitiva de la CGT por parte de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), Ctera y obreros navales, para constituir la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).²²

²⁰ Como Perez Companc, Bunge & Born, Rocca-Techint, Macri-Socma, Soldati, Zorraquín, Fortabat-Loma Negra, Roggio, Masshuh, Acevedo-Acindar, entre otros. Así el denominado “club de privatizadores” se impuso aquellos “capitanes de la industria” que se vieron perjudicados por el aumento de las importaciones, alentadas por la apreciación del tipo de cambio.

²¹ Luis Barrionuevo, dirigente gastronómico estrechamente ligado al entorno de Menem, pasó controlar los recursos de la Anssal, el organismo que recaudaba los fondos de las obras sociales.

²² Tras este abandono de un grupo de sindicatos y la creación de una nueva central obrera, se produjo la reunificación de la CGT San Martín y la CGT Azopardo, que pasó a ser conducida por el dirigente de Luz y Fuerza

La duración de la crisis económica y un nuevo rebrote inflacionario producido a fines de 1989 terminaron con la gestión de Rapanelli, quien fue reemplazado por el contador riojano Antonio Erman González. Los sucesivos paquetes de medidas de carácter coyuntural mediante los cuales se buscó alcanzar equilibrios macroeconómicos –conocidos como Plan Erman I, II, III y IV- profundizarán la orientación neoliberal del gobierno: liberalización de precios, control sobre los salarios, restricciones en compras y contrataciones, aumentos de la presión tributaria, despidos de empleados públicos, retraso en el pago a proveedores del Estado, aumento en las tarifas públicas, entre otras medidas que, sumadas al *Plan Bonex* de diciembre de 1989, operaron en detrimento del crecimiento de la economía.²³ La segunda hiperinflación alcanzada en marzo de 1990 con una tasa del 95,5%, la decisión de retomar los crecientes pagos en materia de deuda externa, la baja recaudación y la recesión económica fueron minando el campo de maniobra de González al mando de la cartera económica, quien debió renunciar luego del escándalo del *swiftgate*.²⁴ Con todo, a medida que avanzaba el proceso de privatizaciones, la renovación del vínculo con los acreedores externos, las políticas de ajuste de empleo estatal y de transferencias a proveedores locales, comenzaban a articularse acuerdos entre las dos fracciones del capital enfrentadas, grupos económicos locales y acreedores externos, que sumados a las firmas extranjeras forjarían de aquí en más una “comunidad de negocios”. (Basualdo, 2006, 313).

Oscar Lescano. Paralelamente se conformó al interior de la CGT reunificada el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) que agrupó a camioneros y a la UTE (Unión Tranviarios Automotor). El MTA asumió desde su origen posición confrontativa con el gobierno de Menem, más cercana a la de la CTA que a la de su central de pertenencia.

²³ El plan Bonex consistía en canjear de manera compulsiva la deuda del Banco Central con el sistema financiero por bonos en dólares llamados Bonos Externos serie 1989, a pagar en diez años. Como en el canje se incorporaban los depósitos a plazo fijos en el sistema bancario de empresas o particulares, los ahorristas se verían privados de ese dinero hasta dentro de diez años, cuando les sería devuelto en dólares.

²⁴ Se trató de un reclamo que realizó el por entonces embajador estadounidense Terence Todman ante los ministros de Economía, Antonio Erman González y de Relaciones Exteriores, Domingo Cavallo, por el soborno solicitado por Emir Yoma, cuñado y asesor del presidente Menem, al frigorífico norteamericano Swift Armour. La empresa quería importar maquinaria de alta tecnología para destinarla a la ampliación de su planta ubicada en Rosario sin pagar impuestos por un valor de 4,4 millones de dólares, de acuerdo a la ley de promoción industrial. Se trataba de una inversión de 140 millones de dólares. Aproximadamente la mitad de esa suma estaba trabada en los despachos de Yoma. La primicia de este caso la dio el periodista Horacio Verbistky en el diario *Página 12*, el domingo 4 de enero de 1991.

La tercera ley clave de este proceso económico sería impulsada por el reemplazante de Erman González, un ex funcionario de la dictadura militar: Domingo Felipe Cavallo. La Ley de *Convertibilidad*, sancionada el 27 de marzo de 1991, perseguía un objetivo recurrente en todo programa económico precedente: combatir la inflación. La ley estableció un nuevo régimen cambiario, determinando un tipo de cambio fijo de 10.000 australes por dólar y disponiendo que el cien por ciento de los billetes y monedas en circulación –incluyendo los depósitos a la vista– contara con el respaldo en reservas en divisas del Banco Central. Un año más tarde, se cambió el signo monetario –se eliminó cuatro ceros– y así 10.000 australes fueron reemplazados por 1 peso. El flujo de venta y compra de divisas por parte del Banco Central pasó a estar determinado por el mercado, liberalizándose el ingreso y egreso de capitales. (Damill, 2005: 205). El Banco Central dejó de tener bajo su control la cantidad de moneda y la fijación de la tasa de interés. Dicho en otros términos, con la implementación de la convertibilidad, el país resignaba la posibilidad de tener una política monetaria soberana.

La otra medida complementaria del dólar fijo como ancla de los precios fue la apertura comercial, a través de la reducción arancelaria y eliminación de mecanismos de protección. Funcionó así como un instrumento eficaz para disciplinar las subas de los bienes producidos localmente. Los resultados de estas medidas fueron exitosos en el objetivo buscado: la inflación sufrió una fuerte desaceleración, bajando a un dígito en 1991 y alcanzado el 1,3 % anual en 1992. En dos años de gobierno, la aplicación de las leyes de *Emergencia Económica*, de *Reforma del Estado* y de *Convertibilidad* revelaban con contundencia la decisión política de producir una *retracción del Estado* como regulador de la actividad económica y proveedor de bienes colectivos y la búsqueda de congraciarse con los organismos internacionales de crédito, los Estados Unidos y los grupos económicos locales por parte del menemismo (Acuña, 1995) Fue así como el sector financiero, los acreedores y las grandes empresas privadas prestatarias de servicios públicos fueron constituyéndose como las “fracciones con mayor poder al interior de los sectores dominantes” (Ortiz-Schorr, 2005).

Las políticas de apertura comercial y de retraso cambiario permitieron incrementar la oferta de bienes importados, logrando elevar la demanda de importaciones y generar un “boom consumista” (Aronskind, 2007). Entre 1991 y 1994 se registró un crecimiento del PBI del orden

del 30 por ciento, reactivándose la inversión. Esta fase expansiva de la economía en la primera parte de la década de los '90 se sostuvo en el importante ingreso de capitales, la reducción de la tasa de interés y una expansión del crédito, acompañado por una recomposición de los salarios reales en comparación con los años de la hiperinflación. No obstante, el crecimiento marcaba una fuerte dependencia del ingreso de capitales externos, que compensaba el déficit de la balanza comercial y los pagos de utilidades e intereses producto de una economía cada vez más extranjerizada, razón por la cual se produjo una *renovación de la élite* empresarial. La inversión extranjera directa (IED) creció en forma sostenida desde 1993 hasta 1998²⁵. La ausencia de mecanismos contemplados en el plan de Convertibilidad para enfrentar desequilibrios externos exponía al país a las oscilaciones y potenciales turbulencias de la economía internacional. Esta situación se hizo patente en 1995, cuando México devaluó su moneda y afectó las expectativas sobre una posible devaluación del peso argentino. Conocida como "efecto Tequila", la crisis mexicana impactó sobre el sistema financiero local, provocando el cierre de decenas de entidades bancarias y generando una retracción de la economía durante ese año.

La convertibilidad generó permanentes flujos de salidas de capitales al exterior por el déficit comercial, la remisión de utilidades a las casas matrices, la fuga de divisas y los pagos de los servicios de la deuda²⁶. Esta fuga de capitales exigía ser compensada mediante un creciente del endeudamiento externo, posible por la alta liquidez del mercado internacional. Para sostener los pagos de la deuda era necesario tener superávit comercial y fiscal al mismo tiempo, e incrementar el nivel de ingresos al fisco. Al convertirse en una economía fuertemente dependiente de los capitales externos, la salida de éstos en los ciclos recesivos generaba restricción monetaria y suba de la tasa de interés, factores que afectaban las cuentas públicas.

²⁵ Durante este año cayó un 20%, pero en 1999 con el traspaso de YPF a manos extranjeras, la IED alcanzó los 23988 millones.

²⁶ Eduardo Basualdo señala que mediante la rebaja de aportes patronales, la privatización del sistema jubilatorio y la política de privatizaciones significaron voluminosas transferencias de recursos del sector público a los grandes grupos económicos locales (52.332 millones de pesos si se suman la reducción de aportes patronales, otras reducciones vinculadas al mercado de trabajo como aportes al sistema de obras sociales- y los aportes jubilatorios transferidos por el Estado a las AFJP). Al considerar que los servicios de la deuda externa consolidada (comprende a la nación, las provincias y las municipalidades) ascendía a 54446 millones de pesos entre 1994-2000, el autor constata que los recursos transferidos desde el Estado al capital oligopólico fueron casi equivalentes a los servicios de deuda externa durante el período: el 96% de dichos servicios. Así, acreedores externos y fracciones dominantes locales se beneficiaron en forma similar de la transferencia de recursos estatales. Ver Basualdo, Eduardo (2006), *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires, FLACSO-SIGLO XXI, pp. 324-327.

Mientras en 1991 el porcentaje del Producto Bruto Interno afectado a los pagos de la deuda externa era del orden del 33%, en 1999 había alcanzado el 54 %. Esto representaba el 14,8% del presupuesto nacional. Entre 1991 y 1999 la deuda externa total pasó de 61337 a 145.289 millones de dólares (Basualdo: 2006, 330), ocupando un lugar importante en la cuenta corriente el pago de intereses del capital adeudado. Esto se complementaba con una importante fuga de capitales al exterior, que entre 1991 y 1999 pasó de 60416 millones de dólares a 91.228 millones. Así, desde 1995 en adelante el desequilibrio externo, sumado a el déficit fiscal y la persistente fuga de capitales –con picos durante 1995 y 1997- como resultado de una economía recesiva anunciaban los riesgos cada vez mayores para sostener tanto los pagos de la deuda como el propio régimen de convertibilidad, que finalmente estalló con la crisis del 2001.

1.4.2. Las otras transformaciones estructurales

Como señalamos anteriormente, la convertibilidad favoreció a los sectores de servicios y perjudicó a aquellos que producían bienes transables, afectados en su competitividad por la combinación de la apertura comercial y el tipo de cambio sobrevaluado. Durante este período, el sector industrial sufrió un proceso de reconversión tecnológica que afectó diferencialmente a las distintas ramas. Se beneficiaron el sector automotriz -con fuerte protección estatal-, la actividad fármaco-química, actividades agroalimentarias dinámicas como aceites y lácteos, productos plásticos, imprentas e industria conservera, entre otras. Entre los sectores perjudicados por la apertura comercial y el tipo de cambio se encontraban la producción de bienes textiles, del complejo metal-mecánico, maderero, química y algunas alimenticias. A su vez, se produce una fuerte retracción de la producción de máquinas e implementos agrícolas (Yoguel, 2000). La continuidad del proceso de reprimarización de la economía iniciado en 1976 contrajo la participación de las manufacturas industriales en el PBI de un 18,1 por ciento (1991) a un 15,4 por ciento (2001) (Arceo et al., 2008: 36). En tanto, en el sector terciario se consolidó la expansión de las grandes empresas, varias de ellas concentradas en los servicios privatizados, proclives a la subcontratación y la terciarización.

Si bien el control de la inflación y el abaratamiento de algunos bienes importados contribuyeron a mantener el salario real durante la primera etapa de la convertibilidad (Cortés,

Marshall, 2003), a partir de la crisis generada por el “efecto Tequila” a fines de 1994, se retoma la senda negativa de las remuneraciones reales, que ya para 1999 significaban un 83 % del nivel de 1986. Se deterioran los ingresos de los sectores asalariados, perjudicados además por la menor capacidad de negociación salarial. Los aumentos salariales marcharían muy por detrás de los incrementos en productividad por persona ocupada. A esto se añade las modificaciones en la legislación laboral, que afectaron la estabilidad del empleo, consolidaron el empleo precario y disminuyeron el costo laboral y la responsabilidad de los empleadores tanto para accidentes de trabajo como para quiebras empresarias.

Siguiendo a Adelman y Hershberg (2003), las políticas públicas que configuran las instituciones ejercen una influencia sobre las relaciones sociales. Concebidas para mitigar la desigualdad y alentar el desarrollo, muchas de ellas terminan generando el efecto inverso: consolidar las asimetrías entre grupos sociales. La política laboral implementada durante los años '90 puede ser un buen ejemplo de ello. Adoptando como diagnóstico oficial que los problemas del mercado de trabajo se debían a las “rigideces” o regulaciones en términos de contratación, así como a la vigencia de “altos costos laborales”, y que la reforma incentivaría a los empresarios a contratar más trabajadores, en noviembre de 1991 se promulgó la Ley Nacional de Empleo, que introdujo modalidades de contratación temporaria, eliminó o redujo los aportes patronales y redujo los topes indemnizatorios y las cargas sociales, a la vez que autorizó la existencia de intermediarios privado en el mercado laboral como las empresas de servicios eventuales, de trabajo temporario y los sistemas de tercerización, subcontratación y externalización de la fuerza de trabajo. (Neffa, 2009: 812) ²⁷

Con la ley anteriormente mencionada se creó el Fondo Nacional de Empleo, al que se derivó 2,5% de las contribuciones patronales que se destinaban a las asignaciones familiares. Los fondos cubrían a aquellos trabajadores en relación de dependencia cuyo contrato fuera alcanzado por la Ley de Contrato de Trabajo, con lo cual quedaban excluidos de esta cobertura el servicio doméstico, el personal despedido de la administración pública por “racionalización administrativa” y los trabajadores rurales. Con prestaciones insuficientes y de alcance limitado – entre 150 y 300 pesos más la asignación familiar y la cobertura de salud, un año de duración-

²⁷ Incorporó el seguro de desempleo, con escasa cobertura a los sectores formales del mercado laboral.

este seguro de desempleo sólo cubrió el 6% de la población desocupada en la Argentina.

Asimismo, la reforma laboral también alcanzó a las asignaciones familiares.²⁸ Desde entonces, la política laboral apuntó a redefinir convenios, descentralizar las negociaciones colectivas y erosionar el poder de los sindicatos (Marshall, 1998). Se limitó el derecho de huelga, se privatizó el régimen de prevención de accidentes de trabajo y se modificó el régimen de vacaciones. Las remuneraciones no evolucionaron según la inflación pasada sino según los incrementos de productividad, es decir, en función de una mayor explotación del trabajo.²⁹ En marzo de 1995 se modifica la Ley de Contrato de Trabajo (24465), prolongando el período de prueba de tres a seis meses sin protección indemnizatoria e incorporando los contratos de pasantía y aprendizaje. Ambas leyes, que no resolvieron la situación de desempleo, operaron en detrimento de los derechos laborales de los trabajadores al profundizar la precarización y flexibilización del empleo. En términos más subjetivos, el trabajo dejó de ser un valor, un forjador de identidad y de solidaridad, un rasgo central de la integración social para convertirse en un *costo laboral*.

Un factor que explicará el incremento de la pobreza en los años noventa será el aumento del desempleo, que pasó del 6,3 % a fines de 1990 a 13,8 % en 1999. Ya en mayo de 1993 alcanzaba los dos dígitos (10%) de la población económicamente activa y se elevaría a la inédita tasa del 18,6% en mayo de 1995, la más alta de la historia argentina hasta ese momento. En tanto, la subocupación creció del 8,6 % en 1991 a 14,9 % en 1999, llegando a representar el trabajo en negro el 36% de la población económicamente activa. El despido de empleados públicos tras la privatización de empresas, el reemplazo de mano de obra humana por

²⁸ Susana Beltramarino da cuenta del carácter regresivo que fueron adoptando las asignaciones familiares durante los 90. Así, la Encuesta Permanente de Hogares consigna que el 20% de la población de menor ingreso cobraba sólo el 4,4% de los pagos realizados por asignaciones familiares mensuales, mientras que el 20% superior capturaba el 25,5% del total. Según la autora, esta distribución se vinculaba con la dinámica del mercado laboral. En octubre de 1996 se produjo una reforma del sistema de asignaciones familiares: se eliminó la asignación por cónyuge, mientras que la percepción del beneficio quedó acotada a los trabajadores que percibían sueldos menores a los 1500 pesos mensuales. Ver Beltramarino, Susana (2005) "Crisis y reformulación de las políticas sociales", en Suriano, Juan (dir.) *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 269.

²⁹ Otros cambios producidos fueron la rotación de los trabajadores entre diversas secciones, la incorporación de nuevas formas de organización del trabajo, la promoción de la polivalencia funcional sin la correspondiente compensación salarial y la reducción del período de preaviso y los montos de indemnizaciones. Neffa, Julio, "El papel del Estado fue favorable al sector empresarial", entrevista realizada por Carolina Pontelli, *Historia de la economía argentina del siglo XX, Página 12*, agosto de 2007, pp. 812-813.

tecnología y el cierre de numerosas pequeñas y medianas empresas fueron los principales factores explicativos del incremento de trabajadores desocupados a mediados de la década. La destrucción de puestos de trabajo durante los años '90 fue mucho más acentuada en el área metropolitana que en el interior urbano.

Según Marta Novick (2002), el perfil del mercado de trabajo en los noventa puede sintetizarse mediante el retroceso del empleo asalariado típico de los modelos keynesiano-fordistas. Asimismo, esta autora señala la segmentación producida en términos de activos-inactivos, y de activos de diferente condición: ocupados, desocupados, sub-ocupados y sobre-ocupados, registrados o sin registrar. Es decir, la reestructuración de un mercado laboral que se conformaba con un sector formal, de alta productividad y con ingresos conforme a la eficiencia lograda, y por otro lado, un sector informal de baja productividad, magros salarios y sin un conjunto de beneficios tales como obra social, aguinaldo, asignaciones familiares, vacaciones, sumado a la imposibilidad de acceder a una jubilación futura por la falta de aportes al sistema previsional. En términos de relaciones laborales, el Estado se retira de su rol regulador del mercado laboral, desarticulando los institutos laborales propios de la regulación fordista y favoreciendo formas de flexibilización de la contratación. Se establecieron así nuevas reglas de juego en la negociación colectiva y profundos mecanismos disciplinadores por parte del mercado sobre la fuerza de trabajo.³⁰

Entre 1991 y 2000 prácticamente no hubo creación de empleo asalariado, mientras que crece el empleo precario: los asalariados no registrados pasan del 30 % en 1991 al 35 % en el 2000 (Becaria-Mauricio, 2004). Otros fenómenos convergentes fueron la pluriocupación y la sobreocupación. Los mayores niveles de expansión se produjeron en sectores de baja productividad, mientras que se amplió la brecha salarial entre sectores orientados a la exportación y otros sectores de la economía (Beltramarino, 2005). En el crecimiento de la población económicamente activa en los años '90, que fue superior a la creación de empleo³¹, influyó el incremento del empleo femenino: del 27,9% al 35,4% en los años 1990-2000 (Bayón, Saraví, 2002). En muchos casos, trabajos de baja productividad, en condiciones intermitentes

³⁰ Ver Novick, Marta (2002), "Reconversión segmentada en la Argentina: empresas, mercado de trabajo y relaciones laborales a fines de los '90", en (VVAA) *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires, pp. 49-72.

³¹ Entre 1991 y 1998 la PEA creció a un promedio de 2,5% anual, mientras la creación de empleo fue de 1,5%.

(55% respecto al 26% en condiciones estables), a tiempo parcial y con escasa cobertura laboral y bajas remuneraciones. Según Marcela Cerruti, sólo un 3,5% de las mujeres con empleo formal trabaja 20 horas o menos a la semana (Cerruti, 2000). Como señala dicha autora, no se implementaron políticas públicas que facilitaran la inserción de la mujer al mercado de trabajo y permitiera articular de manera menos conflictiva el vínculo entre trabajo y familia.

Con el desempleo instalado como un fenómeno estructural en la segunda mitad de los años '90, sumado al deterioro del salario real y el aumento del trabajo precario, crecieron críticamente los niveles de inequidad, pobreza e indigencia, sin lograr ser revertidos por las políticas de empleo. Se consolidó así un proceso de fragmentación entre los asalariados que se manifestó en el plano político-sindical como una menor capacidad de lucha. El nivel de pobreza, que en 1991 -año en que comienza a funcionar el régimen de convertibilidad- era de 21,5%, ascendió al 28,9% en el 2000. En tanto, la indigencia se incrementó en ese período del 3% a 7,7%. Si en los años 80 los aumentos de la pobreza aparecían vinculados con los picos inflacionarios, en los '90 se encontrarán en correspondencia con la evolución de la tasa de desocupación abierta (Torrado: 2004, 47), mientras que la pobreza infantil en la población menor a 14 años en el gran Buenos Aires alcanzaba el 42% durante 1999. (Beltramarino, 2005: 260).

La proliferación, discontinuidad, falta de operatividad, los recursos insuficientes y el alcance acotado fueron las características que definieron los planes y programas sociales implementados desde la Secretaría de Desarrollo Social, creada en 1994, revelando la incapacidad para coordinar una política articulada en materia social. En este marco, se produjo una reorientación de las políticas sociales, que pasarán de ser concebidas como políticas de integración social (universalistas) a políticas compensatorias de la desigualdad (Merklen, 2003) con eje en la *focalización* del gasto social en los sectores más postergados y con fuerte injerencia de organismos internacionales como el Banco Mundial y, en menor medida, organizaciones no gubernamentales (ONGs).

¿Cuáles fueron las reacciones, las posiciones y las estrategias del sindicalismo frente a la magnitud de estas transformaciones? Como señalamos en el análisis sobre la política de privatizaciones, los sindicatos quedaron a la defensiva respecto a la profunda orientación pro-

mercado de las políticas del gobierno, frente a las cuales se desplegaron estrategias diferentes que derivaron en una ruptura organizacional. Un ejemplo de ello fue la desigual respuesta a la política de flexibilización laboral, que contó con el apoyo de los grandes sindicatos y fue férreamente resistida por los más combativos, que luego se enrolarían en la CTA. Por su parte, los reclamos tradicionales de aumentos nominales de salarios se vieron obstaculizados por la política de estabilidad de precios y la apertura económica a las importaciones. Asimismo, se fue deslegitimando el mecanismo de negociación colectiva centralizada, dado que los acuerdos fomentados por parte de las grandes empresas cada vez más se negociaron en sus propios establecimientos. En términos de gestión política de las reformas, la alianza del gobierno con el arco empresarial fue acotando el margen de participación sindical en la discusión de las políticas estatales. Esta reducción del campo de acción sindical también se replicó al interior del partido justicialista, donde los dirigentes gremiales fueron quedando desplazados de los principales cargos legislativos. A su vez, el apoyo a las reformas neoliberales por parte de algunos dirigentes sindicales profundizó la distancia entre las cúpulas y los trabajadores. Desde la defensa del monopolio de la representación gremial, pasando por el control de los fondos de obras sociales hasta su participación tanto en la negociación colectiva en el plano gremial como en la participación de las listas partidarias del justicialismo, la estrategia de los dirigentes sindicales que representaban los gremios de mayor envergadura tendió a preservar beneficios corporativos (Palomino, 2005).

Otro sector optó por desarrollar una estrategia confrontativa contra el modelo económico, en nombre del “peronismo verdadero” frente a la “traición” de Menem a los postulados clásicos del movimiento. Así, participaron de las elecciones legislativas de 1991 con magros resultados. Tras esta derrota, la estrategia de confrontación fue desembocando en la movilización social, que aglutinó a trabajadores estatales afectados por el deterioro salarial y por los despidos en el Estado, trabajadores regionales perjudicados por la apertura económica, pequeños y medianos empresarios, etc. La *Marcha Federal*, realizada en julio de 1994, fue una clara expresión de cómo esta corriente sindical logró articular diferentes intereses y situaciones de los “perdedores” del modelo económico neoliberal. Esta representación de diferentes sectores de trabajadores ocupados y desocupados, y de sectores productivos castigados por la

política económica, estuvo en la base de la propuesta y el funcionamiento organizativo de la CTA, que innovó en las formas de concebir las relaciones entre el sindicalismo, el Estado, el sector empresario y los partidos políticos, como analizaremos con más detenimiento en el capítulo IV de este trabajo.

1.4.3. Las reformas en el área social, previsional, de salud y de educación.

Las reformas estructurales se extendieron a los sistemas previsional, educativo y de salud, aunque también se aplicaron en el área social. Tomando como referencia el sistema chileno de 1981, la reforma previsional aprobada el 15 de julio de 1994 implicó el desplazamiento de un régimen de reparto basado en la solidaridad intergeneracional a otro sistema de capitalización individual a cargo de las Administradoras de Fondos de Pensiones y Jubilaciones (AFJP). Se trataba de un sistema con un segmento público, basado en el viejo esquema de reparto, y un segmento privado, integrado por las AFJP. Esta transformación implicó transferir una masa muy importante de recursos –estimada en ese momento en alrededor de 5000 mil millones de dólares- del Estado a estas compañías, generando futuras dificultades al Estado para financiar a quienes ya estaban jubilados. A la vez, se promovía la actividad financiera realizada con los ahorros de los trabajadores por parte de las administradoras. Además, se redujeron los aportes patronales del sector privado para que éste recuperara la competitividad que el retraso cambiario le había erosionado. En el largo plazo, la reforma generó un importante déficit estatal para financiar el traspaso, financiado con endeudamiento que, en parte, estaba constituido por títulos que compraron las AFJP. El haber mínimo jubilatorio se mantuvo congelado durante toda la década del '90. En 1999, sólo el 42% de la población económicamente activa realizaba aportes al sistema previsional. (Beltramarino, 2005)

Los cambios y reformulaciones de políticas se completaron con las descentralizaciones administrativas en las áreas de salud y educación: con la oposición de la CGT, se desregularon las obras sociales y el estado perdió capacidad de control sobre las condiciones de la actividad de empresas de medicina prepaga. A través del decreto 578/93 se creó un nuevo régimen para el funcionamiento de los hospitales públicos, facilitando las condiciones para su transformación

en hospitales de autogestión, autorizándolos así a establecer vínculos contractuales con las obras sociales y a facturarles a éstas las prestaciones realizadas por fuera del contrato establecido. Sin embargo, esta política de arancelamiento de los hospitales no promovió una mejora considerable de los recursos ni optimizó, en general, los estándares de eficiencia en la atención. En toda la década de los '90, el sistema de salud pública tuvo que afrontar una mayor demanda de atención médica debido a la crisis del empleo formal, la disminución de los salarios en algunos sectores de empleo formal, la ampliación del empleo precario (sin cobertura de salud), el expandido nivel de desempleo y los mayores costos de las prestaciones cubiertas por las obras sociales, haciéndose cargo de esta forma, con deficiencias presupuestarias, de los sectores "no rentables" para el mercado de salud (Beltramarino, 2005).

En diciembre de 1991 se sancionó la Ley 20049 de transferencia de servicios educativos. En continuidad con el proceso de traspasos de instituciones educativas iniciada por la dictadura militar, se transfirió a los gobiernos provinciales las instituciones secundarias y terciarias, como también los institutos de formación docente. Deslegitimando la gestión centralizadora del estado nacional como ineficiente y de baja calidad educativa, este proceso se justificó como indispensable para avanzar hacia la modernización en un razonamiento que privilegiaba el esquema costos-beneficios en detrimento de la capacidad de integración y ascenso social que ostentó históricamente la educación pública nacional. Así, la "federalización" de la educación derivó en un sistema desigual conforme a las diferentes capacidades de financiamiento y de calidad educativa a nivel provincial: reducción de salarios, fusión y cierre de grados, reducción de cargos docentes y horas cátedras, fueron algunas de las consecuencias de esta reforma que deterioró la calidad educativa y profundizó la desigualdad según el lugar de residencia y el nivel socioeconómico de los alumnos (Bayón-Saraví, 2003). En la educación primaria, se registraron altos niveles de deserción, reorientándose la escuela pública a la contención de los sectores más vulnerables de la sociedad. En cuanto a la educación superior, se aprobó la Ley de Educación Superior, que observó críticamente la gratuidad de la enseñanza y habilitó el arancelamiento de la educación universitaria.

Como señalan Bayón y Saraví (2003), en materia de educación la segmentación entre educación pública/educación privada y entre educación paga/educación gratuita fue

profundizada por procesos de segregación territorial. Las dificultades para acceder al sistema educativo, así como la heterogeneidad en su calidad, fueron factores que dificultaron las posibilidades laborales de los sectores más relegados, reproduciendo de esta forma la desigualdad social. Para estos autores, tanto el acceso diferencial a distintos niveles de educación entre niños pobres y no pobres como el tratamiento diferencial que éstos reciben en el sistema educativo en relación con la calidad de los contenidos constituyeron procesos “mediante los cuales la desigualdad en la distribución del ingreso se traduce en desigualdad de oportunidades educativas”. En tanto, los servicios sociales se focalizaron en los sectores estructuralmente pobres mientras que no se implementaron políticas que protegieran a los sectores medios empobrecidos.

La desigualdad también fue resultado de la política tributaria sostenida durante la gestión de Menem, caracterizada por su escasa capacidad extractiva, asignativa y administrativa, y con un marco jurídico que alentaba la evasión y elusión. El rasgo más notorio fue la regresividad de los impuestos. La tendencia en la aplicación a los impuestos directos fue inversa a la de los años '80: reducción de las tasas nominales del impuesto a las ganancias e incremento progresivo del impuesto al valor agregado (IVA). Si bien en un primer momento se pretendió mantenerlo en una tasa baja para moderar su impacto inflacionario, la aceptación de las “sugerencias” del Fondo Monetario redundó en un aumento escalonado: pasó del 13,5 al 15,6% en noviembre de 1990, en febrero del '91 se elevó a 16%, alcanzando el 18% en marzo de 1992, para luego estabilizarse en el 21%, nivel en el que se mantiene en la actualidad. A su vez, se fueron eliminando exenciones a bienes básicos como pan, leche y medicamentos hasta hacer extensivo el IVA a otros bienes y prestaciones de servicios. Así, mientras que en 1989 el impuesto al consumo se ubicaba en el orden del 5% del PBI, en 1993 ya superaba el 13%. Pero el incremento en la recaudación tributaria correspondiente al IVA no fue acompañada por una disminución en el índice de evasión, que volvió a crecer en la segunda mitad de la década de los '90 (Palermo, 2002). Mientras la política tributaria afectaba a los salarios, se mantenían fuertes subsidios a las empresas privatizadas. En suma, al igual que en Brasil, durante los años '90 la recaudación por ingresos al consumo representó una mayor magnitud sobre el producto bruto interno que las de impuestos sobre la renta, en virtud de lo cual la presión tributaria recayó

fundamentalmente sobre sectores medios y bajos, mientras la tasa de evasión impositiva alcanzó el 40% de la recaudación potencial, beneficiándose los sectores de más altos ingresos y cristalizando una situación de *inequidad horizontal*, entre contribuyentes cumplidores y deudores (De Simone, 2002).

De este modo, tanto el desempleo como el deterioro salarial y la política tributaria contribuyeron a consolidar una situación de desigualdad en la distribución de la riqueza, dando continuidad a un proceso regresivo que cobró impulso con la dictadura militar. Mientras en 1990, el quintil más rico detentaba el 50,7% del ingreso nacional comparado con el 4,7% del quintil más pobre, en 1998 esta diferencia se expandía al 53,9% frente al 4% del quintil más pobre (Altimir-Beccaria, 1999). Según Javier Lindenboim, la relación –número de veces- entre el ingreso medio de los hogares (10% superior respecto del 10% inferior) en el gran Buenos Aires fue de 12 veces en 1980, 15 en 1990, 24 en 1995, 26 en 1998 hasta trepar a 30 veces en el año 2000. Mientras en 1975 la participación de los asalariados en el producto era del 48,5%, en el 2001 esta se había reducido al 32,1%. Teniendo en cuenta que la distribución del ingreso también es un factor clave para explicar el acceso a las oportunidades educativas y laborales, la política regresiva de los '90 produjo una importante fragmentación y polarización social, vulnerando vastos derechos sociales y consolidando una ciudadanía “restringida” (Svampa, 2005) .

Como intentamos desarrollar hasta acá, la implantación de las políticas neoliberales en la Argentina a partir de la dictadura militar, la imposibilidad de revertirlas durante el gobierno de Alfonsín y la profundización de las mismas en la gestión de Menem provocó un fuerte deterioro del tejido social, trazando la fisonomía de una sociedad fragmentada, con índices crecientes de pobreza, marginalidad y exclusión en tanto fenómenos de desarticulación social y con un Estado que delegó en el mercado el rol de organizador de la vida social. Mientras un minoritario sector disfrutó de la modernización forjando un nuevo estilo de vida, amplios sectores medios y populares experimentaron una movilidad social descendente, quedando atrapados en el

desempleo, la pobreza y la exclusión social. Condiciones que alimentaron un progresivo proceso de *desciudadanización*, en conflicto con la ciudadanía formalmente garantizada por el Estado. Será en particular durante los años 90 donde se impulsaron políticas que incrementarán exponencialmente la desigualdad en el acceso a la distribución de la riqueza, los bienes públicos, las oportunidades ocupacionales y educativas, etc. En este contexto de retroceso de la estatalidad, sin inclusión social ni mecanismos de promoción de la igualdad, la Argentina de las últimas décadas experimentó un proceso democrático excluyente.

Las reformas estructurales, que contaron con el apoyo de los principales partidos políticos³², se extendieron al mercado de trabajo y a los sistemas previsional, de educación, salud, aunque también se aplicaron en el área social (Bayón, Saraví, 2002). El desempleo, la precarización del empleo, el aumento de la pobreza y, en el extremo, la exclusión social, fueron los emergentes de un proceso donde el estado perdió capacidad de decisión y regulación frente a los grandes grupos económicos y las instituciones vinculadas con el capital financiero. El consenso en torno a que la política económica neoliberal era “la única salida” posible, en contexto de emergencia y crisis, fortaleció el poder tecnocrático y erosionó hasta el extremo la autonomía de la política como espacio de decisión (Svampa, 2005).

³² Carlos Acuña lo explica con claridad: “El ejecutivo neutralizó la reacción de sus propias filas partidarias (1) aprovechando el contexto de extremas crisis en el que asumió, (2) desarticulando las críticas de los cuadros partidarios (usualmente basadas en los costos sociales resultantes de su política) argumentando la falta de alternativa y escaso margen de acción existente y (3) copando la conducción del partido con allegados al Ejecutivo. (...) El gobierno neutralizó la recomposición del perfil opositor del radicalismo a partir de 1991 a través de 1) la mayoría propia en el Senado o mediante la constitución de mayorías en Diputados por medio de acuerdos de centroderecha ligada a partidos nacionales y provinciales. 2) el activo uso de decretos que le permitió al Ejecutivo evitar el desgaste y las negociaciones propias de las decisiones legislativas. 3) el Ejecutivo forzó un acuerdo con el radicalismo sobre la reforma constitucional que le posibilita a Menem ser candidato en las elecciones presidenciales de 1995”. Acuña, Carlos, *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 359-361.

Capítulo II

Partidos, personalización de la representación y mediatización de la política

2.1. El bipartidismo argentino y las terceras fuerzas

La configuración histórica predominante del sistema partidario argentino ha sido bipartidista. Constituido hacia finales del siglo XIX, en su origen se caracterizó por diferentes grupos regionales y oligarquías provinciales que dirimían sus disputas en términos de distribución de poder dentro del Partido Autonomista nacional (PAN). El conflicto político entre diferentes facciones de la élite, la estabilidad institucional y un sesgo ideológico “liberal-conservador” (Botana, 1986) serán las características salientes del orden político instituido entre 1880 y 1916. Pero la emergencia de la Unión Cívica Radical y su persistente resistencia política a un sistema que consideraba fraudulento y excluyente obligó a una reforma electoral en 1912, que habilitó no sólo a la apertura del sistema partidario sino también a la transformación del propio régimen político oligárquico. Emergente de la crisis económica de 1890, el radicalismo fue fundado por una escisión de la élite gobernante conducida por Leandro N. Alem y expresó a los sectores medios excluidos políticamente del régimen conservador roquista. La Unión Cívica Radical fue el primer partido moderno, al contar con comités locales y provinciales, un comité nacional y un estatuto orgánico (Malamud, 2003). Con la llegada al poder en 1916 de la mano del caudillo bonaerense Hipólito Irigoyen, el radicalismo inauguró la primera etapa democrática del país, generando un importante proceso de participación popular. A pesar del golpe militar de 1930, el radicalismo fue la fuerza política más importante hasta la emergencia del *peronismo*.

Como nuevo fenómeno de masas, el peronismo se estructuró en torno a un fuerte liderazgo carismático construido desde la gestión estatal y pasó a representar y canalizar las demandas de los sectores populares urbanos. Desde su primer triunfo en 1946, el peronismo fue imbatible en elecciones limpias y, aun habiendo sido proscrito entre 1955 y 1973, continuó

siendo la principal fuerza política del país, reforzando las características movimientistas que ya estaban presentes en la UCR durante la conducción de Irigoyen. Con su irrupción, el clivaje peronismo-antiperonismo pasó a modelar la dinámica y el posicionamiento de las fuerzas políticas hasta el golpe de estado de 1976, trascendiendo los clivajes “de clase” que, desde algunos análisis, pasarían a representar los partidos.³³ Con todo, para algunos autores durante este período la Argentina sufrirá de la ausencia de un sistema de partidos tanto por la frecuencia de los golpes militares como por los “patrones organicistas” de la acción política (De Riz, 1986) y o el “juego imposible” entre las coaliciones de partidos planteado entre 1955-1966 (O'Donnell, 1972). Otros abordajes, en cambio, revisan esta perspectiva de ausencia o insignificancia de la competencia partidaria en el período mencionado. Referenciándose en la tipología de partidos propuesta por Giovanni Sartori³⁴, María Grossi y Roberto Gritti (1989) sostienen que desde la aparición del peronismo en adelante hubo diferentes períodos de competencia partidaria –algunos con bajos grados de competitividad y otros donde fue subcompetitivo,- existiendo interacción entre los partidos políticos aun cuando esa competencia no se haya consolidado en el tiempo ni fuera funcional al régimen democrático. Los autores ponderan otras variables intervinientes en la falta de estabilidad del sistema partidario argentino – como la discontinuidad del régimen político, el diseño institucional y la existencia de mecanismos corporativos de presión sobre el Estado y toma de decisiones–; a su vez, este sistema no consolidado es definido como “sistema a doble partido con intención dominante”, esto es un sistema “con formato bipolar en el cual los partidos en competencia reclaman para sí

³³ Es el caso del trabajo de Torcuato Di Tella, que emparenta la función de los partidos latinoamericanos al que cumplen los partidos europeos, donde priman clivajes ideológicos –izquierda, derecha, centro- que no están tan arraigados en nuestras sociedades o, por lo menos, se superponen con otros de carácter religioso o político-culturales. Di Tella, Torcuato (1986), “Política y partidos. Ejercicio de análisis comparado Argentina, Chile, Brasil y Uruguay”, en *Desarrollo Económico* v. 25, N° 100, enero-marzo.

³⁴ Sartori propone una taxonomía de sistemas de partidos en función del número de partidos relevantes. Así, los sistemas de partidos se distinguen entre a) sistema de partido único (sólo existe un partido porque los demás están prohibidos, como el caso de China), b) hegemónico (existen otros partidos pero por diferentes reglas implícitas – fraude-ilegalidad- no pueden ganar, como ocurrió durante setenta años con el PRI mexicano), c) predominante (existen y compiten otros partidos en elecciones limpias pero siempre un partido obtiene el apoyo electoral. Un ejemplo de este tipo de partido puede haber sido el peronismo en algunas etapas), d) bipartidista (dos partidos gravitantes se alternan en la conducción del gobierno, como Estados Unidos y Gran Bretaña), e) pluripartidista limitado (entre tres y cinco partidos importantes, tal como se da en Alemania, Francia); f) pluripartidista extremo (más de cinco partidos importantes, como Holanda, Israel). Sartori, Giovanni (1987), *Partidos y sistemas de partidos*, volumen I. Madrid, Universidad Editorial.

la representación de las mayorías nacionales y operan con la lógica del partido dominante” (Grossi, Gritti, 1989: 53). Dicho sistema puede transformarse en sistema de partidismo predominante (1946-1976) o sistema bipartidista polarizado (desde 1985).

Abonando la hipótesis de la competencia partidaria y ponderando como dimensiones de análisis el número de partidos, la cantidad de clivajes políticamente relevantes y la distancia ideológica entre los principales partidos, Juan Manuel Abal Medina (2000) sostiene que el predominio de una lógica política ligada a un patrón movimientista configuró hasta el golpe del '76 un sistema bipartidista “predominante y polarizado”, que se transformaría en “moderado” a partir de un 1983 –menor distancia ideológica, ausencia de partidos antisistema, competencia por el centro del electorado entre los dos partidos mayoritarios- y con participación de terceras fuerzas con cierto peso electoral. En efecto, si bien la UCR y el PJ se alternaron en el ejercicio del gobierno en las décadas de los 80 y los 90, el comportamiento electoral marcó una caída del voto polarizado –suma del voto a la UCR y al PJ- del 91,9% en 1983 al 57,5% en 1994. (Adrogué, 1995). Esta pérdida de votos fue capitalizada en diferentes elecciones por “terceras fuerzas” con cierta capacidad para ocupar espacios políticos vacantes. La primera experiencia electoral alternativa a los partidos mayoritarios desde el retorno a la democracia fue una fuerza de centroizquierda, el Partido Intransigente (PI), liderado por el caudillo de origen radical Oscar Alende. La defensa de los derechos humanos, el proteccionismo económico y la igualdad distributiva, así como la integración latinoamericana fueron los componentes principales del discurso de esta fuerza que, presentándose por primera vez a elecciones en 1983, cobró vigor dos años después al alcanzar el 7,7% de los votos a nivel nacional. Con una inserción importante en la provincia de Buenos Aires, presencia en la Ciudad de Buenos Aires y Santa Fe pero escasa implantación a nivel nacional, el PI tendrá un declive electoral en 1987 cuando parte del electorado será reabsorbido por la renovación peronista (Malamud, 2004). Finalmente, con fuertes disputas internas, un sector del partido acompañará la candidatura de Menem en 1989, devaluándose su identidad política. Desde 1987, el espacio de la “tercera fuerza” fue ocupado por la Unión de Centro Democrático (Ucedé), referenciada en el ex ministro de economía y asesor de gobiernos militares Álvaro Alsogaray. Con una clara orientación política conservadora y neoliberal en términos económicos, la Alianza del Centro (coalición electoral conformada por

la Ucedé) pasó de obtener el 5,8% en 1987 al 9,6% de los sufragios en 1989. Su significación electoral se concentró en la Capital Federal, provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Mendoza, principalmente. El giro neoliberal de Menem en 1989 encontró en esta nueva agrupación de centroderecha a uno de sus principales soportes en términos intelectuales y de recursos humanos, al costo de perder toda significación electoral como partido, como lo demuestra el 1,5% de los votos conquistados en las legislativas de 1991. Sus principales dirigentes se habían convertido en asesores o funcionarios del menemismo.

Entre 1991 y 1995, dos serán las organizaciones políticas que emergerán sucesivamente como “terceras fuerzas”: en 1991, el Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN), conducido por el teniente coronel sublevado Aldo Rico, alcanzó en las elecciones legislativas de 1991 el 9% de los sufragios, con un discurso de fuerte sesgo nacionalista y antisistema. Si en esta oportunidad esta expresión de derecha alcanzó a ser la tercera fuerza en la provincia de Buenos Aires, dos años después, en 1993, con el 11,8% de los votos se convertiría en tercera fuerza a nivel nacional, con una particularidad: su núcleo duro del electorado provenía de las clases pobres de la sociedad, es decir, llegó a disputarle un sector de la base social al peronismo. En tanto, el espectro de centroizquierda que ocupara el PI en los años 80 será cubierto a partir de 1993 por el Frente Grande, una coalición de agrupaciones provenientes del peronismo y la izquierda que alcanzó el 13 % en 1993 en la ciudad de Buenos Aires. Un año después El Frente Grande dio el gran salto a instancias de la elección para Constituyentes, ganando en la Capital Federal con el 36% y colocándose como tercera fuerza a nivel nacional al alcanzar el 16 % de los sufragios. En 1995, ya constituida como Frepaso, esta fuerza lograría algo inédito en la historia electoral del país: convertirse en segunda fuerza con el 29, 3% de los votos y desplazar así al radicalismo al tercer lugar. Las bases sociales de apoyo del Frente provenían de los sectores medios y altos, capturando un electorado que tradicionalmente se identificaba con el radicalismo (Adrogué, 1995), pero con gran dificultad para penetrar en las bases sociales del peronismo.

Nos proponemos a continuación un análisis más centrado en los tipos de escisiones y diferencias significativas que intentaron construirse desde el retorno de la democracia en el campo político, para luego aproximarnos a algunos tópicos que estructuraron el debate sobre la

“crisis de la representación política”, una hipótesis muy utilizada por los liderazgos de la fuerza que examinamos aquí. Finalmente, escrutaremos los alcances y las implicancias del entrecruzamiento de la política y los medios de comunicación, así como la naturaleza de los liderazgos que se refractan sobre esa compleja relación.

2.2. Clivajes e identidades políticas

Otros análisis sobre la dinámica política y partidaria en nuestro país ponen su foco atención en los clivajes y fronteras políticas construidas desde el 83 en adelante. Abrevando en el clásico análisis de Lipset y Rokkan sobre clivajes políticos (2000), Edgardo Mocca encuentra en la débil diferenciación ideológica-política y la incapacidad de poder instalar nuevos principios de demarcación del espacio político la clave explicativa de la inestabilidad del sistema de partidos argentino durante el período aquí mencionado. (Mocca, 2009: 13). Desde esta perspectiva, Alfonsín logró con el retorno del régimen democrático en 1983 resignificar el clivaje político que durante años se organizó en torno al antagonismo peronismo-antiperonismo al denunciar un pacto militar-sindical mediante el cual se vinculaba al peronismo con el pasado autoritario a superar y con su falta de compromiso con las instituciones democráticas. El campo político dejaba de organizarse discursivamente en relación al peronismo y comenzaba a referenciarse en una nueva idea-fuerza: la *democracia*. Según Aboy Carlés, Alfonsín trazó una nueva “frontera política” con el pasado, constituyó una nueva identidad hegemónica que marcó una discontinuidad con la objetividad dominante (2001: 169). En su discurso, la distancia entre democracia y dictadura, asociada ésta al terrorismo estatal, excedía largamente a una diferencia de régimen: es la oposición entre vida y muerte. En tal sentido, la frontera que marcaba el contraste con la dictadura pudo leerse en tres orientaciones: una clara ruptura con el pasado de violaciones de los derechos humanos y el compromiso de una profunda revisión del mismo, la asociación del peronismo y en particular del ala sindical con las prácticas violentas y antidemocráticas y vincular en política exterior la paz con el régimen democrático. “Se produjo así un desplazamiento en la articulación vertebradora de la identidad radical que contrapuso la

democracia al autoritarismo, la paz a la guerra, la oposición a la complicidad, el progreso a la decadencia y la vida a la muerte”.³⁵

En el curso de los que se denominó la *transición democrática* un sector del peronismo buscó una nueva delimitación del campo político al promover un debate que con doble destinación discursiva –hacia adentro del partido y hacia el gobierno nacional- examinaba críticamente la calidad de la democracia. En efecto, lo que dio en llamarse la *renovación* peronista movilizó el campo de las ideas acusando al sector más ortodoxo –aquel que desplegó una férrea oposición al gobierno radical- de conservador y antidemocrático. Operación mediante la cual esta corriente se investía de un nuevo compromiso con las reglas de la competencia partidaria y de la institucionalidad a la vez que se posicionaba como interlocutor crítico del gobierno de Alfonsín, reconociéndole la virtud de situar a la democracia como eje central de la vida política del país e interpeándolo sobre los significados y los alcances de la democracia que se quería cimentar. Así, la convocante propuesta alfonsinista de una democracia inclusiva devino para la renovación en una “democracia formal”, “procedimentalista”, que sólo refería a las reglas de juego, frente a una perentoria “democracia social” que priorizara temas caros a la tradición peronista como la distribución del ingreso o la soberanía nacional. Democracia formal versus democracia social funcionaría así como el principio de diferenciación política propuesto por la renovación (Mocca, 2008) revelando rupturas pero también continuidades con la propia identidad peronista (Aboy Carlés, 2001: 277).

Con el triunfo de Menem sobre Cafiero en las internas partidarias de 1988 y su posterior victoria en las elecciones presidenciales la renovación entró en su ocaso, en paralelo al fracaso del gobierno radical y la renuncia anticipada de Alfonsín. En ambas campañas Menem retomó la tradicional prédica peronista movimientista y contra los partidos, asociando a Alfonsín y Cafiero con la partidocracia y forzando una nueva ruptura con un pasado que la Argentina debía de

³⁵ La democracia fue así concebida no como un mero régimen sino como una “mentalidad democrática” inscribiéndose en la tradición de “reforma moral” iniciada por el Yrigoyenismo. Es decir, el régimen político plural era sólo el inicio de un ambicioso proceso de democratización de diferentes ámbitos de la sociedad argentina. Ver Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 171-172.

dejar atrás: el de la inestabilidad, el caos económico y el estado populista, asociados al sindicalismo no alineado, los movimientos de izquierda, la “socialdemocracia” alfonsinista y cafierista y los movimientos de derechos humanos. (Aboy Carlés, 307). La profunda crisis social que contextualizó la asunción de Menem al gobierno y su permanente alusión a ese paisaje de fragmentación contribuyeron a construir un suficiente consenso político como condición de posibilidad para la aplicación de un programa de reformas económicas estructurales en clave neoliberal. “Fue la incertidumbre hiperinflacionaria la que habilitó el desplazamiento que implicó, tras la asunción del poder por Menem, la práctica desaparición de una dimensión nacional popular en su discurso y el privilegio de una dimensión nacional estatal. En otras palabras, el desplazamiento de un horizonte en el que la identidad se vertebraba a través de una promesa reformista en materia económica-social (la “justicia social”) hacia el privilegio del orden y la estabilidad ante un caos inmediato y anterior”.³⁶

El peronismo, que forjó buena parte de su identidad política en las premisas de la independencia política, la soberanía económica y la justicia social, acompañó en su conjunto dirigencial –con algunas excepciones- la orientación neoliberal impulsada por Menem. Esta capacidad del Partido Justicialista para adaptarse rápidamente al pronunciado giro neoliberal y así desplazarse hacia la centroderecha del espectro político se explica, según Steven Levitsky, por una particular configuración organizacional del partido. Es decir, la estructura organizacional del peronismo –burocracia débil, subinstitucionalización de reglas y procesos intrapartidarios- habilitó una mayor flexibilidad de la conducción y de los líderes partidarios mientras que su fuerte anclaje territorial (e informal) favoreció el apoyo de sus bases sociales (Levitsky, 1997).

Ese peronismo conducido por Menem salió victorioso de las elecciones legislativas de 1991 y 1993, sumiendo al radicalismo en una de sus peores crisis de legitimidad y creando un espacio vacante para la emergencia de una fuerza política con mayor vocación opositora al modelo económico y al estilo autoritario en el ejercicio del poder gubernamental. Ese lugar pasó a ser ocupado por el Frente Grande, una heterogénea conjunción de pequeñas agrupaciones políticas, que obtuvo un interesante caudal de votos en Capital durante las elecciones

³⁶ Aboy Carlés, Gerardo (2001), *op. cit.*, p. 292.

legislativas de 1993 y que comenzó a generar reales expectativas como fuerza opositora a partir del Pacto de Olivos acordado entre Menem y Alfonsín, a través de una consecuente denuncia por parte de esta fuerza respecto a la discrecionalidad del mismo. Desde entonces y fundamentalmente desde la constitución del Frepaso, el sistema partidario adquirió una nueva dinámica a tal punto de verse amenazado el bipartidismo cuando en las elecciones presidenciales de 1995 el Frepaso obtuvo cinco millones de votos y relegó al tercer lugar al radicalismo. Como analizaremos en los próximos capítulos, esta nueva expresión política alineada en la oposición al gobierno de Menem, a pesar de nacer como promesa de cambio y de un nuevo proyecto de país, rápidamente pasó a formar parte de esa dinámica consensual que giró en torno a la estabilidad económica y las reformas estructurales de los años noventa, buscando conformar su identidad política a partir de la revalorización de una ética política, los principios “republicanos” de la división de poderes y la “transparencia” en el funcionamiento del Estado que el menemismo habría violado sistemáticamente. Es este eje que para algunos autores, El Frepaso buscó instalar un nuevo principio de diferenciación política (Mocca, 2008). El discurso crítico del Frepaso alcanzaba también al déficit institucional de los dos grandes partidos, envueltos en una supuesta crisis de representatividad política.

2.3. El debate sobre la crisis de representación política

Se diagnosticó una *crisis de la representación política*, que afectaría el funcionamiento de los partidos políticos como mediadores entre la sociedad civil y el Estado. El carácter de esta crisis, sus alcances así como los sentidos con que se la asociaron se debatieron desde las perspectivas politológicas más clásicas pero también desde aquellos enfoques de las ciencias sociales que abordan los procesos políticos en relación con las transformaciones socioculturales. Brevemente se podrían enunciar dos posiciones respecto a este tema: quienes afirman que la política ha entrado en crisis como representación y quienes, en cambio, sostienen que se produce un desplazamiento de las formas de representación con anclaje en los partidos políticos hacia nuevos modos de representar demandas, intereses y valores con orientación hacia lo público, que por la complejidad de su naturaleza, se inscriben en otros escenarios y emplazamientos sociales.

El sistema político moderno, con anclaje en los partidos de masas, funcionó durante décadas como mediación fundamental entre la sociedad civil y el Estado. La articulación entre identidades sociales (grupos y organizaciones de clase) e identidades políticas (partidarias principalmente) permitían construir vínculos de autoridad y pertenencia. Capaces de garantizar la *representación de intereses* y asegurar la integración social, los partidos lograron construir consensos mayoritarios y forjar identidades político-ideológicas relativamente estables y consolidadas a lo largo del tiempo. Pero la crisis del Estado de Bienestar afectó la credibilidad de los mismos al verse imposibilitados de agregar nuevos intereses y consolidar mayorías asociadas con proyectos movilizatorios que trascendieran la satisfacción de intereses particulares. En Europa, los efectos del debilitamiento de los sindicatos y del resquebrajamiento del *nosotros* de la clase obrera, la multiplicidad de demandas y la sujeción en la implementación de políticas sociales a las variaciones económicas, actuaron como catalizadoras de la crisis de los partidos socialdemócratas en tanto gestores del Estado de Bienestar (Offe, 1988). Con la merma de recursos de poder se produjeron cambios en la política de coaliciones y los objetivos pragmáticos. Las derrotas electorales de estos partidos los obligó a establecer una política de acuerdos programáticos con socios provenientes de la centroderecha, provocando un deslizamiento hacia el “modelo pragmático de coalición” que reformó la tendencia a moderar el perfil de los programas (Merkel, 1994) El giro de las socialdemocracias europeas en el gobierno a comienzos de los años '80 implicó entonces ya no sólo el abandono de los objetivos de transformación socialista sino también la porosidad a las teorías que se pronunciaban por una reorientación del Estado en materia económica.

Las transformaciones socioculturales producidas en los años 60 y 70 dieron lugar a la aparición de otras identidades que por su carácter heterogéneo no se reconocían como directamente representables por las organizaciones políticas tradicionales. En contraste con el igualitarismo sustentado por el Estado de Bienestar, proliferó una multiplicidad de diferencias corporizadas en distintas fuerzas o actores sociales que operaron con cierta autonomía de los partidos políticos redefiniendo el espacio público. En el afán de recuperar sus bases sociales, los partidos adoptaron en su modo de funcionamiento un claro perfil electoralista flexibilizando su propuesta programática y debilitando las subculturas identitarias tradicionalmente

referenciadas en ella.³⁷ Así, desde miradas más normativas los partidos políticos habrían demostrado un déficit en su capacidad de respuesta y rendición de cuentas a la vez que ejercer un gobierno responsable (Sartori, 1996) perdiendo control del propio proceso político-representativo que se habría desplazado progresivamente a escenarios mediáticos o estrados judiciales (Porra Nadales, 1992). Un nuevo contexto signado por la creciente influencia de los organismos tecnocráticos y las corporaciones empresarias, la autonomía de los movimientos sociales y un rol del Estado más dedicado a su performance internacional recortarían el margen de acción de la política y debilitarían el vínculo entre representante y representado. Esta última es la postura de Touraine (1992), quien piensa al político más como un comunicador en procura de articular diferentes órdenes que se le imponen ante la desaparición de “actores representables” capaces de expresar intereses generales.

Asimismo, “la crisis de representación” y “la desafección política” (Paramio, 1993) fueron tópicos recurrentes empleados durante los '90 para analizar críticamente el encumbramiento en el poder, en varios países de América Latina, de nuevos liderazgos disociados de las estructuras partidarias que le daban sustento e impregnados de un estilo personalista en la forma de gobernar “situaciones de urgencia”. La progresiva crisis de legitimidad de los partidos políticos, sumado a las sucesivas crisis económicas proyectaron un cono de sombra sobre el credo ideológico que impregnaban las narrativas político-partidarias, telón de fondo sobre el cual irrumpieron nuevas figuras políticas capaces de concitar adhesión, movilizar y proyectar una imagen de unidad del cuerpo social. Las dificultades económicas, el “agotamiento de las tradiciones políticas”, las nuevas formas de mediación y representación por imágenes y la transformación de la relación entre política y Estado serían así las principales variables explicativas en el debate sobre la crisis de representación política en los años '90 en América Latina, (Novaro, 1995).

Desde otra perspectiva de análisis se piensa a esta crisis como cambio y transformación de los partidos políticos y sus estamentos dirigenciales, inscribiéndose en procesos de readaptación a nuevos contextos socioculturales. Parte de este enfoque hunde sus raíces en los modelos representativos analizados por Bernard Manin (1992) como consecuencia de las

³⁷ Asimismo, el colapso del socialismo como proyecto global alternativo al capitalismo significó la desestructuración de un campo de antagonismos políticos e identitarios estable y consolidado.

transiciones de la democracia liberal del siglo XVIII a la democracia de masas de fines del siglo XIX y principios del XX, y de ésta a lo que ha dado en llamar “democracia de lo público”. En el parlamentarismo clásico la relación entre representante y representado era personal, de confianza entre pares. Es el reino de los *notables*, reflejo en el plano político de factores sociales y económicos. En el Parlamento, instancia privilegiada de deliberación, los representantes actúan según sus convicciones y no por obligaciones previas contraídas con sus electores. Pero en los albores del siglo XX, la representación parlamentaria que funcionaba en el marco del Estado liberal se mostró incapaz de responder a una sociedad con mayor participación en la vida pública mediante la organización en partidos y grupos de Interés; expresión de un nuevo pluralismo ligado al proceso de democratización que alentaba una mayor participación de la sociedad sobre el Estado mediante el sufragio universal. La *democracia de partidos* modificó entonces el objeto de confianza de los electores, siendo depositario ya no una persona sino un partido, como expresión de una identidad de clase y reflejo de la estructura social. Con una base social sustentada en un programa ideológico consolidado a lo largo de los años, los partidos políticos se convirtieron en organizaciones de masas que agregaban nuevas dimensiones de representatividad y participación a la sociedad, edificando vínculos de pertenencia sólidos que se traducían en comportamientos electorales estables en el tiempo. Al transformarse el representante en un portavoz del partido, con estricta disciplina de voto y subordinación a la dirección del partido, y al ser ésta quien tenía la facultad de elaborar y modificar el programa ideológico, se establecía una doble representación: los partidos representaban a los electores, y los elegidos hacen lo propio con sus partidos.

Con la crisis de postguerra, llegaría a su fin la democracia de partidos y sería reemplazada por una *democracia de lo público*, en donde la relación vuelve a personalizarse aunque ahora es un representante que no se conoce ni se aborda personalmente, sino que se construye una relación mediada, en parte, a través de una opinión pública amasada por los medios de comunicación y los fervores estadísticos de los sondeos. En el nuevo lazo representativo se debilita la mediación de las organizaciones políticas y se acentúa la individualidad del candidato. Manin establece una filiación entre un electorado volátil y reactivo a la oferta electoral y la personalización de la relación representante-representado. En este

marco, asumen un rol preponderante los nuevos líderes en relación con la capacidad de respuesta al rol de gobierno que se impone y por la forma de interlocución que establecen con la opinión pública mediante la instalación y modelación de la agenda de gobierno

Crisis o transformación, en todos los análisis subyace la idea de una tendencia hacia la personalización de lazo representativo. La relación entre representación y liderazgos políticos asume una nueva complejización en un contexto de hegemonía mediática y debilitamiento del poder de los partidos. Algunos enfoques encuentran en la personalización de la política la despolitización de la ciudadanía así como la crisis de las mediaciones institucionales: los liderazgos fuertes y mediáticos suplirían la ausencia de “identidades representables” y de proyectos colectivos (Touraine, 1997). Otras posturas conciben la relación entre liderazgos y representación como una asociación entre “personalización, repolitización y reinstitucionalización”, postulando una compatibilidad entre el mayor protagonismo de líderes personalistas, identificación del electorado y capacidad de gestión con la construcción de consensos, disputas de intereses y funciones representativas, en tanto único procedimiento capaz de articular la gobernabilidad y la representatividad. (Novaro, 1999)

Le debemos a Max Weber el interés por analizar la compleja relación entre liderazgos y responsabilidades institucionales en el marco de la nueva democracia de masas. En Weber, el político y el burócrata aparecen como dos clases de personas que detentan el poder en las asociaciones políticas modernas. Pero para el sociólogo alemán sólo la elección personalista-plebiscitaria de los líderes y la utilización de métodos demagógicos de influencia masiva podían resguardar el liderazgo político libre y responsable en una sociedad dominada por las máquinas partidarias, las corporaciones burocráticas y los grupos de interés. Proponía un gobierno de grandes demagogos respaldados por sus cualidades personales, particularmente el *carisma*, como don extraordinario, principio de legitimación “revolucionario” y “extraeconómico” que le permitía al líder generar reconocimiento y adhesiones, establecer un vínculo emotivo con sus seguidores y crear una comunidad de identificación. Es el carácter revolucionario del carisma en tanto fuente de transformación y cambio social y político lo que lo postula a la dominación carismática como la antítesis tanto de la dominación racional-legal (especialmente la

burocrática) como de la dominación tradicional (patriarcal y patrimonial en particular) (Weber, 1997).

Si bien los partidos políticos aparecían burocratizados en su funcionamiento, su conducción estaba en manos de jefes políticos formados en la lucha por el poder y capaces de orientar la burocracia hacia un objetivo renovado. A diferencia del burócrata, el líder toma decisiones, es responsable y logra reconocimiento, constituyéndose en la unidad del orden político al representar ideas “comunes” en un marco institucional. En la unidad de la comunidad política y la representación del “bien común” se afianza el líder como persona representativa. Con todo, superado el momento inicial, el carisma tiende a rutinizarse a medida en que se avanza en un proceso de institucionalización de la organización. Puesto que no existen procedimientos institucionales organizados para la sustitución, la inestabilidad acompaña a todo liderazgo carismático.

El vínculo con la forma de representación y la identidad política varía de acuerdo al estatuto que asume el liderazgo. Mientras el *liderazgo nacional* expresa la encarnación de intereses, valores o ideales generales –el progreso económico, la refundación institucional, la liberación nacional- y asume una relación metonímica con el colectivo de identificación –la nación, el pueblo, la república, etc.- cobrando un amplio margen de autonomía en coyunturas excepcionales (crisis, fundación de un régimen) y secundarizando las mediaciones partidarias o institucionales, el *liderazgo partidario*³⁸, aun cuando detenta el poder legítimo de organización, supone una identidad construida institucionalmente, restringida por las pluralidad de controles y presiones al interior del partido y por lo tanto, con menos margen de acción. En tanto el *líder de opinión* representa proyectos políticos de menor envergadura y continuidad y por lo tanto convoca grupos u colectivos sociales más fragmentarios y heterogéneos, abroquelados en torno a *issues* pero sin constituir una identidad definida. Este último liderazgo de fuerte componente

³⁸ En este caso habría que determinar la entidad y el protagonismo de ese partido en la vida política para precisar el carácter del liderazgo –líder profesional (miembros del parlamento), funcionarios de partido o líderes municipales o la naturaleza del partido para dar cuenta de la competencia por el liderazgo (por ejemplo, entre dirigentes del partido y líderes sindicales o entre parlamentarios y funcionarios del partido. Otra dimensión de análisis es la relación entre el líder partidario y las bases militantes. Para un análisis comparativo de estas dimensiones en los partidos socialdemócratas del norte y sur de Europa occidental, ver Hine, David, “Los líderes y sus seguidores: Democracia y capacidad de dirección en los partidos socialdemócratas en Europa Occidental”, en Merkel, Wolfgang (ed.), *La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp.175-211.

pragmático se edifica en un vínculo de confianza con la opinión pública y su acción aparece más sujeta a los veredictos de los sondeos y el mercado electoral que a sus representados. (Novaro, 1999).

2.4. Representación y personalización del liderazgo en Argentina

A la luz de las transformaciones en la configuración de los liderazgos políticos en la sociedad contemporánea, es útil aproximarnos a una tipología de liderazgos con anclaje en aquellas figuras que protagonizaran la política argentina desde el siglo XIX hasta la actualidad. En este sentido Maristella Svampa y Danilo Martucelli reconocen tres tipos de figuras políticas asociadas con prácticas específicas: *el caudillo*, *el líder carismático* y *el líder personalista*. El *caudillo* es una forma de liderazgo propia de las sociedades latinoamericanas que precede a la constitución de los sistemas políticos. Si bien no es hoy la figura política hegemónica dado que su existencia presupone “la ausencia de un espacio político”, esta forma de autoridad se ha proyectado en figuras posteriores a la consolidación del sistema político convirtiéndose en una tradición de fuerte arraigo en las prácticas contemporáneas. Por su parte el *líder carismático*, aquella figura portadora de un don extraordinario que le permite recibir un reconocimiento de parte de los dominados, es el modelo asociado con el ascenso de los populismos latinoamericanos y la instauración en el poder de los regímenes nacional-populares, única configuración política en donde, según los autores, se puede hablar de liderazgos carismáticos. Su carisma es el resultado de un proceso múltiple de “identificación-proyección-constitución”, a través del cual lo político constituye lo social en germen”. Actor exclusivo de la escena social, el líder carismático tiene la cualidad de transformar la realidad -encarna la integración social- y de crear la comunidad –“el pueblo” en tanto colectivo de identificación existe cuando es designado por él-. Desde esta perspectiva, el líder representa una concepción unanimista del vínculo social”³⁹. Si bien tanto Irigoyen y Perón se consideran liderazgos carismáticos, es a éste último a quien se toma como prototipo de esta tipología.

³⁹ Los autores definen el unanimismo desde dos características predominantes: la desconfianza hacia toda forma de legitimidad representativa y la equiparación de las mayorías con la nación y de su propia doctrina con la identidad nacional. Martucelli, Danilo y Maristella Svampa (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

Por último, se asocia al *líder personalista* con el proceso de reestablecimiento del sistema democrático, la crisis de la representación política y el debilitamiento de las instancias institucionales intermedias. En consecuencia, es en un contexto de crisis social, de ingobernabilidad y de descomposición de los tradicionales actores sociales donde se impone un estilo decisionista de liderazgo, interviniendo como “autoridad soberana y fuente absoluta de toda decisión pública”. No obstante, los autores incorporan una distinción en cuanto a las representaciones asociadas a los dos últimos liderazgos en particular. El líder carismático integra *su don* al espacio político y conjuga una serie de prácticas y representaciones simbólicas mediante las que -en virtud de imponer una determinada concepción de la sociedad- delimita el campo del juego político. El líder personalista, en cambio, es un *puro efecto institucional*⁴⁰; su interés resulta de su persona y no tanto de su rol, atrae por la relación de proximidad que establece y no ya por la necesaria distancia -inalcanzable distancia- que impone el líder carismático. El líder personalista se convierte así en la expresión de la disociación entre el discurso político y el lenguaje de los actores, que era un elemento clave para la determinación de lo político en el liderazgo carismático.

En esta última tipología de liderazgo parecieran encuadrarse varios gobernantes de países latinoamericanos durante la última década del siglo XX, en el marco de una fuerte crisis de legitimidad del Estado y descomposición social. Con bastante anticipación -en las postrimerías de la década del '80, momento en el que en América Latina se encumbraban Menem y Fujimori en el poder- Sergio Zermeño advertía sobre la aparición de un nuevo líder “sin pueblo” en el marco de una sociedad atomizada. El nuevo líder, disociado de las estructuras partidarias que tradicionalmente le daban sustento, aparecía como consecuencia del “vaciamiento de la sociedad” por el deterioro de los órganos intermedios y el aislamiento de los

⁴⁰ Este líder sería un emergente de la circunstancia, más un “agente” que un “actor”. No obstante, los autores encuentran una continuidad entre el liderazgo de Perón y de Menem, materializado en la importancia de la *conducción*, fundamental para la inteligibilidad del liderazgo político en el peronismo. Martucelli, Danilo, Svampa, Maristella., op. cit. p.98. En tanto para Juan Carlos Portantiero, Menem expresó una continuidad, respecto al vínculo con las instituciones, del legado pragmático de hacer política de Perón, “apegado a las formas decisionistas del poder y hostil al estilo democrático republicano, como lo fuera el peronismo clásico”. Ver Portantiero, Juan Carlos, “Peronismo y menemismo: continuidad y ruptura” en AAVV (1995), *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por Asalto, pp.103-117.

sectores populares respecto de las instancias en que los especialistas tomaban las decisiones. Daba así cuenta de la imposibilidad de construir un sujeto popular en contextos de exclusión económica, crisis generalizada del orden y desidentidad de clase.⁴¹

Tanto Raúl Alfonsín como Carlos Menem se constituyeron como liderazgos personalistas: llegaron al poder respaldados por la opinión pública y gobernaron con autonomía de sus respectivos partidos en el marco de una progresiva volatilidad del electorado y desidentificación partidaria. Pero mientras el primero construyó su figura pública desde la *argumentación*, el último lo hizo desde la *decisión* (Landi, 1989). Al discurso político clásico cultivado por Alfonsín y por la *Renovación* peronista, lo desplazó el contacto personal y mediático de Menem; el fuerte clivaje ideológico que estructuraba la enunciación del creador del justicialismo (peronismo-antiperonismo) fue desarticulado por el llamado a la “paz de los argentinos”. El liderazgo político de Carlos Menem representó una alta concentración de poder y un fuerte proceso de delegación y debilitamiento de los tradicionales canales de agregación de demandas (partidos y sindicatos) en un contexto de desmovilización, fragmentación de la sociedad civil y gran intervención de los medios de comunicación en la ampliación de reclamos y construcción de identificaciones. Es desde la economía (Portantiero, 1995) donde Menem construyó legitimidad como autoridad con una estrategia de hacer visible ante la opinión pública los resultados exitosos de su acción de gobierno, que se respaldaban electoralmente mediante la confianza en el líder. La situación de excepción que produjo la emergencia económica resultante de la hiperinflación provocó una cesión de poderes del legislativo al ejecutivo a la vez que esta concentración de poder era reconocida como legítima por gran parte de la opinión pública. El estilo de gobierno del ex mandatario justicialista reforzó algunas características presentes en anteriores gobiernos plebiscitarios -relegamiento del Parlamento en decisiones fundamentales

⁴¹Zermeño Sergio (1989); “El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, N° 4, octubre-diciembre de 1989, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, pp. 115-150. Otros análisis convergentes en esta perspectiva, se inclinaron por el surgimiento de un “decisionismo antiestatista” propio del neopopulismo, que moviliza a la ciudadanía a través de la representación-escenificación massmediática como exitosa sucedánea de las modalidades tradicionales de movilización. Se refuerza de este modo un neocaudillismo providencial, en detrimento de aquellos liderazgos con anclaje en los partidos. Los líderes emergentes priorizan la ejecutividad y la eficacia de gestión sobre la construcción de consensos y las instancias deliberativas. Se confiere así “unidad al cuerpo social” (Novaro, 1995). Se consolida una “democracia delegativa” que garantiza una “repolitización del estado mediante la encarnación del caudillo en su expresión unívoca”. (Bosoer, Leiras, 1999).

de gobierno, abusiva utilización de decretos de necesidad y urgencia, manipulación de la justicia, recurrente intervención federal a las provincias, desmantelamiento de los órganos de control y fiscalización del Estado- que expresaron una fuerte verticalización del ejercicio de poder en detrimento del equilibrio de poderes.

2.5. Los alcances de la mediatización de la política

Ahora bien, para una mejor comprensión de las transformaciones producidas en el lazo representativo es menester examinar la naturaleza de un actor de creciente importante gravitación en el espacio público y en los modos en que se intentan resignificar las relaciones entre “la política” y “la sociedad”: los medios de comunicación. ¿Operan los medios como los verdaderos garantes de la política en sociedades postindustriales o bien son los depredadores de su continuidad? O en todo caso, ¿cuáles son las dimensiones de lo político que refrendan su legitimidad en el marco mediático? ¿Qué operaciones ideológicas se montan para ocultar los discretos escenarios por donde transita el poder? El emplazamiento mediático de la política también ha sido objeto de controversias entre quienes estudian las imbricaciones entre los procesos políticos y socioculturales. Las miradas que más abogan por una mediatización de la política, esto es, el protagonismo de las lógicas de producción y funcionamiento de los medios de comunicación y las industrias culturales de lo audiovisual en la construcción y tramitación del debate público contemporáneo. (Bonilla Vélez-García, 1995), encuentran en el espacio audiovisual el escenario desde donde se configura una *nueva forma de representar la política*, mediante un proceso de hibridación de géneros y códigos que resemantizan los significados de la misma. El protagonismo de los medios audiovisuales en las formas de re-presentar lo público, en la confección de la agenda, en el nuevo rol de fiscales, como también en la construcción de escenarios donde se entrecruzan lo social y lo político, los convertiría en las *actuales plazas públicas* donde se debaten, ritualizan y legitiman los temas que circulan en la sociedad provocando que lo público y lo privado no se piense como opuestos sino como una *zona de intercambio*.

En el extremo, apoyándose en la tesis del agotamiento del modo tradicional del funcionamiento de la política, se sostiene que la comunicación es la *condición de posibilidad* de la política en la sociedad mediatizada, en la medida en que el enfrentamiento en tanto elemento constitutivo de la política se realiza de modo comunicacional, es decir otorgándole entidad al otro como adversario. En esta clave Dominique Wolton desarrolla el concepto de *comunicación política* (1992) como espacio donde la política redefine su modo de expresión y vinculación con la sociedad civil. Los actores de la comunicación política -medios, políticos y sondeos de opinión- interactúan mediante una lógica conflictual en pos de imponer su legitimidad sobre los otros actores en pugna, generando un espacio de interacción discursiva que representa intereses contradictorios. En este marco de análisis, la importancia de la comunicación en los procesos políticos se adjudica al carácter inclusivo en términos de ciertos derechos que fue adoptando la democracia, al permitir una incorporación de nuevos actores que hacen públicas sus demandas en espacios vedados hasta entonces. De este modo, la comunicación funciona en sentido *descendente* -del poder político al electorado a través de los medios-, y en el sentido *ascendente* de la opinión pública a los políticos, mediante los sondeos.⁴² En este doble proceso, la comunicación política permite la circulación de nuevos temas en el espacio público, los integra al debate político al otorgarles legitimidad y los jerarquiza y excluye a medida que pierden su dimensión problemática y logran consenso.⁴³ El protagonismo de la comunicación política por consiguiente aparece ligado a una transformación y *ampliación* del espacio público, aun cuando los límites y alcances de uno y otro no sean convergentes⁴⁴. El tradicional espacio público representado en los partidos

⁴² Wolton, Dominique, *op. cit.*, p. 41.

⁴³ En un trabajo posterior, Wolton modifica parcialmente esta perspectiva abordando las contradicciones funcionales de la comunicación política. Partiendo de una diferenciación entre comunicación política y "mediatización de la política" –pero reconociendo la mediatización ilimitada que promueve la C.P.–, Wolton plantea los riesgos del efecto "igualador" de la comunicación política para el funcionamiento democrático dado que si potencialmente los discursos de los actores se equiparan, se pierde el componente conflictivo que estructuran los discursos en democracia. Asimismo, esta lógica operativa de la comunicación política, que fomenta la accesibilidad e igualdad en la esfera pública, atenta contra la necesaria diferenciación entre representantes y representados. Wolton, Dominique (1998), "Las contradicciones de la comunicación política" en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comp.) *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, pp. 110-130.

⁴⁴ Ferry discrepa con Wolton en cuanto a la compatibilidad de escenarios entre comunicación política y espacio público. Señala formas de la comunicación política externas al espacio público –como la comunicación política de masas directa, restringida a círculos reducidos de participantes, que no participan en la estructuración del espacio público pero sí lo hacen de la construcción de la opinión pública. Invertiendo la proposición, el espacio público

políticos, el parlamento nacional y la opinión pública se redefine a partir de estas nuevas condiciones y actores, constituyéndose en un *marco mediático* capaz mostrar a “un público – planetario en sus alcances- la complejidad de la realidad social (Ferry, 1992) Este nuevo espacio público se extiende a escenarios como el local (opinión pública expresada en movimientos, agrupaciones, acciones colectivas, etc.)⁴⁵ Y al internacional (poderes inter y trasnacionales, con fuerte penetración en las decisiones políticas nacionales) despegándose de lo político institucional e incorporando a nuevos actores y discursos sociales "no representados" en el tradicional espacio público, capaces de introducir lo expresivo y lo simbólico en lo político.

Esta mirada celebratoria de la comunicación política no revela las operaciones ideológicas ocultas tras el manto de la objetividad *periodística* de los medios y *estadística* de los sondeos. En este sentido Pierre Bourdieu (1990) pone en cuestionamiento la validez científica de los sondeos de opinión al analizar cómo las problemáticas que abordan están directamente vinculadas con intereses políticos, funcionando como *instrumento de acción política* que se propone la idea de que existe una “opinión pública compuesta por la suma de opiniones individuales”. El postulado medular que según el autor fuerza a una interpretación errónea de las respuestas es aquel que indica que *todo el mundo tiene una opinión*. Para que se muestre a la opinión pública como un cuerpo unívoco se debe aplicar un criterio homogeneizador a las respuestas en función de considerar que todas las opiniones tienen el mismo valor; con lo cual *se parte de que hay un consenso en los problemas*. De estas premisas, Bourdieu concluye que es imposible que las expresiones individuales que recogen los sondeos puedan lograr constituir una opinión pública, dado que se impone una problemática y no se le brindan al encuestado herramientas conceptuales que le permitan encuadrar la pregunta en un marco referencial apropiado. Lo que existe entonces, son “tomas de posición ante opiniones ya constituidas en la

desborda el campo de la comunicación política, tal como resulta de las interacciones entre sus principales actores. El autor sostiene que el campo de interacciones entre los principales actores de la comunicación política constituye sólo el medio significativo “más constante” de un espacio público que sufre la subversión del principio jurídico – estructurado en la argumentación y el respeto por las libertades individuales y la soberanía del ciudadano- por el principio mediático, impulsor de una democracia más “aclamativa” que participativa. Ferry, Jean Marc, “Las transformaciones de la publicidad política”, en (Ferry, J.M-Wolton, D. Y otros) *El nuevo espacio público, op.cit.*

⁴⁵ Con todo, el concepto de opinión pública que se legitima en este modelo de democracia difiere sustancialmente de aquella conceptualizada por Habermas que nombraba un debate racional de argumentos entre grupos de ciudadanos interesados por constituir un ámbito de crítica y de control frente al poder del Estado. Habermas, Jürgen (1981), *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Madrid.

sociedad”⁴⁶. En suma, estructurada por tres lógicas en pugna –la de la comunicación, la de la política y la de la técnica-, el espacio de la comunicación política sitúa al abordaje experto sobre la realidad en el centro de esta trama conflictiva, restringiendo la cantidad de participantes que intervienen en estas luchas simbólicas (Champagne, 2002).

En convergencia con esta lectura crítica del proceso de mediatización de la política, varios autores han denunciado el vaciamiento de sentido de ésta bajo el formato mediático: el acto partidario que implicaba una "forma" de participación ciudadana en los asuntos públicos fue relegado por el debate televisivo dirigido a un telespectador que sólo se interesa por la información; el corpus de ideas y consignas pasó a secundar a las historias y habilidades personales; el político se ve desfallecer ante un personaje que para obtener votos, previamente, debe captar el interés del televidente pues “las legitimidades se construyen sobre el tacto” (Marc Abeles, 1992) En este sentido, Héctor Schmucler (1991) focaliza la lógica mercantil que impulsa esta reconversión: “Pierde sentido hablar de la influencia de los medios en la política, cuando la política se mimetiza con los valores de lo mediático como cultura. Se podría decir que una parte considerable de la población, antes de ser 'sujeto político', es 'sujeto mediático’”.⁴⁷ Este nuevo formato –pronostican- evidencia el desvanecimiento del perfil territorial de la política. Tradicionalmente eran la calle, la plaza, los lugares donde cobraba vida la acción política. Escenario donde se desplegaban los rituales y las simbologías de los actores colectivos; arena de lucha, de adhesión, de conflicto de fervorosos enunciadores; territorio surcado por la huella de las grandes movilizaciones; superficie donde hacía carne la militancia y estiraban sus brazos las ambiciosas utopías juveniles. La pantalla televisiva se vuelve la

⁴⁶. Bourdieu, Pierre (1990), “La opinión pública” no existe en *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, pp. 239-250.

⁴⁷ Schmucler define a la política como *táctica de venta* en tanto se pretende constituir como un espacio de consumo. Desde esta lógica, cobra una inusitada importancia en épocas electorales el *packaging* del candidato, privilegiando criterios publicitarios. Es mediante el intento de vender esta imagen que se trata de convencer al votante. “En este marco, la creencia asume un nuevo estatuto, dependiendo la credibilidad política de la credibilidad mediática. El protagonismo en la formación de culturas e identidades por parte de la televisión fue asimilado -no sin costos- por los políticos, quienes fueron convirtiéndose en personajes adictos al "reality show" desplazando la "retórica de la argumentación por la retórica de la actuación" Schmucler, Héctor (1992), “La política como mercado o la desventura de la ética” en Schmucler, Héctor y María Cristina Mata (Comps.) *Política y Comunicación ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Universidad Nacional de Córdoba-Catálogos.

anfitriona de una política remozada, estilizada y vaciada de gran parte del contenido que envolvía a la política tradicional. La pantalla invita a la política al recinto del espectáculo (Quevedo, 1992), habitado por una multiplicidad de actores en pugna por el indicador de representatividad catódica: *el rating*. (Sarlo, 1996) Este cambio en las formas de la cultura política, modifica a su vez los roles que tradicionalmente cumplían los actores involucrados: el ciudadano se convierte en *telespectador*, el político en *personaje político* y el periodista en *mediador* entre éstos. Se produce, en términos de Verón, una *interfaz entre el discurso político y la información*.⁴⁸

La “videopolítica”⁴⁹ se convierte así desde algunos *puntos de vista* en el formato televisivo que adquiere la política al incorporar nuevos códigos, lenguajes e inscribirse en la lógica espacio-temporal del medio audiovisual. La introducción de otros géneros discursivos y estéticos que enfatizan la imagen del candidato por sobre las propuestas y doctrinas políticas provoca la pérdida de legitimidad del soporte que estructuraba los modos de enunciación tradicionales de la política: el *discurso político*. En la videopolítica, se activan otros dispositivos de enunciación más cercanos a lo corporal que al desarrollo argumentativo: el tono de voz, la mirada, la gestualidad, la soltura de los movimientos, la soltura de los movimientos, la fluidez del discurso, el estilo de vestimenta, forman parte del escenario actoral, al tiempo que funcionan como recursos para seducir (Sarlo, 1997). Ahora bien, ¿es pertinente homologar un tipo de espectacularización de la política, reconvertida en clave de entretenimiento, con su propia lógica de funcionamiento, sus sentidos y sus gramáticas? ¿Su existencia depende exclusivamente de los medios? O en todo caso, ¿qué tipo de espectacularidad política promueven los medios de comunicación y en qué se diferencian de las tradicionales “puestas teatrales” de la política como el mitin, el balcón o la plaza? Sobre este interrogante gira la reflexión de Eduardo Rinesi acerca de la singularidad del *espectáculo televisivo*:

¿No nos enfrenta éste a un incesante desfile de transformaciones –de objetos, de cuadros, de planos, de programas, de géneros, de canales- multiplicados potencialmente al infinito,

⁴⁸ Verón, Eliseo (1992), “Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada” en Ferry, Jean-Marc y Dominique Wolton, *El nuevo espacio público....*, cit, *supra*.

⁴⁹ Concepto empleado originalmente por Giovanni Sartori

además, gracias al poder adicional del espectador de fragmentar aún más, por su parte –por la vía del zapping entre otras, este espectáculo de la más vertiginosa diversidad? ¿No requiere acaso la posibilidad de mirar televisión –aun más que la de mirar cine- un entrenamiento intenso en un modo de percibir el mundo como transformación permanente, como constante cambio cualitativo en medio del cual la fijación de una imagen determinada durante un período considerable se va volviendo casi imposible? Pues bien, querría sugerir que –igual que las programaciones y los géneros del espectáculo –las formas (siempre, constitutivamente espectaculares) de la puesta en escena de los liderazgos carismáticos también deben adecuarse al reinado de este tipo de imagen-movimiento en la que no importan ya las poses oratorias, sino la capacidad de cambio permanente, de transformación constante, de adecuación incesante al abandono de un rol y la asunción de otro. (...) Si pensamos al ex presidente Alfonsín, antes que como el auspiciante de una forma de la política formulada en el formato y con las reglas de la televisión, como el último abanderado de la terca, obstinada y casi anacrónica resistencia a abandonar la política concebida en términos clásicos de la oratoria encendida, la presencia de las masas y los escenarios “naturales” de la vieja tradición cívica callejera –o acaso aún de la épica populista- no nos sorprenderá recordarlo representando (ya que nunca un político hace otra cosa que esto: representar), representando siempre un único papel: el papel de sí mismo. Por oposición, ya es un lugar común señalar la ductibilidad del presidente Menem para pasar con gran velocidad de un rol a otro, para amoldarse al instante a cambios violentos de las reglas de juego, de los escenarios y de los públicos.⁵⁰

Con un ademán impugnador sobre los reduccionismos que encarnan ciertos enfoques respecto a la influencia de los medios en la política, Sergio Caletti (1999) observaba hace algunos años atrás que no todas las dimensiones de la vida política están impregnadas del componente espectacular que les provee los medios en su afán de *transparencia*⁵¹. Sugería interrogarse acerca de la producción ideológica que dicho componente presupone y cómo ella se inscribe en *otras operaciones* de dominio inherentes a lo político orientadas a consolidar el proceso de construcción de legitimidad.⁵² Esta luminosidad -la artificialidad de la representación de la voluntad ciudadana que la videopolítica encubre en su simulacro de debate y empatía del político con la sociedad- contrasta con el secreto y la oscuridad de aquellas dimensiones de lo político que discurren en los herméticos enclaves palaciegos, judiciales, económicos donde las élites adoptan decisiones. Interrogándose por los alcances de la absorción por parte de los

⁵⁰ Rinesi, Eduardo (1994), “Carisma, discurso y política en la época de la imagen” en Mangone, Carlos y Jorge Warley eds) *El discurso político del foro a la televisión*, Biblos, Buenos Aires, pp. 171-172.

⁵¹ Esta es, a juicio del autor, una de las mediaciones más sofisticadas realizada por los medios: “tras la novedad de que el mundo se volvió inmediato y al alcance de la mano, oculta todas las operaciones de producción, cámara y edición. Es en este sentido que la tecnología pone en juego su carácter ideológico” Caletti, Sergio (1999), *Videopolítica, esa región tan oscura. Notas para repensar la relación política/medios*, Buenos Aires, (mimeo), p. 30.

⁵² Caletti, op. cit. p.30.

medios de los diversos procesos de *mediación* y por el efecto de esta transformación en la integridad de la palabra política y las modalidades de argumentación, Philippe Breton (1998) nombra una *ideología de la comunicación*, homogeneizadora de los diferentes discursos sociales, que opera mediante una doble identificación: entre mediación y mediatización; y entre medios y democracia. “El riesgo de reducir la mediación a la mediatización es quebrar el hilo argumentativo propio de lo político para sustituirlo por el comentario mediático”. Propone que la palabra política encuentre otros canales de circulación para evitar convertirse un “mensaje”, una palabra “coproducida” por la edición mediática⁵³

Pero ¿qué implicancias tiene el efecto *mimético* de la política con el marketing televisivo en la construcción de un proyecto a largo plazo? Verón (1998) examina la interacción de dos esferas que tradicionalmente funcionaron de modo independiente: la esfera política, lugar de construcción de los colectivos identitarios asociados a la gestión de largo plazo, y la esfera de los medios, lugar de construcción de colectivos asociados en el corto plazo al imaginario más cotidiano y a las conductas del consumo. Las dificultades de la esfera política para continuar produciendo colectivos de identificación a partir de la disociación del sistema político y el sistema económico (motor de la gestión a largo plazo) le restó legitimidad, paralelamente al creciente predominio del campo mediático, gestor de los colectivos a largo plazo. Asimilada a la lógica comercial, la política perdió el dominio de su propio campo ante la ausencia de uno de los elementos esenciales para la consolidación de los colectivos a largo plazo: el componente *programático* del discurso político, es decir, la “construcción argumentativa de un proyecto”. Así, se priorizó la construcción de identidades vinculadas al corto plazo y a la coyuntura electoral. En este nuevo emplazamiento, la política se rige por la lógica del target: busca seducir al *paradestinario*, blanco del marketing mediático, con lo cual desaparecen los otros dos componentes del discurso político que contribuían a la constitución de colectivos identitarios a largo plazo (prodestinatario y contradestinario), incapaces de construirlos desde el orden icónico e indicial de la televisión.⁵⁴ Esta “interfaz” entre campos exige revisar el “grado de democratización” de algunos de los actores que intervienen

⁵³ Breton, Philippe (1998), “Medios, mediaciones, democracia” en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comp.) *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, pp. 220-236.

⁵⁴ Para un desarrollo más exhaustivo de este análisis, ver Verón, Eliseo (1998), “La mediatización de lo político” en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comp.) *Comunicación y política...*, cit, *supra*.

protagónicamente en esta *democracia de lo público*: la agenda mediática es instalada cotidianamente por un grupo muy reducido de empresas periodísticas quienes, invocando la pretensión de representar a la opinión pública, pugnan por imponer su propia jerarquía de prioridades en función de los intereses que persiguen, constituyéndose en un nuevo polo de poder (Champagne, 1998).

Como vemos, la relación entre el campo de la política y el campo de los medios asume una complejidad que escapa a cualquier perspectiva determinista y unilateral. Las difíciles coyunturas económicas por las que atravesaron los países de América Latina durante, las así llamadas “transiciones democráticas”, la crisis de credibilidad de los partidos políticos, el debilitamiento del discurso político como principal soporte de la lógica política, la creciente gravitación de poderes no representativos en el poder y la aparición de otros actores que portaban saberes “técnicos”, pasaron a formar parte de la nueva trama en que se fue redefiniendo el vínculo entre la política y medios de comunicación, también en nuestro país. Complejidad subrayada en los lúcidos análisis realizados por Oscar Landi sobre la trama comunicativa y cultural del nuevo espacio público democrático, los cambios en la cultura política y las resignificaciones de los *lenguajes políticos*.

Con la vuelta a la democracia en nuestro país se revalorizó la palabra pública, la participación mediante la manifestación, el acto partidario, la restitución del orador y la tribuna. La prensa fue instalando cierta agenda de temas y legitimando actores políticos en tanto que la televisión *escenificó* la nueva simbología del régimen democrático. A la vez, colaboró a *personalizar* la representación política en paralelo con la introducción en las campañas políticas de nuevas técnicas de marketing que focalizaban más la imagen del candidato que la propuesta programática o la identidad partidaria. Quien mejor encarnó la apuesta a la credibilidad de la palabra y el discurso político fue Raúl Alfonsín, quien mediante un discurso pluralista, respetuoso de las libertades públicas y con fuerte apego a la Constitución logró posicionarse como el principal orador de la contienda electoral y estimular a que se volviera a *creer en la política*⁵⁵. Pero, como señala Landi, el mismo político que en la campaña de 1983 había

⁵⁵ Al final de sus discursos recitaba el prólogo de la Constitución Nacional funcionando como un ritual en todos los actos partidarios. Esta especie de “rezo laico” perseguía el objetivo de instalar en el imaginario de la ciudadanía la

denunciado un pacto militar-sindical colocando verosíblemente al peronismo en el lugar de la complicidad con el pasado autoritario que debía desterrarse para siempre en la Argentina, se erigió como mentor, en vísperas de los levantamientos carapintados de Semana Santa de 1987, de ese *otro* pacto secreto que comenzaría a horadar la credibilidad de la palabra política y a poner en suspenso el espíritu rupturista del “nuevo tiempo democrático”. Si hasta acá la televisión había sido “más un escenario que un actor directo” de la política (Landi, 1992) desde este punto de inflexión en el gobierno de Alfonsín –en su propia autoridad como enunciador- la televisión comenzará a ganar espacios en detrimento de la credibilidad política, vigorizada con aquella promesa de una democracia inclusiva que paulatinamente decantada en irresolución y desencanto.

Paralelamente a este declive de la palabra política, las campañas electorales se fueron profesionalizando e incorporando recursos del marketing político, asesores de imagen, sondeos de opinión. La estrategia política pasó a quedar en manos de una nueva figura: el *experto*. Este exhibe como principal capital su especialización, un saber técnico, objetivo, “desideologizado”; su “profesionalismo” le exige ser eficiente, *pragmático*. Como varios trabajos han señalado (Svampa, 2005, Heredia, 2006, Vommaro 2008), la tecnocratización del saber fue cobrando centralidad en la vida política argentina en las últimas décadas, fundamentalmente materializados en dos tipos de figuras que dan cuenta del doble vínculo heterónimo de la política: el *economista* y el *asesor comunicacional*, incluyendo en esta última a quienes organizan discursos, se especializan en imagen y a los consultores de opinión pública⁵⁶

En el marco de este desplazamiento de la política de sus formas más tradicionales de expresión a la escena mediática, la *caravana electoral* fue incorporada por los candidatos de la renovación peronista y luego explotada plenamente como recurso por Carlos Menem en la contienda presidencial de 1999, a partir de la cual se incorporó en forma estable como parte del repertorio utilizado por los políticos para captar personalmente nuevas adhesiones en sectores

idea de que él representaba la garantía ética de la clase política. Ver Landi, Oscar (1988), “El discurso de lo posible” en *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Puntosur, pp. 41-85.

⁵⁶ Sobre la *expertise* de los encuestadores y su creciente protagonismo en la dinámica de la comunicación política en Argentina ver Vommaro, Gabriel (2008), *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Los Polvorines, Ungs-Prometeo.

desmovilizados políticamente (Waisbord, 1995: 177). La caravana mantenía el anclaje territorial pero tenía una fuerte inscripción mediática. Retirado el *pueblo*, había que ir a buscar a la *gente* (caravana) y seducir al *público* (pantalla). No obstante, no fue el único recurso utilizado por el ex presidente para aparecer en los medios y potenciar el vínculo emocional que edificaba con amplios sectores de la población: Menem apareció como un hombre atractivo para el espectáculo de los medios en la medida en que era un “personaje de la noche”, es decir integraba la farándula televisiva mucho antes de que se convirtiera en un político de proyección nacional. Fue el *actor protagónico* de ese expansivo proceso de escenificación de la política en el emplazamiento audiovisual donde el discurso político fue desplazado por una hibridación de géneros y lenguajes como el humor, la imitación, la gestualidad, el melodrama, la parodia (Landi, 1992)⁵⁷, proceso claramente funcional a la consolidación de un tipo de liderazgo personalista más proclive al contacto y la búsqueda de identificación con el público que a construir relaciones orgánicas y comprometidas con estructuras, organizaciones y territorios.

Paralelamente a la “profesionalización” de la política, se produjo un proceso de autonomización de los periodistas mediante la construcción de una enunciación que los ubicaba como “mediadores” y “representantes de la gente” frente a la “clase política. Como analiza Gabriel Vommaro (2008) en la década de los 90 se desarrolló un periodismo de investigación que hurgó en las prácticas ilegales de la actividad política hasta convertir a la *corrupción* en una clave de lectura moral sobre la política argentina. Así el discurso *transparentista* montado por las empresas periodísticas con apoyo en las encuestas y retomado con ahínco por parte de la oposición política exigía a la política investigarse a sí misma y al mismo tiempo reprimir su mirada escrutadora sobre otras prácticas poco honorables en ámbitos propios de actores no representativos pero con fuerte capacidad de veto, como los empresarios. Como veremos en el capítulo VI de este trabajo, la *corrupción* como principal problema público pagó importantes dividendos electorales a una fuerza como el Frepaso que encontró en los medios de

⁵⁷ El emplazamiento televisivo de la política que privilegió el menemismo incluía a novedosos actores de distintas legitimidades y procedencias: por un lado, empresarios exitosos, tecnócratas, publicistas, empresarios, encuestólogos, proclives a orientar la política hacia las necesidades del mercado; por otro, irrumpieron una serie de figuras famosas, estrellas del espectáculo, la farándula, el deporte, etc., que intentaron transformar su popularidad en capital político (Ortega y Reutemann, por ejemplo) y utilizaron la televisión como su plató de lanzamiento.

comunicación una formidable arena para vitalizar un discurso que pivoteó en cierto mal humor de los sectores medios con las prácticas “inmorales” del menemismo.

Recapitulando. El sistema partidario argentino funcionó durante el siglo XX con dos partidos mayoritarios que se alternaban en el poder, aunque con la prevalencia del justicialismo. El retorno de la democracia no modificó la dinámica precedente, acentuándose el predominio del bipartidismo. La emergencia de terceras fuerzas como las experiencias del Partido Intransigente en el espectro de la centroizquierda o de la Ucedé en el de la centroderecha, si bien capturaron una porción del electorado en torno a determinadas demandas o identificaciones no lograron consolidar en el tiempo una propuesta que los diferenciara nítidamente de los partidos mayoritarios; en consecuencia, fueron desdibujándose a medida que el radicalismo o el justicialismo, respectivamente, reabsorbían las demandas que en su momento habían expresado estas pequeñas fuerzas. Si bien algo similar ocurrió con el Modín, en el caso del Frente Grande la performance electoral ascendente que tendrá en poco tiempo le permitió una mayor implantación e incidencia en el juego político a nivel nacional. Capitalizó, como veremos en los próximos capítulos, la crisis de representación que afectaba no al bipartidismo en su conjunto sino, como ha señalado Juan Carlos Torre (2003), a uno de los grandes partidos: la Unión Cívica Radical.

En la pérdida de credibilidad del vínculo representativo (Rinesi y Vommaro, 2008) se puede leer la mayor influencia que fueron adquiriendo los medios de comunicación en la configuración de puntos de vista y representaciones sobre la política, del mismo modo que la relevancia que pasaron a ocupar como mediación enunciativa y escénica entre la política y la sociedad. En ese juego de nuevas legitimidades ganadas por los medios y los sondeos de opinión en tanto actores del campo de la comunicación política y la credibilidad de “baja intensidad” que entornó a la palabra política, se fueron reestructurando a su vez los liderazgos, las formas de construcción de legitimidad y las modalidades de interpelación. Si Alfonsín a la vez que revitalizó la legitimidad de la palabra política la puso en crisis como elemento vertebrador de la representación política legítima; y Menem reemplazó la lógica argumentativa por la lógica indicial concediéndole la palabra pública autorizada al saber tecnocrático y al poder

empresarial, Carlos “Chacho” Álvarez –como analizaremos en los capítulos posteriores-, en tanto nuevo liderazgo nacional a mediados de los noventa, fue el que mejor reflejó la consolidación de la palabra política *coeditada* por la palabra mediática. Hijo rebelde del peronismo, escriturará en los medios de comunicación su nuevo *domicilio existencial*.

Capítulo III

El horizonte de *Otro País*. El camino hacia el Frente Grande

[...] Tratar de profundizar una democracia formal, restringida, es nuestra responsabilidad para construir una alternativa popular con todos los sectores que se lo banquen. Hay que hacerlo con humildad, partiendo de una autocrítica entre los militantes y los dirigentes. Y saber que hoy tienen que confluír lo social, lo político y lo gremial. Digo confluír lo generacional con la posibilidad de demostrar que podemos construir un país distinto. Que es posible gobernarlo sin pagar la deuda externa. Que es posible elegir un camino más duro, pero que no dejará a la mayoría de este país marginada, arruinada

Germán Abdala

*Reportaje realizado por Omar López para
la revista El Porteño, agosto de 1992*

Comenzaremos en este capítulo con una reconstrucción histórica del proceso por el cual un grupo de diputados justicialistas construyeron una fuerte oposición a las reformas implementadas por el gobierno de su propio signo político hasta decidir abandonar el partido y lanzarse a la ciclópea tarea de construir un espacio político alternativo desde el cual reivindicar al “verdadero peronismo”. Frustrada electoralmente esta estrategia, analizaremos el engorroso camino recorrido desde 1991 hasta la articulación de un frente electoral entre diferentes y heterogéneas expresiones de izquierda y centroizquierda. Examinaremos luego que rasgos identitarios fue asumiendo en su origen el Frente Grande, su oposición frontal al modelo económico neoliberal y la incipiente promesa política que encarnaba esa estrategia de confrontación. Para terminar, focalizaremos nuestra atención en cómo el Frente capitalizó políticamente el Pacto de Olivos, en la emergencia del liderazgo político nacional de Carlos “Chacho” Álvarez y en las primeras tensiones y disputas entre este dirigente y “Pino” Solanas

por la orientación ideológica que debía tener la fuerza y los sectores que debían formar parte del nuevo espacio opositor.

3.1. El “Grupo de los Ocho”

La aplicación de las políticas de ajuste por parte del gobierno de Menem referida en el primer capítulo no fue acompañada por todo el peronismo. Poco tiempo después de que el gobierno construyera su alianza con los principales grupos económicos nacionales e iniciara el camino hacia las reformas de corte neoliberal, un sector minoritario de legisladores justicialistas decidió cuestionar la orientación del gobierno y encarnar una suerte de peronismo disidente que reivindicaba los postulados doctrinarios y se reconocía como representante del “verdadero peronismo”¹ Este sector pasó a denominarse *Grupo de los Ocho* y estuvo integrado por Germán Abdala, Carlos “Chacho” Álvarez, Luis Brunati, José “Conde” Ramos, Juan Pablo Cafiero, Darío Alessandro (padre), Moisés Fontenla y Franco Caviglia. Desde el comienzo el grupo funcionó de forma inorgánica con una conducción bicéfala: Abdala² y Álvarez.³ Abdala, con mayor anclaje y

¹ Expresión utilizada por Darío Alessandro, ver *Clarín*, 16 de noviembre de 1990.

² Junto con Víctor De Gennaro, Germán Abdala formó en diciembre de 1977 ANUSATE (Agrupación Nacional Unidad y Solidaridad de ATE), corriente que enfrentó a la conducción de ATE ligada a la dictadura militar y que, al ganar las elecciones del 11 de noviembre de 1984, recuperó la organización sindical para los trabajadores, convirtiéndose De Gennaro en secretario general de ATE a nivel nacional y Abdala secretario general de ATE seccional capital. A su vez, junto con “Chacho” Álvarez, Abdala formó el Movimiento Nacional Renovador (MNR) en 1987, una corriente interna posicionada en la izquierda del espacio de la renovación peronista. Electo diputado nacional en 1989 por Capital Federal, Abdala tuvo una destaca actuación parlamentaria por su lucha contra el proceso de privatizaciones, denunciando la corrupción y el desmantelamiento del Estado pero también por bregar para recuperar las Convenciones Colectivas para el Empleo Público y proyectos orientados a fortalecer las políticas públicas de salud hacia los sectores más vulnerables.

³ Carlos “Chacho” Álvarez participó en sus primeros años de militancia política en la *CGT de los Argentinos* y posteriormente en las *Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN)* lideradas por Rodolfo Galimberti; desde ese espacio, encabezó una fractura de las JAEN, fundó la Fuerza para la Organización Revolucionaria Peronista (FORPE), abrió unidades básicas en las circunscripciones 17 y 18 de Capital Federal, fue delegado gremial de los laboratorios Armstrong, escribió “La Universidad nacional, un proyecto de dependencia”, dio clases de Historia en la universidad e integró el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), liderado por Deolindo Bittel Cafiero, donde lanzó junto a otros compañeros la revista *Vísperas*, una publicación de circulación restringida. Con la recuperación de la democracia, fue asesor de Bittel en el Senado (en la Comisión de Economías Regionales), editó *Unidos*, integró el “Grupo de Acción Política” de la *Renovación* peronista, asesoró a Antonio Cafiero en temas programáticos y discursivos, hasta que en 1987 constituyó el Movimiento Renovador Peronista (MRP), que llegó a tener una red importante de locales en Capital Federal y participó de la junta promotora de la fórmula presidencial Cafiero-De la Sota. En 1989 Álvarez integró por la disidencia la lista de

referencialidad en el mundo sindical y en la militancia territorial –universo en el cual también tenía participación Brunati⁴- y Álvarez más ligado a la estrategia política y al vínculo con los medios de comunicación. Ambos compartían la perspectiva de que el menemismo había desvirtuado el peronismo y se diferenciaban de los tiempos políticos para romper con esa fuerza política. Asimismo, Abdala ejercía una especie de articulación entre Álvarez y un sector más radicalizado que referenciaba Brunati. La discusión al interior del grupo giraba en torno a si el peronismo se había agotado como elemento de transformación o si había posibilidades de acumular espacio de poder político en su interior. Álvarez y Brunati eran partidarios de quebrar con el peronismo y fundar un nuevo espacio político, mientras que otros como Franco Caviglia creían todavía viable el peronismo como estructura de contención y capitalización política:

Yo entendía que el ‘ Grupo de los Ocho’ tenía que convertirse en una línea interna dentro del peronismo. Seguramente no íbamos a ver réditos políticos ni ocupar espacios institucionales en lo inmediato pero a mediano plazo se podía convertir en un espacio político interesante. Quienes llevaban las banderas de quebrar con el peronismo y fundar un nuevo espacio político fueron ‘Chacho’ en Capital y Brunati en la provincia de Buenos Aires. Lo que terminó disolviendo el espacio fue que ‘Chacho’ tenía la necesidad política de fundar un nuevo movimiento. Él sabía cuál era su horizonte. Entonces empezó a operar a los que eran incondicionales como el caso de Darío Alessandro y en menor medida Juan Pablo Cafiero. Así, yo fui quedando aislado.⁵

Constituido en bloque parlamentario, el *Grupo de los Ocho* fue un espacio más contestatario que propositivo: Focalizó sus críticas en el sesgo extranjerizante y excluyente del plan económico, en la corrupción en el manejo de la gestión pública⁶, en la política de

diputados nacionales apadrinada por el líder de la renovación en Capital Federal, Carlos Grosso, ocupando el tercer lugar de la misma. Con el triunfo justicialista en las elecciones, Álvarez obtuvo una banca legislativa, junto con su compañero de ruta en esos últimos años, el sindicalista de ATE Germán Abdala.

⁴ Luis Brunati había sido ministro de gobierno de Antonio Cafiero en la primera etapa de su gestión en la provincia de Buenos Aires. Había implementado reformas de corte progresista en la política de seguridad que le valieron su renuncia poco tiempo después. Fue el único integrante del Grupo de los Ocho que no votó la ampliación de la Corte Suprema de Justicia promovida por el gobierno. Fundó “Encuentro Popular”, con anclaje territorial en la localidad de Moreno, provincia de Buenos Aires.

⁵ Caviglia, Franco, entrevista realizada el 19 de diciembre del 2000.

⁶⁶Presentaron denuncias contra el subsecretario de Programación y Control del Ministerio de Economía, Carlos Carballo por delitos de estafa; contra la falta de transparencia, actos de corrupción y posibles abusos contra los trabajadores en la privatización de Aerolíneas Argentinas, ENtel, Ferrocarriles Argentinos e YPF, y en la concesión de rutas nacionales por el sistema de peaje. A su vez, solicitaron informes al Poder Ejecutivo para investigar las presuntas irregularidades cometidas en el reconocimiento de deudas por desagio a favor de Manliba y para

privatizaciones⁷, en la defensa de los derechos de los trabajadores⁸, los derechos humanos⁹ y la política de relaciones exteriores.¹⁰ A la vez, buscaron fortalecer el vínculo con aquellos sectores perjudicados por las políticas de privatizaciones: Contribuyeron a organizar a los usuarios de empresas privatizadas canalizando en el Parlamento sus denuncias y reclamos. Esas críticas, que llegaron a plasmarse en un documento elevado al propio Menem¹¹, generaron un fuerte ruido al interior del partido respecto a si debían sancionarse e incluso expulsar a los díscolos legisladores. Ante la ausencia en el radicalismo de un rol opositor persistente y dinámico al gobierno, el papel asumido por *los Ocho* cobró mayor visibilidad, protagonismo y referencia pública en tanto férrea oposición a la “traición” de Menem “al mandato popular” y por su “alianza con el liberalismo”¹²

La posición del “Grupo de los Ocho” era compartida por la CGT Azopardo, liderada por Saúl Ubaldini y secundado por Mary Sánchez y Víctor De Gennaro, quienes habían rechazado desde un inicio el plan Cavallo comparándolo con los ajustes de la administración radical. Ambos sectores fueron acercándose políticamente a medida que continuaban los paros y las movilizaciones –ferroviarios, docentes entre otros- contra las privatizaciones y el plan

investigar la denuncia efectuada por el embajador en los EEUU, Terence Todman, sobre un presunto pedido de coima de Emir Yoma, cuñado del presidente de la Nación, a la empresa Swift-Armour. Asimismo pidieron juicio político al presidente Menem, los ministros Roberto Dromi, Erman González y para el juez de la Corte Suprema de Justicia Augusto Belluscio.

⁷ Presentaron proyectos de ley para frenar la venta de tierras e inmuebles del ramal Retiro-Delta del ferrocarril Mitre, para exigir información sobre la concesión del puerto de Buenos Aires y para suspender el proceso de privatización de Entel hasta que el congreso tratara la adecuación de la ley de telecomunicaciones.

⁸ Se le exigió al PEN un control eficaz de precios en los artículos de primera necesidad, la derogación del decreto 2284/991 de desregulación económica y se repudió la política de liberación de precios de los medicamentos fabricados en el país. Además, se presentó un proyecto de ley para elaborar un régimen de defensa de la competencia y del control de la concentración económica, y otro para establecer un régimen antimonopolio y de defensa de la canasta familiar. También *los Ocho* buscaron legislar sobre los convenios colectivos para el empleo público, y resguardar la fuente de trabajo gravemente afectada por el cierre de la fábrica metalúrgica Acindar de Villa Constitución, que implicó el despido de 3600 trabajadores.

⁹ Durante las sesiones ordinarias de 1990 y las extraordinarias de 1991 presentaron un proyecto de ley para eximir del beneficio del indulto a los condenados por delitos cometidos en ocasión de la usurpación del poder político del Estado, y otro para realizar un plebiscito sobre el indulto a ex comandantes, terroristas o subversivos y condenados por crímenes de lesa humanidad durante el Proceso.

¹⁰ Proyecto de ley solicitando al Poder Ejecutivo que se abstuviera de enviar tropas para intervenir en la crisis militar del Golfo Pérsico.

¹¹ Denominado “Hay otro camino” y con una extensión de 57 carillas donde solicitaban cambios en el gabinete y condenaban la frivolidad y el consumo irresponsable alentado desde el gobierno.

¹² Ver declaración fundacional, *Clarín*, 19 de enero de 1990, *Página 12*, 30 de enero de 1990.

económico. Uno de los espacios en donde convergieron *los Ocho* y el sector sindical liderado por Saúl Ubaldini fue el plenario realizado en la ciudad cordobesa de Villa María, en junio de 1990. Con la consigna “liberalismo o peronismo” participaron algunos intendentes del conurbano bonaerense (Moreno y Lujan), dirigentes de Convocatoria por la Transformación Nacional (CNT), sindicalistas de ATE, FOETRA y CTERA que promovían las protestas contra las reformas del gobierno, y militancia peronista del gran buenos aires y del interior movilizados por el grupo “Unidos”. Allí, se propuso “recuperar para el peronismo su carácter revolucionario y transformador” y se planteó de dar la pelea por la conducción del partido justicialista confrontando con la alianza pro-establishment articulada por el gobierno.¹³

Pero ya por entonces, Álvarez y Abdala comenzaban a percibir serias dificultades para sostener con algún éxito una estrategia frontal de oposición al gobierno dentro del partido justicialista que se arrogara la representación del campo popular en nombre del “peronismo verdadero”¹⁴ La férrea disciplina partidaria de los legisladores peronistas y el alineamiento de importantes sindicatos a la política de privatizaciones disipaban las posibilidades de sumar sectores políticos y sociales disidentes para enfrentar electoralmente, desde el propio peronismo, al menemismo¹⁵. Con importantes empresas como Entel y Aerolíneas Argentinas en proceso de privatización y escandalosos casos de corrupción, todo ello sumado al malestar que causó la decisión del Poder Ejecutivo de enviar tropas al golfo Pérsico y, fundamentalmente, el indulto otorgado en diciembre de 1990 a los militares que habían sido condenados por violaciones a los derechos humanos, el distanciamiento del “Grupo de los Ocho” del partido justicialista era irreversible.¹⁶ En el mismo mes de los indultos Luis Brunati renunciaba al Partido Justicialista y forma un nuevo espacio político, *Encuentro Popular*. En tanto a fines de 1991,

¹³ *Clarín*, 17 de junio de 1990.

¹⁴ Para un análisis de las implicancias semánticas de esta expresión, véase Altamirano, Carlos (1992) “El peronismo verdadero” en *Punto de Vista N° 43*, agosto, pp. 6-10.

¹⁵ Mary Sánchez y “Chacho” Álvarez coincidieron en considerar “quebrado” al movimiento nacional y antiimperialista, y reducido a la generación de estrategias defensivas. Álvarez admitió que “estamos en la lona” señalando que el Grupo de los ocho “practica apenas una lucha de resistencia” (...) “Media hora después que el menemóvil ingresó en la Casa de Gobierno, los capitanes de la industria, los pulpos económicos, los lobbies de la deuda externa, se convirtieron en amos y señores”. *Clarín*, 30 de marzo de 1991.

¹⁶ En conferencia de prensa, Álvarez y Abdala llamaron a no votar en las internas del PJ porteño (donde se enfrentaban Carlos Grosso y Carlos Ruckauf) tras asegurar que “se trata de una puja entre “variantes” del liberal-menemismo” (...) “gane quien gane, pierde el peronismo”. *Clarín*, 23 de abril de 1991.

Abdala, Álvarez y Cafiero presentaron ante la Justicia Electoral 5600 avales para solicitar la personería electoral de un nuevo partido: el “Movimiento por la democracia y la Justicia Social” (MODEJUSO). Tras la legalización del trámite, los líderes del “Grupo de los Ocho” se desafiliaron del peronismo señalando que el objetivo a largo plazo es formar “una síntesis creativa de la tradición política nacional y popular, expresada por el irigoyenismo, el peronismo y la izquierda democrática”. Convocaban a “las expresiones combativas del movimiento obrero organizado y otras fuerzas de resistencia social a rechazar la política económica del menemismo”. Como postulados principales de su programa electoral priorizaban el “protagonismo efectivo de actores sociales como mujeres y jóvenes, la activa participación de sectores perjudicados por la política económica”, la afirmación de la Justicia Social y la “reconstrucción del Estado como objetivo básico de una propuesta popular”.¹⁷

Mientras el vicepresidente Eduardo Duhalde lideraba las encuestas a gobernador¹⁸ y Saúl Ubaldini reconstruía las 62 *Organizaciones* -junto con Lorenzo Miguel y Luis Barrionuevo- en un intento de acercarse a Duhalde, el desconcierto empezaba a ser el denominador común en las fuerzas de centroizquierda, un espacio a priori con escaso margen de acción dada la hegemonía de los partidos mayoritarios pero también el considerable peso que ejercía en la Capital el MAS en el espectro de izquierda.¹⁹ En las filas de Álvarez y Abdala dudaban en integrar una coalición de centroizquierda: anunciaron que sólo se sumarían “a un frente que tenga posibilidades de disputarle el poder a menemistas y radicales, porque si no es así no vale la pena”.²⁰ Una vez más, la fragmentación fue el denominador común de este espacio a la hora consensuar candidaturas: por un lado Brunati y su partido junto con organizaciones de izquierda formó el “Frente Popular”. Con un perfil más moderado, el MODEJUSO, la Democracia Popular de Carlos

¹⁷ Ver *Clarín*, 26 de mayo de 1991.

¹⁸ Le llevaba diez puntos de ventaja al candidato radical Juan Carlos Pugliese en la provincia. Mientras que Luis Zamora aparecía con una intención de voto del 6% como candidato a diputado nacional.

¹⁹ Luis Zamora había obtenido una banca de diputados en 1989.

²⁰ En mayo de ese año, el mismo mes en que había sido baleado, el cineasta Fernando “Pino” Solanas recibió el ofrecimiento de la candidatura a diputado nacional por parte del Frente Nacional Popular, Democrático y Progresista. Fue “Chacho” Álvarez quien primero le propusiera a Solanas encabezar la lista de diputados pero según éste “Solanas planteó que había incompatibilidad entre los tiempos políticos y el rodaje de (su película) “El Viaje”. Tres meses después, el líder de los *Ocho* ya no parecía tan de acuerdo con la propuesta: “sería muy oportunista lanzar su candidatura”, afirmó. *Clarín*, 29 de mayo de 1991.

Auyero²¹ y sectores del PI formaron el FREDEJUSO (Frente por la Democracia y la Justicia Social). En esta última alianza, y frente a la propuesta de encabezar la lista de diputados con la figura de Eduardo Jozami, Álvarez pugnaba por no peronizar el Frente tratando de imponer la candidatura de Graciela Fernández Meijide. Asimismo, Abdala, Auyero y Álvarez intentaban infructuosamente una alianza con el sector socialista liderado por Alfredo Bravo.²² Replicando la lógica de encabezar las listas con candidaturas que no provinieran del peronismo, Álvarez extendió sus influencias hasta la lista de concejales porteños, donde existían posibilidades de incorporar un legislador al Concejo Deliberante. Convenció a sus pares de postular a un extrapartidario, alguien “que traduzca la idea de que va a pelear contra la inmundicia que es el Concejo Deliberante y contra los negociados de la Municipalidad”. Propuso entonces a Aníbal Ibarra, que en 1986 había sido designado titular de la Fiscalía Federal Nº 3 de la Capital Federal, desde donde había intervenido en causas de gran resonancia pública.²³ Álvarez inauguraba así una tendencia que se reforzaría en los próximos años en el escenario político-electoral argentino: la de incorporar candidatos extrapartidarios a las listas en lugares expectantes. Pero a diferencia del menemismo, que impulsaba figuras *exitosas* en otros ámbitos, como el deporte

²¹ Habiendo sido el referente de la corriente “Humanismo y Liberación” de la cual se distanció cuando el partido se alineó con el menemismo, Carlos Auyero era un dirigente respetado y prestigioso en el ámbito político nacional. Había articulado una alianza con Antonio Cafiero para las elecciones legislativas de 1985 en la provincia de Buenos Aires y, a instancias de la asunción de Menem en el gobierno, transitaba en la misma búsqueda que el *Grupo de los Ocho*: construir un espacio alternativo al bipartismo. Con algunos grupos sindicales, corrientes internas de la Democracia Cristiana y referentes del Movimiento de Derechos Humanos como Graciela Fernández Meijide, conformó el Partido Democracia Popular. A la nueva fuerza se sumaron Alberto Aramouni, diputado por la Democracia Cristiana, Matilde Fernández de Quarracino, diputada en ese momento por el radicalismo, Oscar Mazzei, diputado por Río Negro y la participación de organizaciones como la Federación Agraria y algunos sectores del Partido Socialista. Del espacio participaron también intelectuales como Ariel Colombo, Miguel Teubal, Enrique Oteiza y Carlos Cárcoba. Así se fue construyendo la corriente denominada “Convocatoria para la Transformación Nacional”.

²² En la columna “Temas de campaña” de *Página 12*, Álvarez y Auyero explicaron el porqué del FREDEJUSO: “Acudir a nuevas metodologías en la toma de decisiones será insoslayable para recrear la confianza dentro de un espacio aún muy fragmentado. Pero además porque no habrá alternativa política a los partidos legitimadores del ajuste si el Frente no prefigura en su propia construcción el modelo de democracia participativa e igualitaria que postula para toda la sociedad”. También reconocieron que hubo “acuerdos parciales o no del todo satisfactorios” a causa de “la impericia y la inmadurez en una tarea tan compleja e inédita”. *Página 12*, 30 de agosto de 1991.

²³ La búsqueda de responsables de la entrega de los hijos de desaparecidos; los casos de copamiento del Aeroparque metropolitano; la concesión del Golf y el negociado de la escuela-shopping durante la gestión Grosso; la quiebra del Banco de Itali y los secuestros de Oxenford, Aulet y Neumann. Decidió renunciar en 1990 cuando Menem firmó el indulto a los jefes militares.

o el espectáculo (por ejemplo Reutemann u Ortega), Alvarez proponía profesionales con cierto prestigio y por su actuación en el ámbito público. Para Mary Sánchez,

Ésa fue parte de las estrategias de la centroizquierda, buscar un mediático, quien podía no ser nada parecido de la política. Hoy es parte de las consecuencias de generar la política de los set televisivos. 'Chacho' lo planteaba pero todos hacían lo mismo. Y como daba resultado...Y además porque también me parece que era una forma para definir diferencias políticas con tipos como mi caso, o Víctor De Gennaro o cualquier dirigente de izquierda social.²⁴

Las escasas posibilidades presupuestarias con que contaba el Fredejuso para hacer campaña llevaron a Álvarez a introducir una modalidad novedosa de difundir sus ideas: subirse a los colectivos, presentar a los candidatos y hacer un breve discurso informando sobre su propuesta política. Pese a esta originalidad, los resultados terminaron siendo magros para la heterogénea coalición: Graciela Fernández Meijide reunió el 3,5% de los votos y se quedó afuera del Parlamento, frente al 6,1% que obtuvo el socialista Alfredo Bravo -con quien ingresaron dos concejales por la ciudad- - Mientras que en la provincia los porcentajes fueron aún peores, obteniendo un escaso 2,5% de los sufragios. El consuelo llegó mediante Aníbal Ibarra, que logró ingresar al Concejo Deliberante. El menemismo lucía victorioso por todo el país con el 40,4% de los votos, ganando su referente en la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, y sólo siendo doblegado en Capital Federal, donde se había impuesto Fernando De la Rúa. La elección realizada por el Fredejuso no sólo dejó el gusto amargo de la derrota sino también la decepción por una frustrada expectativa sobre una contundente condena del electorado peronista a las políticas neoliberales implementadas por el gobierno. La fragmentariedad identitaria y política que surcaba el espacio de centroizquierda imposibilitó que pudiera construirse un proyecto político-programático suficientemente convocante para un sector del electorado porteño. Las disputas por cargos, el exceso de personalismos y la rancia tesitura de mantener *puras* las doctrinas partidarias, volvieron infructuoso cualquier intento de articular un espacio progresista capaz de contener disidencias, lograr consensos y vehicular un proyecto político con algún anclaje social definido. Con espíritu de autocrítica, las fuerzas de centroizquierda se congregaron en octubre de 1991 para efectuar un diagnóstico de las elecciones y constituir un comité coordinador de fuerzas de izquierda. A pesar de los acuerdos

²⁴ Sánchez, Mary, entrevista realizada el 20 de julio de 2009.

generales, afloraron nuevamente las diferencias políticas con relación a la conveniencia de darle un perfil peronista disidente al Frente, como impulsaba Brunati o una orientación más socialdemócrata, como en el caso de Álvarez.

Fortalecido por el triunfo electoral del 6 de septiembre, el menemismo inició conversaciones con la UCR en busca de un pacto político que incluyera temas como las privatizaciones, el presupuesto, los impuestos y el sistema electoral. Mientras que la continuidad de los conflictos gremiales en Somisa llevó al poder ejecutivo a amenazar con ilegalizar los paros producidos por el despido de empleados de las empresas públicas, la economía comenzaba a mostrar indicadores consistentes de caída de la inflación y crecimiento, condiciones que le permitían al gobierno acordar con el FMI un nuevo plan de ajuste que implicaba un mayor recorte fiscal, reordenamiento del sistema financiero, flexibilización laboral, nueva ley sindical y privatización del sistema previsional. Aunque no fue protagonista del escenario electoral de 1991 ya por entonces Carlos “Chacho” Álvarez se posicionaba como el referente en la construcción política del núcleo de centroizquierda proveniente del “Grupo de los Ocho”²⁵. Frente a las dificultades para expandir el espacio político, Álvarez utilizó a los medios de comunicación para profundizar su fuerte prédica opositora al modelo económico:

Se trata de reconocer que estamos frente a un modelo de ajuste, orientado por una concepción preliberal que rechaza tomar los problemas sociales en consideración, confiando su solución al libre desarrollo de las fuerzas de mercado. Ese preliberalismo le impone a la reconversión argentina un retorno a la Argentina de los años '30, de la arbitrariedad y la oligarquización del poder, en la cual puede vivir la miseria junto a la ostentación (...) El desafío que tenemos es plantear otro modelo de transformación; una respuesta a la codicia, a la obscenidad del poder y a la insolidaridad (*Página 12*, 13-10-1991).

Esta denuncia se desplegaba en la crítica al *carácter sistémico* de la corrupción, desbordando el cuestionamiento de la permanente inescrupulosidad de las prácticas políticas del menemismo y atacando la matriz fraudulenta de la política económica. Con todo, ya estaba

²⁵ Germán Abdala ya estaba ausente por una larga enfermedad que lo obligaría a sucesivas operaciones en el exterior. Falleció el 13 de julio de 1993.

enfáticamente presente en su discurso la severa impugnación al *modo de financiación* de la política, uno de los temas centrales en su planteo de “renovar las prácticas políticas”.²⁶

3.2. La larga agonía del acuerdo frentista

A principios de 1992 comenzaron los primeros acercamientos de los sectores de centroizquierda en busca de acuerdos electorales para la senaduría porteña. Las opciones que comenzaban a manejarse eran las de Alfredo Bravo por la Unidad Socialista y la de “Chacho” Álvarez por el Fredejuso. Al lanzar su candidatura a senador Bravo convocó a una confluencia de las agrupaciones de centroizquierda, a pesar de la oposición de un sector importante del Partido Socialista Democrático y del Socialismo Popular al acuerdo con el Fredejuso. Álvarez había sido hasta el momento el representante del espacio más empeñado en dejar atrás las rencillas partidarias y confluir en un espacio de unidad capaz de capitalizar el malestar social que comenzaba a generarse por los efectos del plan económico. Algunos acontecimientos graves ocurridos entre marzo y abril amenazaban con erosionar la confiabilidad política del gobierno menemista²⁷, embarcado en la posibilidad de lanzar un plebiscito por el proyecto de reforma constitucional que contemplaba la posibilidad de reelección presidencial. Ente esos acontecimientos, el escándalo del "diputrucho" tuvo alta resonancia mediática, que el líder del

²⁶ Si los partidos reciben contribuciones en negro de los grupos económicos, ¿con qué autoridad y desde que poder se les puede exigir a esos grupos el cumplimiento de determinadas reglas? ¿Cómo puede ser posible modificar el sistema impositivo, haciéndolo más progresivo y obligando a pagar más a quien más tiene, si precisamente son estos sectores quienes financian la actividad política? (...) Si cotejáramos las listas de las empresas que han contribuido con más entusiasmo económico a las campañas con aquellas de las empresas beneficiadas en los procesos de privatizaciones, encontraríamos asombrosas similitudes (...) Desde esta perspectiva, el tema de la transparencia y el control en el financiamiento de la política es de vital importancia, sea para reconstruir cuotas de vitalidad pública, para moralizar sus prácticas, y sobre todo, para que la política no se convierta definitivamente en una profesión que sólo admita a quienes estén dispuestos a administrar la lógica, la razón y el poder de quienes financian", Álvarez, Carlos, "Plata negra", *Página 12*, 27 de setiembre de 1991.

²⁷ Por ejemplo el atentado a la embajada de Israel, el escándalo por la presencia de un extraño en el recinto de la Cámara de Diputados en la sesión donde se aprobó el marco regulatorio para privatizar las redes del gas, y la denuncia contra el secretario privado de Menem, Miguel Angel Vicco, por haberse beneficiado en 40 millones de dólares por la prescripción de una deuda con el Banco Central.

Fredejuso aprovechó para disparar nuevamente sus dardos contra la inescrupulosidad en la forma de actuar del gobierno.²⁸

La negativa de Álvarez a candidatearse para senador forzó la posibilidad de pensar en alguna otra figura convocante para el voto opositor. Surgió el nombre del cineasta Fernando Solanas, sugerido por Brunati, como candidato de una alianza que incluía al Frente Popular, el Partido Comunista y otras corrientes de izquierda. El acuerdo electoral llevó el nombre de "Frente del Sur" y contó con el apoyo de regionales de ATE y CTERA. Brunati da cuenta de aquella primera candidatura de Solanas:

Yo interpreto que Chacho no va aceptar a ser candidato porque si hay una cosa que no quiere es arriesgar, entonces le propongo ser candidato a senador. Cuando él me dice que no, yo sabía que me iba a decir que no, entonces tomamos la decisión de ofrecérsela a Pino Solanas. No es una idea que se me ocurre a mí, es una idea que se le ocurre a un socialista, un tipo importante en ese momento, que se llama Emilio Perdiel. Yo no tenía relación con Pino Solanas, no lo conocía. Pero sí era muy amigo de Elvar el Kadri, participaba en una construcción que habíamos iniciado nosotros en esos años, que se llamó primero MP17 y después Encuentro Popular. Hablé con Cacho, Cacho le decíamos a Elvar el Kadri, y él me presentó a Pino. Le propuse esto y Pino aceptó. Habrá habido una o dos reuniones, y finalmente Pino aceptó²⁹

Disconforme en un primer momento con la opción de Solanas, el Fredejuso le propuso la candidatura a senador a Alfredo Bravo. Convencido de la necesidad de la unidad para constituir una opción alternativa "a los *"candidatos y los partidos del ajuste conservador"* y al bipartidismo tradicional"³⁰, Álvarez apeló a una solicitada para intentar que los referentes de ese espacio ya postulados, Bravo y Solanas, convergieran en una alianza electoral.³¹ Pero la cerrada

²⁸ "A pocos se les puede escapar lo funcional que resulta para el modelo menemista, el desprestigio de la política, de las instituciones y de las instancias de mediación entre el poder y la sociedad. (...)El episodio del diputado trucho se inscribe en esa voluntad autodestructiva, que es incentivada y premiada también desde el poder. La presencia inescrupulosa de los lobbistas, el apriete de los funcionarios encargados del área energética y la perplejidad de muchos legisladores y periodistas que escuchamos comentarios del estilo ¿dónde está la caja? es decir ¿quién reparte los premios por apurar y sacar la ley del marco regulatorio del gas? constituyen las verdaderas causas, no las únicas, por las cuales se desbordan todos los límites y los fraudes pueden ser posibles. Álvarez, Carlos, "Un extraño en la banca", *Página 12*, 7 de abril de 1992, p. 8.

²⁹ Brunati, Luis, entrevista realizada el 18 de diciembre de 2008.

³⁰ Se refería al oficialista Avelino Porto y al radical Fernando De la Rúa. Álvarez, Carlos, "La oportunidad es ahora", *Página 12*, 18 de abril de 1992, p.10.

³¹ "Compañeros Alfredo Bravo-Pino Solanas: En distintos momentos cada uno de nosotros, como precandidatos a senador para la Capital, reiteramos nuestra voluntad de construir una respuesta unitaria a la corrupción y la

determinación del socialismo antialiancista obligó a Bravo a renunciar a su candidatura. La desorientación ante la falta de un candidato suficientemente representativo de las ideas acuñadas en ese espacio forzó el apoyo del sector de Álvarez a la candidatura de Solanas, aunque con ciertas resistencias, dado que no era el candidato que el diputado porteño hubiera preferido desde el punto de vista de la afinidad ideológica.³² Para Darío Alessandro,

Solanas tenía más una idea de las particularidades de América Latina, del tercer mundo y los movimientos de liberación, una visión antiimperialista. Mientras que el pensamiento de 'Chacho' tenía más la influencia de los partidos de centroizquierda europeos. Coincidieron en que los dos provenían del peronismo, eran muy críticos con Menem y que, yendo por separado, era imposible cualquier batalla política más o menos seria.³³

Por haberse enfrentado públicamente con el presidente, Solanas aparecía como una figura fuertemente antimenenemista.³⁴ La radicalidad del lenguaje utilizado por el candidato - "Menem es una comadreja rapiñera"- y la implacable crítica al plan económico -"un proyecto racista que condena a más de la mitad de la población a niveles de miseria, indignidad y enfermedad", le dieron un tinte fuertemente ideológico a la alianza del Frente, con un claro acento nacionalista: "frente a los candidatos de la Argentina vieja, oligárquica, del atraso y la dependencia decimos: 'otro país es posible'". Esta fuerte sesgo de peronismo disidente -acompañado por toda una iconografía presente en los actos que incluía la tradicional marcha peronista, los retratos de Evita y Perón, las referencias al 17 de octubre, las consignas como

injusticia. En este momento es más alto el valor de los hechos que el de las palabras. Compañeros: es hora de asumir cada uno su responsabilidad. Debemos convocarnos, hagámoslo. Hoy mismo. Y seamos capaces de abandonar un microclima enrarecido y dar respuesta a miles de argentinos que nos reclaman la unidad más amplia posible". Carlos "Chacho" Álvarez, precandidato a Senador por *El Frente*, *Página 12*, 26 de abril de 1992.

³² Según Carlos Auyero, "Chacho" vaciló, porque Solanas venía con apoyos del comunismo, más nacionalistas y peronistas de derecha, una *mélange* muy grande. La gente que siguió con "Chacho" en el Fredejuso decidió hacer un apoyo no muy activo. Yo creo que Chacho advertía en Pino a un competidor." En Luis Pazos y Sibila Camps (1994), *Ladran Chacho*, Sudamericana, Buenos Aires, p.158.

³³ Alessandro, Darío, entrevista realizada el 14 de setiembre de 2001.

³⁴ Si bien apoyó la candidatura de Menem en 1989, algunos hechos ocurridos convirtieron al cineasta en un opositor acérrimo a su gobierno. Cuando se iniciaba su gestión, Solanas propuso convertir las Galerías Pacífico en un gran centro cultural. Pero poco tiempo después, Menem le otorgó esas galerías a su amigo Mario Falak para la construcción de un shopping center. Desde entonces, Solanas inició una férrea oposición contra el presidente y su política de privatizaciones, especialmente contra la venta de YPF, que le valieron no sólo juicios por desacato contra la investidura presidencial sino también un atentado (fue baleado en las piernas) perpetrado el 22 de mayo de 1991, en el cual fue baleado en las piernas.

"patria sí, colonia no" y la exhibición de *La hora de los hornos*- fue rechazada por algunas de las fuerzas que integraban el Frente, entre ellos el Fredejuso, que se negaron a integrar la lista de electores.³⁵ Disconforme con el perfil y la propuesta que encarnaba Solanas, Álvarez tuvo escasa participación y muy bajo perfil en la campaña, concentrándose en la labor legislativa, en la oposición a un gobierno que aparecía cada vez más salpicado por hechos de corrupción.³⁶ Como era de prever, Fernando De la Rúa se alzó con una cómoda victoria sobre el rival oficialista Avelino Porto.³⁷ "Pino" Solanas redondeó una buena elección con un 7,4% de los votos³⁸ y rápidamente convocó a ampliar el Frente del Sur³⁹. Si bien Álvarez reconoció el resultado alcanzado por Solanas, se orientó a reflexionar sobre las notorias dificultades de la izquierda para "salir del hermetismo y entablar una política de unidad suficientemente atractiva para los desencantados de la política tradicional"⁴⁰. Anticipaba con sus declaraciones la tensa relación que mantendría Álvarez con la izquierda.

³⁵ Por su parte la Democracia Popular, liderada por Carlos Auyero y Graciela Fernández Meijide, se consideró prescindente en esta elección dando libertad de elección a sus afiliados. En tanto, el Modejuso y otras agrupaciones integrantes del Fredejuso publicaron una solicitada en tono reprochante con el "sectarismo" de la unidad socialista.

³⁶ A principios de mayo del '92 se conoció que la gestión de Menem había facilitado documentación falsa al traficante de armas sirio Monser Al kassar. En el procedimiento aparece involucrada nuevamente Amira Yoma y también Munir Menem, el ex ministro del interior Julio Mera Figueroa y el ministro José Luis Manzano. Paralelamente, el juez Ricardo Weschler dictaba el procesamiento del interventor de ATC, Gerardo Sofovich, por administración fraudulenta e incompatibilidad entre sus obligaciones de funcionario público durante su gestión al frente de la emisora estatal.

³⁷ De la Rúa obtuvo el 49,89% de los votos, Avelino Porto el 31,78, Fernando Solanas 7,45%, Enrique Venturino 5,63% y Héctor Polino 3,11%

³⁸ Solanas recibió los votos de la izquierda marxista y la intelectualidad populista pero no del "peronismo del pueblo" que se inclinó por Venturino, candidato del MODIN. En tanto el candidato socialista Héctor Polino cosechó un magro 2%, pagando el precio de la negativa partidaria a una apertura aliancista.

³⁹ "Hoy empieza una epopeya, ésta es una casa abierta porque son muchos más los que faltan que los que están" anunció por la noche.

⁴⁰ una muy buena elección no oculta la tendencia de la izquierda argentina hacia la autocomplacencia, es decir, colocar fuera del propio ser las causas que la convirtieron históricamente en una minoría incapaz de incidir en las luchas por el poder. El consignismo, la ortodoxias y la soberbia en lo que todos hemos caído son datos que reafirman el carácter elitista de nuestras opciones". Pregonaba la necesidad de "avanzar gradualmente hacia la institucionalidad de un espacio que debe abrirse al conjunto de la sociedad". Subrayaba la necesidad de "construir una propuesta política con anclaje social y superadora del hegemónico "modelo conservador". "La fusión o el encuentro de culturas políticas diferenciadas, no puede seguir siendo sólo un enunciado que esconde la incapacidad para articular una síntesis, capaz de conmover las fidelidades hacia los partidos tradicionales" Álvarez, Carlos, *Una nueva oportunidad* en *Página 12*, 30 de junio de 1992, p.6.

3.3. El porvenir de una ilusión

Mirándose con recelo, el Frente del Sur y el Fredejuso iniciaron las primeras conversaciones para analizar la posibilidad de un acuerdo electoral en Capital. La figura de Solanas continuaba siendo convocante en ese espacio mientras comenzaba a sonar el nombre de Álvarez como candidato a diputado por el Fredejuso para las legislativas del 93.⁴¹ Las negociaciones avanzaron a fuego lento, aunque una solicitada publicada en agosto por el Frente del Sur bajo la consigna "*Otro país es posible. Convocatoria al Frente Grande*" aceleró las tratativas entre ambas agrupaciones.⁴² Con el lanzamiento de Álvarez encabezando una lista única a mediados de diciembre, debió decidirse el rol que cumpliría tanto éste como Solanas en la futura coalición, encrucijada que nuevamente contribuyó a resolver Brunatti proponiendo al cineasta el primer lugar en la lista de diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires mientras se mantenía la candidatura de Álvarez a la diputación por Capital Federal.⁴³ La aprobación de Solanas fue acompañada con algunas condiciones -ser candidato a presidente en 1995, y para 1993 realizar una campaña conjunta en Capital y provincia, incluyendo la presencia de ambos frentes en los actos y el manejo global de los recursos- que Álvarez aceptó, acordándose el reparto de cargos en la listas electorales y postergándose para el futuro la discusión programática y la interna abierta planteada en los acuerdos originales del Frente. Sentaron así las bases para la constitución definitiva del *Frente Grande*, presentado en sociedad el 27 de abril de 1993.⁴⁴

⁴¹ Para el sector liderado por Álvarez, ni el nacionalismo de Solanas ni el perfil del PC se articulaban con su propuesta política. Por su parte, el solanismo ponía como condición para confluir con el Fredejuso la realización de internas democráticas. Le cuestionaban a Álvarez ser una variante "excesivamente socialdemócrata".

⁴² El texto convocaba a que "todas las corrientes nacionales, populares, democráticas, progresistas y de izquierda" convergieran en un "espacio electoral único". *Página 12*, 25 de agosto de 1992, p.10.

⁴³ El acuerdo entre Brunatti y Álvarez se realizó en el café LAiglon, en Callo y Bartolomé Mitre de Capital Federal, ante la presencia del periodista de *Página 12* Alberto Dearriba, amigo de ambos.

⁴⁴ No obstante, el pase de Solanas a la provincia no fue consentido fácilmente por el ala izquierda del Frente del Sur, (PIN, el PTP, el MODEPA y la agrupación Peronistas al Frente. "Queremos una alianza nacional, no antinacional, y rechazamos las negociaciones a espaldas de la gente". Se cuestionó la candidatura de Chacho: "no garantiza el perfil nacional y popular". La expresión fredejusiana en la provincia de Buenos Aires era conducida por Juan Pablo Cafiero. Constituido como Frente Amplio por la Transformación estaba constituido por dirigentes del ex grupo de los Ocho (Alesandro padre, Caviglia, Juan Pablo Cafiero), peronistas disidentes que no habían concretado su desafiliación al PJ, el Partido Intransigente, la Corriente por el protagonismo popular (ex comunistas), la Democracia Popular y el Movimiento de Liberación 29 de mayo (desprendimiento del radicalismo de Córdoba). Con

Yo lo promuevo –señala Luis Brunati- porque me doy cuenta de que no hay espacio para que “Pino” logre eso solo. El crecimiento de “Chacho” fue exponencial en esos años, una figura mucho más coherente con Capital que “Pino”. Ahí se me ocurre eso y es un acuerdo del que un periodista que es Alberto Darrida participa, que es amigo mío y amigo de “Chacho”. Entonces yo le pido a él que participe y sea testigo del acuerdo. (...) Yo sabía que era un acuerdo difícil, pero del lado mío estaba una fuerza importante como el Partido Comunista, estaba prácticamente todo lo que es la izquierda del peronismo, la provincia de Buenos Aires, eso era muy fuerte. (...)Y el sector de “Chacho” era un sector con mucha prensa, un desarrollo en Capital Federal que se convertía en algo importante a partir de lo que yo despectivamente llamaba operatoria de prensa, pero que es una manera de hacer política que yo desvalorizaba y que él aprovechó muy bien, esto hay que ponerlo en términos de efectividad no de barricada. Y la otra cosa que complementaba eso era un acuerdo de él con Fernández Meijide, que representaba más el centroizquierda.⁴⁵

Para Aníbal Ibarra, se trataba de ampliar el espacio aun con las divergencias políticas que se podía tener con el Frente del Sur:

“Chacho” fue siempre un motor de construcción colectiva, de sumar, sumar, sumar. Entonces en el '93 era la búsqueda de ampliar y de no quedarse encerrado. (...) Era una búsqueda de crecimiento. Podía haber diferencias con Solanas, pero teníamos que sumar. Hay mucha gente que se queda contenta con estar parada en una baldosa que maneje y nosotros queríamos toda la vereda. Es formar parte de un gran emprendimiento antes que ser dueños exclusivos de un emprendimiento chiquito.⁴⁶

Se podría considerar que el resultado de esta negociación por las candidaturas⁴⁷ fue mucho más provechoso para Álvarez que para Solanas dado que mientras el primero lanzaría su campaña en un ámbito que conocía con profundidad, el segundo debía ir a probar suerte a tierras particularmente inhóspitas, una propuesta política distinta con algún futuro. Asimismo, eran marcadas las diferencias socioculturales de los respectivos electorados: mientras la sociedad porteña registraba un nivel socioeconómico y cultural superior en relación con el resto

posterioridad se incorporarían el Partido Humanista, Humanismo y Liberación, el Frente por la Democracia Avanzada de Atilio Borón y el Partido Socialista Auténtico. Con un tiempo más prolongado para la articulación del espacio, el 5 de mayo de 1993 una solicitada publicada en Clarín el Frente Amplio por la Transformación convocaba a constituir el “Frente Grande” en la provincia de Buenos Aires.

⁴⁵ Brunati, Luis, op. Cit.

⁴⁶ Ibarra, Aníbal, entrevista realizada el 4 de mayo de 2009.

⁴⁷ A Álvarez lo secundaban como candidatos a diputados en Capital Graciela Fernández Meijide y Floreal Gorini (Partido Comunista) en tanto Luis Brunati era el segundo candidato a diputado por la provincia, acompañando a Solanas. Integraban la lista de candidatos a concejales porteños Eduardo Jozami, Raúl Fernández (PI), María Elena Naddeo (PC), Abel Fatala (Modejuso), Leticia Maronese y Hernán Páez (ambos de Encuentro Popular).

del país, en el catastro bonaerense convivían los sectores más favorecidos por el plan económico, una clase media en franco retroceso y amplios bolsones de pobreza. Julio Raffo reconoce que su espacio adoleció de ingenuidad, en la negociación, aun cuando en el propio entorno de Solanas estaban quienes alentaban su pase a la provincia:

En ese momento los términos de la negociación eran, primero, un compromiso férreo con las banderas que nosotros levantábamos: no pago de la deuda externa, revisar las privatizaciones y combate a la corrupción en todos los niveles. El eje eran los principios que nosotros defendíamos. Nos dijeron que sí. Y queríamos en la campaña eventualmente llevarlo a Pino de candidato a presidente, sujeto a los ajustes que las circunstancias dieran. Cuando se aproxima la elección de diputados, “Pino” comete un grave error: aceptar ser candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires. El dice, ¿dónde hay que dar la pelea? ¿Dónde es la pelea más difícil? Y la provincia es más difícil que capital para una fuerza de centroizquierda. El tenía que ser candidato de la capital. Fue una ingenuidad. Pero” Chacho” Álvarez quería ser él el candidato por la capital. Entonces inventó la teoría de que el que gana en la provincia de Buenos Aires es Dios. Quería quedarse él en la capital y desplazarlo a Pino. Lo mandaron para ir al muere, todas picardías. Porque ya venía el huevo de la serpiente de la traición política.⁴⁸

Rodeado y asesorado por Julio Raffo, Alcira Argumedo y Horacio González, el espacio de Solanas tenía escasa inserción territorial, más allá de aquella que pudiera proveerle el Partido Comunista y el Encuentro Popular de Luis Brunati en la región oeste del conurbano bonaerense. Tampoco capitalizaba vínculos orgánicos en la Central de Trabajadores Argentinos que, como deja trascender Claudio Lozano, observaba con distancia la candidatura del cineasta:

“Pino” nos llamó en su momento, tuvimos una conversación con él. Pero nosotros pensábamos y seguimos pensando que la política es una estrategia más general que supone tener políticas en varios campos a la vez y que no se puede pensar la política exclusivamente como una intervención electoral. Y en ese aspecto “Pino” no presentaba gran diferencia, en todo caso tenía un discurso y un planteo con el cual nos sentíamos más cercanos que la versión más light y aggiornada que suponía el “Chacho”, pero en términos de prácticas concretas, seguía una lógica similar. Bajo otra referencia, en torno a un determinado marketing, buscaba instalar determinadas cosas, pero no era parte de un dispositivo político mayor. O sea había más afinidad discursiva, pero en términos de lógicas de construcción no había mucha similitud. Entonces, si bien tuvimos encuentros con “Pino”, Alcira y demás nunca prosperaron en términos de participación común”⁴⁹

⁴⁸ Raffo, Julio, entrevista realizada el 9 de marzo de 2011.

⁴⁹ Lozano, Claudio, entrevista realizada el 12 de marzo de 2009.

Atendiendo a realidades dispares, las campañas de los candidatos debían enfatizar diferentes tópicos, algunos de ellos como la lucha contra la corrupción y el control de los poderes con más penetración en el electorado que otros -la soberanía nacional y la deuda interna-. En cuanto a las bases programáticas, el Frente Grande se definió genéricamente por “una alternativa latinoamericana basada en una concepción integral de la democracia, sustentada en valores de libertad, justicia y solidaridad”. El texto presentado hace hincapié en la defensa de seis derechos básicos: los derechos humanos, el derecho a la igualdad, los derechos políticos, los derechos sociales, los derechos ecológicos y los culturales.⁵⁰ No obstante, las diferencias de las campañas rápidamente se hicieron visibles. Solanas lanzó su candidatura en la provincia de Buenos Aires interpelando a los "peronistas tradicionales, a los radicales cuyos dirigentes no se distinguen del modelo liberal conservador, y a todos los independientes que están esperando que surja una fuerza de oposición”. Caracterizaba a su flamante campaña como "la marcha de los trabajadores a quienes le quitaron las conquistas sociales, de los jóvenes que no pueden estudiar, de los estudiantes intimidados y bajo sospecha ideológica, de las mujeres víctimas de la violencia, y de todos los despreciados por un gobierno que se ha puesto de rodillas ante la banca internacional". El candidato apuntó contra el plan de privatizaciones del Gobierno y, en particular, contra la reciente venta de YPF. Reclamó la “anulación de los derechos de indultos” y la “derogación de las leyes inconstitucionales de Punto Final y Obediencia Debida”, como también “revisar todo lo actuado en torno a la deuda externa”.⁵¹

En cambio, el diseño de campaña en Capital Federal tenía un corte más *vecinalista*, focalizó en el “cansancio moral” contra la corrupción menemista y en construir la imagen de Álvarez como alguien que desde la sociedad se enfrenta a la “clase política” reforzando un discurso *qualunquista*: “Uno de nosotros”, era el slogan que intentaba cifrar la épica decencia y el coraje de aquel que venía a luchar por los anónimos indignados y desprotegidos ante a la egoísta preocupación de los políticos por la continuidad de sus cargos. La “concepción ética de la política” vendría a purificar las prácticas fraudulentas del menemismo. De este modo,

⁵⁰ Ver *Página 12*, 27 de mayo de 1993, p.10.

⁵¹ “Solanas se lanzó en Buenos Aires”, *Página 12*, 4 de junio de 1993, p.8.

haciendo hincapié en el hartazgo de la sociedad por los expansivos niveles de corrupción que afectaban a la clase política tradicional -"Qué Manliba limpie el Concejo Deliberante"-, el Frente Grande apuntaba a disputar el voto radical, involucrando a los ediles procesados de ese partido con las denuncias de corrupción en la Municipalidad. Con el eslogan "Basta de más de lo mismo" Álvarez intensificó su campaña en colectivos, bajo el pormenorizado seguimiento de los medios. Tanto él como Fernández Meijide y Jozami recepcionaban las quejas de los pasajeros y proponían crear organismos de contralor de las empresas privatizadas de servicios públicos al tiempo que recordaban la "responsabilidad indelegable" del Estado en esa área. "Piensen su voto, porque ahora tienen una gran oportunidad de elegir algo distinto" les recomendaba Álvarez, con el ojo puesto en su candidatura a intendente para 1995. Hacer campaña en los colectivos instaló un nuevo canal de contacto con el electorado, significativo por la *inscripción mediática* que tenía el fenómeno.⁵²

La estrategia llevada adelante por los operadores del menemismo para forzar el compromiso del Congreso de aprobar una ley de necesidad de la reforma constitucional, convirtió al tema en eje de campaña y motivó que Álvarez fuera requerido por frecuentes entrevistas periodísticas. Emergía así como un nueva voz opositora que, privilegiando el cuestionamiento a la reelección presidencial, apuntaba a socavar discursivamente las "formas tradicionales de acción política" En este sentido, la perversidad de las "viejas formas políticas" le restaban autoridad a la reforma constitucional: "Porque su único objetivo es perpetuar en el poder a un hombre y su entorno, al costo de poner en peligro el sistema institucional del país

⁵² "La idea del colectivo tuvo que ver con el hecho de que nosotros construimos mucho el Congreso de puertas afuera, con la gente. Ante la falta de aparato y de plata, queríamos que la gente sintiera que había otra forma de hacer política. Que dijera: "estos tipos son distintos". Y éramos distintos: hacíamos política sin guita, sin aparato, sin transar, sin afanar. (...) Ya no puedo ir al Congreso en colectivo porque cada viaje se convierte en una asamblea, pero cuando me agobia el microclima de los despedotes internos, salgo a la calle y tomo el subte. Es el lugar donde navegamos, nuestra pecera. Es el termómetro y, en ese sentido, tengo un olfato especial. **Cuando sienta que la calle no tiene un clima de , de afecto, de expectativa y de esperanza, será porque llegó la hora de retirarme**". En Pazos, Luis y Sibila Camps, (1994,) *Ladran Chacho*, op cit. p.178. (el subrayado es mío).

(...) la reforma de la Constitución ha quedado deslegitimada por un gobierno que auspicia la corrupción, el autoritarismo y el fraude"⁵³

Desde mediados de julio, los encuestadores indicaban que la candidatura de Álvarez en Capital Federal continuaba creciendo y que el Frente Grande ya aparecía como tercera fuerza, y cuarta en la provincia de Buenos Aires.⁵⁴ El escenario electoral porteño mostraba paridad respecto a las preferencias electorales: temeroso de desgastar su figura, el líder del radicalismo capitalino Fernando De la Rúa prefirió apoyar la candidatura de una extrapartidaria, la escritora Marta Mercader. La debilidad política de la literata y la consolidación de la estabilidad económica favoreció al oficialismo, que alentó la figura del polifuncional Erman González. En tanto Álvarez se presentó como una nueva alternativa ante la "vieja política" representada por estos dos candidatos.⁵⁵ En el espacio de centroizquierda competían por la diputación nacional en Capital, además de Álvarez, Héctor Polino, por la Unidad Socialista y Atilio Borón, por la Democracia Avanzada. Las propuestas de Álvarez no se diferenciaban sustancialmente de la de estos dirigentes ni de las encarnadas por su compañero Solanas, aunque se percibía ya un tono moderado de su parte en la definición de los principales *issues* económicos:⁵⁶

⁵³ "Frente a la amenaza de compra de votos legislativos, ya denunciada por el ex ministro Gustavo Beliz, llamamos a todos los diputados opositores a firmar un compromiso público de votar en contra de la reelección presidencial". Álvarez, Carlos, "No a la reelección" en *Página 12*, 9 de septiembre de 1993, p.10.

⁴⁶ Los sondeos más pesimistas le daban un piso del 10,6% en la Capital. El Frente conservaba a siete de cada diez personas que en 1991 había votado al Fredejuso y estaba por recibir un caudal importante de otros partidos, en especial de la UCR: el 44,8 % de quienes anticiparon su voto al candidato frentista habían votado por el partido de Alem en 1991, mientras que un 20% lo había hecho por el justicialismo. Álvarez tenía buena recepción en la clase media porteña con mayores niveles de educación: lo apoyaban un 10% con educación primaria, un 41 % con educación secundaria y un 48% con nivel terciario completo "Muchos votos emigrarían hacia terceras fuerzas el 3 de octubre", *La Nación*, 16 de agosto de 1993, p. 12.

⁵⁵ Difundió un comunicado en donde remarcaba que "la sociedad precisa una opción fuerte, dura y coherente contra esta mafia que nos gobierna. Una alternativa que no se venda mientras radicales, peronistas y liberales votan juntos los negocios. (...) No alcanza una buena señora que es buena literata; no alcanza tampoco con un tecnócrata; acá no es cuestión de emprolijar sino de enfrentar a una banda de mercenarios que quieren quedarse con el poder a cualquier precio. "Para Carlos Álvarez el menemismo es una banda", *La Nación*, 23 de agosto de 1993, p. 9.

⁵⁷"Izquierda a fondo. Cuatro candidatos se definen sobre seis temas clave", *Página 12*, 19 de septiembre de 1993, pp. 10-11.

Cuadro 1. Propuestas electorales de los candidatos de centroizquierda

	ÁLVAREZ (Fredejuso)	SOLANAS (Frente del Sur)	BORON (Democracia Avanzada)	POLINO (Unidad Socialista)
Privatizaciones	Resolver de acuerdo a como la sociedad perciba el funcionamiento de los servicios privatizados, "no desde lo ideológico".	Revisarlas. Estudiar la renacionalización. Empresas de propiedad social. Dominio estatal sobre áreas estratégicas	Impulsar la anulación por estar saturadas de corrupción. Organizar empresas de capital mixto	Revisarlas. Fortalecer los mecanismos de control.
Inflación cero	Mantener una inflación anual del 6 o 7%. La inflación cero no dinamiza la economía	Reconoce su valor pero propone revisar el modo de registro.	No es un factor de crecimiento.	Inflación cero pero con desarrollo social
Flexibilización laboral	Método inservible. Pensada desde el empresariado sobre una lógica de sobreexplotación	Una canallada. El desempleo se reduce con la formación de los trabajadores	Anacrónico. Formación y capacitación permanente de los trabajadores	Disminuye las conquistas sociales de los trabajadores.
Deuda externa	Revisar el plan Brady desde intereses regionales y nacionales. Irresponsabilidad de pensar en su anulación	No a la anulación. Revisar profundamente el plan Brady	Profunda revisión	Anulación. Corresponsabilidad de deudores y acreedores Impagable
Servicio Militar	Derogación	Sí, aunque reducido y	No, libertad de conciencia	No, servicio optativo y

Obligatorio		modificado		de tres meses
Otros Proyectos	Reforma del sistema tributario	Ley de emergencia ocupacional, que prohíba despidos y fomente el empleo.	Reforma tributaria para financiar adecuadamente el sistema educativo.	Plan de viviendas populares

3. 4. “Otro país es posible”

El 3 de octubre el justicialismo se quedó con un tesoro muy preciado: Erman González derrotó a Marta Mercader logrando un triunfo histórico en un distrito particularmente refractario al menemismo. Pero la gran novedad era que el Frente Grande se ubicaba como tercera fuerza en Capital Federal al obtener el 13,63% de los votos (258.095), renovando su diputación Álvarez e ingresando al parlamento Fernández Meijide. En la provincia, la fuerza obtuvo 4,2% (254.659), que sólo alcanzó para la diputación de Solanas, quedando Luis Brunati afuera por un margen muy estrecho.⁵⁷ Con su exitosa performance en Capital, Álvarez se animó a anunciar que “ha nacido una nueva fuerza política de alternativa en el país”, diferente de “los dos grandes partidos que representan al modelo en sus dos variantes: la menemista, y la prolija de la UCR. Nosotros expresamos a los que están en contra del modelo y a aquellos que están excluidos por este plan. En el Frente tienen cabida los trabajadores, los sin trabajo, los jubilados, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios de la ciudad y el campo”. No obstante, reconoció que “todavía domina el voto económico, por la estabilidad, antes que las variantes éticas, la seguridad jurídica y el equilibrio de poderes”.⁵⁸

⁵⁷ El 12,1% (228.529 votos) cosechado en la lista de concejales porteños le abrió la puerta a Abel Fatala, Raúl Fernández, María Elena Naddeo y Eduardo Jozami. Los socialistas pagaron nuevamente el precio de la soledad: con el 5,6% únicamente colocaron a Héctor Polino.

⁵⁸ *La Nación*, 4 de octubre de 1993, p. 11.

“Otro país es posible”.⁵⁹ Una afirmación que comenzaba a enunciar un proyecto, superador de la resistencia al menemismo que hasta ahora venía sosteniendo el sector. En la misma línea que el *Grupo de los Ocho*, el modelo de país que se rechazaba era el del ajuste, de las privatizaciones, el de un proyecto de extranjerización y exclusión. A la vez, la conversión del estigma derrotista que había atravesado la construcción política y electoral de ese espacio en un horizonte de más luminoso: la política como promesa. El país que se rechazaba se sostenía en una concepción de la política como gestión, administración de un orden económico y social estructurado por el paradigma neoliberal. La convocatoria era a redescubrir la política como herramienta de transformación, portadora de un cambio social, artífice de la tan mentada “democracia participativa e inclusiva” que desde el alfonsinismo a la renovación perfumó el retorno de la ilusión al espacio público en los años 80. Asimismo, la convocatoria interpelaba a quienes recién se incorporaban a la vida política. Damián Fau, militante en aquella época de la juventud de Encuentro Popular señala:

Otro país es posible' para nosotros significaba una utopía que se podía concretar, terminar con la pobreza, con la injusticia, con la corrupción. Me acuerdo que cuando yo leía una carta abierta de “Pino”, yo me ilusionaba mucho, yo decía este tipo nos representaba a nosotros. En ese sentido tener una mística, otro país es posible, y sentir que lo que estaba pasando con nosotros, era algo que estaba mostrando que había gente que quería hacer otro país.⁶⁰

Pero la nueva coalición de centroizquierda apenas pudo disfrutar el buen resultado obtenido. Respaldo por el triunfo en las elecciones a nivel nacional con el 42% de los votos, el Gobierno comenzó a negociar con la cúpula radical el modo de alcanzar la reelección de Menem a través de la reforma constitucional.⁶¹ Hacia fines de octubre, una solicitada publicada en *Clarín* decía: "No a la reforma menemista". La firmaba el Frente Grande, quien se definía como

⁵⁹ La consigna fue creada por Solanas para la campaña del Frente del Sur a la candidatura a senador por capital en 1992.

⁶⁰ Fau, Damián, entrevista realizada el 10 de julio de 2008.

⁶¹ El proyecto de reforma oficialista no contemplaba la figura del ministro coordinador, exigida por la UCR, en tanto que ratificaba el sistema presidencialista unificando los mandatos del Ejecutivo y Legislativo en 4 años, con posibilidad de reelección y dejaba a criterio de una ley especial del Congreso el número de miembros de la Corte. Además, planteaba una "cláusula para el progreso" con el fin de darle status constitucional a "la libertad de empresa, la libre iniciativa privada, la defensa de la productividad, de la competencia y de la distribución equitativa de la renta". *Página 12*, 2 de junio de 1992, p.6. Según distintos encuestadores, cerca del 65% de la gente estaba de acuerdo con reformar la Carta Magna mientras que el 60% manifestaba su conformidad con la posibilidad de elegir al presidente.

"La verdadera oposición"⁶². La reafirmación del nuevo espacio opositor exigía a su vez comenzar a dar los primeros pasos hacia la institucionalización de la fuerza.⁶³ En el primer encuentro nacional del Frente Grande en la ciudad de Córdoba, el 11 de diciembre de 1993 quedó conformada la primera mesa nacional y se suscribió un documento crítico y de contundente rechazo a la reforma de la Constitución: "se trata de impedir un verdadero debate sobre el país que queremos (...) Hoy queda más claro que nunca la complicidad del PJ y la UCR en la aplicación, en estos últimos diez años, de sucesivas políticas de ajuste". Llamado "Bases de discusión y líneas de acción política" el documento reivindicaba "la ética y la justicia social", reclamando la "presencia de un estado capaz de responder a las necesidades populares y a la distribución de la riqueza" y que tenga "el dominio de las palancas de la economía para decidir una estrategia social" y apostaba a una "democracia ampliada y participativa, recuperando la iniciativa popular, una economía mixta que conjugue los intereses públicos y privados" y una política tributaria diferente" (...) "Las decisiones estratégicas no pueden quedar supeditadas al mercado".

En su afán por construir una "gran" fuerza política de centroizquierda, Álvarez salió a proponer nuevamente una alianza con los socialistas. Si bien lo estimulaba que el primer factor de adhesión por parte de los porteños fueran sus propuestas,⁶⁴ admitió la importancia de la recepción de votos de radicales desilusionados que tuvo su candidatura y el reconocimiento a una conducta política ética: "Nos premiaron por romper el síndrome de abandonar un partido mayoritario, defender convicciones. Nos votó un sector de la sociedad que reclama gestos éticos, no discursos. (...) El nuestro ha sido un voto ético". Aún así, Álvarez reconocía los límites

⁶² "La reforma constituye la maniobra continuista de un poder público sospechado en su seriedad y con visibles síntomas de corrupción en su entorno. La política aparece así con la cara más nefasta que la ha llevado a un pronunciado distanciamiento con la gente y a ser apta para entendidos que tienen una única preocupación: alcanzar el poder, conservarlo y disfrutarlo. *Clarín*, 30 de octubre.

⁶³ Estuvo integrada por Álvarez, Solanas, Auyero, Brunati, Ibarra Echegaray y Vensentini. La Mesa de conducción del Frente Grande bonaerense había quedado conformada el 27 de setiembre de ese año con un total de 32 miembros como resultado de la disputa por cargos y diferencias por el tipo de estructura que debía construir la coalición hacia el futuro. Mientras el Partido Comunista y Encuentro Popular (alineados con Solanas) eran partidarios de dar una rápida estructuración a la fuerza, el Fredejuso propiciaba una forma más laxa y abierta a otros sectores de centroizquierda que pudieran sumarse.

⁶⁴ Al Frente Grande lo votaron: por las propuestas (28,5%), por oponerse al gobierno (20,1%), por honestidad y credibilidad ((18,1%), porque es el partido que más le gusta (14,6%), por los candidatos (7,6%. Fuente: CEOP, *Clarín*, 10 de octubre de 1993.

de este espacio: "no hemos presentado un modelo. Creo que nuestros votantes quieren discutir cada una de las privatizaciones y no respaldarían un Estado que sea propietario de todo". Si bien la tarea inmediata era fortalecer un frente opositor a un posible pacto entre Menem y Alfonsín para reformar la Constitución, en el horizonte de Álvarez aparecía un objetivo más estratégico: la candidatura a intendente de la ciudad de Buenos Aires, anuncio que calmaba momentáneamente a quienes sospechaban de su precandidatura presidencial para el 95.

Vamos a respetar los acuerdos originarios del Frente Grande y el precandidato presidencial es "Pino" Solanas. Como hemos establecido, las condiciones se elegirán por internas abiertas (...) No voy a ser candidato presidencial y me voy a concentrar en hacer un buen trabajo en la Cámara de Diputados, fundamentalmente ocupándome de los problemas de la ciudad de Buenos Aires (...) Tal vez la gente no nos vota para administrar el país, pero estoy convencido de que podemos gestionar bien una ciudad. (...) Además, sería una buena plataforma de lanzamiento hacia lo nacional. Tenemos el antecedente cercado del Frente Amplio uruguayo (*Página 12*, 5-10-1993)

Luego de varias negociaciones, el oficialismo consiguió en el Senado el apoyo para aprobar la necesidad de la reforma constitucional (con el voto decisivo del bloquista sanjuanino Leopoldo Bravo).⁶⁵ Ante la necesidad de lograr los dos tercios requeridos en Diputados para la aprobación del proyecto, el gobierno amenazó con la posibilidad de convocar a un plebiscito. En tanto el radicalismo oscilaba entre rechazar la reforma y arriesgarse a una nueva derrota electoral, o bien acceder a la negociación, evitar las elecciones y resignarle legitimidad a la reforma (De Riz, 1994). Alfonsín arribó a un acuerdo con Menem respecto a los puntos cruciales a modificar y logró que la Convención Nacional de su partido aprobara la negociación de la reforma. El 17 de diciembre se firmó el "Pacto de Olivos". Desde entonces fue el Frente Grande quien mostró más decisión en oponerse al pacto, favorecido por las ambigüedades de la UCR que se debatía entre pactistas y antipactistas.

A partir de la concreción del acuerdo, Álvarez y Solanas concentraron sus críticas en la denuncia de un pacto secreto, hecho a espaldas de la sociedad; en el negocio de "dos dirigentes que hicieron del personalismo un estilo político con el afán de monopolizar la vida política

⁶⁵ El único senador oficialista que se opuso a la reforma fue José Octavio Bordón.

argentina".⁶⁶ La estrategia argumentativa del Frente Grande se concentró en demostrar la complicidad del radicalismo con los "objetivos hegemónicos del gobierno" como resultado de su pérdida de eficacia en la oposición al menemismo. Conscientes de que el acuerdo Menem-Alfonsín abría una posibilidad para colocar al Frente Grande como fuerza que capitalizara la oposición a la reelección, los dirigentes del Frente salieron a captar adhesiones de otros sectores productivos y sociales (Federación Agraria, CTA, Pymes), con el objetivo de ampliar cuantitativamente el espacio y así lograr constituir una fuerte voz en el debate de la Constituyente⁶⁷. Se aceleraron entonces las gestiones para acordar con los socialistas un proyecto de reforma de la Constitución y converger en una alianza electoral, formalizando un acuerdo que incluyera una única candidatura presidencial para el '95.⁶⁸

La limitación de los decretos de necesidad y urgencia, el ballottage y la figura del ministro coordinador eran los puntos más conflictivos que alejaban al gobierno del radicalismo. A principios de diciembre, el Frente Grande hizo público un crítico documento contra el acuerdo de los dos partidos mayoritarios y presentó una propuesta estructurada en tres ejes: el NO a la reelección, la defensa de los derechos de los ciudadanos que no estaban contemplados en el pacto y un cambio más radicalizado en la independencia del poder político, en consonancia con cierta tendencia de la opinión pública a inclinarse por un parlamento con capacidad de control sobre el poder ejecutivo.⁶⁹ En este marco, el proyecto de reforma constitucional aparecía

⁶⁶ Álvarez consideraba que el éxito de Menem se sostenía en la vigencia del bipartidismo, donde la ciudadanía le reconocía a la UCR el énfasis en las libertades democráticas, pero con "gran incapacidad para gobernar los factores de poder. Mientras que al peronismo se lo percibe como el partido que "roba pero hace", "el partido que todavía es visto por la sociedad como el único capaz de gobernar la crisis" "El peronismo roba pero hace". Diez preguntas a Chacho Álvarez", *Clarín*, 10 de enero de 1994, p. 8.

⁶⁷ En el proyecto de reforma presentado por el Frente, participaron Raúl Zaffaroni, Eduardo Barcesat, Alicia Olivera, Alberto Ramón Torres Molina, Nicolás Olivera, Juan Pablo Cafiero, Aníbal Ibarra y Alberto Aramouni- Se trabajó sobre proyectos presentados por Auyero en 1983 y Aramouni en 1990, incorporando tratados internacionales ya firmados por nuestro país (como el Pacto de San José de Costa Rica y otros de Naciones Unidas. Fue presentado en sociedad el 25 de noviembre de 1993.

⁶⁸ Álvarez encabezó la lista por Capital, acompañado por Fernández Meijide, Ibarra, Zaffaroni, Barcesat, Puigrós y Olivera, entre otros. En Neuquén se sumaba el obispo Jaime de Nevares. En la provincia de buenos Aires la lista consensuada agrupó a Solanas, Mary Sanchez, Carlos Auyero, Juan Pablo Cafiero, María Inés Brasesco, Darío Torres Molina y Gustavo Cardessa.

⁶⁹ Una encuesta de Graciela Romer señalaba que el 46% de la población prefería un presidente controlado por el Congreso, mientras que el 24% optaba por un presidente con amplios poderes de decisión y el 20% por un presidente acompañado por un primer ministro. *Clarín*, 9 de enero de 1994, p.8.

alejado de aquellos temas que necesariamente debían figurar en la agenda de discusión frentista: el desempleo, la educación, la salud, las economías regionales, la impunidad y la delincuencia vinculada con la corrupción, entre otros. En palabras de Álvarez la reforma constitucional, “sólo anticipaba el modo en que se distribuiría el poder en los próximos años”. Pero al mismo tiempo presentaba una gran oportunidad para las "fuerzas populares y progresistas en la medida en que se dejara de actuar como minorías testimoniales para instalarse como artífices de una nueva mayoría social, con la explícita intención de ser gobierno en la Argentina (*Clarín*, 19-1-94). Aparecía aquí el primer indicio de un giro en la estrategia enunciativa de Álvarez respecto al posicionamiento de la fuerza como oposición al gobierno. El perfil fuertemente contestatario que había mostrado hasta el momento el Frente Grande se volvía ahora insuficiente para construir un espacio político más amplio, capaz de presentarse en el futuro como “opción de gobierno”. La fuerza que había nacido en la Argentina para “defender convicciones” y “conductas éticas” -en virtud de lo cual tenía la gran posibilidad de transformarse en la “alternativa a los partidos del ajuste”- corría el riesgo, súbitamente, de convertirse en una “minoría testimonial”.

Estos desplazamientos discursivos eran registrados también por quienes, como Eduardo Jozami, conocían de cerca el estilo claramente opositor que Álvarez venía desarrollando desde el “Grupo de los Ocho”:

Nosotros hicimos juntos la campaña del '93 porque yo encabezaba la lista de concejales y 'Chacho' la de diputados. En términos generales, el discurso de “Chacho” era de centroizquierda, muy cuestionador de la concentración de la economía, donde Menem era fundamentalmente no sólo el corrupto, sino el tipo que había subordinado la política a los grandes intereses económicos; la crítica a la convertibilidad era frontal, es decir, a toda la política económica de Cavallo. Pero en el discurso electoral enarbolado para la Constituyente del '94 se debilitaban demasiado los contenidos que hasta meses antes habían sido los característicos del Frente. Y esto se agudiza después de la elección”.⁷⁰

A poco tiempo de las elecciones constituyentes, el espacio político frentista comenzaba a estar atravesado por las tensiones surgidas de dos concepciones diferentes sobre el tipo de oposición al gobierno y el componente programático de la fuerza, puesto que las discrepancias

⁷⁰ Jozami, Eduardo, entrevista realizada el 30 de abril de 2001.

con el sector de Solanas empezaban a hacerse visibles. Juan José Giani participó del peronismo disidente del Grupo de los Ocho y luego del Frente Grande, plantea la disyuntiva en la orientación del Frente:

Cuando se constituye el Frente Grande, se construye con una oposición de enfrentamiento radical con el modelo neoliberal, con una impronta de denuncia ética muy marcada, que era correcto, pero yo diría ya en sus inicios con un insuficiente desarrollo del pensamiento de un país alternativo. ¿Qué quiero decir con esto? Lo que el tiempo fue marcando y cada vez más fue que la transformación que llevó adelante el menemismo cambió la estructura socioeconómica del país. Entonces ahí se generó un debate larvario y después muy fuerte entre digamos, hasta qué punto una fuerza emergente como el Frepaso podía revertir de manera radical el proceso del menemismo y hasta qué punto una fuerza de esas características tenía que asimilar como cambio irreversible, casi de época, ciertas cosas del menemismo y trabajar a partir de, corregir, superar, pero no negar, qué hacer con ese efecto, cómo plantearse frente a la herencia del menemismo. Había una posición de “Pino” donde creía o suponía que un gobierno del Frepaso podía revertir de una manera profunda lo que el menemismo había ido construyendo, y otra línea que veía como emergente de un proceso epocal de toda América Latina y que en todo caso había ciertas transformaciones producidas y que no eran reversibles en el corto plazo. Ese fue el debate que se empezó a generar, es decir, cuál era el nivel de transformaciones que Argentina aceptaba desde una perspectiva de centroizquierda.⁷¹

Desde el sector de Solanas la objeción era el desconocimiento por parte de Álvarez y su espacio a los principios del férreo rechazo a la política económica con que se el Frente Grande se había fundado. Así lo sostiene Julio Raffo:

Nos reunimos inmediatamente después de las elecciones del '93 con “Pino”, “Chacho”, Graciela, yo era secretario parlamentario. Propongo: tenemos que abrir en cada barrio de la capital un local diferente. ‘Chacho’ me mira y me dice: ‘Julio eso lo pedís vos, ¿No sabés que la militancia limita? ¿Vos viste a alguien que venga a decir abran locales? ¿Alguien lo reclamó en algún artículo?’ No sé si alguien reclamó pero nosotros tenemos que hacerlo. ‘No, eso son las cosas setentistas’. Bueno, vamos a hacer la campaña contra el no pago de la deuda externa. Graciela me dice: ‘Julio, conocés algún país que no haya pagado la deuda externa?’ ‘No, no conozco, pero han sido nuestras banderas’. ‘Sí, banderas de campaña, pero no se puede no pagar la deuda externa, no existe el país que no paga la deuda externa’. Arriaron la bandera de la deuda externa. ‘Bueno, las privatizaciones’ dije. La voz cantante la asumía Graciela: ‘Julio, vos sabés bien que por la continuidad jurídica del estado las privatizaciones no se pueden revisar’. ‘No Graciela, es al revés: por la continuidad jurídica del estado lo que nació delictual y nulo continúa delictual y nulo. Esto es un robo, un

⁷¹ Entrevista realizada con Juan José Giani, 2 de febrero de 2009

delito. No hay confirmación de las nulidades delictuales. 'Pero eso no se puede hacer – argumentaba ella-, las condiciones políticas no están dadas'. Así arriaron la bandera de las privatizaciones también. Y la lucha contra la corrupción por parte de ellos se mantuvo del PAMI para abajo.⁷²

La falta de cohesión también se reflejaba en la militancia frentista. Luis Píccoli fue secretario adjunto de Suteba en Florencia Varela, militante del Frente del Sur y del Frente Grande en Florencia Varela, donde también fue concejal a partir del año 95. Da cuenta de la dificultad para planteaba la heterogeneidad político-ideológica frentista:

La militancia social era una mezcla, compañeros que venían del PB, compañeros que venían del sector de la Democracia Cristiana, nosotros que veníamos del campo nacional y popular, teníamos compañeros radicales dentro de la propia conducción, compañeros que venían del PI, y algunos sectores que venían de una izquierda de la época. El Partido Comunista tenía cuadros interesantes en algunos distritos. Esto generaba conflictos. Porque la discusión la queríamos dar desde el campo nacional y popular y otros querían plantearla desde la izquierda, desde la izquierda marxista.⁷³

Luis Sosa, docente e integrante de Suteba General Sarmiento en los años '90, confirma esta hipótesis:

La militancia era muy heterogénea. Convivían sectores peronistas, con sectores del PC, del MAS, organizaciones de izquierda de base, un peronismo más de izquierda, combativo. Todo muy fragmentado. Había también participación de las líneas evangelistas y sacerdotes alineados en el movimiento del tercer mundo.⁷⁴

La campaña en Capital Federal enfrentó al Frente y al delarruismo disputando el voto opositor. Si bien hubo sondeos por parte del sector del senador radical para medir las posibilidades de una alianza con el Frente, Álvarez rechazó terminantemente cualquier tipo de acuerdo reafirmando su voluntad de unir fuerzas solamente con la Unidad Socialista, pero abriendo las listas a figuras del campo intelectual y de la cultura. Su figura continuaba en ascenso en Capital Federal, comenzando a ser percibido como un liderazgo distinto a los propuestos por la dirigencia tradicional. El escándalo desatado a un mes de la elección por las coimas en el PAMI que involucraban a Matilde Menéndez -presidenta del organismo de la tercera edad y segunda candidata a convencional constituyente por el PJ en Capital- a raíz de

⁷² Raffo, *op. Cit.*

⁷³ Píccoli, Luis, entrevista realizada el 24 de junio de 2009.

⁷⁴ Sosa, Luis, entrevista realizada el 8 de agosto de 2009.

denuncias realizadas por el concejal del Frente Grande Aníbal Ibarra, atizó el clima de campaña.⁷⁵ La acusación tuvo un fuerte impacto en la opinión pública y fue una estrategia comunicacional eficaz para posicionar a los dirigentes del Frente como fiscales del poder, fortalecida con slogans que apuntaban a la lucha contra la corrupción: “Por una Constitución contra las mafias”, “Por una Constitución sin trampas”. El Frente Grande se oponía en la Convención Constituyente al tratamiento del paquete cerrado (13 puntos) del *Núcleo de Coincidencias Básicas* acordado por Menem y Alfonsín. El proyecto de reforma constitucional del Frente promovía derechos a la protección de la salud y del medio ambiente, a la no discriminación, al acceso a la justicia y al desarrollo cultural; rango constitucional al recurso de amparo y al hábeas corpus, incorporación del hábeas data y fuerte condena contra la pena de muerte. A su vez, se proponía un control parlamentario sobre los servicios de inteligencia, la creación del cargo de ministro coordinador designado con acuerdo parlamentario y destituible por el Congreso por mayoría simple y la inclusión de formas de democracia semidirecta: referéndum, iniciativa popular y plebiscito. El proyecto también incluía limitaciones a la facultad presidencial de emitir decretos, la elección de sólo dos senadores por provincia y la incorporación de la revocatoria de mandato para desplazar al legislador que no cumpla con el mandato de sus electores.

CUADRO 2. POSICIONAMIENTO DE LOS PARTIDOS FRENTE AL NCB.

	GOBIERNO	UCR	FRENTE GRANDE
Reelección	A favor	A favor	Se opone a que Menem pueda ser reelecto pero acepta la reelección (4 años más 4) si se reducen y controlan los poderes presidenciales
Autonomía porteña	A favor, con reservas	A favor	A favor. Pero un gobierno elegido por los ciudadanos de Buenos Aires con Constituyente, policía y justicia

⁷⁵ Se trataba de un cobro de coima de 400.000 pesos que involucraba a prestatarias odontológicas.

Limitación de los decretos de necesidad y urgencia	A favor	A favor	propias. En contra. Propicia la limitación de estos decretos y una revalorización del papel del Congreso como control del Ejecutivo.
Jefe de gabinete	A favor	A favor	En contra. Propone crear la figura de un primer ministro nombrado y removido por el Parlamento.
Tercer senador	A favor	A favor	Se opone. Propone la creación de un sistema unicameral y una mayor participación de las provincias en el gobierno nacional.
Sistema para la elección de jueces	A favor	A favor	En contra. Proponen un concurso público de oposición y antecedentes y un "sistema no partidizado". Creación de un consejo de la Magistratura y de un jury de enjuiciamiento

En la elección para constituyentes se plebiscitaba la gestión de gobierno y se ponía a consideración de la ciudadanía el acuerdo o desacuerdo con el pacto. En cualquiera de estos planteos, el Frente Grande era la fuerza que mejor encarnaba el perfil de oposición al pacto. Cuando los sondeos marcaban el vertiginoso ascenso del Frente Grande en Capital, disputando voto a voto con el PJ, Menem salió a atacar a esa fuerza política tratándolos de "comunistas, marxistas y trostkistas"⁷⁶, pretendiendo agudizar el conflicto entre el sector de Álvarez, mayoritario en el Frente, y los agrupamientos de la izquierda tradicional, recelosos del accionar del líder. Rápido de reflejos, Álvarez colocó al presidente en el lugar de la intolerancia, del autoritarismo: "A Menem le salió el enano fascista que lleva adentro. (...) No le alcanzan las convicciones democráticas para aceptar que una fuerza construida a pulmón, está disputando

⁷⁶ Declaraciones realizadas a un programa periodístico radial de Radio Splendid el 4 de abril de 1994.

cabeza a cabeza con el menemismo en la Capital.⁷⁷ En cuanto a las tendencias electorales, el voto al Frente Grande en Capital se concentraba en un electorado "independiente", orientado hacia el radicalismo pero desencantado tanto con la tibia oposición de este partido como con los niveles de corrupción del gobierno. La bandera de la corrupción fue el principal eje de campaña publicitaria del Frente Grande, presentando a Álvarez como la contracara política de Matilde Menéndez y Carlos Corach. No obstante, el principio de división elegido para actuar frente al electorado por parte de la oposición en general fue el pacto Menem-Alfonsín, relegando el debate sobre las reformas centrales que se proponían introducir en la Constitución.

Si bien el partido del gobierno ganó las elecciones nacionales⁷⁸, el Frente Grande logró un histórico triunfo en Capital Federal con el apoyo de diferentes estratos socioeconómicos,⁷⁹ así como importantes resultados en Neuquén y la provincia de Buenos Aires.⁸⁰ "Chacho" Álvarez había doblegado al menemismo en un bastión que, a diferencia de la elección pasada, le daba la espalda a sus proyectos. Se constituía así en la figura política del momento allanándose naturalmente el camino en su fuerza para la postulación a la candidatura presidencial del '95. En la elección pudo capitalizar políticamente la protesta y el malhumor social que el tema de la reelección había suscitado en gran parte del electorado. Al mismo tiempo, se construyó eficazmente como portavoz de quienes reclamaban "justicia, honestidad y mecanismos más

⁷⁷ No obstante, ante los temores de la dispersión de votos, aclaró que "ninguno de los primeros cuatro candidatos de nuestra alianza tuvo o tiene una militancia en la izquierda". Tras denunciar una campaña de "provocación e injurias" orquestada por el oficialismo, los principales dirigentes del Frente se ocuparon de no aparecer públicamente junto a los comunistas. *Página 12*, 5 de abril de 1994, pp.5-6.

⁷⁸ El Justicialismo obtuvo a nivel nacional 37,7%, la UCR 19,2%, el Frente Grande 12,7%, Modin 9,1% y la Unidad Socialista 2%.

⁷⁹ Obtuvo el 37,58% seguido por el Partido Justicialista con el 24,5% quedando relegada al tercer lugar la UCR con el 15,2% y cuarto el socialismo con el 7,7% de los votos: Álvarez ganó en todas las circunscripciones porteñas, desde Lugano hasta Recoleta. En la composición del voto frentista se refleja la heterogeneidad de los apoyos recibidos: 43,4% de votantes radicales, 25 % del Modín, 23,8% de la Unión Socialista, 12,2% del Justicialismo, 10,3% de la Ucedé y 93,5% del Frente Grande.

⁸⁰ En Neuquén obtuvo el triunfo con la candidatura del obispo retirado Jaime de Nevaes mientras que en la provincia de Buenos Aires alcanzó el segundo lugar relegando al tercer puesto a la lista del radicalismo encabezada por Raúl Alfonsín. En total, el Frente Grande obtuvo treinta y dos de los trescientos cinco convencionales constituyentes: 14 por la provincia de Buenos Aires, doce por Capital Federal, dos por Neuquén, dos por Santa fe, uno por Córdoba y uno por Entre Ríos.

transparentes” en la toma de decisiones.⁸¹ Para justificar su triunfo, el flamante ganador apeló a razones éticas y morales, pero se cuidó de recurrir a la crítica al modelo económico como variable electoral: adjudicó la victoria "al cansancio moral de los argentinos" y la calificó como el "triunfo de la ética", dejando en claro que "la estabilidad es algo que no puede discutirse". Rechazó además que deba volverse atrás con las privatizaciones de las empresas públicas y advirtió: “no quiero ser parte de una minoría testimonial y contestataria, sino parte de una fuerza que la gente vea como viable, como alternativa de gobierno”.⁸² Con mayor nitidez que durante la campaña, la moderación en el discurso de Álvarez respecto a la política económica del gobierno de Menem y su rechazo a la construcción de una fuerza capaz de articular expresiones heterogéneas dentro del campo de la izquierda y la centroizquierda –“es imprescindible consolidar la estructura para que el Frente no sea una sumatoria de partido en desuso (...) debe plantearse una identidad para adelante, con un proyecto político -no ideológico”- daba cuenta de un pragmatismo que sería fuertemente criticado por el otro referente del Frente, “Pino” Solanas.

Una de las claves del éxito electoral de “Chacho” Álvarez en la elección constituyente de 1994 fue su capacidad para instalar en los medios sus propuestas políticas. La presencia mediática de Álvarez fue transversal, comprendió rápidamente las reglas y lógicas de funcionamiento de cada espacio y a ellas se adaptó: prolongando el estilo ensayístico de sus editoriales en *Unidos*, desarrolló sus convicciones políticas como columnista quincenal de *Página 12* (1987-1993) y tuvo una notable habilidad para instalar nuevos temas en la agenda que cotidianamente comienza a elaborarse en los programas periodísticos matutinos de la radio. Allí, construyó política desde la incorporación de nuevas problemáticas, acompañada de un certero análisis sobre la realidad y de propuestas sobre cómo modificar el funcionamiento de la política y el modo de construir poder en la Argentina. Cuando ya era diputado nacional y su figura tenía reconocimiento público, formó parte del elenco estable del programa televisivo con más audiencia durante la década del '90: *Hora Clave*. Por su formación política y su

⁸¹ Entre las principales razones del voto frentista se imponía la de ser la única alternativa al pacto Menem-Alfonsín: 55,4%; por sus propuestas y la coherencia de su discurso: 16,8%; porque son los más éticos-honestos: 10,3%; por la figura de Álvarez 7,3%. *Clarín*, 11 de abril de 1994.

⁸² *Clarín*, 11 de abril de 1994.

re[formu]lación mediática, Álvarez rápidamente alcanzó notoriedad combinando audacia en las denuncias –que cubrían el componente espectacular que debe tener el discurso televisivo- y una cuotificación de inteligente reflexión política, mixturada de componentes personales que cuadraban a la perfección para detener la mirada del público: humor corrosivo, ingeniosas metáforas sobre la realidad política y una tonalidad de voz que nunca lo hacía pasar desapercibido. Desde la perspectiva de Beatriz Sarlo,

Álvarez, que había hecho política de partido durante veinte años y había editado una revista de perfil intelectual en los '80, parecía nacido en un estudio de televisión. Tenía la medida justa del quantum de ideas que podía pasar a través de los micrófonos y sabía detenerse en el punto preciso que separa la repetición de la banalidad. Su carisma mediático lo habilitaba para decir cosas un poco más complicadas de las que se admiten en la argumentación televisiva. Pero su intuición (ejercitada en la invaluable experiencia populista del peronismo) le mostraba claramente cuándo era necesario repetir, volver a remachar, usar una fórmula que quedara en le recuerdo fugaz de lo que se ve y se escucha” (Sarlo, 2001: 8).

En la efectividad alcanzada por Álvarez en este escenario se podía leer, aun cuando todavía no era un líder consolidado a nivel nacional, una *afinidad natural* con sectores del periodismo independiente, condición que explica en parte su militante presencia mediática, de la pluma colérica y enfervorizada a la ronca voz convocante. En este sentido, Mario Wainfeld le reconoce dos cualidades al líder frentista:

Primero, es alguien que entiende muy bien la lógica de los medios. Segundo, tiene un discurso armado, como todo político, pero de repente improvisa. Uno hace una entrevista con “Chacho” y no sabe con qué se va a encontrar porque él no sabe. Tiene una especie de idea democrática situada de cómo funcionan los medios. Sabe que si dice una cosa no se la van a repetir igual, pero aún así piensa que le conviene decirla porque su palabra va a prevalecer de todo el manejo de edición de los medios (...) Además, tiene una afinidad cultural muy vasta con los periodistas, no sólo con los progresistas. Él es un gran seductor, siempre tuvo una idea muy precisa de la importancia que tenían los medios y mucha capacidad de interacción. Se mezclan todos esos elementos, alguien afín culturalmente y representativo, muy buscable porque habla mucho y se expresa bien en formato mediático, o sea que da noticias, títulos, y con gran perspicacia para acomodar su imagen”.⁸³

⁸³ Wainfeld, Mario, entrevista realizada el 29 de mayo de 2001.

Con la renuncia al peronismo como punto inicial de un recorrido político nuevo, algunos integrantes del “Grupo de los Ocho” buscaron articular, no sin dificultades, el rol de oposición frontal al gobierno de Menem y la construcción de un espacio político alternativo desde donde reivindicar las banderas del “verdadero peronismo” que Menem había denostado al aliarse en el poder con el *establishment* económico. En el primer plano, el accionar del “Grupo de los Ocho” fue creciendo considerablemente a medida que proliferaban actos de corrupción en el gobierno, se intensificaba la política de ajuste económico y se acentuaba el declive opositor del radicalismo. Pero al percibir las enormes dificultades para capitalizar electoralmente la oposición sistemática al gobierno de Menem mediante la reivindicación del “verdadero peronismo”, Álvarez y Abdala consideraron agotada esa estrategia política y se abocaron a la construcción de “síntesis creativa del movimiento nacional-popular”. La temprana muerte de Abdala generó un vacío importante para el desarrollo de ese proyecto por la reconocida capacidad que tenía el dirigente de ATE para articular el campo político y el campo gremial. Atravesado por tensiones y sectarismos, la construcción de una fuerza política opositora con algún grado de inserción electoral en un sistema regido por el bipartidismo atravesó un difícil proceso hasta que dos sectores políticos que compartían en términos generales una visión muy crítica del gobierno de Menem, como el Fredejuso y el Frente del Sur, acordaron una alianza electoral que logró generar, en las elecciones de 1993, una referencia considerable en Capital Federal y comenzar a posicionarse como la principal oposición política al gobierno de Menem. La resistencia al avance neoliberal se redefinía en un horizonte más audaz y entusiasta: la construcción de un proyecto capaz de recuperar la política como herramienta de cambio social.

La crítica al modelo económico “concentrador y excluyente”, a la intervención del Estado en la economía y al carácter estructural que asumía la corrupción menemista fueron premisas sostenidas por Solanas pero progresivamente secundarizadas por Álvarez, quien comenzaba a reorientar su discurso hacia una crítica en clave liberal-republicana al gobierno, enfatizando en la “concentración y el manejo discrecional del poder”, los “déficits institucionales” y la falta de “transparencia” en las prácticas políticas. En este marco, Álvarez logró posicionarse como la *contrafigura* del “Pacto de Olivos”. No obstante, la reorientación en el posicionamiento político de Álvarez intensificó las controversias con el sector de Solanas y

puso en duda el cumplimiento del pacto original que diera luz al Frente Grande; también aquella promesa de que la política volviera a convertirse en una opción transformadora.

Capítulo IV

Transiciones del Frente Grande al Frepaso

Hay muchos sectores que dicen que soy excesivamente light. Bueno, que me expliquen cómo hacen las cosas de otra manera. No se puede construir con un discurso que no conmueve a nadie, por más duro que sea. No tengo problemas con lo light. No es ser más débil estar más al centro. Lo light tiene que ver con poner todo en discusión. Yo puse en discusión al peronismo, mi propia tradición política ¿por qué no puedo exigir que otros lo hagan?

Carlos Álvarez

Página 12, 4 de abril de 1994.

El resonante triunfo de Álvarez en las elecciones de abril de 1994 reactualizó un debate postergado en la cúpula frentista respecto a la disputa por el liderazgo. La candidatura a presidente para 1995 fue el eje de enfrentamiento instalado entre Álvarez y Solanas,¹ encerrando una controversia más importante y más silenciada: qué orientación política debía adoptar el Frente Grande como alternativa al bipartidismo. En la Convención Constituyente Álvarez se presentó como *el otro* del pacto Menem-Alfonsín, elevando su voz de protesta por la oclusión del debate a instancias del tratamiento del Núcleo de Coincidencias Básicas. Con un discurso crítico hacia las gestiones de Alfonsín orientadas al “consenso”, Álvarez pretendía colocar al presidente del radicalismo en el lugar de la rendición, de la derrota anunciada ante los “intereses hegemónicos” del menemismo.² Para fortalecer la denuncia contra los intereses

¹ El triunfo de Álvarez en Capital puso en suspenso el acuerdo que en el '93 había sellado con Solanas, por el cual este último sería el candidato a presidente por el Frente en 1995. El cineasta reclamó que se cumpliera lo estipulado mientras que Álvarez desoyó los reclamos a la luz de las nuevas circunstancias electorales.

² Álvarez denunció el funcionamiento de “una Convención paralela integrada por los pactistas que modifican la Constitución como un traje a medida” y recordó que “le habíamos anticipado al doctor Alfonsín que le estaban afilando la navaja al mono, pero él nos pidió que esperáramos que se definiera la letra chica. Se habló de la solución española o la italiana para limitar los efectos de los decretazos, pero al transferirse al Congreso con

personalistas ínsitos en la urdimbre del pacto, el líder frentista resaltaba aquellos temas que no entraban en la agenda de los negociadores pero cuyo tratamiento obedecía a la realidad social de amplios sectores,³ y advertía sobre la tendencia autoritaria del régimen presidencialista que favorecía la Constituyente, responsable del distanciamiento de la “gente” de la política, haciendo énfasis en el carácter “delegativo” de la democracia.⁴

Conduciendo con habilidad su bloque y protagonizando los debates de mayor contenido argumentativo, Álvarez emergía como el referente de un espacio de centroizquierda nuevo, moderadamente reformista, interesado por el “mejoramiento de la calidad institucional” de la política. Pese al fuerte cuestionamiento a los procedimientos para el tratamiento de las principales reformas, Álvarez mostró la posición más moderada dentro del Frente confrontando con la postura más intransigente de Solanas, que fue quedando aislado y paulatinamente se convirtió en la oposición al “chachismo” dentro de la fuerza. El cineasta no sólo apoyó enfáticamente la renuncia a su banca como convencional del obispo Jaime de Nevares sino que, a diez días de comenzada la Convención, ya hacía trascender por los medios su disgusto sobre el liderazgo y la orientación que Álvarez le imprimía al Frente: a su público cuestionamiento al carácter “verticalista” de conducción, Solanas agregaba un fuerte reclamo para que el Frente tuviera una posición más dura frente al modelo económico “neoconservador”, proponiendo la “democratización de la economía y las relaciones sociales”. A medida que se acentuaba el distanciamiento entre Álvarez y Solanas, este último enfatizaba la demanda de participación común en la dinámica del Frente, con internas abiertas y un sistema proporcional de elección de cargos y candidaturas, e instaba a articular esfuerzos con los movimientos sociales. Aludiendo a la ausencia de canales de debate internos en su partido, proponía una ética de la discusión⁵ y rechazaba la invitación de Álvarez y su sector a integrar la constitución de un nuevo partido –de raigambre chachista- que hegemonizara ese espacio político.

mayoría menemista la última palabra, la solución adoptada es la solución Bauzá. Esta es una nueva claudicación política de Alfonsín” “Peronistas y radicales cerraron el acuerdo del NCB”, *Página 12*, 24 de junio de 1994, p.3.

³ Como la vivienda, la salud, la educación, los derechos y garantías, la derogación del servicio militar obligatorio, el control de los servicios privatizados monopólicos y mejores organismos de contralor “de la corrupción menemista” entre otros.

⁴ “El pacto provocó, otra vez, una fuerte pelea en el recinto”, *Clarín*, 2 de agosto de 1994, p.6

⁵ Solanas, Fernando, “Frente al debate”, *Página 12*, 18 de junio de 1994, p. 11.

No obstante, el enfrentamiento entre los dos líderes no se estructuraba tanto en torno a la postergada institucionalización del espacio sino respecto de la orientación político-ideológica que se debía adoptar para constituirse en una alternativa creíble a los dos partidos tradicionales. Mientras Solanas hacía énfasis en la ampliación del Frente a todas las fuerzas opositoras al modelo económico, Álvarez se mostraba reticente a contener en la fuerza a las corrientes de izquierda tradicional –léase PC-, a los que consideraba como irresponsables en sus planteos y exigía una reconversión en su identidad. Era perentorio encauzar al Frente hacia una “cultura de gobierno”.⁶ Para Eduardo Jozami,

En ese proceso es donde Álvarez empieza a mostrar dos limitaciones fuertes: la primera, un temor muy grande por la presencia de la izquierda en el Frente Grande. Y la segunda, una incapacidad por resolver los conflictos con dirigentes que hacen algo más que seguirlo, que de alguna manera tenían una opinión propia, un espacio propio.”⁷

Nos proponemos entonces en este capítulo examinar las divergencias entre Álvarez y Solanas en cuanto a sus posicionamientos frente a la política económica y sus propios proyectos en ese campo. A la vez, analizar la relación de Álvarez y su sector con la cuestión social y con el sector sindical que motorizó diferentes acciones colectivas en pos de articular la protesta con la propuesta de *otro proyecto de país*.

4. 1 El corset de la propuesta económica

La cuestión económica se convirtió, por las polémicas declaraciones de Álvarez pero también por la falta de una propuesta consistente, en un tema central respecto al debate sobre la orientación que debía tomar la fuerza como alternativa al bipartidismo. Asignatura pendiente en la formación política de Álvarez, aparecía como un tema perentorio de resolver a medida que crecía su imagen positiva y se hacía inminente su candidatura a presidente. Con la asistencia de un grupo de economistas de carácter heterogéneo en cuanto a su formación y filiación

⁶ “Creo que el Frente no puede ser sumatoria de partes residuales del pasado. Una mezcla de izquierda tradicional, peronismo disidente, socialistas y comunistas. Claramente, una identidad para adelante, con un proyecto político, no ideológico. El Frente debe abrirse a mecanismos democráticos y pasar de una cultura de la impugnación, de una cultura de la resistencia, a una cultura de Gobierno”. “Alfonsín debe abrir el paquete. Entrevista a Carlos “Chacho” Álvarez”, *Clarín*, 12 de abril de 1994, p. 7.

⁷Jozami, Eduardo, *op.cit.*

ideológica⁸, se comenzó a trabajar en una propuesta que giraba sobre seis temas principales: el rol del Estado, el perfil de crecimiento económico, las economías regionales, la integración económica regional, la reforma impositiva y la lucha contra la pobreza. Se pronunciaron a favor de un Estado activo en la facultad de definir las prioridades de inversión y empleo, una redefinición del perfil del crecimiento económico para hacer posible una reconversión asistida del sector industrial, la reorganización de las economías regionales, fuertes inversiones en educación y salud, equilibrio entre el mercado interno y la inserción en el mundo, fortalecimiento del MERCOSUR. La propuesta distaba sustancialmente de los principales postulados económicos sostenidos por su competidor interno, Fernando Solanas:

CUADRO 1. LOS PROYECTOS ECONOMICOS DE ALVAREZ Y SOLANAS

	ALVAREZ	SOLANAS
Convertibilidad	Mantener la convertibilidad, la paridad cambiaria 1 a 1 y el equilibrio fiscal que las asegura. Política monetaria selectiva basada en encajes diferenciales por regiones, que serviría para liberar recursos crediticios.	Salir de la convertibilidad en un proceso escalonado para evitar la crisis monetaria. Control de cambios. Preservación del equilibrio fiscal y manejo del Estado de la política de precios, en "función de objetivos estratégicos". Refinanciar la deuda externa y los compromisos de pago.
Comercio Exterior	No tocar la política de apertura de la economía, respetando lo que surge de los acuerdos del Mercosur. Promover en forma activa las exportaciones y administrar en forma "selectiva" las importaciones. Sobre la deuda externa, plantea que los créditos que contraen los grupos económicos, sean por su cuenta y riesgo, y sin garantía del	Control del comercio exterior. Revertir la apertura económica indiscriminada. Crear un organismo de comercio exterior mixto (público y privado). Desmonopolizar el comercio de productos primarios donde los pequeños y medianos productores deben tener un papel protagónico.

⁸ Arnaldo Bocco (política tributaria), Fernando Porta (Desarrollo industrial y Mercosur), Daniel Novack (Desarrollo industrial), y Eduardo Bustelo (Políticas Sociales) entre otros. La divergencia entre los economistas que integraban la comisión sobre cómo salir de la convertibilidad y qué hacer con las empresas privatizadas, retrasó la elaboración de una plataforma económica.

	Estado.	
Privatizaciones	Revisar la regulación de los servicios públicos privatizados. Rediseñar todo el sistema estatal de control.	Revisar todas las privatizaciones. Profunda investigación para anular las consecuencias de procedimientos ilegales. El Estado regulará y controlará los sectores productivos estratégicos.
Política Tributaria	Priorizar el impuesto a las ganancias. Necesidad de una reducción del consumo para aumentar las exportaciones. Gravando con más énfasis las ganancias, se logrará que consuman menos los sectores que más pueden.	Énfasis en el impuesto a las ganancias, a los grandes patrimonios, a la tierra y a los consumos suntuarios.
Política productiva	Programas específicos para la reconversión competitiva de la industria y el campo. Perfil productivo de especialización intrasectorial. Protección efectiva a la producción local, mediante derechos de importación.	Fortalecimiento del mercado interno. Créditos para las economías regionales y las Pymes, para su reconversión. Cuando sea necesario, regular la tasa de interés para ubicarla en un nivel razonable.
Empleo	Programa de reasignación, reentrenamiento y recalificación de la mano de obra. Diseñar una política laboral basada en promover el incremento de productividad.	Garantías de estabilidad laboral. Recalificación laboral. Se revertirán las leyes laborales para evitar la precarización del empleo.

Mientras las propuestas de Solanas expresaban un claro rechazo a la política neoliberal implementada por el gobierno, el programa de Álvarez respetaba tres postulados sagrados para Cavallo: la paridad cambiaria, el equilibrio fiscal y la apertura económica, marcando diferencias en las políticas tributaria, productiva y de empleo. Si en un caso había una clara apuesta al cambio de modelo, en el otro se manifestaba un acuerdo general con una política aperturista, privatizadora y de mercado, aun cuando se cuestionara la modalidad con que se había implementado desde el gobierno de Menem.⁹ La dificultad para dar continuidad en el trabajo de los equipos técnicos que permitieran la elaboración consistente de una propuesta

⁹ *Página 12*, 12 de junio de 1994.

económica, se conjugaba con otra fuerte restricción: las permanentes definiciones coyunturalistas de un candidato presidenciable sobre economía. Los posicionamientos sobre cuestiones generales planteadas en términos antagónicos- modelo-anti modelo, privatizaciones-estatización, economía cerrada-apertura económica, se imponía a una discusión pormenorizada de la política económica vigente que posibilitara una propuesta superadora. Según Darío Alessandro,

Chacho siempre fue cuidadoso en ese tema porque cuando se discutía el modelo él decía pero esto no es un modelo económico, es un modelo de gobierno, un modelo de gestión donde está el tema de la corrupción, de la eficiencia, también el tema de la convertibilidad o de la alineación con Estados Unidos, es un conjunto de cosas. Siempre se resistía a discutir en términos de modelo-anti modelo, porque se preguntaba ¿qué es el anti modelo? Para unos el anti modelo es una cosa distinta al capitalismo, para otros es la salida de la convertibilidad”.¹⁰

Asimismo, el debate sobre el tema económico incomodaba al líder frentista no sólo por sus reconocidas limitaciones en ese terreno, sino también por el efecto contraproducente en términos políticos que implicaba adoptarlo como eje de confrontación con el gobierno cuando aparecía como el principal capital político de éste, conforme al consenso generalizado por entonces sobre las “virtudes” del modelo. En el fondo, existía el temor de generar inseguridad en aquellos sectores sociales que acompañaban a Álvarez en su lucha contra la corrupción, pero que se habían visto beneficiados en los inicios del plan económico, respecto de los posibles efectos de anunciar correcciones al modelo como, por ejemplo, que se pusiera en riesgo la convertibilidad. Inesperadas para los sectores progresistas, las declaraciones de Álvarez sobre la política económica generaron controversias entre las fuerzas en pugna del Frente. La aceptación de la convertibilidad no era compartida algunos sectores del Frente Grande, como afirma, Gustavo Cardesa, ex diputado por el Partido Intransigente:

La orientación al gobierno la veíamos como correcta. Lo que nos parecía incorrecto era la asunción del modelo: la convertibilidad básicamente, ‘si hubiera sabido la hubiera votado’, y que ‘no se puede gobernar en contra del *establishment* en la Argentina’ (...) La discusión modelo-anti modelo fue una discusión muy fuerte, importante en la fuerza, y terminó triunfando una visión de que el modelo no era un modelo salido de la dictadura militar sino que era el modelo menemista y por lo tanto lo central eran las aristas vinculadas a la corrupción y no con el modelo neoliberal en su versión argentina. Por lo tanto se pensaba

¹⁰ Alessandro, *op. cit.*

que modificando las aristas muy duras, muy específicas, folclóricas que le había puesto el menemismo, y con calidad de gestión se podía modificar la Argentina".¹¹

Con el objetivo de romper la resistencia que el *establishment* manifestaba hacia el Frente y marcando diferencias con las otras coaliciones de centroizquierdas latinoamericanas¹², Álvarez inició una serie de reuniones con empresarios, en las cuales confesó que se arrepentía de no haber votado la convertibilidad, aseguró que de ser presidente mantendría la paridad peso-dólar y no revisaría las privatizaciones, mantendría el equilibrio fiscal con reorientación de la estructura impositiva y clausuró la posibilidad de volver al "estado propietario". Para matizar el acercamiento, remarcó la ética que debe primar en la relación entre grupos económicos y políticos como parte de un "capitalismo distinto" subrayando la autonomía que debe mantener la dirigencia política frente a los empresarios para poder alcanzar "una nueva dirigencia para un capitalismo social"¹³. Distanciado del eje modelo-anti modelo, enfatizaba un reformismo vinculado con "un modo de gestionar diferente".¹⁴

En agosto de 1994 el sector de Álvarez presentó en el Centro de estudios Programáticos dos documentos: "Construcción de un proyecto económico" y "Propuestas para el desarrollo productivo". En ambos se remarcaban la continuidad de la actual política monetaria, de la paridad cambiaria y el equilibrio fiscal" señalando como objetivos políticos fundamentales un "pacto por el crecimiento que se debe apoyar en tres pilares: modelo de gestión, lucha contra la corrupción y lucha contra la pobreza". El primer documento desarrolla una crítica al plan económico de Cavallo, señalando el carácter acotado y pasivo de la política monetaria en el marco de la convertibilidad, la asimetría entre el carácter fijo de los precios de bienes que se importan y exportan por la apertura económica y la suma de los bienes no transables (servicios).

¹¹ Cardesa, Gustavo, entrevista realizada el 16 de agosto de 2001.

¹² Insistió en el carácter "nacional" de estos procesos y la diferencia de posicionamientos respecto a, por ejemplo, el PT brasileiro: "Lula es el líder de una fuerza que nació como parte de la izquierda tradicional, y para ser gobierno tuvo que adecuarse. Yo no me tengo que correr a ningún lado para hablar con los empresarios, porque ésa era una posibilidad en el camino que se planteó el Frente. Al PT también le impactó el peso que tiene la estabilidad en países con alta inflación. Reivindicar la estabilidad no es una claudicación ante el régimen". "El salto del tigre", *op. Cit.* P.6.

¹³ "Un moderado Chacho intentó convencer a los empresarios", *Página 12*, 8 de septiembre de 1994, p.6.

¹⁴ Al Gobierno le conviene la idea de que hay un modelo cerrado, al que no se puede tocar. Si decís que venís con otro modelo, la gente piensa que se tira por la borda lo bueno de lo anterior: Entonces yo no planteo otro modelo: planteo otras políticas, superadoras, y reconociendo parte de lo hecho". *No somos perdedores*, *op. cit.* Pp.4-5.

Reconoce que la convertibilidad fue útil “para lograr la estabilidad relativa de los precios pero al costo de perder la soberanía monetaria, resignando en consecuencia uno de los más importantes instrumentos de política económica, a la vez que también se eliminaba la posibilidad de “tener política cambiaria”. El término introducía tímidamente un concepto de política económica prácticamente tabú en pleno fervor de la convertibilidad: *devaluación*. “Si alguien pudiera garantizar hoy que frente a una devaluación de ciertos precios y servicios no transables internacionalmente no se modificarían de manera significativa, esta medida, la devaluación, sería la forma más rápida y directa de producir una mejora en la competitividad externa de la producción nacional”¹⁵ Aun así, se señalaban los riesgos inmediatos de una política devaluatoria: la reducción del salario real, el endeudamiento en dólares de consumidores y empresas y el impulso a devaluar por parte de los empresarios para evitar de ese modo una mayor inversión y mejora de la productividad.

Advirtiendo sobre el agotamiento de los factores que originalmente impulsaron la reactivación económica, el documento caracteriza como una “estabilidad precaria” la alcanzada por el plan de convertibilidad en virtud de la debilidad del equilibrio tanto fiscal como externo y pone en cuestionamiento la viabilidad del plan económico en el largo plazo.¹⁶ Lo considera como un “plan económico de ajuste estructural”, incapaz de resolver el grado de “desarticulación social y territorial del país, con sectores y regiones enteras consideradas ‘inviabiles’ y excluidos de los supuestos beneficios de una economía más moderna”; esto se expresa en “mayor desocupación, crisis de economías regionales y concentración económica que alienta la monopolización y oligopolización de los mercados”. La desigual distribución del

¹⁵ “Propuesta programática. La construcción de un proyecto económico”, Centro de Estudios Programáticos, agosto de 1994, p. 1.

¹⁶ Parte de reconocer los logros del proceso de estabilización como la reducción de los índices inflacionarios, el mayor acceso al consumo y, como consecuencia de esto, la expansión del crédito personal. No obstante, se observa críticamente la falta de aumentos reales de salarios, el impacto desigual que el crecimiento tuvo sobre los diferentes sectores de la actividad económica y la sesgada orientación de la inversión, orientada preferentemente hacia el sector de bienes no transables y con escaso impacto sobre los bienes transables exportables. Asimismo, se objeta la regresividad de la política impositiva y el impacto que tiene sobre los sectores productivos en crisis (agropecuario, industrial, trabajadores autónomos, entre otros) y una nivel de productividad, que si bien se incrementó considerablemente durante la convertibilidad, no se reflejó en el nivel de creación de empleo. El mismo tono crítico se emplea para abordar la cuestión de la deuda externa al afirmar que los crecientes niveles de endeudamiento a la vez que reducen los márgenes para continuar aumentando su monto agudizan la vulnerabilidad externa del país.

ingreso, la ausencia de una política de equidad impositiva que grave a los sectores de mayor poder adquisitivo, el endeudamiento creciente, la corrupción y la falta de transparencia en la gestión pública, se señalan como características predominantes del modelo económico¹⁷. Se critica además la regresiva distribución del ingreso, los crecientes niveles de pobreza, los recurrentes problemas de empleo y la ausencia de una política social que mejore las condiciones de salud, educación y vivienda y modifique los índices de mortalidad infantil.

El segundo documento plantea “otro proyecto económico que apunta el bienestar de las personas como objetivo” en discusión con “todos los actores sociales y las fuerzas políticas que comparten su convicción de que “OTRO PAIS ES POSIBLE”. Titulado “Propuestas para el desarrollo productivo”. En este trabajo se plantean una serie de iniciativas que, sin embargo, no explicitan una modificación del régimen cambiario, las privatizaciones ni la política de endeudamiento externo. Marca la “necesidad de reorientar el desarrollo económico y promover un crecimiento sostenido de las fuerza productivas (...) colocando “a las políticas sociales y los objetivos de equidad social en el centro del programa económico” de modo de volver viable, en acuerdo con actores sociales y económicos, un “proceso de modernización más inclusivo”, “un mejoramiento de las condiciones de empleo productivo y la distribución de los ingresos”.¹⁸

CUADRO 4. PROPUESTAS ECONOMICAS Y PRODUCTIVAS DE ÁLVAREZ

Política fiscal	Desplazar la presión sobre la producción, hacia las ganancias no consumidas, los consumos no imprescindibles y los activos no productivos.
Gasto público	Reasignación de las partidas presupuestarias, privilegiando aquellas que sirvan para atender las demandas sociales básicas de la población y que mejoren la producción.
Política monetaria financiera	Modificación selectiva de los encajes bancarios. Las sumas que no se afecten a los encajes serán usadas para dar líneas de crédito a las pequeñas y medianas empresas con tasas de interés menores y a largo plazo.
Reconversión Industrial	Promoción de una reconversión productiva asistida para la industria mediante los programas específicos de reconversión competitiva (PERC. Los instrumentos de los PERC serán: protección efectiva mediante la fijación de derechos de importación,

¹⁷ “Propuesta programática...” *op. Cit.* pp. 4-8.

¹⁸ “Propuesta programática N° 1. Propuestas para el desarrollo productivo”, CEP, agosto de 1994, pp. 1-4.

	incentivos tributarios específicos contra el cumplimiento de metas específicas de volúmenes y precios, tarifas diferenciales para insumos críticos.
Reconversión agropecuaria	Retomar la iniciativa en materia de comercio exterior generando un ente público-privado que maneje funciones esenciales: refinanciación de deudas y créditos flexibles a menores tasas de interés, disminuir la presión tributaria exagerada sobre las producciones más pequeñas y simplificar el sistema impositivo. Propone el impulso de una línea de cambio tecnológico, asociando su incorporación a facilidades crediticias; el apoyo a formas asociativas de nuevo tipo que permitan una mejor utilización de la maquinaria agrícola y un replanteo de los costos laborales.
Política para las Pymes	Canalizar recursos del financiamiento internacional actualmente disponibles para ampliar el crédito a las Pymes con tasas de interés razonables. Se agrega la implementación de un sistema de garantías complementarias para superar la fuerte restricción que implican las exigencias de los bancos para obtener créditos.
Política comercial Externa	Diseño de una política comercial activa para administrar y conducir el proceso de apertura económica en beneficio del desarrollo productivo. Destaca la promoción activa de las exportaciones, estimulando el mayor valor agregado de las mismas y la administración selectiva de las importaciones, cuidando de no afectar los precios básicos al consumidor, el costo de los insumos para la producción y la formación de capital de mayor nivel de productividad.
Política laboral	-recuperar el crecimiento de los niveles de empleo como objetivo central. -Política de reconversión y recalificación de la fuerza laboral basada en la necesidad de modernización de las profesiones vinculadas con el proceso productivo
Convertibilidad	En el inicio, el uso de la política monetaria será acotado disponiendo, como único margen posible, la "creación secundaria de dinero" mediante la modificación de encajes a las entidades financieras. -se asume como restricción "a corto plazo" la paridad 1 a 1 entre el peso y el dólar
Política fiscal	-Equilibrio fiscal: condición indispensable para mantener la convertibilidad. Ambos son presentadas como "condicionantes iniciales pero no eternos" ¹⁹ Se propone el financiamiento pleno de las exportaciones en las mismas condiciones que lo hacen los países competitivos; la formación de capital de las pequeñas y medianas empresas. Diseño de un sistema mixto de garantías para las PYME que facilite el acceso de éstas al crédito a tasas razonables.

El plan fue criticado por amplios sectores de la oposición y del gobierno. En algunos casos por las polémicas declaraciones políticas de Álvarez que acompañaron la propuesta,

tendientes a calmar la incertidumbre de los empresarios –“nunca estuve a favor de la lucha de clases”; en otros por la confesión -como reaseguro de confianza a los empresarios- de haberse equivocado al no votar la ley de convertibilidad.²⁰ Desde el gobierno se alentó el fantasma de la hiperinflación y el Estado intervencionista,²¹ aun cuando Cavallo le colocara un “salvavidas de plomo” al elogiar las declaraciones de Álvarez como reconocimiento a la política económica que él impuso²², en momentos donde se producía un debilitamiento de su imagen positiva.²³

La sobreactuación en los medios de este perfil moderado durante la “semana trágica” le valió a Álvarez fuertes críticas al interior de su partido y endureció la disputa con Solanas, a quien calificó “como una minoría testimonial” cuando el cineasta presentó un proyecto para re estatizar YPF, cobrarle más impuestos a los sectores de mayores recursos y la anulación de las privatizaciones. Como réplica a la acusación de Solanas de “pensar igual que el establishment”, Álvarez lo consideró como “ultra revolucionario”, “un testimonio ideológico destinado a un grupo de militantes dogmáticos” y juzgó funcional al gobierno la propuesta de su contrincante.²⁴ Sostenía así una estrategia de enunciación de colocar en los extremos de la izquierda a Solanas, ubicándose él por definición en una posición más centrista, responsable y atractiva para los sectores de clase media a quienes desde hacía tiempo dirigía su discurso.²⁵ Y

²⁰ Rodolfo Terragno dijo que “si a Cavallo le encargarán un programa para el próximo gobierno, sería más audaz” Más duro fue el precandidato radical Horacio Massaccesi, quien acusó al Frente de “menemismo prolijo, remarcando que “los cambios económicos que necesita el país no se pueden hacer desde la ortodoxia cavallista”. En tanto el dirigente combativo Carlos “Perro” Santillán, confesó sentirse defraudado por Álvarez: “El programa económico frentista es una traición por todas las expectativas que Chacho había generado antes de la Marcha Federal”. *Página 12*, 10 de setiembre de 1994.

²¹ El propio presidente Menem aseguró que se trata de “una desvirtuación total del plan ya en marcha, tiene un corte netamente dirigista y admite un evidente manejo por parte del Estado de la cosa pública. (...) Sostener esa propuesta voluntarista es volver a la Argentina del ‘89, porque no garantiza para nada el futuro del país”. “A Menem le recuerda la hiperinflación del 89”, *Clarín*, 9 de setiembre de 1994, pp. 5.

²² Según Cavallo, “esto demuestra que en la Argentina más rápidamente que en otros países, hasta los dirigentes de izquierda tienen que aceptar y comprometerse a la estabilidad y seriedad en el manejo de la política económica”. “¿Una izquierda cavallista”, *Clarín*, 30 de setiembre de 1994.

²³ Un sondeo del Centro de Estudios para la Nueva Mayoría señalaba que la imagen favorable de la política económica era en setiembre del 30%, 15 puntos menos que a lo largo del período febrero-junio. En tanto Cavallo concitaba la adhesión de un 31,3% de la población y el descontento de un 38,2%. *Página 12*, 17 de setiembre de 1994, p.10.

²⁴ “Chacho y Pino se pelean por la economía”, *Página 12*, 23 de setiembre de 1994.

²⁵ Según un sondeo de opinión del sociólogo Heriberto Muraro, encargado por el Frente Grande, el perfil del votante de esa fuerza era el de una mujer que orillaba los 39 años, tenía educación terciaria, su situación económica había empeorado en el último año, era antimemenista y había votado a la UCR en las elecciones presidenciales de 1989. En cuanto a los hombres, el Frente Grande concitaba una fuerte adhesión entre los

consideró que “un político que quiere ser mayoría tiene que plantearse la estabilidad como una cuestión básica. La estabilidad también es indispensable para un modelo alternativo”.²⁶

Emparentado con algunos lineamientos de este documento aparece un texto que, bajo el formato de libro y con el ambicioso título “Cómo gobernará el Frente Grande”, salió a la calle en noviembre de 1994. El libro compila una serie de ensayos y entrevistas de intelectuales y periodistas que participaban o estaban cercanos a la fuerza. Entre el aliento a *gobernar ya* de Mario Wainfeld y la promesa de recuperar la “prioridad de la política” en una futura gestión frentista de Carlos Auyero, se recorta una entrevista a uno de los principales asesores económicos de Álvarez, Arnaldo Bocco. Las primeras definiciones del economista a la hora de reflexionar sobre un proyecto económico “alternativo”²⁷ del Frente Grande en el gobierno delinean tres pilares básicos de la política implementada por Cavallo: mantener la estabilidad, el equilibrio fiscal y la apertura de la economía: “el desafío es conservar los dos elementos que mencioné –estabilidad, equilibrio fiscal- y apertura de la economía. Ésta no tiene que ver con la decisión de un partido político sino con la necesidad de guardar las leyes que funcionan hoy en la economía mundial”. Pero a su vez, Bocco plantea la necesidad para un proyecto progresista en la Argentina de “recuperar el rol soberano del Estado en su relación con la economía y la sociedad civil”, para lo cual propone recuperar ciertas funciones “indelegables” del Estado como la reconversión productiva, el desarrollo social, la transformación del sistema educativo y de ciencia y tecnología, así como alentar políticas económicas activas, la competencia económica, avanzar en el control de las empresas de servicios públicos privatizadas y crear nuevos marcos regulatorios en el caso de aquellas que no los tuvieran. No obstante, el referente económico de Álvarez aboga por un Estado “más pequeño”, “profesionalizado”: “no estamos planteando la vuelta al estado empresario porque significaría dar una batalla política

jóvenes, menores de 25 años, que en 1989 votaron para presidente por primera vez y en los profesionales, empleados y obreros calificados pertenecientes a la clase media urbana empobrecida, anti menemistas, pero que reconocían los méritos de la estabilidad económica y dieron su voto a la UCR en 1989. La investigación indicaba que, después del acercamiento de Álvarez a los empresarios y su reconocimiento al plan de Domingo Cavallo, sólo la mitad de quienes votaron al Frente en los comicios de constituyentes dijeron volver a hacerlo en el '95 y más de un tercio se declaró indeciso. Álvarez recogía mayor intención de voto espontánea después de Menem. “Las mujeres prefieren al Frente Grande”, *Clarín*, 9 de octubre de 1994, p12.

²⁶ *Clarín*, 20 de noviembre de 1994.

²⁷ Bocco, Arnaldo (1994), “Que los pobres paguen menos y los ricos paguen más” en (AAVV) *Cómo gobernará el Frente Grande*, Buenos Aires, La Urraca, p. 30.

descomunal: necesitamos una ley del Congreso para hacer algún tipo de transformación, y además, ¿cuánto le costará al Estado argentino re estatizar cada una de las empresas y cuál será la fuerza parlamentaria con la que va a contar el Frente Grande?”²⁸

El economista se diferencia de la gestión económica de Cavallo en plantear una reforma tributaria que grave –mediante el incremento al impuesto a las ganancias y al patrimonio- a los sectores más ricos, y en proponer una apropiación por parte del Estado del excedente del sector servicios para reorientarlo al sector productivo. La cautela retorna en otro tema sensible, clave para sopesar la voluntad de cambio de un proyecto político: la deuda externa y la apuesta a su renegociación. “Si lo hacemos junto con Lula y el Frente Amplio es una cosa, pero nosotros solos no tenemos poder económico –aun cuando el Frente ganara por el 80 por ciento- para establecer una distancia muy grande con lo que está pasando ahora. Además –y no voy a entrar en detalles- hay una cantidad de ingresos importantísimos de capitales que vinieron posteriores al Brady, pero muy importantes, estoy hablando de arriba de 25 mil millones de dólares, que ingresaron a la Argentina como consecuencia de esa negociación. De manera que mal puede un gobierno salir a buscar inversiones al extranjero y al mismo tiempo alterar el sistema de pago de la deuda. Lo que sí podemos es reescalonar o debatir algunos de sus puntos” Sólo plantea que los grupos económicos beneficiados con la deuda externa paguen impuestos y nutran al Estado vía reforma tributaria”.²⁹

Como consignamos en el cuadro anterior, la propuesta programática de Solanas difería en sus núcleos rectores de la del sector de Álvarez. En el mismo mes de agosto que el Centro de Estudios Programáticos referenciado en Álvarez y coordinado por Bocco hacía público el documento mencionado, la recientemente constituida “Corriente Grande” de Pino Solanas hizo circular un extenso texto titulado “Otro país es posible. Bases para el debate de un proyecto alternativo”. Con formato de plataforma programática, el documento expresaba un rechazo enfático a la “política de ajuste neoliberal” del gobierno de Menem, la salida “ordenada” de la convertibilidad, la apertura económica y la renegociación de la deuda externa³⁰, tópicos que no eran cuestionados –tampoco tematizados- por la propuesta de Álvarez. En este marco, la

²⁸ Bocco, Arnaldo, *op. cit.*, p. 38.

²⁹ *op.cit.* 41.

³⁰ Se proponía además la reestructuración del contenido del plan Brady.

propuesta de Solanas planteaba como perentorio recuperar y expandir la capacidad de regulación del estado en la economía a partir de una mayor intervención en el comercio exterior, el control sobre áreas estratégicas como los recursos petroleros, gasíferos e hidroeléctricos³¹, una agresiva política de reindustrialización, y del fortalecimiento crediticio a las PYMES. La mayor injerencia del Estado en la economía también se puede observar en el manejo de la política cambiaria y financiera, así como en la propuesta de una profunda reforma tributaria que grave “ganancias, utilidades, patrimonios, tierra y consumos suntuarios”. Asimismo, se promovía con mayor insistencia la necesidad de recuperar y fortalecer la legislación laboral que proteja a los trabajadores. Sumado a esto, se proyectaba aumentar hasta el 6% la inversión del Estado en la educación e implementar un plan de ingresos universal a los grupos familiares con necesidades básicas insatisfechas. En menor medida, aparecía un eje propositivo que a esta altura era medular en la identidad política del sector de Álvarez: “extirpar la corrupción de lo público a través de nuevos modelos de gestión, revitalizar el funcionamiento republicano y el respecto por los distintos poderes del estado”.³²

Para algunos entrevistados, la aceptación de la política de convertibilidad no debe leerse como una concesión de fondo sino como parte de una táctica política: moderar el discurso para captar el centro del electorado. Contradecir el pronunciamiento favorable de un sector importante de la opinión pública respecto de la convertibilidad generaba el riesgo de perder apoyos electorales. Otros, como Enrique Martínez, conciben que este posicionamiento de la fuerza frente a la convertibilidad formaba parte de sus debilidades estructurales:

En ese momento se discutía y se sobreestimaba la necesidad de mantenerla. Esa fue tal vez uno de los errores más importantes, ya no en el gobierno de la Alianza sino mucho antes, en cuanto a la convicción de que la convertibilidad era inamovible. En realidad yo creo que había una debilidad estructural en tanto al pensamiento económico del FREPASO, es decir, éramos gente con inclinación social fuerte, pero con un manejo un tanto precario de las herramientas económicas y cuando apelábamos a gente que manejara la economía en términos más solventes en realidad era gente casi diría infectada por el liberalismo. Y aclaro que participé en varias manifestaciones públicas, en conferencias, en documentos y demás

³¹ Como también el control estatal sobre la infraestructura sanitaria, la regulación de la red ferroviaria como un plan de modernización para este sector y la inversión pública en planes habitacionales para los sectores de menores recursos.

³² “Otro país es posible. Bases para el debate de un proyecto alternativo”, Frente Grande, Corriente Grande, agosto de 1994, pp. 42-116.

sosteniendo que la convertibilidad era algo muy difícil de modificar. Yo en aquel momento no tenía esa lucidez...³³

En la misma línea de la debilidad estructural en la concepción económica por parte de la fuerza se puede situar el testimonio de Rafael Bielsa:

No teníamos un cuadro como Claudio Lozano, que era capaz de dar debate a Cachanoski, o a Broda o a Ávila, o a Espert. No teníamos macroeconometristas. A pesar de que la economía es una ciencia social, había una especie de retroceso en el concepto de que con los números te podían romper la cabeza, entonces como en algún sentido las grandes empresas se equipaban, algunos sectores tenían performances razonables, la gente se iba de viaje a Miami, nadie veía el relojito, que atrás sumaba deuda, deuda, deuda, y expulsaba y cerraba las persianas de los talleres de Munro. Entonces me parece que ahí hubo una cosa cultural, era para espíritus muy difíciles y además muy sólidos intelectualmente enfrentarse con los epígonos del liberalismo en términos econométricos con sus herramientas. Y decirle mire la verdad es que usted lo que me está diciendo es una fotografía que si la proyecta a cuatro años vamos a tener esto, esto, etc. Eso no se discutía así. Se trataba de cómo podía haber un liberalismo no cleptómano.³⁴

Héctor Nuñez, que a diferencia de Martínez y Bielsa había participado como militante del Partido Intransigente de todo el proceso iniciado en 1993, reconoce que era un dilema y una fuente de debates al interior de la fuerza la cuestión de la propuesta económica:

Ésta fue una discusión muy grande, en el Frente del Sur, en el FG y en el Frepaso, si vos no estás en el aparato del Estado te quedabas en lo declamativo. Los radicales no lo pudieron modificar contando con el aparato del Estado. Entonces ¿cómo accedías al aparato del estado? Si no moderabas el discurso, sobre todo el miedo, a pesar de la moderación del discurso. En el 95 nosotros perdemos con el famoso voto cuota, que era el miedo al cambio. Entonces si vos no moderabas el discurso no ascendías, y si moderabas el discurso, ¿no estabas traicionando identidades? Esto fue un debate (...) La gran discusión ahí era si nos quedábamos diciendo lo que había que decir simplemente. Y ahí vuelve esta discusión de la izquierda de que el partido es justamente vanguardia de las ideas que están dispersas. A medida que el planteo de la fuerza era si vos no gobernás no podes cambiar, entonces no tenemos la vieja discusión que habrás oído, testimonial o partido de gobierno. Los temas

³³ Martínez, Enrique, entrevista realizada el 4 de abril de 2009.

³⁴ Bielsa, Rafael, entrevista realizada el 3 de septiembre de 2009.

que no eran caros a la opinión pública y a los votos, si bien no los abandonabas, figuraban en todas las plataformas cada vez más diluidos, no eran los temas que vos tratabas en lo cotidiano con la sociedad, porque tenías que ‘tornarte más marquetinero’.³⁵

4.2 “El método no es una marcha”. El Frente Grande y la protesta social

El proceso de desestructuración estatal y desproletarización generado por las políticas económicas de ajuste desde 1989, cuyo impacto afectó considerablemente a los sectores populares pero también a importantes franjas de las clases medias, generó como reacción diferentes expresiones de acción colectiva que pusieron en escena novedosos repertorios de acción en el territorio nacional. En un análisis sobre las diferentes expresiones y formatos de la protesta social en la Argentina desde el retorno de la democracia, Federico Schuster y Sebastián Pereira (2002) distinguen tres ciclos de protesta: a) entre 1983 y 1988, las mayorías de las protestas provendrán por un lado de la movilización sindical en relación con las condiciones salariales y el enfrentamiento a la política laboral del gobierno radical; por otro, serán relevantes las protestas vinculadas a los derechos humanos por los crímenes cometidos durante la dictadura militar y la expectativa de sanciones e información sobre el destino de los desaparecidos. Un segundo ciclo se extiende de 1989 a 1994, donde aun cuando continúa siendo predominante la protesta de *matriz sindical* (vinculadas en su mayoría a los gremios de servicios), se incorporan aquellas lideradas por jubilados, de derechos humanos y protestas en localidades del interior en reclamo de reactivación económica para sus regiones. El tema aglutinante de las protestas en esta etapa es la reforma del Estado (privatizaciones, despido de personal del aparato burocrático público, etc.). A partir de 1995, los autores reconocen formas de protesta de *matriz ciudadana*,³⁶ entre ellas aquellas que reclaman la violencia policial, la contaminación ambiental, la igualdad de derechos y las que, vinculadas al mundo del trabajo, protagonizan quienes trabajadores desocupados en el interior del país, utilizando una nueva modalidad de lucha: el corte de ruta.

³⁵ Núñez, Héctor, entrevista realizada el 6 de agosto de 2009.

³⁶ Para una crítica a esta forma de definir la protesta, ver Merklen, Denis (2005), *Pobres Ciudadanos*, Buenos Aires, Gorla, p 37-38.

Para el período que nos ocupa en este capítulo, la protesta social ya revelaba ciertos cambios en el conflicto laboral, más concentrado en el sector público que en el industrial y con reclamos más vinculados a los despidos y sueldos adeudados que con las subas salariales. En la primera parte de los años noventa varios conflictos vinculados con la privatización de empresas habían tenido lugar, destacándose por su duración y resistencia aquellos liderados por los trabajadores ferroviarios y telefónicos. Frente al acuerdo entre el gobierno e importantes dirigentes sindicales y con un considerable consenso en relación a la política económica, estos conflictos se fueron evaporando en el tiempo (Pereyra, 2005). En este contexto de reformas y políticas de ajuste, fueron cobrando protagonismo en la acción colectiva los gremios provinciales y municipales en diferentes puntos del país mediante la confrontación con el plan económico de ajuste que impactaba sobre el presupuesto de los gobiernos provinciales y se expresaba en el atraso en el pago de salarios y el desfinanciamiento de los servicios de salud y educación (Farinetti, 1999; Pereyra 2008).

Un tiempo antes de la aparición de los cortes de ruta en el norte y el sur de la Argentina como nuevo componente en las formas de protesta, en Santiago del Estero, provincia donde el empleo público era el motor de la economía, el 16 de diciembre de 1993 se producía un *estallido social* promovido por la acción directa de empleados públicos -pero con una amplia y heterogénea participación de grupos sociales-, a quienes el Estado provincial les adeudaba tres meses de sueldo. Se incendiaron edificios públicos y se atacaron las propiedades de diferentes legisladores, ministros, ex gobernadores y autoridades de la Justicia. Las privaciones materiales generadas de amplios sectores de la población, confrontada con la vida licenciosa de varios políticos y funcionarios públicos, y la *corrupción* con que se los asociaba en la opinión pública, desataron esta práctica insurreccional que tuvo como destinatario al poder político provincial. Este carácter violento de la protesta contra los gobiernos provinciales también se había manifestado días antes en La Rioja, y se replicó en Jujuy de 1993 a 1995³⁷ y en Río Negro, Córdoba y San Juan en ese último año (Farinetti, 2005: 264). La pueblada nombrada como

³⁷ Conflicto del cual emergió un nuevo liderazgo sindical: el de Carlos "El Perro" Santillán, dirigente del gremio de empleados municipales de Jujuy y referente de la Corriente Clasista y Combativa, expresión sindical de izquierda con fuerte inserción en la militancia de base de los sindicatos del norte del país y posteriormente en el conurbano bonaerense.

“santiagueño”, aunque de carácter episódico y anclado en lógicas y tramas políticas locales, reveló una primera expresión rupturista entre diversos sectores sociales y el sistema político (Svampa, 2005: 216).

Como analizó Denis Merklen (2005), los estallidos, del mismo modo que los asentamientos a principios de los ochenta y los saqueos a supermercados y comercios en la hiperinflación del 89, permiten leer cómo aun en contextos de crisis y desestructuración social emerge una nueva *politicidad*³⁸ en las clases populares que interpela al Estado y a las élites dirigentes por una democracia social, inclusiva, que trascendiera los límites de las reglas de juego y la institucionalización de la competencia partidaria, inherentes a la democracia liberal. Es desde la inscripción territorial que estos sectores reconstruirán lazos de solidaridad y desplegarán otras formas de participación política, distantes de las clásicas estructuras de representación y socialización como partidos políticos y sindicatos.

Entre el 3 y el 6 de Julio de 1994 realizó la *Marcha Federal*, la protesta social más importante en cantidad de participantes y de movilización realizada hasta entonces contra el gobierno de Menem. La Marcha fue convocada por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y apoyada por el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) -liderados por los dirigentes Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios-, y la Corriente Clasista y Combativa (CCC). Asimismo, participaron diversas organizaciones como la Federación Agraria, la Federación Universitaria Argentina (FUA), el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, APYME (Asamblea de Pequeñas y Medianas Empresas) y Fedecámaras (Federación de Cámaras y Centros Comerciales). También contó con el respaldo de organizaciones de derechos humanos y políticos del Frente Grande, la UCR, el socialismo y la izquierda. Como forma de ganar mayor visibilidad pública, la CTA optó por la utilización de la *ruta*, cristalizando “la forma de un tránsito

³⁸ Merklen designa con este concepto la socialización, las prácticas y las culturas políticas de las personas. A diferencia de la “identidad política” que según el autor expresaría una dimensión autónoma de la vida social de los individuos, la politicidad da cuenta de cómo se cruzan y mezclan la vida cotidiana, sus soportes relacionales y su inscripción política. Así mientras los asentamientos buscan restituir lazos sociales solidarios y vincularse con el sistema político, estallidos y saqueos expresan indignación y furia tanto frente a la corrupción y el nepotismo como a las consecuencias sociales devastadoras de las políticas económicas. Estas diferentes formas de acción colectiva expresan un nuevo vínculo con el Estado atravesada por la puja en la distribución de la ayuda social. Merklen, Denis, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina*, op. cit.

como metáfora de resistencia y construcción política” (Armellino, 2005: 298). Empleados municipales, desocupados, subocupados, productores agropecuarios, dirigentes de diferentes organizaciones sindicales, políticas y sociales se movilizaron en grandes caravanas de colectivos, camionetas y automóviles desde el Noroeste, el Noreste, la zona de Cuyo y el sur del país hasta concluir en un masivo acto en Plaza de Mayo, concentrando alrededor de cincuenta mil personas. Tomó la palabra Víctor de Gennaro, secretario general de la CTA y principal organizador de la Marcha y marcó la necesidad de “volver a juntar los hilos de nuestro proyecto nacional”. La apuesta a la articulación de reclamos y demandas regionales fragmentadas era ambiciosa y tenía un claro adversario: “No sólo queremos cambiar un presidente, sino también de modelo”.³⁹ Al mismo tiempo esta nacionalización de la protesta buscó reconstruir, como señala Armellino, lazos sociales y políticos en el marco de un repertorio de acciones desde el cual configurar una nueva identidad colectiva.

El nivel de adhesión a la Marcha y la capitalización de la protesta se convirtieron en fuente de debate en el Frente Grande y apareció como una primera evidencia de la precaución que Álvarez empezaba a tomar respecto a la lucha social y al perfil contestatario que encarnaba De Gennaro. Un día después del masivo acto en Plaza de Mayo con el cual se cerró la movilización, en una entrevista realizada por el matutino *Página 12*, Álvarez consideró “insuficiente” las marchas de protestas,

Se trata de una base importante pero no alcanza para cambiar la correlación de fuerzas. (...) El método no es una marcha, ni la sumatoria de identidades. Se trata de hacer otra construcción de sociedad (*Página 12*, 3-7-94: 14)

En la misma declaración, el líder del Frente Grande marcó una clara diferencia entre “una política de confrontación con el modelo” y “una política de construcción de poder democrático para viabilizar las transformaciones que se reclaman”, y señaló que el instrumento político ideal para traducir esa demanda social “sería una coalición que estamos intentando construir. El Frente Grande es sólo una herramienta. Así como dije que este núcleo sindical no alcanza, también digo que el Frente no alcanza”.⁴⁰ Las afirmaciones de Álvarez eran muy

³⁹ Entrevista a Víctor de Gennaro, *Página 12*, 7 de julio de 1994.

⁴⁰ “Con las marchas no alcanza”, *Página 12*, *op. cit.*

sugerentes en relación al tipo de fuerza política que se debía apostar: la “política de construcción de poder democrático” no se cifra en la *confrontación* con el modelo económico y social del menemismo; los marchantes eran trabajadores desocupados, subocupados, empleados municipales y provinciales empobrecidos, productores regionales endeudados, jóvenes sin perspectivas de futuro, jubilados humillados y postergados, entre otros. Todos ellos habían decidido organizarse, movilizarse, inscribir en el espacio público, en la calle, en la ruta, en la extensa geografía del interior profundo de la Argentina un conjunto de demandas, reclamos, pero también la apelación al derecho de construir *otro país*, más inclusivo y democrático en términos sociales. Pero el poder democrático que Álvarez imaginaba no debía nutrirse de estas energías sociales, de esta aglomeración de identidades fragmentadas y raídas; la política democrática no implicaba una articulación de identidades heterogéneas y de voces disonantes. Por el contrario, los insumos de la política democrática de la nueva fuerza que había nacido con el sol del cambio social provenían, en cambio, de los consensos y alianzas con otros referentes políticos bien dispuestos a observar con desconfianza “lo social”. La lógica del marketing electoral aflora en el inconsciente frentista: se trata de sumar *aliados y votos*. Para lo cual era indispensable *no confrontar*. Primer mandamiento del catecismo progresista.

El distanciamiento de la protesta social como orientación en el proceso de construcción política del Frente también estuvo presente en la lógica argumentativa de otro de los dirigentes importantes y prestigiosos de ese espacio. En 1993, Carlos Auyero publica *Los caminos del progresismo en la Argentina*. En varios pasajes del libro indica la separación de lo político y lo social como uno de los triunfos del “partido único del ajuste”, expresión que da cuenta de la complicidad, más allá de las tensiones puntuales por cuestiones de metodología de aplicación o “desprolijidades”, de los dos grandes partidos con el modelo económico “privatista”. También la incapacidad hasta entonces de las fuerzas de centroizquierda por articular esos dos planos. Reconoce que en los últimos tiempos se intensificó la protesta social, evidenciando un “signo de recomposición del campo popular”, pero sin recurrir a las mediaciones institucionales:

De manera que tanto la protesta social como la política convencional son impotentes para influenciarse una a la otra, como si siguieran trayectorias orbitales que no se cruzan jamás. Dos espacios, el social y el político, que se mueven de acuerdo a sus respectivas lógicas y que no llegan a establecer ninguna vinculación, salvo la del desprecio recíproco. En el medio

ha quedado un sector progresista, fragmentado en múltiples expresiones, débilmente articulado a la protesta y sin responsabilidades de poder. Pero que al no consolidarse ni ser visualizado todavía como espacio autónomo diferenciado y alternativo, también atrae sobre sí aquel generalizado desprestigio de lo político (Auyero, 2007: 239)

En este marco de análisis, Auyero considera que un nuevo proyecto político deben aportar al fortalecimiento de varios de esos grupos sociales involucrados en la protesta, como los movimientos cooperativistas, vecinales, estudiantiles, de derechos humanos, sindicales, de la pequeña y mediana empresa, de la mujer, juveniles, ecologistas, incorporándolos a un espacio político que “respete su autonomía” y “buscando para ellos un mecanismo de participación y representación (...) para que se articulen horizontalmente e impongan una nueva forma de hacer política. La nueva fuerza política entonces debe “representar a sectores medios y populares como a los nuevos movimientos emergentes de la propia crisis social y económica” (*ibid.*, 246-247). Un año después, en el mencionado libro *Cómo gobernará el Frente Grande*, Auyero recupera la idea de *confrontación* y de *conflicto* a la hora de reflexionar sobre algunas medidas que el Frente Grande deberá tomar si accede al gobierno en las elecciones presidenciales de 1995:

Creemos que en un gobierno del Frente Grande habrá confrontación, al menos en relación al sector de bienes no transables y a propósito de una reforma tributaria progresiva que sancione el uso improductivo o especulativo de las ganancias y del patrimonio: No son conflictos a “comprar” gratuitamente; están allí, y la sola presencia del Frente Grande en el escenario político los profundiza (Auyero, 1994: 10).

Aun cuando la *primacía de lo político* implica “la institucionalización de los conflictos”, “aplicar a rajatabla los procedimientos establecidos por la Constitución Nacional”, “privilegiar el papel articulador de los partidos”, entre otros rasgos, Auyero reconoce el agonismo propio de lo político como constitutivo de una fuerza política que se precie de alternativa. Lo plantea en una frase casi premonitrice del recorrido futuro de la fuerza que imaginaba:

No estamos evaluando la correlación de fuerzas para adaptarnos a ella, como hacen los posibilistas que aceptan jugar con los dados cargados y pretenden mostrar el juego como el único racional. No se trata de medir primero lo que nos pueden dejar hacer, sino qué queremos hacer para recién entonces plantearnos con el máximo de realismo como avanzar con el menor riesgo y sacrificio para los sectores populares (*ibid.*, 11).

Pero aunque en forma más atenuada que en las afirmaciones de Álvarez, en la perspectiva de Auyero aparece también cierta distancia de la lógica de la protesta social. Se pone más énfasis en las lógicas autónomas que en las capacidades articularias para construir una fuerza política y social:

Desde tal perspectiva, preconizamos que la protesta social tiene su propia lógica y respetamos su autonomía y especificidad en cada caso; del mismo modo, aspiramos a que se respete la autonomía y especificidad de un partido político. No se trata simplemente de sumar reclamos tal como éstos se manifiestan: también hay que transformarlos en términos de un proyecto de gobierno, con el objetivo de que las demandas legítimas pero incompatibles entre sí sean convergentes en el largo plazo (*Ibid.*, 14).

“Demandas legítimas pero incompatibles entre sí”. ¿Cuáles? ¿Las demandas de las clase media y de los sectores populares? ¿Los reclamos de lo social no están investidos de naturaleza política? O mejor dicho, ¿no es propia de la función de un partido político la agregación de demandas *sociales*? ¿Existe vocación de “sumar reclamos”? ¿Cómo sería ese proceso de conversión de demandas en un proyecto de gobierno? ¿En dónde residirían las incompatibilidades?

4.3 Desandar los caminos de Germán. La relación con la CTA.

En la vida interna del Frente Grande tronaron nuevamente las voces críticas sobre la actitud prescindente de Álvarez en relación con el incremento de la protesta social. Emparentado con este dilema, las divergencias en relación con el tipo de vínculo que debía trabarse con el sindicalismo opositor, especialmente con la CTA, fueron objeto de un debate interno en la fuerza.⁴¹ Como indicamos en el capítulo 1 de este trabajo, desde su creación en

⁴¹ El entorno de Álvarez defendía la “autonomía” que se debía mantener respecto a los dirigentes sindicales, aún cuando se esforzaban en aclarar que mantenían una “magnífica relación” con De Gennaro —a quien consideraban que debía cumplir un rol importante con vistas a las elecciones del '95, y veían como interlocutores válidos a Juan Manuel Palacios y Alicia Castro (ambos del MTA. Menos entusiasmo les provocaba las figuras de Saúl Ubaldini y del “sindicalismo de protesta” que representaba Carlos “el perro” Santillán. En cambio el sector de Solanas criticaba la actitud de Álvarez y su bloque de concentrarse exclusivamente en la Convención Constituyente y no tener una fuerte presencia en la Marcha Federal. “El debate en el Frente. Reflexión sobre la Marcha Federal en el Frente Grande”, *Página 12*, 10 de agosto de 1994, p.3.

1992,⁴² la Central de Trabajadores Argentinos renovó el panorama sindical al promover un importante proceso de democratización en la vida gremial en un contexto donde gran parte del sindicalismo tradicional se había distanciado en sus objetivos principales de la defensa de los intereses de sus bases trabajadoras y se orientó a prestar apoyos al proceso privatizador de empresas públicas (Pereyra, 2007: 64) El nuevo modelo sindical propulsado por la CTA buscó desde un principio ser autónomo del Estado, los partidos políticos y los grupos económicos y generar una dinámica participativa y democratizadora en la toma de decisiones. Estatutariamente esto se reflejó mediante la incorporación del voto directo de los afiliados, la incorporación de organizaciones de primer grado y federaciones y la elección directa de su conducción en sus diferentes instancias. Asimismo, estrechó vínculos con otras organizaciones gremiales, sociales y productivas. Nucleado organizativamente en torno a ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) y CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina), más otros gremios de menor peso, y con Víctor de Gennaro y Mary Sánchez como sus principales referentes en sus inicios, la CTA buscó representar tanto a sectores sindicales desencantados del justicialismo, apoyar la movilización de los jubilados, incorporar a organizaciones de inquilinos y pequeños propietarios rurales y organizar a los trabajadores desocupados. Anticipó y acompañó la inscripción territorial de los sectores populares –“la nueva fábrica es el barrio”- y apostó desde sus comienzos, mediante la participación de intelectuales, a la elaboración en forma conjunta con otros sectores sindicales

⁴²El proceso de distanciamiento de algunos dirigentes enrolados en el ubaldinismo de la conducción de la CGT los llevó a organizar encuentros para promover una nueva agrupación sindical. Así se produce en 1991 el Encuentro Sindical para el Proyecto Sindical ENSIPRON), cuyos principales referentes en la organización eran De Gennaro, Mary Sánchez, Alberto Piccinini, Cayo Ayala y Juan Manuel Palacios que, tomando distancia de la inminente reunificación de la CGT, buscó constituirse en una referencia política capaz de intervenir en el plano electoral. En diciembre de 1991 se realiza un nuevo encuentro en Burzaco. La convocatoria era más amplia en términos sindicales: además de ATE, CETERA, SAON y la UOM regional Villa Constitución, estaban presentes los gremios de ceramistas, Municipales, Judiciales, Sanidad, Foetra, APDFA, UTPBA, Gráficos, Papeleros y Publicidad entre otros. El objetivo era claro: marcar una ruptura con la CGT e iniciar el camino de construcción de una nueva opción sindical. Este compromiso fue acompañado con la firma de 164 dirigentes sindicales que elaboraron un crítico documento sobre la política económica impulsada por el gobierno nacional. Tras los encuentros de Rosario (marzo) y corrientes (1 de mayo), esta opción cobró fuerza el 14 de noviembre de 1992 en el Congreso realizado en el microestadio de Parque Sarmiento donde quedó constituido formalmente el “Congreso de los Trabajadores Argentinos”, que pasaría a llamarse “Central de los Trabajadores Argentinos” en 1997 al obtener la inscripción gremial.

y productivos de una propuesta económica y social de carácter redistributivo y con mayor injerencia estatal. La movilización permanente y el intento de nacionalizar los conflictos estuvieron en la base de su repertorio de acción.

En su análisis sobre la CTA, Martín Armelino subraya entre las innovaciones que introdujo esta central la articulación entre *protesta* y *propuesta*, acciones colectivas “que expresan, en un doble movimiento, un contenido contencioso y una propuesta para instalar como tema de agenda pública vías de resolución” (Armelino, 2005: 289) En este marco, se pueden inscribir tanto la conformación del Instituto de Estudios y Formación (IDEF) dirigido por Claudio Lozano, que elaboró investigaciones y análisis sobre las transformaciones socioeconómicas en la Argentina y promovió debates con otras organizaciones sociales, como también la conformación del “Congreso de Trabajo, la producción y la Cultura (CTP) a mediados de 1993. Esta última iniciativa se organizó junto con la Asociación de la Pequeña y Mediana Empresa, la Federación Agraria, la Federación Universitaria Argentina, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y FEDECAMARAS. En dicho encuentro se plantearon lineamientos de una nueva política económica que tuviera como objetivos incluir “a los sectores sociales hasta hoy postergados y que propusiera a los agentes económicos dominantes un nuevo compromiso social, capaz de afirmar nuevas reglas de política pública”.⁴³ Los objetivos prioritarios de la propuesta socioeconómica apuntaban a la integración social y a una política de reconversión que priorice sectores vinculados a la tecnología, las pequeñas y medianas empresas nacionales como ejes de un nuevo plan de gobierno. Para ello se plantean como prioritarias políticas activas en materia de empleo, políticas de integración y equilibrio regional en el país y una reestructuración integral de las políticas sociales, medidas sujetas en su instrumentación a una importante *reforma del Estado* mediante la cual se recuperen capacidades regulatorias en materia comercial, fiscal, cambiaria y monetaria.⁴⁴ Con todo, esta política económica alternativa

⁴³ “Aporte para el debate del Congreso Nacional de la Cultura, el trabajo y la producción” en *Cómo gobernará el Frente Grande*, *op. cit.* p. 114.

⁴⁴ Se proponían dos fondos: el Fondo Nacional de Solidaridad, para recomponer niveles de homogeneidad e integración social y el Fondo de Reestructuración Productiva orientado a modificar reestructuración productiva cuyo propósito era sea “alterar los precios relativos de la economía a los efectos de promover una salida exportadora de *creciente valor agregado*”. “Aportes para el debate del Congreso Nacional de la Cultura, el trabajo y la producción”, *op. cit.* p. 116-117.

sólo sería viable si se lograba articular políticamente “un *amplio bloque* que incluyera a los afectados por el modelo neoliberal”.⁴⁵

En función de estos posicionamientos diferentes, la relación entre la CTA y el sector del Frente Grande nucleado en torno a Álvarez atravesó tensiones, debates y distanciamientos. Previamente a la constitución como Central, dirigentes gremiales y políticos habían confluído en diferentes espacios de discusión e intentos de organización política y social.⁴⁶ Al interior de la Central de Trabajadores se discutió si se debía reafirmar la autonomía en relación con los partidos políticos y desplazarse hacia la organización de un partido político propio al estilo del PT brasileño o si bien se debía desplegar una política de articulación e integrarse como organización a frentes políticos-electorales. Víctor De Gennaro y dirigentes de sindicatos más pequeños como Cayo Ayala de SAON, Víctor Mindivil de Judiciales o Néstor Piccone de UTBA abogaban por mantener la autonomía en relación con los partidos políticos; Mary Sánchez y la conducción de CTERA, como también Alberto Piccinini (UOM-Villa Constitución), en cambio, promovían la integración de la Central al Frente Grande. Este debate se plasmó en un encuentro en Gonnet durante 1993, donde se impuso la postura de mantener la autonomía entre el campo sindical y el campo partidario. No obstante quienes abogaban por la integración al Frente planteando que la participación en la Constituyente era compatible con la CTA mantuvieron su posición. Así, Mary Sánchez y Alberto Piccinini fueron electos convencionales nacionales para la Constituyente integrándose a la mesa de conducción de la nueva fuerza política. Luis Pícoli, integrante en su momento de Suteba y enrolado con Mary Sánchez da cuenta de las posiciones en debate al interior de la CTA:

Tuvimos una discusión ideológica bastante fuerte. Nosotros creíamos que la CTA tenía que ser un congreso que marcara una diferencia de la CGT pero sin irnos del espacio de los laburantes y que no teníamos que ser parte de la ruptura del movimiento obrero. (...) Víctor creía que no había que entrar al Frente Grande. Él decía que no era el momento, que había que consolidar la CTA. (...) En lo personal creo que hubo una cuestión de vedetismo, porque muchos compañeros de ATE fueron parte de las listas en los territorios del Frente, o

⁴⁵ “Aportes...”, *op. cit.* p. 113.

⁴⁶ Uno de estos casos fue el Congreso de Villa María, En Córdoba, en julio de 1990. Organizado por el “Grupo de los Ocho” y con la consigna “Peronismo o liberalismo”, el encuentro contó con la presencia de un grupo de sindicalistas de ATE, CTERA y FOETRA enrolados en la CGT Azopardo que buscaban promover instancias multisectoriales en todo el país para vigorizar las protestas sociales.

constituyentes en el 94 en la provincia de Buenos Aires. Pero él decidió que no. Porque también yo creo que tenía en ese momento una debilidad de su propia organización y creía que el Frente iba a terminar absorbiendo todo. (...) El planteo fue primero si construir la central o no, y después si participar en la construcción de un partido político. (...) Teníamos mucha interacción con las bases, discutíamos con los delegados si teníamos que ser parte del Frente Grande o construir un partido de los trabajadores. El modelo que había construido Lula estuvo mucho en la cabeza de Víctor.⁴⁷

Para Claudio Lozano, que había participado del Movimiento de Renovación Peronista (MRP) creado por Abdala y Álvarez en los ochenta y que fue uno de los fundadores de la CTA, el distanciamiento era inexorable y respondía a dos lógicas de pensar lo político opuestas:

En los 90 hay todo un proceso en paralelo, dos experiencias que son hijas en la misma matriz y de la reacción frente al contexto político que planteaba la versión del neoliberalismo en la Argentina. Nos fuimos encontrando pero siempre con distintas instancias, por ejemplo cuando fue la Marcha Federal por un lado, y la constituyente por otra. En realidad ellos querían que la marcha federal fuera después de la constituyente para no opacarlos, porque decían que todo movimiento que se pareciera a lo social, a lo sindical le faltaba votos, esa era la lógica. El tema de la distancia con el movimiento social y, por lo tanto, la necesidad del acuerdo con los factores de poder estaba sostenido en una suerte de recomendación de marketing que era que lo sindical y lo social era planta votos. Esto era así. Entonces toda la movida de construcción en todo el país para armar una marcha de esa magnitud y poner en jaque el gobierno de Menem, para ellos era algo que... bueno, había que hacer, pero que cayera después, porque si no nos podría complicar la elección. Entonces hubo conflicto en esto⁴⁸.

Si bien hubo participación paralela en la CTA y el Frente Grande de dirigentes y militantes, desde ambos sectores siempre se hizo un insistente énfasis en la “autonomía” que debía mantenerse entre el campo sindical y el campo político. El fallecimiento de Germán Abdala dejó vacante aquella capacidad de articular ambos terrenos, la cual, entre otras virtudes, le había valido, entre otras virtudes, el respeto y la admiración de sus compañeros de ruta, la dirigencia política y la militancia en su conjunto. Socio al mismo tiempo de De Gennaro y de Álvarez en la arena sindical y política respectivamente, Abdala había logrado mantener el diálogo y la cercanía entre estos dos dirigentes que, tras su muerte, sostuvieron una relación distante y difícil, atravesada por celos y desconfianzas mutuas. No obstante, como hemos

⁴⁷ Pícoli, Luis, *op. cit.*.

⁴⁸ Lozano, Claudio, *op. cit.*

intentado desarrollar acá, el giro centrista de Álvarez tras la constituyente, revelado tanto por su posicionamiento frente al crecimiento de la protesta social, como por sus definiciones económicas cuando comenzaba a candidatearse para presidente, marcaron un distanciamiento lógico con el espacio gremial mencionado. Para Jozami, que había participado de ese largo recorrido confluyente entre estos sectores desde la renovación peronista, la relación de Álvarez con el movimiento social formaba parte de sus limitaciones:

Porque cuando “Chacho” plantea el tema de la nueva política, entre otras cosas la nueva política no era solamente un nuevo discurso ante la gente, ni la denuncia de la corrupción, sino también una nueva relación entre los dirigentes y la sociedad. Y esa relación distinta no se restringía solamente a los dirigentes que le hablan de otro modo a la sociedad. (...) Con lo que podríamos llamar las organizaciones sociales del espacio político nuestro, él fue deteriorando gradualmente su relación, había como una subestimación total del rol que esas fuerzas podían cumplir en un proceso de acumulación política del cual el Frepaso era parte. Lo que él no entendió es que fortalecer el desarrollo de estos grupos y de otros, era también tarea nuestra. Porque una propuesta política que de algún modo intenta ser alternativa cuestionar el modelo vigente, producir transformaciones, es algo más que una propuesta electoral y un discurso que se instala en la sociedad. Es también una relación diferente con las organizaciones sociales”.⁴⁹

Lo que estaba en cuestión era la representación del “mundo del trabajo” pero también de un universo más amplio constituido por aquellas capas sociales afectadas en distinta medida por el plan económico. (Godio, 1994)⁵⁰:

Ése era un conflicto –reconoce Alessandro-, porque nosotros decíamos queremos representar a los sectores populares y terminábamos representando a la clase media, a la clase media urbana, no sólo de Capital, porque el Frente Grande era un fenómeno también de las ciudades importantes del interior. Tal es así que nosotros siempre analizábamos que veníamos del peronismo, casi todos éramos peronistas, pero los votos se los estábamos sacando al radicalismo, cosa que se dio en todas las elecciones. Estaba ese conflicto: queríamos representar a los más pobres pero los más pobres eran

⁴⁹ Jozami, Eduardo, *op.cit.*

⁵⁰ Percibiendo la proclividad de Álvarez a distanciarse con distintos sectores sociales, Julio Godio señalaba los riesgos que le deparaban al espacio progresista en el futuro: “El Partido del Frente sólo podrá consolidarse si arraiga en la sociedad civil no sólo como representante de un sector de “ciudadanos”, sino como representación de “intereses sociales” y como referente político-partidista de diversos tipos de organización, afincadas en el mundo del trabajo así como en el “mundo de los excluidos”. El peligro principal para el PF es que predomine una cultura política progresista sólo para representar ciudadanos progresistas pero no clases y estratos sociales “subalternos”. Si ocurriese esto último el PF no podría afincarse ni en el mundo de los sindicatos ni en el mundo de la informalidad y la pobreza, ambos fuertemente cercanos por la estructura partidaria del PJ, el sindicalismo tradicional y el asistencialismo estatal”. Ver Godio, Julio (1994), “La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo (el partido del Frente)”, en *La Ciudad Futura* Nº 41, Buenos Aires, verano, pp. 7-10.

representados por Menem y nosotros representábamos a la clase media anti menemista y muchas veces antiperonistas en la Capital Federal.⁵¹

Luego de haber tenido una performance electoral exitosa en abril de 1994 y una destacada actuación en la Convención Constituyente, Carlos “Chacho” Álvarez anunció que el Frente Grande debía constituirse en una “opción de gobierno” y abandonar la discusión “modelo-anti modelo”. El impacto de esta reorientación derivó en la profundización de la interna entre Álvarez y Solanas, los dos referentes principales en los orígenes del Frente, que se reflejó en el tipo de oposición al gobierno de Menem y sus propuestas económicas. Mientras Solanas persistía en el proyecto que apostaba a salir progresivamente de la convertibilidad y a recuperar las capacidades regulatorias e intervencionistas del Estado en los sectores estratégicos de la economía, la propuesta económica de Álvarez asumía las transformaciones económicas producidas por el gobierno de Menem como restricciones estructurales y proponía una serie de reformas que no modificaban sustancialmente el rol del Estado ni la subordinación de la política económica a los intereses del capital concentrado, nacional e internacional.

Así, tanto en el plano enunciativo como de acción política, Álvarez progresivamente se fue distanciando de los actores sociales que lo habían acompañado en su crecimiento como referente de la oposición, y se concentró en seducir a un electorado “independiente”, de clase media, convocado con la entidad de *ciudadano*. En ese periplo, su empeño era “construir una fuerza de mayorías”, pero no representar las mayorías que la CTA había logrado movilizar, politizar en el reclamo por una *ciudadanía social* negada. La identidad política del Frente no podía consolidarse en esa inscripción territorial, la política desplazándose por las rutas y la palabra en clave contenciosa; las “nuevas mayorías” de la hora exigían que la política se despojara de *conflicto*, se invistiera de *crítica moral* y reconociera los materiales inexpugnables que revestían a los poderes reales.

⁵¹ Alessandro, *op.cit.*

La resistencia por articular un propuesta político-social, con anclaje en los sectores del trabajo y la producción y la progresiva cautela en los postulados económicos, ponía entre paréntesis la concepción socialdemócrata de Álvarez y alejaba en sus parecidos de familia al Frepaso del Frente Amplio Uruguayo, similar en cuanto a la articulación de izquierda y centroizquierda en sus orígenes, marcando además pronunciadas diferencias con la evolución del PT brasileño, caracterizado por una fuerte identidad ideológica y cohesión interna. Si bien se asemejaba en la importancia de la dimensión ética de la política, el PT sostenía posiciones mucho más radicalizadas en lo económico, fuertes componentes sociales y sindicales en su estructuración e importantes recursos institucionales. De este modo, los valores que conectaban con otras experiencias progresistas a nivel internacional comenzaban a desdibujarse⁵² y se evidenciaba una (in)voluntaria proclividad hacia el centro político, riesgoso para un partido con escasa historia institucional. A diferencia de las coaliciones latinoamericanas, incluso de la chilena, el Frente Grande aun no poseía recursos y poder institucional para consolidarse como fuerza partidaria nacional.

⁵² En este sentido, Julio Godio advertía a mediados de 1994 sobre los riesgos de este distanciamiento: “El progresismo del Partido del Frente no puede aislarse sino considerarse parte del “progresismo mundial” (en particular los socialismos pluralistas, el humanismo cristiano, las culturas de Estado-nación que armonizan globalización con preservación de los mercados locales y el Welfare State y el amplio escenario de fuerzas políticas y sociales que se ubican en la construcción de una ‘sociedad mundial’ basada en la complementariedad equitativa entre el Norte y el Sur. Visto desde el ángulo estratégico, el rol de “Chacho” Álvarez será más importante para construir este partido que como figura presidenciable”. Godio, Julio, “La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo”, *op. cit.*, p. 9.

Capítulo V

La apuesta por la “transversalidad”

Vamos a regenerar la Argentina de clase media

*José Octavio Bordón
Clarín, 5 de marzo de 1995*

Como hemos venido analizando hasta aquí, el Frente Grande adquirió visibilidad, en tanto emergente político crítico del Pacto de Olivos, a través de la denuncia de un modo de hacer política ligado a la “componenda y los intereses personalistas de la dirigencia política”, y de la promesa de *una* “nueva forma de hacer política”, sostenida sobre la “transparencia”, “la austeridad”, el “respeto por la división de poderes”. En este marco, abordamos en el capítulo anterior las tensiones entre los referentes de la fuerza en torno a la política económica y el vínculo que una fuerza autodenominada progresista debía entablar con actores sindicales, productivos y sociales que mediante que desplegaban una politicidad en ruptura con el orden neoliberal. Buscamos demostrar como el gran ganador de las elecciones Constituyentes, “Chacho” Álvarez, se desentendió del proceso de protesta abierto y acentuó un reconocimiento a la política económica, reorientando la oposición al gobierno hacia problemáticas de carácter institucional. Sin por ello abandonar la crítica a los partidos tradicionales, responsables de una presunta “crisis de la representación política” que habría distanciado a “la sociedad”, “la gente” de la esfera pública.

Pero la dimensión institucional también se convirtió en un desafío en cuanto a la necesidad darle una estructura organizativa al Frente Grande. Nos abocaremos en el comienzo de este capítulo a analizar las implicancias de institucionalizar una nueva fuerza política a la que su principal referente le imprimía sistemáticamente un sesgo coyunturalista en el marco de un crecimiento electoral que fue vertiginoso entre 1993 y 1995. ¿Cómo traducir la prédica renovadora sobre la política en un conjunto de reglas, conductas y procedimientos sobre los cuales consolidar una fuerza política diferente al “bipartidismo” impugnado? Posteriormente

examinaremos la propuesta de “transversalidad” a la luz de la política de alianzas del Frente Grande que cristalizó en la conformación del Frepaso, la sociedad con el grupo político de José Octavio Bordón, con el partido socialista y con la Democracia Cristiana. Más adelante, nos detendremos en cómo se renovó la disputa por el liderazgo de la fuerza, relegado y aislado Solanas, entre Álvarez y Bordón a propósito del significado político que tuvo el resultado de las internas abiertas por la candidatura presidencial. Finalmente, nos proponemos concentrarnos en la propuesta programática y los ejes centrales de la campaña electoral de una fuerza política que, desplazándose desde la centroizquierda hacia el centro del espectro político, prometía ya no un nuevo país sino “un cambio seguro”.

5.1. La lógica aluvional y los desafíos de la institucionalización

Dotar al Frente Grande de una nueva cultura política se emparentó con el tipo de institucionalización⁵³ necesario para la consolidación de la fuerza. Álvarez orientaba la construcción de un espacio político flexible, con menos peso de las tradicionales estructuras partidarias y más incidencia de los dirigentes que referenciaban cada corriente. Descreído de que las estructuras fueran funcionales para obtener las mayorías, Álvarez planteaba una dinámica alejada de los “sectarismos doctrinarios” con los cuales identificaba a la izquierda que ocupaba un espacio en el Frente (PC), y volcado a ampliar la coalición de fuerzas políticas. Esta postura de Álvarez, más cercana al *movimientismo*, convivía con cierta estructura y disposición de recursos organizativos por parte de los partidos y organizaciones internas menores que

⁵³ Para Panebianco, *la institucionalización* “es el paso de una fase en la que el partido, en cuanto sistema de solidaridad orientado a la realización de sus fines oficiales, se corresponde con el modelo ‘racional’, a otra sucesiva en la que se transforma en un sistema de intereses, desarrolla tendencias oligárquicas y se desplaza en la dirección del modelo del “sistema natural”. De una fase en la que prevalecen los incentivos colectivos relacionados con la formación de la identidad organizativa (participación del tipo movimiento social) a otra en la que predominan los incentivos selectivos relacionados con el desarrollo de una burocracia (participación de tipo profesional). De una fase en la que la ideología organizativa es manifiesta (objetivos explícitos y coherentes) a otra en que aquella se transforma en latente (objetivos vagos, implícitos y contradictorios). De una fase en que la libertad de elección de los líderes es muy amplia porque es a ellos a quienes corresponde la definición de las metas ideológicas del partido, la selección de su base social y, en definitiva el modelar la organización sobre la base de aquéllas y sobre esta base social, a otra en la que la libertad de acción de los líderes se reduce drásticamente, condicionada por las exigencias organizativas propias de un partido consolidado”. Panebianco, Angelo (1988), *Modelos de partido*, Madrid, Alianza. Primera parte: “El sistema organizativo”.

compartían un espacio frentista heterogéneo y disímil en sus culturas políticas, donde los conflictos y las tensiones se iban procesando de manera informal y a veces quedaban solapados por el vertiginoso crecimiento electoral (Novaro-Palermo, 1998).

La conocida frase de Carlos Auyero “construir el barco mientras navegamos”, expresaba la difícil tarea de responder con éxito a la coyuntura electoral y a la vez consolidar la organización partidaria. Tanto Auyero como Álvarez plantearon hacia mediados de 1994 que los partidos y organizaciones que integraban el Frente Grande se fusionaran en un único *Partido del Frente*. Con este propósito, se conformó una Junta Promotora Nacional⁵⁴ y conducciones distritales, a la vez que se exigió al Partido Comunista, el más refractario a acatar esta resolución. Esto generó una fractura interna al interior de la fuerza dirigida por Patricio Etchegaray en virtud de la cual un sector referenciado en Alejandro Mosquera, Oscar Laborde y María Elena Naddeo decidió crear la corriente “Alternativa y Liberación” y permanecer integrando al espacio frentista. Solanas reclamó sin éxito ser más contemplativos con el PC y la conducción de éste resolvió mantener la identidad y su organización partidaria, quedando afuera de la mesa de conducción del Frente Grande. Aun así el proceso de institucionalización fue lento y no logró consolidar solidificar nuevas reglas de juego. En una conformación heterogénea y diversa, donde confluían peronistas, radicales, democristianos, sindicalistas, comunistas y socialistas, se volvía compleja la integración territorial a nivel nacional, así como escaso el interés por resignar identidades políticas tradicionales.

No obstante, la idea de la fuerza aluvional, que avanzaba atravesando con éxito la coyuntura electoral en función del sentido político que le proveía el líder, contrastaba con aquella otra concepción más tradicional de la política, que apuntaba a la institucionalización de la fuerza tanto en términos de formación de recursos necesarios para gobernar como de concreción de alianzas con grupos de interés. Mientras desde la capitalización de la denuncia y la creación de escenarios novedosos con directa llegada a los medios Álvarez cultivaba la primera concepción, la vocación por la construcción articuladora y el crecimiento político

⁵⁴ Integrada por “Chacho” Álvarez, “Pino” Solanas, Rodolfo Rodil, Carlos Auyero, Graciela Fernández Mejjide, Mary Sánchez, Aníbal Ibarra, Marcelo Vensentini, y Juan Pablo Cafiero por Capital y provincia de Buenos Aires, Alberto Piccinini y José María Serra por Santa Fe, Luis Rébora y Horacio Viqueira Córdoba, Omar Lener por Río Negro, José Vitar por Tucumán, Ramón Dubini por Entre Ríos, Tristán García por Chubut y una representación a designar por Neuquén. *Clarín*, 11-8-94.

sustentable de Carlos Auyero advertía no perder de vista la segunda alternativa. Mary Sánchez da cuenta de la convivencia de estos dos perfiles tan diferentes:

Chacho tenía temor a que lo condicionara un partido por eso no quería orgánica, sabía que cualquier grupo político, aunque sean diez, te condicionan e inciden. Están para eso. Él vio la crisis de la política, de la falta de representatividad de los partidos adónde iba a llevar, él como que encontró el camino frente a ese diagnóstico correcto. (...) Siempre los nuestros eran unos impresentables para él. Entonces lo que planteaba era que estuviesen pero que buscáramos nombres nuevos. Nosotros después como chiste le decíamos 'che andá a buscar al odontólogo del pueblo' (...) Carlos, en cambio, sostenía la necesidad de darle institucionalidad a la fuerza política. Tenía convicción, capacidad de acción y organización. Tenía además prestigio en el campo de la política. Si bien 'Chacho' era un estudioso, un lector, la formación política y la organización eran dos cosas a las que les rehuía. Y Carlos en cambio era exactamente al revés.⁵⁵

Martín Sabbatella fue un joven militante del Frente Grande y del Frepaso y recuerda la dinámica personalista y refractaria a la construcción partidaria en aquellos años de rápida expansión electoral:

En realidad el partido se veía como un cepo para avanzar, es decir el partido como un problema no como una herramienta de transformación. Entonces, se construían liderazgos excluyentes de las estructuras partidarias y vinculadas a la sociedad a través de los medios. Por supuesto, valorar el rol de los liderazgos, pero no verlos como excluyentes o como contrapuestos al desarrollo partidario, territorial y a la institucionalidad partidaria. Por otro lado, no se puede gobernar y mucho menos con una mirada transformadora si no tenés un anclaje territorial, una herramienta política que sostiene esta pelea. Entonces a la par de ir comprando esta cosa de la gobernabilidad y de ir comprando como cosas inamovibles y de pensar que esto no se puede tocar y entonces ir resignando cuotas de voluntad transformadora por decirlo de alguna manera, también había una lógica de negación de la construcción de un partido político.⁵⁶

En una perspectiva similar y también desde el campo de la militancia en la provincia de Buenos Aires, Luis Píccoli enuncia las dificultades para construir orgánicamente:

En ese momento fueron los medios y no la organización territorial. Esa fue una discusión fuerte. Y en realidad en la provincia pudimos avanzar un poco más por la visión que se tenía de la organización. Mary era presidenta, pero también estaban Rodil, Laborde, Sigal, Mosquera, ellos tenían más una visión territorial. 'Chacho' tenía una conducción muy a través de los medios, y muy radial, digamos es él y dos o tres que lo rodean, un entorno. Y desde ahí definía. No había interacción entre dirigencia, cuadros, militantes. A nivel

⁵⁵ Mary Sánchez, *op. cit.*

⁵⁶ Sabbatella, Martín, entrevista realizada el 15 de marzo de 2009.

nacional, debe haber habido dos o tres congresos de mucha discusión. Había más discusión en los congresos de la provincia que en los nacionales.⁵⁷

Como se señaló en los testimonios, el crecimiento de la fuerza descansaba en buena medida en el aceitado vínculo que fundamentalmente Álvarez había edificado con sectores medios urbanos “progresistas” -en virtud de una hábil intervención en los medios para instalar *issues*-, que le proporcionaba reconocimiento social; en cambio, no existía una fluida interrelación con la (débil) estructura partidaria -fundamentalmente con la militancia-, respecto de la cual funcionaba con gran autonomía. La construcción de consensos en la opinión pública relegaba en su importancia a la construcción de consensos tradicionales -políticos y sindicales, deliberación de las instancias representativas- donde convergieran la plataforma programática y el liderazgo político.⁵⁸ Desde la óptica del líder frentista, las posibilidades de acceder al gobierno exigían un partido flexible y acotado en su influencia así como una militancia con homogeneidad ideológica. En una entrevista concedida a *Página 12* el día posterior a las elecciones del 10 de abril, Álvarez ejemplificó con el caso de la gobernación de Erundina en San Pablo, la inconveniencia de formar un partido con estructuras políticas desarrolladas:

Yo analicé mucho lo que le pasó al PT en Brasil, cuando Erundina ganó la gobernación de San Pablo, y cuáles fueron las dificultades para gobernar. Ella dice que su triunfo fue muy azaroso y que la estructura del PT fue un obstáculo para gobernar. Al final, al PT le trajeron más problemas que soluciones. (...) Los principales problemas de Erundina fueron el Sindicato Municipal radicalizado que le hizo la vida imposible, tenían miedo de ser demasiado oficialistas, y el otro problema fue el PT. Erundina dijo: ‘No se puede gobernar con el partido, pero tampoco se puede gobernar sin el partido’. **Nosotros no tenemos que plantearnos una gran estructura política. Lo que nos preocupa de la militancia es que de la diversidad de matices se construya un proyecto político para adelante”** (*Página 12*, 11-4-94) *

⁵⁷ Pícoli Luis, *op. cit.*

13 En este sentido, el socialista Jorge Tula advertía a mediados de 1994 sobre los riesgos que el énfasis en la coyuntura electoral tenían para la concreción de este propósito: “La posibilidad de ganar las elecciones incita a apostar todo lo que se tiene, y más, al casillero electoral 1995. No se trata, claro está, de un acto de mera negligencia. Las apuestas fuertes, la osadía, constituyen un elemento de importancia para lograr éxitos políticos. Pero el proyecto de construcción de un sólido espacio de centro-izquierda, a partir de fuerzas endebles y con tradiciones distintas, debe ser también considerado como un objetivo que demanda plazos más largos para ser alcanzados. A la habilidad para comandar procesos de ingeniería política, en estos casos hay que sumarle criterios estratégicos en los que la tarea pedagógica aparece indispensable para la gestación de una nueva cultura política, tal vez la única garantía para que estas buenas intenciones no se conviertan en un mero canto de sirenas”. Tula, Jorge, (1994), “El riesgo del vértigo”, en *La Ciudad Futura* Nº 40, primavera, 5-6.

En este testimonio Álvarez no sólo transparenta su concepción no sólo sobre cómo debe funcionar una fuerza política, sino además sobre el lugar de la militancia en la propia dinámica interna. Para Dora Barrancos, que conocía a Álvarez desde su participación en el MODEJUSO,

No había ninguna veneración por la militancia. El militante le parecía un superfluo, un viejo sobreviviente que estaba entre los partidos de masas y la cuestión testimonial fuerte que agudizaba lo que podía ser un partido de protesta. Y un partido de protesta era lo que él menos deseaba. Quería un partido controlado, con una tremenda referencia a él y al mismo tiempo que limitaba cualquier extensión de la participación”.⁵⁹

Darío Alessandro, en cambio, niega que Álvarez tuviera un vínculo tensionante con la militancia:

No, La militancia lo respaldaba mucho. Lo que sí que no era complaciente muchas veces con la militancia. Era muy crítico con estas cosas, se lo decía en la cara a los militantes, a los dirigentes medios, en la crítica era muy lapidaria a la forma de construcción política tradicional, que significa usar parte del aparato del estado, usar subsidios, usar una serie de cosas para la actividad política, en eso era muy duro.⁶⁰

El personalismo de Álvarez, materializado en la concentración de decisiones, se presentaba como un escollo para la construcción de la institución: ausencia de reglas claras para dirimir conflictos, escaso funcionamiento de estructuras orgánicas, desinterés por promover elecciones internas, postergación del debate programático, etc., fueron condiciones a las que el conductor siempre se mostró remiso. Desde una mirada crítica, Atilio Borón, quien participara de la primera etapa del Frente Grande, considera este déficit institucional como una actitud deliberada de Álvarez:

Chacho hizo todo lo posible para que el Frente Grande careciera de una estructura orgánica. Nunca a lo largo de su existencia, hasta convertirse en Frepaso, tuvo una conducción orgánica, plural, que deliberase colectivamente. El Frente Grande fue básicamente un fenómeno del chachismo, la proyección del chachismo a la esfera política, un rostro alimentado por ese juego de espejos que es la política como espectáculo. Debajo de eso no había construcción social, no había una capitalización de los conflictos, no había una formación de cuadros dirigentes, no había una discusión de políticas; solamente un puro y simple reparto de cargos e influencias”.⁶¹

⁵⁹ Barrancos, Dora, entrevista realizada el 12 de diciembre de 2001.

⁶⁰ Alessandro, op. cit.

⁶¹ Borón Atilio, entrevista realizada el 23 de julio de 2001.

La premisa, tan expectante para un sector de las clases medias urbanas, de “renovar la cultura política” comenzaba a evidenciar dificultades en el pasaje de la enunciación a las prácticas: Según Alessandro la nueva cultura política,

fue una de las cuestiones fuertes. Después nos encontramos con una contradicción porque la nueva política tenía límites objetivos cuando había que confrontar con todos los vicios de política tradicional, en las internas abiertas por ejemplo. Entonces se hacía muy difícil la competencia. Lo que ‘Chacho’ planteaba era que a nosotros no nos convenía ser como los otros porque no íbamos a llegar nunca a la carrera de armar estructuras parecidas a las del peronismo o el radicalismo. Entonces teníamos que tener otro valor agregado para que la gente nos siga. Pero después cuando se entra en la batalla política, pesan las estructuras y todo se mezcla. Porque además cuando un partido crece como crecimos nosotros, los límites se hacen más elásticos, porque vienen normalmente gente de otros partidos, con sus estructuras (...) ‘Chacho’ siempre dio la lucha para que apareciera gente nueva en la política. Pero creo que eso no se terminó concretando. ‘Chacho’ siempre decía que en el pueblo hay que ir a buscar al comerciante que le va bien, al profesional, al tipo bien visto. Pero esos tipos tenían un capital propio, y sabían que si iban a la lucha política, sobre todo en un partido chico, iba a perder. Por lo tanto era muy pocos los que estaban dispuestos a arriesgar. Me parece que ahí él tenía una visión un poco ideal de la situación. Y de hecho fue pasando lo otro: la frontera del partido se abrió, pero vino gente que ya tenía experiencia política, de la izquierda, del peronismo, del radicalismo, pero con una cultura instalada, difícil de desarraigar”.⁶²

Álvarez confiaba en que el éxito electoralista acercaría cuadros técnicos y profesionales capacitados para la gestión y apostaba a integrar en lugares expectantes en las listas electorales a figuras conocidas, del ámbito social, cultural o intelectual que compensaran la mala imagen o el escaso capital político de muchos dirigentes de segunda línea, tanto en Capital como en el interior del país. Este proceso de “apertura a la sociedad” se enmarcaba dentro de la estrategia de constitución de una coalición “transversal” como alternativa al bipartidismo dominante.

5.2. La formación del Frepaso

Con los índices de popularidad en alza⁶³, durante los meses siguientes a la Convención Constituyente Álvarez se abocó a instalar con fuerza su candidatura presidencial en los medios

⁶² Alessandro, *op. cit.*

⁶³ Según una encuesta de Gallup realizada en junio de 1994, en Capital Federal la imagen positiva de Álvarez alcanzaba al 61,3% de los consultados. En agosto, su intención de voto trepaba al 24,2%. Entre los desafíos de Álvarez para los consultores estaba el de lograr convencer a los votantes radicales de que él podía ser un

y a trabajar junto a un elenco estable de asesores políticos y económicos en la plataforma programática que presentaría en la campaña electoral del año venidero. En agosto de 1994 el diputado porteño comenzó a darle cuerpo a su propuesta de “transversalidad política” al considerar que el Frente era “insuficiente para construir una opción de gobierno”⁶⁴. La apuesta consistía en conformar una fuerza que incorporara las tradiciones “populares y democráticas” y las corrientes “progresistas” que sobrevivían en los márgenes tanto del justicialismo como del radicalismo y que representara demandas y derechos de la ciudadanía que estos partidos ya no expresaban ante la “crisis de representación” que, según el diagnóstico de algunos científicos políticos y del propio Álvarez, padecían los partidos tradicionales. De este modo, la nueva coalición ocuparía un espacio de *centroizquierda* vacante tanto por el desplazamiento hacia la centroderecha del justicialismo como por el repliegue del radicalismo a una posición de centro liberal-democrático (Abal Medina, 1994).

Con este objetivo en el horizonte, se hicieron públicas las conversaciones que desde el comienzo de la Convención Constituyente mantenía con Federico Storani⁶⁵ y con José Octavio Bordón. El encuentro de “El Molino” tuvo como objetivo la creación de un espacio opositor “progresista” al gobierno, con capacidad para formular “políticas alternativas” y derrotar en el mediano plazo a Menem a través de un “instrumento superador y coherente”, pero sin necesidad de que se tradujera en lo inmediato en una alianza electoral. En efecto, si bien poco tiempo después Álvarez y Bordón ratificaron la alianza política y formaron el *Frepaso* junto con la Unidad Socialista y la Democracia Cristiana, Storani se mantuvo en los márgenes de su partido para confrontar en internas la candidatura presidencial y, si resultara vencedor, apostar a concretar la coalición. El trasvasamiento de los partidos tradicionales a la nueva coalición se

instrumento, un voto útil para derrotar al menemismo, y agregar a su perfil de candidato una cuota mayor de imagen de hombre con capacidad de gobernar. “La pelea será voto a voto”, *Página 12*, 28 de agosto de 1994, p.8

⁶⁴ “Hoy con el Frente solo no alcanza para ser una opción de gobierno. Sería omnipotente pensar que una fuerza emergente que se empieza a consolidar pueda ser excluyente a la hora de ganarle a Menem y darle una gobernabilidad progresista al país. Si podemos ser un eje articulador de los mejores hombres de los partidos tradicionales y de fuerzas sociales. El bipartidismo, con sus intercambios, complicidades, fracasos y desengaños ha debilitado mucho la democracia en la Argentina. Por eso pensamos en la coyuntura, pero también en la consolidación de una fuerza política con permanencia en el escenario político”. “El salto del tigre ‘Chacho’ Álvarez prepara su proyecto de gobierno y plantea su campaña”, *Página 12*, 28 de agosto de 1994, p.6.

⁶⁵ La crisis identitaria que sufrió el radicalismo con la estrepitosa derrota de Alfonsín en la provincia, amplió las voces de los sectores antipactistas, que convocaban a “recrear el espacio opositor”. El vocero de esta posición fue Federico Storani.

produjo a nivel de legisladores provinciales y municipales y de cuadros de base (Ollier, 2001, 63). En cuanto a figuras de renombre, sólo Carlos Raimundi, del sector de Storani, y el ex canciller de Alfonsín Dante Caputo se integraron al acuerdo mediante el “Nuevo Encuentro”.

Como podemos advertir en la reconstrucción histórica realizada en los capítulos anteriores, esta idea de “transversalidad” de algún modo ya estaba presente, aunque en forma embrionaria, en los sucesivos movimientos, diálogos e interpelaciones políticas que Álvarez venía sosteniendo desde 1991. Quizás la singularidad del encuentro deba leerse a la luz de la amplia resonancia mediática producida. Fue cubierto por los principales noticieros televisivos y radiales, ocupó la tapa del diario *Página 12* y las páginas centrales de la sección política de los periódicos *Clarín* y *La Nación*. Las cuestiones institucionalistas resaltaban entre los ejes centrales del documento elaborado en el encuentro de *El Molino*: “debe fortalecerse el estado de derecho, la división de poderes y la plena independencia de la justicia”. Se apoyaba la estabilidad económica y se reclamaba su consolidación “sobre bases sólidas a largo plazo mediante políticas activas e integrales de reconversión productiva”. Se planteaba una política exterior que enfatizara los “intereses nacionales”, la educación y la investigación científica como “una política de Estado”, “expandir la sociedad civil” y volver “más eficiente” el gasto social.⁶⁶ Aun cuando se reclamaba por un Estado más activo en sus políticas, no se formulaban propuestas que transformaran el carácter aperturista de la economía ni la política de convertibilidad.

El acercamiento con Bordón ratificaba en la política de coaliciones el desplazamiento hacia el centro político que Álvarez venía anunciando con su giro discursivo tras su triunfo en Capital Federal para las elecciones de Constituyentes. Gobernador de Mendoza durante el período 1987-1991 y posteriormente senador justicialista por esa provincia, Bordón era un crítico del modelo de gestión política de Menem. Aunque su disidencia la había sostenido dentro del peronismo, reclamaba internas abiertas para disputarle la candidatura presidencial a Menem y no descartaba una ruptura en el caso de que su pedido fuera rechazado en el PJ. Dentro de los objetivos de Álvarez en relación con la necesidad de construir una “opción de gobierno”, la tan mentada “pata peronista” se volvía crucial para darle consistencia a la

⁶⁶ Arnaldo Bocco por el Frente Grande, Ignacio Chojó Ortiz por Cambio Justicialista y Carlos Raimundi, de Convergencia, fueron los coordinadores de los equipos técnicos que participaron en la elaboración del documento.

articulación política buscada. Desde el punto de vista electoral, para Álvarez era más importante la alianza con Bordón que con Storani, pues si con éste compartía una franja similar de adhesiones en el electorado, con Bordón podría penetrar en los sectores peronistas disgustados con el gobierno de Menem; asimismo, el ex gobernador mendocino garantizaba ciertos recursos organizativos, solidez técnica y conocimientos en economía, contactos internacionales, buena relación con el *establishment* económico y, sobre todo, un perfil de gobierno que venía a equilibrar el exceso de “política de oposición” que conformaba la identidad del Frente. Además de esa membrecía, Bordón encarnaba otros atributos ausentes por entonces en los referentes del Frente Grande. Rafael Bielsa, que se integró al Frepaso por el bordonismo, enumera algunas de estas características que generaban adhesión y reconocimiento:

Tenía varios valores agregados. En primer lugar, la honestidad, me parecía que era un dirigente que realmente tomaba la función pública como un modo de vida y no como un medio de vida. En segundo lugar, tenía una experiencia importante en gestión y había tenido un gesto de independencia que a mí me había satisfecho mucho que es cuando Menem le ofrece el ministerio de obras públicas y le condiciona el segundo, lo quiere poner a Araoz y él rechaza ese ofrecimiento. Yo veía en Pilo a un peronista progresista. Incluso había dos o tres condimentos más: en una época donde todavía la tecnología no era un issue tan incorporado como es hoy él ya tenía una clara noción de la importancia de la tecnología en los circuitos públicos, incluso había hecho cosas en ese sentido en la provincia de Mendoza. Tenía también una cuestión muy marcada hacia la importancia de la educación y tenía muy claro y estaba muy presente en su discurso la inclinación por todo lo que fuese acciones gubernamentales de carácter social, que son de la más rancia prosapia peronista, pero con una mirada muy actualizada. Entonces era decente, compartía una visión moderna a de lo que era el peronismo, esas eran sus virtudes y para mí con eso alcanzaba. Pero además a eso le añadía el enfrentamiento con Menem, que para mí era dirimente. (...) Comprendía muy bien la imprescindibilidad de articular el estado con la sociedad civil en cuanto a los factores de producción. Se reunía con empresarios, no tenía ese concepto estatista anti productivo.⁶⁷

La posible alianza con Bordón, el lanzamiento de la candidatura presidencial del Álvarez y la exclusión del Partido Comunista de la mesa nacional⁶⁸ promovieron una andanada de críticas de

⁶⁷ Bielsa, Rafael, *op. cit.*

⁶⁸ El chachismo obligó al PC a disolver su partido e integrarse al Partido del Frente. Esta medida generó una fuerte división en el comunismo argentino, que terminó con la fractura y deserción de un grupo de dirigentes –Alejandro Mosquera, Oscar Laborde- enfrentados con el secretario general Patricio Echegaray, que formaron la corriente “Alternativa y Liberación”, integrándose como el ala izquierda del Frente. Ante esta actitud, Solanas criticó la “vocación por excluir fuerzas” de Álvarez. Asimismo, calificó de “apresurado” el lanzamiento de la candidatura de

Pino Solanas, que hacia fines de agosto lanzó su línea *Corriente Grande*, con la consigna “por los principios fundacionales del Frente”. Como respuesta, Álvarez marcó con claridad el perfil que debía tener quien lo acompañara en la fórmula para cerrarle el paso definitivo a su competidor interno. “El vicepresidente no puede ser del Frente. Tiene que ser de una fuerza que se articule con la nuestra. Tiene que ser ineludiblemente del interior, alguien de envergadura política, y si tuvo experiencia de gestión mejor”, características que cuadraban a la perfección con la figura de Bordón.⁶⁹ La renuncia del senador al justicialismo y la confluencia de su corriente “Cambio Justicialista” con el Frente, ratificó la estrategia de Álvarez de ampliar su política de alianzas con el objetivo de consolidar una “orientación de gobierno” para poder derrotar al menemismo en 1995. Ambos dirigentes acordaron que sería candidato a presidente quien tuviera mejor imagen en las encuestas y se comprometieron a “inaugurar una nueva forma de hacer política”.⁷⁰ Una vez más, el personalismo de Álvarez generó controversias al interior del partido, tanto desde la ya clásica postura crítica de Solanas⁷¹ como desde el malhumor de los referentes socialistas por la inconsulta decisión del líder frentista. Tras el acuerdo, y como réplica a Solanas, Álvarez sostuvo orgulloso que “el Frente demostró que el progresismo puede asociarse a mayorías populares. (...) Ya no está concebido como una izquierda tradicional y marginal.”⁷² Para fortalecer la alianza, el sector de Álvarez trabajó para acercar posiciones con el sindicalismo disidente y asegurarse su apoyo.⁷³ No obstante, aun cuando aumentara las posibilidades de

Álvarez, “si el Frente aún no tiene una propuesta programática”. “Solanas se prepara para la pelea interna”, *Clarín*, 19 de agosto de 1994.

⁶⁹ “El salto del Tigre”, *op. cit.*

⁷⁰ Bordón y Álvarez definieron la alianza como el modo de “encarnar la certidumbre de que este proyecto menemista, corrupto, conservador y fragmentador, puede ser derrotado en las urnas, y que es posible gobernar con austeridad, justicia independiente, eficacia y sensibilidad social y nacional”. Por su parte Álvarez señaló que “es una convergencia que oxigena la democracia y amplía la oferta política. El bipartidismo había achicado el escenario político. (...) Y además es un sinceramiento ideológico. Necesitamos juntarnos los dirigentes que tenemos coincidencias, independientemente de nuestras historias. Los desafíos de hoy no tienen nada que ver con los de hace quince o veinte años”. “No somos perdedores”, *Clarín, Segunda Sección*, 4 de septiembre de 1994, pp.2-3.

⁷¹ En la presentación de la propuesta económica de la Corriente Grande en el Sindicato de trabajadores de Prensa el 20 de septiembre de 1994, Solanas formuló fuertes críticas contra Álvarez, compartidas por otros dirigentes que participaron del acto como el cooperativista Floreal Gorrini y Atilio Borón, de Democracia Avanzada.

⁷² En *No somos perdedores*, *op. cit.*

⁷³ En los días posteriores al acuerdo, Álvarez y su sector mantuvieron reuniones con De Gennaro –quien había acompañado en un acto a Solanas el mismo día del cónclave Álvarez-Bordón- para asegurarse que contaban con su apoyo. Asimismo, el dirigente camionero Hugo Moyano ratificó que apostaría abiertamente a la alianza apoyando a Bordón, mientras que el referente de la UTA, Juan Manuel Palacios, vio como probable un apoyo a la fórmula “si hay peronistas en la lista”.

crecimiento electoral, la ampliación del espectro político incorporando una vertiente peronista al Frente diluía la identidad de centroizquierda que se pretendía construir y tensionaba el vínculo con otros socios del espacio como los socialistas, refractarios a cualquier entendimiento con el dirigente peronista. Aun cuando, como señala Héctor Polino, existían desde ese partido diferencias con el Frente de tipo más orgánico y menos centrado en las figuras:

No era un problema de resistencia de figuras sino de metodología de construcción política, independientemente de las personas. La disidencia estaba en que algunos consideraban que el partido tenía que participar de una alianza mayor con esa fuerza y otros creíamos que el partido tenía que reforzar su propio perfil, su propia identidad y demás. Ahí no se pudo construir y la Unidad socialista resolvió por unanimidad que yo fuera el candidato. (...) Estábamos los que descreíamos que las construcciones políticas puedan hacerse sobre la base de liderazgos personales determinados. Las construcciones políticas tienen que ser sobre la base de partidos políticos orgánicos. Tiene que haber ámbitos de discusión y de tomas de decisión democráticas. Y tanto el Frente Grande como el Frepaso giraban alrededor de la figura de Chacho Álvarez. Y el partido socialista siempre fue antipersonalista, un partido que privilegiaba lo orgánico, el trabajo colectivo, la discusión de ideas. Esos partidos que se ejercen sobre la base de un fuerte liderazgo duran lo que dura ese liderazgo personal. Queríamos que el Frepaso fuera una fuerza institucionalizada y democrática, en el sentido de que los partidos que lo constituían tuvieran una participación orgánica y no que nos enteráramos por los medios de prensa lo que había resuelto Chacho Álvarez. Una persona magnífica desde el punto de vista personal, pero que no podía entender que tenía que democratizarse el espacio. Las decisiones más importantes se tomaban en forma individual, sin la participación del partido. Discusiones internas no había, ese era el rasgo característico del Frepaso. El Frepaso era Chacho Álvarez que tomaba las decisiones y los demás acompañaban.⁷⁴

5.3. ¿Centroizquierda o centroderecha? La disputa por el liderazgo de la fuerza

Superada la desafortunada performance económica de la que dimos cuenta en el capítulo anterior, Álvarez se concentró en fortalecer su candidatura a presidente. Inició una gira por el noroeste del país y encabezó la campaña por el NO al plebiscito bonaerense para la reelección del gobernador Duhalde, coincidiendo en sus posturas con Federico Storani que se jugaba buena parte de su candidatura a presidente en esa elección. Sin embargo, la campaña

⁷⁴ Polino, Héctor, entrevista realizada el 16 de julio de 2009.

servió más para instalar su figura en el conurbano -y fortalecerla en Capital⁷⁵ que para consolidar el voto en contra del gobernador, quien finalmente ganó con comodidad, logrando un aval a su gestión de gobierno. La campaña contra el NO en la provincia de Buenos Aires generó el primer contrapunto entre Álvarez y Bordón por el “personalismo” del primero en la estrategia de campaña y la inconveniencia para el mendocino de tener que enfrentarse con Duhalde, a quien diferenciaba nítidamente de Menem.⁷⁶

Las tensiones provocadas por cómo se definía la fórmula frentista prolongaron los distanciamientos entre Álvarez y Bordón. Mientras el primero quería acelerar su concreción e instaba a su socio a encontrar rápidamente mecanismos para dirimir las candidaturas, Bordón retrasaba los tiempos apostando a un crecimiento de su figura en la opinión pública. El senador mendocino alertó que “se está diluyendo el espacio opositor” y criticó a Álvarez, exigiéndole que tuviera “un mensaje coherente”, además de rechazar la propuesta del “chachismo” de ser el ministro coordinador en un eventual gobierno frentista. Desgastado por el conflicto que derivó en ruptura con el sector de Solanas, y con una moderada caída de su imagen en las encuestas, Álvarez priorizó el acuerdo y cedió al reclamo de Bordón. Así, acordaron convocar a internas abiertas para el 26 de febrero, asumiendo el compromiso de integrar la fórmula cualquiera fuera el resultado. Álvarez priorizó impedir que el bordonismo lo hiciera responsable de una nueva ruptura del espacio de centroizquierda y así dañara su imagen. Sin ignorar que el Frente había entrado en eclipse y que era reciente la ruptura con Solanas, aceptó declinar los términos del acuerdo original y examinar su popularidad en las urnas. Paralelamente, la discusión por la fórmula promovió una nueva embestida de Solanas, acusando a Álvarez de “soberbio y antidemocrático”, y le respondió al cineasta que practicara el disenso “en forma orgánica dentro del partido”.⁷⁷ El lanzamiento de Carlos Auyero a la candidatura por la

⁷⁵Sondeos de Romer y Zuleta Puceiro indicaban que como candidato a intendente, Álvarez había ampliado su ventaja en los últimos meses, pasando de un 32 % en abril a un 35% en agosto.

⁷⁶ Bordón consideró “prematureo” el lanzamiento del plan económico del Frente por el debate interno que generó. Asimismo remarcó que los indicadores de las encuestas “no alcanzarán para definir la fórmula presidencial sino el valor de la capacidad y experiencia de gestión”. *Clarín*, 20 de octubre de 1994.

⁷⁷ El debate de fondo era el método para elegir a los candidatos electivos y las autoridades partidarias. El “chachismo” proponía un sistema de mayorías y minorías que prácticamente dejaba afuera al sector de Solanas, impulsor de un sistema proporcional. Como un gesto conciliatorio hacia Solanas para evitar la ruptura, el sector de Álvarez decidió rebajar el piso para lograr la minoría de un 25 a un 20%, pero éste no se dio por satisfecho y reclamó concertar las propuestas. Finalmente Solanas desistió de las internas.

gobernación, intensificó la confrontación con Solanas, -que se consideraba el “candidato natural” a gobernador en la provincia- que entonces decidió retirarse definitivamente del Frente.

Para ratificar su unidad tras el acuerdo para la interna, Álvarez y Bordón se mostraron juntos en campaña por las calles porteñas, haciendo eje en las denuncias de corrupción sobre las privatizaciones del correo, y el aumento de las tarifas públicas.⁷⁸ Sin embargo, adoptaron estrategias electorales disímiles: mientras Álvarez fortaleció su perfil contestatario y antimenemista -“somos los únicos que podemos garantizar hoy que se termine la Argentina ostentosa, festiva y obscena del menemismo y que se empiece a construir un país solidario”-, Bordón gustaba cultivar un perfil de gobernante, estrategia que comenzaba a darle resultado a los ojos de la opinión pública.⁷⁹ No obstante, ambos candidatos intentaron mostrar la alianza de centroizquierda como una oposición “seria y responsable” pero “muy crítica” sobre las consecuencias del modelo “que está destruyendo a nuestro aparato productivo y a las fuentes de trabajo”⁸⁰

Metido de lleno en las agitadas aguas de campaña, el líder del Frente se preocupó por imprimirle a las discusiones por las candidaturas a gobernadores y legisladores provinciales para 1995 un sesgo “extrapartidario”, insistiendo ante las dirigencias intermedias de su partido con la necesidad de separar la presencia del Frente en los conflictos sociales de una representación

⁷⁸ Asimismo publicaron juntos un artículo periodístico en donde subrayaban la “profunda crisis” de los partidos tradicionales y su compromiso con una “nueva forma de hacer política”. Definiendo al menemismo como un partido “más concentrado económicamente, más centralista políticamente, más injusto en lo social y más corrupto moralmente”, y a la clase política como “un grupo privilegiado, al margen de los problemas de la gente común”, destacaron los logros de la democracia y la estabilidad y criticaron la corrupción, el desempleo y el achicamiento productivo. Se autoproclamaron “opositores al chantaje menemista” y a una forma de la política que “privilegia las minorías y desprecia las mayorías. Manifestaban querer construir otro modelo de gestionar el poder “donde encuentren garantías de participación y los beneficios del progreso los millones de argentinos que hoy se encuentran excluidos.” Álvarez, Carlos, Bordón, José Octavio, “Somos mucho más que dos”, *Clarín*, 2 de diciembre de 1994, p.25.

⁷⁹ Según una encuesta de Mora y Araujo, Bordón obtendría más votos que Álvarez si encabezara la fórmula frentista: 15% contra 14%. Si la segunda vuelta enfrentara a Menem y Bordón saldrían 38 a 33%. En tanto en la medición de candidatos, Menem obtenía el 30 % de las preferencias, Massaccesi el 20 y Álvarez el 14%. Ver *Clarín*, 23 de diciembre de 1994.

⁸⁰ En las Jornadas Programáticas del Frente del País Solidario (Frepaso), Álvarez y Bordón presentaron a sus seguidores doce ejes programáticos, entre los que se destacaban empleo productivo, corrupción, -fortalecimiento de los entes reguladores de los servicios públicos, compromiso ético de los empresarios, mecanismo de protección para quienes la denuncien, etc.- y educación –cumplimiento de la pauta de 6% del PBI de financiamiento educativo a partir de 1995.

política “más abarcativa”. En el plano de la oposición, Álvarez eligió dos flancos específicos: por un lado, denunció al gobierno por una “campana sucia” contra las principales figuras del Frente –calificando a Menem de “presunto delincuente” por avalar la difamación sistemática llevada adelante por comunicadores cercanos al primer mandatario⁸¹ -y por una ofensiva contra el periodismo⁸²; a su vez, lanzó una embestida contra Alfonsín y Angeloz -sostenedores de la precandidatura de Horacio Massaccesi- por “buscar un pacto de Olivos II”. Mediante la identificación entre Menem y Massaccesi como cultores de un estilo político similar, Álvarez buscaba posicionarse como el referente “contracultural” del menemismo. El triunfo del gobernador rionegrino sobre Federico Storani en la interna radical,⁸³ abortó cualquier posibilidad de un acuerdo para las elecciones presidenciales entre el centenario partido y el Frepaso.

El acercamiento de la interna electoral tensó la relación entre los socios del Frepaso.⁸⁴ El encuentro de Bordón con el gobernador de Tucumán, Ramón Ortega, y sus posteriores declaraciones⁸⁵ generaron malestar en el Frente y fuertes críticas de Álvarez, quien alertó sobre la posibilidad de “convertirnos en receptáculo del menemismo” y recordó su esfuerzo personal para construir un espacio político distinto a los partidos tradicionales, que no se convirtiera en un “PJ II”. Amenazaba así con que “el acercamiento de Bordón con Ortega plantearía una

⁸¹ Concretamente, Gerardo Sofovich, Luis Beldi y Mauro Viale. Carlos Menem decidió querellar al líder del Frente Grande por el presunto delito de injurias cometido por el diputado porteño durante el desarrollo de un acto público en el que acusó al primer mandatario de “presunto delincuente”. La presentación hace referencia a las expresiones vertidas por Álvarez en un acto realizado el jueves 29 de setiembre, en el teatro Stella Maris de San Isidro. Consultado sobre la querrela, Álvarez dijo que estaría dispuesto a retractarse si el Presidente “deja de usar los medios oficiales para difamara sus adversarios políticos”. *Clarín*, 2 de octubre de 1994.

⁸² En efecto, el gobierno agitó la “ley mordaza” para ponerle límites al periodismo. El proyecto agravaba las penas para delitos de injurias y calumnias y obligaba a los titulares de los medios a contratar un seguro por 500 mil dólares para hacer frente al pago de eventuales indemnizaciones. Al respecto, Álvarez señaló que “estos proyectos del gobierno pretenden crear una malla protectora para el gobierno, para evitar ser investigado por la prensa y que salgan a la luz los hechos de corrupción que puedan ocurrir en la gestión de gobierno”. *Clarín*, 6 de enero de 1995.

⁸³ En la cual decidieron no participar los dos dirigentes del partido con mejor imagen en la opinión pública: Fernando De la Rúa y Eduardo Angeloz. Mientras el primero dio un tibio apoyo a Storani, el gobernador de Córdoba jugó abiertamente para la candidatura de Massaccesi.

⁸⁴ El acto de lanzamiento de la fórmula se llevó a cabo el viernes 16 de diciembre con una convocatoria aproximada de 6000 personas. Los principales oradores, Álvarez y Bordón, hicieron énfasis en mostrarse como alternativa de gobierno y como la única fuerza capaz de “terminar con la Argentina ostentosa, festiva y obscena del menemismo”. *Clarín*, 17 de diciembre de 1994.

⁸⁵ Bordón había anticipado que “en el futuro nos vamos a encontrar para combatir la corrupción, la pobreza y la desocupación”. *Clarín*, 19 de enero de 1995.

discusión muy a fondo en la alianza Frente Grande-PAIS".⁸⁶ El mendocino salió a responderle públicamente despegando la figura de Ortega de las connotaciones más negativas del menemismo.⁸⁷ Para limar asperezas, Álvarez y Bordón continuaron mostrándose juntos en actos de campaña por las provincias del interior del país, haciendo eje en la pobreza y la crisis industrial y productiva. La propuesta de Bordón de que el triunfador de la interna tuviera facultades para elegir a su acompañante atizó el clima conflictivo de la corta campaña electoral en el Frente. Álvarez respondió que al "único que le interesa dividirnos es a Menem" y que no estaba dispuesto a cambiar las reglas del juego a diez días de las elecciones, aun cuando reconocía que era una interna complicada para sus aspiraciones por posibles maniobras del justicialismo para perjudicarlo. Bordón le recriminó a Álvarez las críticas por el encuentro con Ortega, las circulares internas del Frente con instrucciones a los militantes y su calificación como un hombre de "centroderecha". De este modo, polemizando por la modalidad de la elección del vicepresidente, Bordón se reposicionó en la interna hacia la opinión pública, tensando las posiciones en juego y despegándose de la figura de Álvarez. Paulatinamente fue creciendo su figura mientras se estancaba la buena imagen del líder frentista, quien no había superado el escollo de plantear una propuesta económica satisfactoria para las expectativas generadas en su público y tampoco había logrado bajarle los decibeles a su disputa con Solanas.

Álvarez se había propuesto en la campaña convocar a la construcción de una "mayoría electoral", transversal a los partidos y amplia en la incorporación de sectores anti menemistas. Sin embargo, no encontró –o no se preocupó por encontrar– el camino adecuado para dirimir supremacías internas y así abroquelar al partido en un solo proyecto político-programático. Por el contrario, la estrategia de Bordón evidenciaba menos preocupación por la construcción de un espacio progresista que por el crecimiento de su figura política como presidenciable. En este

⁸⁶ "No podemos tener menemistas de última hora que acompañaron a Menem en sus políticas y después, cuando pierden una interna, hacen gestos o contraseñas con otros sectores o alianzas". Si bien admitió que "la alianza con PAIS da libertad en cada fuerza para elegir a los aliados que considere convenientes, señaló que "el problema es hasta que punto determinado tipo de alianzas o determinados tipos de gestos terminan por desvirtuar el espacio político que se quiere construir". Declaraciones radiales al programa "Rompecabezas", Rock and Pop, 18 de enero de 1995.

⁸⁷ "Me reuní con Ortega porque compartimos tomar en común, que a mí me preocupan, como la pobreza, el trabajo y la producción". Dijo a Radio Mitre. "Ortega ganó las elecciones por su prestigio personal, y en su gobierno no hay ningún hecho de corrupción ni se puede decir que no se haya esforzado, y que no haya estado al lado de la gente humilde". *La Nación*, 20 de enero de 1995.

sentido, concibió al Frente como un trampolín hacia las elecciones del '95 y por ello, toda disputa con Álvarez hasta el momento tenía como eje un mayor protagonismo en la interna y la resonancia que lograra en la opinión pública. Blandiendo la amenaza de la renuncia, Bordón colocaba a Álvarez en el lugar del egoísmo y el vedetismo personal, acusaciones que ya resoplaban en sus oídos desde las filas de Solanas. La hábil maniobra del mendocino incidió en la decisión de Álvarez de conceder la interna.

En los breves y engorrosos días de campaña, Bordón trató de explotar su perfil de hombre de gobierno, con experiencia en la gestión y la administración de la cosa pública, sólidos contactos internacionales y buena llegada a la iglesia, los sindicatos y sectores del *establishment* local. Componía una imagen aplomada y racional, fortalecida por un discurso de tono académico. Álvarez, en cambio, no pudo traducir en forma exitosa el desplazamiento de una orientación de oposición a una de gobierno al no lograr transmitir seguridad y confianza sobre su posicionamiento frente al plan económico. La paridad en las preferencias marcaba, no obstante, una leve inclinación por parte del electorado independiente hacia Bordón, mientras que Álvarez se imponía entre los votantes del Frepaso. Para cierto sector de la clase media moderada que tradicionalmente se referenciaba en el radicalismo, el perfil de peronista moderado de Bordón era mucho más digerible que la violencia discursiva de Álvarez contra el centenario partido. El frentista redobló sus esfuerzos para que su campaña tuviera un alcance nacional, cerrando acuerdos con distintos sectores de las dirigencias provinciales, como el caso de Alfredo Avelín de San Juan (Cruzada Renovadora) y el partido Nueva Opción de San Luis (de tendencia liberal), en tanto Bordón contaba con el importante apoyo de Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios, máximos dirigentes del MTA. Ambos sectores tuvieron diversas dificultades para controlar una interna signada por el desorden y las acusaciones mutuas.

A pocos días de las elecciones, Álvarez presentó su propuesta económica en Capital Federal ante la crisis financiera posterior al efecto tequila, recuperando un tono crítico en su discurso pero con moderación en lo programático y excesivamente técnico para su alto perfil político. El cierre de campaña tuvo el estilo mediático que esta fórmula supo imprimirle a su construcción política: ambos candidatos presentaron sus propuestas en el programa televisivo "Hora Clave" de Mariano Grondona, frente a un panel de periodistas que formuló a los

candidatos cuatro preguntas, tres de ellas de corte económico. Álvarez y Bordón coincidieron en asumir un compromiso por una justicia independiente, por no devaluar la moneda argentina, garantizar el equilibrio fiscal y la estabilidad económica, entre otros postulados. Bordón trató de diferenciarse en el carácter técnico de su exposición –mostrando manejo de la administración y de las medidas económicas- y Álvarez apeló al componente más emotivo y menos programático, prometiendo un proyecto en que los argentinos “se sintieran incluidos en el modelo” y destacando la necesidad de que el próximo gobierno comenzara a pagar “la deuda social”. El perfil políticamente correcto evidenciado por Bordón en el foro electrónico tuvo buena llegada en el electorado “independiente”.

Álvarez se encontró con un rival portador de una imagen más adecuada al formato televisivo: mirada permanente a la Cámara, atildados movimientos, respeto y buenos modales hacia el entrevistador, tono pausado pero enfático en sus ideas centrales, cuidada sintaxis y estructuración de las frases y una omnipresencia de la primera persona del singular en su discurso. La falta de carisma mediático era compensada con una elaborada construcción de una figura de dirigente con personalidad y absoluto dominio de la escena. El formato mediático de Álvarez –eficaz argumentación, la elaboración conceptual de tono intelectual que lo colocaba por encima del resto de los políticos pero que a su vez estaba investida de un lenguaje polémico y atractivo para el ciudadano-espectador-, encontraba algunas limitaciones cuando el registro indicial primaba sobre el registro simbólico: una imagen menos cuidada, movimientos que permanentemente acompañan el argumento, tono de voz fuerte y actitud impulsiva, ideal para la denuncia política pero menos apto para la explicación racional de propuestas, escaso manejo de cámaras (mirada permanente hacia el periodista) y cierta proclividad a interrumpir a sus interlocutores. A diferencia de Bordón, Álvarez priorizaba el componente plural del enunciador –el nosotros- haciendo énfasis más en el proyecto que en sus propias cualidades como candidato.

En relación con este plano de la enunciación, se evidenció a lo largo de la campaña la vocación de oposición y de gobierno de uno y otro: mientras Álvarez apeló con recurrencia al componente descriptivo (constatación) y prescriptivo (deber, necesidad) de su discurso, la

estrategia argumentativa de Bordón fortaleció el componente programático (poder hacer)⁸⁸: *cómo gobernar*. Así mientras el líder frentista señalaba que “nos auto exigimos un salto de madurez y responsabilidad, ya que no se trata sólo de dar cuenta de los efectos perversos del modelo sino de construir una propuesta de gobierno creíble y confiable para la gente. El desafío es demostrar que podemos ganarle a Menem el 14 de mayo y que es posible, aun con las restricciones de la etapa, gobernar a favor de democratizar el Estado, la economía y la sociedad”, el senador mendocino apuntaba a “gobernar la Argentina con austeridad, ejemplaridad, seriedad y deficiencia. Con una concepción integral de lo que es gobernar. Así lo hice como gobernador y así estoy dispuesto a hacerlo. Para que en nuestro país, definitivamente, un ministro de economía sea tan importante como el de educación. Que la base sea el equilibrio fiscal pero estableciendo nuevas prioridades que reestablezcan las cadenas productiva, comercial y exportadora”.

En Álvarez tenía primacía el proyecto de derrotar a Menem: “No voy a pedir un voto sólo personal. Porque siempre hemos entendido la política como una síntesis entre el yo y el nosotros, un proyecto colectivo que trascienda incluso la elección del 14 de mayo. El domingo el país también va a tener la fórmula, tal cual nos hemos comprometido con el senador Bordón y los partidos integrantes del Frente, que le puede ganar a Menem y gobernar en el sentido del cambio. Por el contrario, Bordón enfatizaba un fuerte vínculo personalista desde el cual interpelaba a amplios y heterogéneos sectores políticos: “he convocado a todos los argentinos y también a mis compañeros justicialistas que siguen creyendo en la justicia social, a los radicales que creen en las instituciones independientes de la república, a los desarrollistas y partidos provinciales que quieren un perfil industrial y el respeto por el federalismo, a mis compañeros del Frente Grande, democristianos y socialistas...”⁸⁹.

José Octavio Bordón triunfó en una interna donde votaron alrededor de 530.764 votantes. Obtuvo el 268. 8229 contra 262.935 votos de Álvarez, una escasa diferencia de 5894 votos. El mendocino se impuso en 13 distritos, siendo los más relevantes su propia provincia,

⁸⁸ Aquí sigo la clasificación realizada por Eliseo Verón respecto a los componentes que integran el nivel enunciativo del discurso político. Ver Verón, Eliseo (1987), “La palabra enunciativa”, en AAVV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Hachette, Buenos Aires, pp. 13-26.

⁸⁹ Ver Álvarez, Carlos, “La gran oportunidad”, y Bordón, José Octavio, “Una política nueva”, *Página 12*, 26 de febrero de 1995, p.3.

Córdoba y Santa Fe. Mientras que Álvarez resultó victorioso en 11 distritos, entre ellos las estratégicas Capital Federal y provincia de Buenos Aires. Los dirigentes de PAIS se adjudicaron el triunfo desde antes que finalizara el comicio y el FG objetó en reiteradas oportunidades los datos difundidos por sus adversarios. Rápidamente, Álvarez negoció con Bordón un equilibrio en la lista de legisladores provinciales, ocupando espacios en aquellos lugares donde Bordón se había impuesto por una mayoría importante. La interna expresaba una nueva metodología de elección de candidatos y por lo tanto una modalidad innovadora de las prácticas políticas pero a su vez encarnaba el riesgo de que se filtraran los “vicios de la vieja política”.⁹⁰ Los aparatos sindicales vinculados al MTA introdujeron el “voto peronista” a favor del senador mendocino, a lo que se sumaron errores e inexperiencia de sectores del Frente Grande para organizar y fiscalizar la compulsa.⁹¹ A mitad de camino entre el discurso contestatario y el perfil de gobernabilidad, Álvarez quedó en desventaja ante un contrincante que se presentaba como una opción de poder más real, con mejores posibilidades para disputarle la presidencia a Menem, mayor capacidad que el frentista para penetrar en sectores peronistas refractarios al menemismo y, fundamentalmente, más convencido de su vocación presidencial. La alta exposición que mantuvo durante un año de campaña, la malograda transformación de un perfil

⁹⁰ En este sentido, el mismo día de la interna Franco Castiglioni reflexionaba en un matutino de alcance nacional sobre los “efectos negativos” que podía tener para los partidos las internas “abiertas y simultáneas: “Para buena parte de la politología argentina las internas abiertas tienen como efecto negativo el debilitamiento de los partidos sin los cuales no hay democracia moderna. ¿En qué forma? En primer lugar, pueden prestarse a la súbita aparición de candidaturas que poco tienen que ver con la identidad y el programa de un partido y que gracias al apoyo de fuertes sponsors económicos, externos y-o de paquetes de punteros, resulten victoriosos. Además una primaria abierta comporta el riesgo de que militantes de otros partidos intenten con su voto imponer en la fuerza política competidora el candidato-programa para ellos menos amenazador. (...) Este tipo de internas abriría la posibilidad a que influencias exógenas –de grupos económicos o de otros partidos- sostengan y hasta lleguen a imponer candidaturas. En semejante contexto, la lucha política adquiriría rasgos feroces, de guerra en aparatos políticos y económicos y terminaría probablemente aniquilando la participación deseada. Castiglioni, Franco, “¿Abiertas y simultáneas?”, *Página 12*, 26 de febrero de 1995, p.4.

⁹¹ Pasadas las elecciones, Álvarez reconoció los errores propios que habían inclinado la balanza hacia Bordón: “Esta era una fuerza que no estaba preparada para hacer un interna así. Una interna donde se articulan dos situaciones: el voto espontáneo y el construido, y como esta fuerza es de militancia con escasa experiencia en estas cosas no hubo adiestramiento suficiente. No tenemos militantes conocedores de las internas de los partidos tradicionales: los que venimos del peronismo estábamos en la periferia y los otros vienen de experiencias muy distintas. Tampoco votaron los jóvenes, adonde nosotros teníamos una mayoría clara, porque ese voto evidentemente, no se expresa en situaciones de interna. Y como cuestión anecdótica, hubo muchas picardías de otros sectores que veían que esto era una buena oportunidad –utilizar la interna nuestra- para enfrentarme a mí en Capital”. “Chacho explica a Chacho”, *Página 12*, 1 de marzo de 1995, p. 8-9.

de oposición a un perfil de estadista con proyecto de gobierno, el errático acercamiento con los empresarios y el escaso apoyo técnico del Centro de Estudios Programáticos fueron factores que lo debilitaron frente a un candidato que parecía que hacía años que se venía preparando para la contienda y que no dudó en aceptar el apoyo de sus viejos compañeros pese a la retórica innovadora. Asimismo, el triunfo de Bordón puso en crisis el perfil ideológico del Frente, fundamentalmente de los sectores no peronistas que se referenciaban en el liderazgo de Álvarez y de los tradicionales apoyos electorales, y tensó la relación con la militancia.⁹² Ernesto Muro, uno de los colaboradores más cercanos de Álvarez, propone otra lectura de los resultados de la interna:

“Chacho” en ese sentido siempre fue muy generoso. Decía que para ser una opción hay que ser una opción de poder. Entonces, planteó toda la campaña electoral que lo principal era el proyecto. Bordón en cambio, la planteó más en términos personales. (...) Aun así, se produjo el fenómeno del efecto “tequila”, provocando que la gente se asustara y corriera a sacar la plata de los bancos. En este marco, mucha gente de clase media alta vio que el presidente podía ser del Frepaso y participó en la interna para apoyar a Bordón, que era más conservador.⁹³

Desde análisis más personales de su estilo político, se apunta a la necesidad de Álvarez de lograr un triunfo holgado para sostener su liderazgo político. Afín con esta hipótesis, Mario Wainfeld sostiene:

Chacho siempre fue muy partidario de definir las cosas en las formas en que le podía haber ganado a Solanas, de un modo abrumador, catorce a uno. Pero cuando gana dos a uno le cuesta mucho, no termina de ganar, no siempre es capaz de sostener la competencia. Tiene que ganar con una superioridad clamorosa, y eso no siempre se consigue.⁹⁴

Comparativamente, Álvarez se sentía mucho más cómodo cuando se plebiscitaba su banca de diputado que cuando estaba en juego su capacidad de gestión y administración, de la cual sospechaba en parte por su resistencia al día a día organizativo. Desde estas coordenadas, su figura se opacaba en relación con el perfil de gobernante encarnado por Bordón. Concluidas las internas, proliferaron las sospechas de un resultado arreglado, de un desinterés de Álvarez por ganar la contienda. Al igual que otros entrevistados, Fernando Melillo deja entrever la

⁹² Menos de un año atrás, Álvarez había triunfado en todas las circunscripciones de Capital; ahora sólo obtenía un empate en su propio distrito evidenciando pérdida de su popularidad y errores en su campaña.

⁹³ Muro, Ernesto, entrevista realizada el 8 de agosto de 2001.

⁹⁴ Wainfeld, Mario, *op. cit.*

sospecha de que Álvarez había concedido rápidamente un triunfo de Bordón sin una rigurosa fiscalización de los guarismos:

Yo creo que esa interna era como un empate técnico, pero antes del empate técnico Chacho prefirió levantarle la valla. En ningún punto quedó muy claro. Ahí Flamarique rápidamente se adueña de la escena, toma control público, rápidamente queda como que ganó Bordón. No se habían terminado de contar los votos, en provincia de Buenos Aires era un desorden porque había muchos votos. Yo creo que ahí no quiso pelearla Chacho. Creo que él veía que era mejor candidato Bordón, que veía que Bordón por haber sido gobernador estaba mejor parado para enfrentar a Mene. Nunca lo hablé con él en esos términos pero es lo que me parece. Yo en ese momento estaba del lado de Bordón pero mis amigos estaban del lado de Chacho y decían 'la entregó'⁹⁵.

Testigo privilegiado de cómo se dirimió en las urnas aquella disputa por las supremacías, Alessandro niega cualquier componenda:

El resultado no estuvo arreglado como muchos supusieron en algunos comentarios, 'Chacho' quería ganar la interna. El aparecía como el favorito porque era más popular que Bordón. La gente quería que "Chacho" estuviera en la fórmula, pero esa misma gente que en popularidad y en cariño estaba más cerca de "Chacho", luego fue a votar en la interna por Bordón porque tenía más experiencia de gobierno. Creo que "Chacho" se dio cuenta de los límites y por eso no dramatizó el resultado, que por una diferencia del 1% podría haberse discutido eternamente. Chacho decía que para ser candidato a presidente tenía que ganar por un buen margen la interna. Pero en una interna discutida el resto de la sociedad lo iba a ver mejor a Bordón para candidato a presidente. Entonces aceptó el resultado".⁹⁶

Marcaba también el resquebrajamiento del idílico vínculo que había unido a Álvarez con el electorado porteño desde 1993 hasta acá: en la primera elección donde se ponía en juego su capacidad de gestión prefirieron preservarlo como líder del proyecto "renovador" de la política. El sentido común de Álvarez al entender que ante una elección tan pareja el triunfo político correspondía a su contrincante, preservó la alianza, colocándose(lo) en el lugar del gran constructor, aquel político distinto capaz de prescindir de los intereses personales en pos del crecimiento y la ratificación del espacio político en común. Para justificar su traspie, admitió que Bordón "ofrece mayor garantía para un cambio seguro" aunque negó sentirse derrotado en términos políticos ante la paridad del escrutinio. No obstante, consideró que la sociedad "vio en la figura del senador Bordón a la persona indicada para enfrentar la situación de emergencia económica que vive la Argentina, ya que ofrece una mayor garantía de cambio seguro" y

⁹⁵ Melillo, Fernando, entrevista realizada el 12 de agosto de 2009.

⁹⁶ Alessandro, *op. cit.*

reconoció la vulnerabilidad de su candidatura frente a la de Bordón, puesto que éste “tiene experiencia de gobierno en Mendoza, que creo que sigue siendo decisiva para este momento político de la Argentina”⁹⁷.

Según Dora Barrancos,

Ahí Álvarez muestra una cierta grandeza estratégica. Todo el mundo decía ‘cómo le va a ofrecer esto a Bordón’. Esa grandeza tenía un objetivo: él sabía que no podía estar en el lugar de....”⁹⁸

En este marco, Álvarez reiteró que no estaba obsesionado por ser candidato a presidente sino por “asegurar la consolidación de una tercera fuerza en la Argentina con verdadera vocación de mayorías, que sea una alternativa de cambio”.⁹⁹ Al haber triunfado en varias provincias¹⁰⁰, el "chachismo" se consideraba con el derecho de intervenir activamente en programa, la política y la campaña de la fórmula. Por temor a que cambiara sustancialmente la fisonomía del Frente, algunos dirigentes proponían, ante un eventual gobierno de Bordón, “un presidente por un lado y un líder político por el otro”, afianzando la idea de que Álvarez consolidara un aparato y una masa de votantes en Capital y gran Buenos Aires capaces de condicionar al hipotético presidente en contextos de confrontación.

⁹⁷ Posteriormente al escrutinio y frente a la Mesa Nacional del Frente Grande, Álvarez confesó que “me sentí más como líder político de la oposición que como candidato presidencial”. Allí recibió críticas de frentistas disconformes con la alianza con Bordón como Alberto Piccinini o Eduardo Jozami, que denunciaron una “derechización del discurso de la alianza” a lo cual ‘Chacho’ respondió que “no se debe ser la izquierda del Frente”. *Página 12*, 16 de marzo de 1995.

⁹⁸ Barrancos, Dora, *op. cit.*

⁹⁹ Ver “Chacho dice que no se siente derrotado”, *Clarín*, 1 de marzo de 1995, p.17 y “Chacho explica a Chacho”, *Página 12*, 1 de marzo de 1995, pp. 8-9. Un análisis más autocrítico Álvarez realizó en el segundo congreso del Frente Grande en Capital Federal donde reconoció que “la sociedad a la luz del radicalismo post- pacto de Olivos nos empujó a ocupar un lugar para el cual no estábamos preparados (...) No hubo lugar para decirle a la sociedad “no queremos que nos empujen compulsivamente a ocupar un lugar para el que no estábamos preparados ... (...) Me equivoqué en la forma, los métodos y los tiempos en que intentamos convencer o ampliar la representación política. Me equivoqué porque saldamos mal el equilibrio entre la identidad y la amplitud, entonces generamos desconfianza entre sectores militantes nuestros, en sectores que estaban muy identificados con el Frente. Me equivoqué fuerte en esa estrategia”. Discurso de ‘Chacho’ Álvarez, 26 de Mayo de 1995, Segundo Congreso del Frente Grande en Capital.

¹⁰⁰ Se impuso en Capital, Buenos aires, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chubut, La Rioja y Tucumán.

5.4. La campaña electoral: “el cambio seguro”

En el plano económico, la crisis del “efecto tequila” que afectó a México a comienzos de 1995 tuvo repercusiones fuertemente negativas en la economía argentina, obligando al gobierno a tomar drásticas medidas de socorro financiero. A fines de febrero de ese año, Cavallo lanzó un nuevo plan de ajuste para cubrir el déficit fiscal, que rondaba los 2000 millones. El Banco Mundial otorgó un crédito de 1300 millones para financiar la privatización de los bancos y se anunció que el país recibiría 6700 millones del FMI y otros organismos de crédito. El socio político de Argentina, Brasil, devaluaba un 4,5% su moneda para bajar el gasto público.

Sobre este marco de incertidumbre, crisis financiera y cierre de algunos bancos pero también de intensificación de la protesta social y de respuestas represivas, se desarrolló la campaña electoral. El eje principal que estructuró el debate de la campaña fue el plan económico y el desempleo. El gobierno proclamó que era el único plan posible y asoció al creciente Frepaso con el fantasma de la hiperinflación y la falta de proyectos, así como la heterogeneidad ideológica de la fuerza. Menem prometió 350.000 empleos para su segundo mandato y bajar al 8% el desempleo (12,2% en abril). A principios de mayo de 1995, la fórmula Bordón-Álvarez lanzó “los cinco compromisos con los argentinos”: la corrupción, la economía, las jubilaciones, la educación y el desempleo. Bordón rechazó la devaluación, apuntó a la necesidad de fortalecer la convertibilidad y las reglas de juego claras y una justicia independiente.

Mientras la crítica al gobierno se concentraba en la corrupción, el autoritarismo del presidente, la falta de capacidad para generar producción y el “costo social del ajuste”, la propuesta económica encarnada por el senador mendocino era correctiva, apuntaba a una “economía de mercado que luche contra los monopolios”, un reordenamiento de los recursos destinados al fomento del crédito y desarrollo de las exportaciones y una progresiva redistribución impositiva, aumentando la presión en ganancias para reducir progresivamente la tasa del IVA. El discurso económico de Bordón era menos enfático y autonomizado que el empleado en la interna presidencial y sumamente cauteloso respecto a la discusión pormenorizada de las medidas económicas. En lugar de antagonizar con la figura de Menem, se

presentó como el garante un “cambio seguro”, una continuidad “mejorada” de su antecesor (Cheresky, 1998).

Los tópicos de campaña elegidos por Bordón diluían los ejes centrales de la plataforma electoral. Enrique Martínez da cuenta de la distancia que el candidato a presidente tomó de la elaboración programática:

Yo fui coordinador de los equipos técnicos de la campaña presidencial de Bordón. Hicimos un programa de gobierno completo, con por lo menos diez capítulos distintos. Habíamos trabajado con más de doscientas personas y finalmente terminó con un programa que para el momento era razonable. Se publicó, pero Bordón no quiso distribuirlo en su momento porque consideró que era tomar un compromiso público, frente a un grupo como el de Menem que en realidad se manejaba con consignas. Yo creo que cometió un error muy serio. (...) El ataque de la deshonestidad de Menem obnubiló todas las propuestas. Se pensó que dejando de robar, en definitiva como decía Barrionuevo, se resolvía el problema. Yo creo que efectivamente se pensaba en un estado que creciera en paralelo con lo que ya se había privatizado, es decir hacer más obra pública, construir diques, administrar mejor el presupuesto escolar. Por ejemplo Bordón en Mendoza hizo una cosa inteligente, más o menos como Cafiero en la Provincia de Buenos Aires de darle mucha injerencia a las cooperativas en la administración de los presupuestos escolares....ese tipo de cosas que en definitiva son sanas, son razonables, pero no alcanzan a generar cambios estructurales.¹⁰¹

La plataforma programática mencionada por Martínez fue publicada en mayo de 1995 en formato de libro, dividido en tres secciones. Se presenta en la introducción como “un plan de acción integral y multidisciplinario” en la búsqueda de “un país donde la transición sea reemplazada por la transformación. La transformación de la economía y de la estructura productiva. Pero también de la cultura, la dignidad y la justicia.”¹⁰² En el comienzo del texto, en el marco de una crítica a la frivolidad y la concentración de poder por parte del gobierno de Menem, se hace hincapié en reforzar la “cultura de la estabilidad” asociada con “mejores índices de calidad de vida. Asimismo, se prioriza la lucha contra la corrupción y la valorización de la justicia, con medidas como respetar la independencia del Poder Judicial y del Ministerio Público, promover la sanción del Consejo de la Magistratura, garantizar el funcionamiento de los organismos de control administrativo y optimizar la publicidad de los actos de gobierno. También se propone la realización de concursos públicos por oposición y antecedentes para los

¹⁰¹ Martínez, Enrique, *op. cit.*

¹⁰² Propuesta de los equipos programáticos, Frente del País Solidario, Buenos Aires, mayo de 1995, p. 11.

jueces que integren el consejo de la magistratura, el remozamiento general de las normas procesales y la implantación de una escuela judicial. La austeridad, la equidad, la transparencia, la eficiencia y la calidad del servicio público caracterizarían al nuevo modelo de gestión estatal. Veamos ahora una síntesis de las propuestas frepasistas en el plano económico y social:

Cuadro 5. La propuesta programática del Frepaso

POLÍTICA ECONÓMICA	Recomponer el rol protagónico del Estado como orientador socio-económico. Creación de empleo como núcleo central de las políticas públicas. Rearticular el financiamiento para la inversión y las exportaciones con el trabajo de desarrollo tecnológico agroindustrial. Estrictos límites de endeudamiento público. Previsión de crédito a mediano y largo plazo a las PYMES.
POLÍTICA IMPOSITIVA	Reducción programada de impuestos al trabajo y al consumo popular. Rediseño del sistema tributario para beneficiar al ahorro y la inversión. Reducción del consumo suntuario.
PRODUCCIÓN Y EMPLEO	Reconstrucción de cadenas productivas integrales. Programas especiales de promoción de la producción de bienes de capital. Priorizar infraestructura productiva en las regiones de menos desarrollo relativo. Instalación del concepto de desarrollo rural en comunidades menores a los 50 mil habitantes. Ampliación de la base de cobertura al desempleo.
PRIVATIZACIONES	Rechazo a la re estatización de los servicios públicos. Impulsar una auditoría global que determine responsabilidades de funcionarios y el estado de cumplimiento efectivo de los contratos. Exigencia y control sobre las empresas concesionarias en términos de tarifas, niveles de inversión y calidad de las prestaciones. Enfrentar la concentración del capital en el área de los servicios públicos con la vigencia de las leyes anti-trust y antimonopolios. Suspender todos los procesos de privatización en curso.
EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA	Rol protagónico del Estado en ciencia, innovación y tecnología. Desarrollar tecnologías que permitan superar problemas de salud público, ambientales, energéticos, de transporte y de comunicaciones. Defensa de la gratuidad de la educación pública, en todos sus niveles. Rechazo a la Ley de Educación Superior. Aumento de presupuesto y de educación superior y desarrollo de la excelencia académica.
SALUD	Disminuir la morbimortalidad debido a causas evitables. Garantizar la provisión, accesibilidad y seguridad de medicamentos esenciales para la población. Priorizar la atención primaria y la medicina preventiva. A mediano y largo plazo, construcción de un sistema nacional de salud. Planificación, fiscalización y regulación estatal del sistema de salud. Seguro nacional de salud.
VIVIENDA	Frente a los haberes congelados desde 1991 (296 pesos de haberes promedio mensual) se propone un progresivo reajuste de los haberes previsionales. Control sobre la modalidad de capitalización de la actividad privada.

POLÍTICAS SOCIALES	Combinar políticas de corte universalista en relación a servicios con selectividad de grupos destinatarios. Concepción y abordaje integral de la pobreza. Política intensiva de empleo, apuntando a facilitar el empleo joven. Creación de un consejo nacional de políticas sociales para integrar el empleo, la educación, la salud y el trabajo a políticas que favorezcan la inserción laboral de las mujeres y la obtención de empleos mejor calificados y remunerados. Atención a la salud reproductiva. Prevención del cáncer genito-mamario, SIDA y otras enfermedades. Debate público respecto del aborto clandestino.
JUBILACIONES	Frente a los haberes congelados desde 1991 (296 pesos de haberes promedio mensual) se propone un progresivo reajuste de los haberes previsionales. Control sobre la modalidad de capitalización de la actividad privada.
CULTURA	Fomentar la producción cultural y comunicacional nacional con un sentido federal, pluralista y participativo. Propiciar la descentralización y la democratización de la toma de decisiones. Enfatizar la capacidad de la cultura de contribuir al desarrollo económico y a la generación de empleos. Articulación de las políticas culturales a las educativas, las comunicacionales y las de desarrollo científico y social. Promoción de las industrias culturales nacionales.

A grandes rasgos, el programa mantiene los lineamientos económicos sostenidos por el Frente Grande a partir de las elecciones constituyentes: apuesta a mantener y reforzar la “estabilidad”, las privatizaciones, la política de apertura comercial, el sistema previsional de ahorro y capitalización privado. Sin embargo, como se percibe en el cuadro, aparece en el trabajo de un importante conjunto de técnicos e intelectuales una mayor presencia del Estado como orientador del proceso socioeconómico, con políticas activas en materia de producción, empleo, salud, ciencia y tecnología, vivienda. Y una apuesta a la reindustrialización y a la integración social y laboral de mujeres y jóvenes, entre otros aspectos relevantes. Esta formulación crítica pero a la vez propositiva en clave de reconocer la *cuestión social*, el proceso de concentración económica y la necesidad de recuperar un Estado intervencionista y regulador elaborada por un núcleo importante de profesionales y expertos identificados con el Frepaso, no se tradujo en un conjunto de ejes programáticos que organizaran el discurso electoral, excepto en ocasiones muy puntuales, como por ejemplo en las visitas al conurbano bonaerense. Éste es otro rasgo de la fuerte impronta personalista y conservadora que Bordón le imprimió a la campaña. Por su parte Álvarez mantuvo bajo perfil limitándose a fortalecer la crítica contra

corrupción imperante en el gobierno, (la denuncia de un pacto Menem-Angeloz en Córdoba) y lanzó una fuerte convocatoria a todos los afiliados radicales para que votaran al Frepaso, “un voto útil”. En lugar de acentuar la dimensión ético-institucional tan cara a la identidad frentista en Capital, Álvarez salió permanentemente al conurbano en el marco de una estrategia de “peronizar” el discurso por parte de la fórmula –reclamando políticas sociales- para lograr perforar el inexpugnable feudo duhaldista del gran Buenos Aires. La “pata peronista” fue considerada un target electoral imprescindible por Bordón para aumentar las posibilidades del ballottage pero también seducir al peronismo crítico ante un eventual gobierno frepasista.¹⁰³

El gobierno lanzó una fuerte investida contra Bordón reclamándole la banca de senador –“mantenerla es un acto de corrupción” dijo Menem- y acusándolo de estar a favor del aborto, mientras el propio Cavallo lo definía como “tecnócrata y no como político” y agitó el retorno de la inflación y la devaluación en caso que el Frepaso llegara al gobierno. La estrategia del gobierno respecto al Frepaso fue crear un clima de inseguridad económica –agitó el rebrote inflacionario en caso de que este partido llegara al gobierno- y apuntó a la “ingobernable” heterogeneidad ideológica en sus filas.¹⁰⁴ La estrategia electoral del Frepaso en la última parte de la campaña se centró en “tranquilizar” a los votantes temerosos por la incertidumbre económica y, a la vez, en captar votos radicales y peronistas, estos últimos mediante la apelación a consignas caras al peronismo histórico como la justicia social en busca de un corte de boletas.¹⁰⁵ En este contexto, el Frepaso cerró su campaña con una larga caravana por la ciudad de Buenos Aires concluyendo en un acto en el Obelisco, donde Bordón enfatizó el perfil conservador que había caracterizado a la fórmula: buscó asociar el proyecto del Frepaso con la estabilidad de la economía (Clarín, 12-5-95) y aseguró que él “podía garantizar mejor que Menem que puedan pagar las cuotas que tienen y en pesos”, y que la gestión presidencial en compañía de Álvarez la harían “con las manos limpias y libres, lo que nos permitirá con

¹⁰³ Mientras que en otras provincias se apoyó a candidatos de fuerte impronta anti menemista como Víctor Fayad en Mendoza, Arnaldo Castillo en Catamarca o Alfredo Avelín en San Juan, del partido Cruzada Renovadora.

¹⁰⁴ “Los desleales no sirven para nada, sólo para mentir, para ser hipócritas y hacer demagogia”, “El Frepaso va a explotar como una granada porque no hay compatibilidades, uno habla desde la ultraizquierda y el otro desde la ultraderecha” *Clarín*, 7 de mayo de 1995.

¹⁰⁵ El intendente de Florencio Varela, Julio Carpinetti hizo campaña a favor de un corte de boletas y el apoyo a Bordón para presidente y Duhalde para gobernador de la provincia de Buenos Aires.

firmeza”.¹⁰⁶ Sintentizaba de forma palmaria el proyecto frepasista de gobierno: *estabilidad económica sin corrupción*.

Finalmente, Menem fue reelecto por amplio margen, triunfando en todas las provincias con la excepción de la Capital, donde se impuso el Frepaso¹⁰⁷. Con cinco millones de votos el Frepaso se posicionó como segunda fuerza relegando al radicalismo al tercer lugar -en su peor elección de la historia-, y se presentó como la fuerza que por primera vez constituía una amenaza para el bipartidismo en la Argentina. Aun con esta importante performance electoral, el Frepaso evidenciaba la carencia de recursos institucionales: excepto la intendencia de Rosario gobernada desde 1991 por el Partido Socialista Popular, el Frepaso no había obtenido ni intendencias ni gobernaciones. A su vez, la improvisación en su organización y su débil institucionalización limitaron su desempeño electoral en el interior del país. La UCR atravesaba una situación inversa: a pesar de haber recalado en el tercer lugar en las elecciones presidenciales, mantenía en su poder la gobernación de cinco provincias –Córdoba, Río Negro, Catamarca, Chubut y Chaco- y de 461 municipios. A su vez, la improvisación en su organización y su débil institucionalización limitaron el desempeño.

A partir de las elecciones constituyentes, Carlos “Chacho” Álvarez pasó a ocupar un primer plano entre los liderazgos políticos nacionales y un lugar expectante en cuanto a las variantes electorales: de pensarse como candidato a la intendencia porteña súbitamente se convirtió en la figura más representativa del Frente Grande para la candidatura presidencial de 1995. Con este nuevo horizonte, Álvarez profundizó la reorientación política de su fuerza iniciada durante la campaña electoral y marcó la necesidad de desplazarse de una cultura de

¹⁰⁶ *Clarín*, 12 de mayo de 1995.

¹⁰⁷ Obtuvo el 49,9 de los votos (8.680.520 sufragios) frente al 29,29% de Bordón (5.095.929). En tercer lugar quedó el candidato radical, Horacio Massaccesi, con un magro 16,99% (2.955.997 votos). Con esos guarismos el justicialismo alcanzaba quórum propio en la Cámara de Diputados y el Frepaso incorporaba veintiséis diputados. En la provincia de Buenos Aires el Frepaso sacó 21,49% de los votos, ubicándose como segunda fuerza. No obstante, el Frepaso tuvo fracasos inesperados como Mendoza, San Juan y Córdoba. Incluso en el triunfo en Capital fue exiguó, ya que Bordón logró imponerse por menos de tres puntos sobre el PJ: 44,53% a 41,71%.

oposición a una cultura de gobierno, para conformar una “amplia mayoría social” capaz de disputarle el poder al menemismo. Este cambio de propuesta intensificó el conflicto por el liderazgo de la fuerza con “Pino” Solanas, quien se abocaba a ampliar y fortalecer un frente opositor contra el gobierno de Menem. Álvarez fue consolidando su liderazgo con un fuerte monopolio de la iniciativa política y la concentración de las decisiones, estableciendo una relación laxa y cuasi prescindente con las componentes más orgánicas del espacio frentista, en oposición con el vínculo aceitado y cuidadosamente trabajado con sectores de la ciudadanía mediante su militante participación en el espacio público mediatizado.

Un salto hacia adelante le permitió a Álvarez sortear el debate y las tensiones con el sector de Solanas: la convocatoria a una coalición transversal. El concepto de “transversalidad” emergía desde el encuadre mediático no sólo como un recambio generacional sino también como la apuesta más novedosa a una “renovación cultural de las prácticas, vicios y complicidades de la “vieja política”. No era el resultado de largos debates partidarios en torno a un programa económico y social alternativo que se daba a conocer; era el reconocimiento de que, aceptando la irreversibilidad de las reformas estructurales pro-mercado y con la estabilidad económica como valor a ponderar y defender, un puñado de dirigentes le comunicaban a la “opinión pública –y a través de ella a su militancia y dirigencias medias- que se volvía perentorio mejorar la “calidad institucional” de la política y para ello había que construir una alianza político- electoral capaz de desplazar en el corto plazo a Menem del poder. El cafetín de Buenos Aires, la tapa de los diarios y el set televisivo comenzaban a *lotear los territorios* del Frepaso.

Con la rápida desertión de Storani, la nueva propuesta sedimentó en una alianza política entre Álvarez y Bordón, que modificaba no sólo las chances electorales del Frente Grande sino también su identidad política. Aún sin haber dirimido los conflictos con Solanas, rápidamente Álvarez trabó una tensa relación con Bordón, celoso del protagonismo del otro, que derivó en una fuerte competencia por la candidatura presidencial. Durante las internas abiertas el senador mendocino, que concebía al Frepaso desde una lógica instrumental, evidenció una estrategia de campaña mucho más avezada que Álvarez, quien relegó el estilo confrontativo y reformista en lo político-institucional, para construir malogradamente un perfil de

governabilidad, más cercano al de su oponente. Asimismo, resignó una propuesta reformista en lo económico (ligada a los lineamientos generales de la socialdemocracia) y su tradicional retórica de renovación institucional, para consustanciarse con postulados de corte tecnocrático desdibujando simbólicamente la orientación de centroizquierda de su candidatura.

Una destacada performance electoral no dejó de evidenciar el coyunturalismo al que permanentemente había apostado para crecer la fuerza y la falta de una construcción partidaria más sólida y de alcance nacional. Pero fundamentalmente, la aparición del Frepaso, su corrimiento hacia el centro del espectro político y su particular lectura de que la construcción de una opción de gobierno debía comenzar respetando los postulados medulares del programa económico vigente para hacer énfasis en las “cuestiones republicanas”, indicaba que el tránsito del Frente Grande al Frepaso se revelaba como el progresivo abandono de un proyecto político que apostaba al cambio y la transformación de una matriz socioeconómica y la adopción de otro proyecto consustanciado con la *governabilidad*, una concepción de la gestión que, si bien apostando a la “transparencia”, “la austeridad” y el riguroso empeño en las “buenas prácticas”- reconocía como inmodificable la relación de la política con los poderes reales y legitimaba como núcleo de su programa las aspiraciones y límites que transmitían ciertos sectores de las franjas medias urbanas.

Capítulo VI

La corrupción como principal problema de la Argentina

Yo creo que terminar con las tranzas, los canjes y la corrupción es parte de la utopía de los años 90.

Carlos "Chacho" Álvarez,
Página 12 (11-4-1994)

Donde la democracia rige, la corrupción se combate. Ambas saben que la otra es su enemiga. Donde, en cambio, la democracia no importa, la corrupción aparece como una característica de la democracia, como una oportunidad que ella ofrece. La corrupción se vale de la democracia para desplegar sus intereses. Ésta, pervertida como está, lejos de evidenciar su capacidad de lucha, se entrega dócilmente a su servicio. Se diría, por eso, que la consistencia o la fortaleza de una democracia puede determinarse por la contundencia y la eficacia con que se combate la corrupción.

Graciela Fernández Mejjide
"Derecho a la esperanza".

¿Qué entendemos por corrupción? En tanto fenómeno universal se la ha definido como una práctica inmoral centrada en el incumplimiento de un deber posicional a cambio de un beneficio (Malen Peña, 1997: 80), desobediencia de pautas que regulan la actividad pública con el fin de satisfacer intereses personales (Álvarez, 1997: 93) o como la transgresión de normas – jurídicas y morales- dentro de un determinado orden social. En algunos casos alcanza a la burocracia estatal; en otros, a la financiación ilegal de partidos políticos, en tanto formas de corrupción institucionales (Pradera, 1997). Adela Cortina (1997: 266) sostiene que corrupción significa "cambiar la naturaleza de una cosa volviéndola mala, privarle la naturaleza que le es propia, pervirtiéndola". Definida de uno u otro modo, la corrupción aparece siempre ligada al universo de la "inmoralidad" y a la quiebra de un mandato de confianza (Lamo de Espinoza, 1997) y atraviesa una serie de prácticas y conductas que incluyen a los sobornos, los arreglos, el

uso de información privilegiada, las alteraciones fraudulentas del mercado, la colusión privada, las malversaciones y fraudes y la especulación financiera con fondos públicos (Laporta, 1997: 21-2).

La corrupción política se convirtió como un fenómeno generalizado durante los años 90 en diferentes países europeos –casos en Grecia, Italia, Francia, España, Alemania, el Reino Unido, Bélgica- a países asiáticos como Japón y expandiéndose también en América Latina en países como Brasil, Venezuela, Argentina, Colombia o México. Lejos de ser casos aislados, la corrupción se reveló como parte de una compleja trama que no sólo alcanzaba a los partidos políticos, sus dirigentes y funcionarios públicos sino también a una parte del *establishment* económico (Lamo de Espinoza, 1997). En este capítulo nos interrogaremos sobre cómo la corrupción se transformó en un problema público relevante en Argentina durante los años noventa desde el encuadre de los medios de comunicación y desde el abordaje de algunos actores de la sociedad civil. A su vez, analizaremos de qué manera la problemática se incorporó a la agenda política nacional y, en particular, la forma en qué fue conceptualizada por parte del “Grupo de los Ocho” como -primer antecedente del posicionamiento de la centroizquierda sobre el tema- y retomada y profundizada por los principales dirigentes del Frepaso a mediados de la década.

6.1. La corrupción y el escándalo en el enfoque de los medios

En nuestro país, desde comienzos de los años `90 la corrupción se constituyó en un *issue* que fue adquiriendo cada vez mayor importancia en el temario público. Algunos actores de la sociedad civil bregaron para posicionar a la corrupción como un *problema público* y de fuerte impacto mediático. Desde esta clave de análisis, Sebastián Pereyra analiza el caso de *Poder Ciudadano*, una fundación creada en 1989 e integrada por profesionales de diferentes procedencias partidarias –cuya figura más conocida era el ex fiscal Luis Moreno Ocampo- que se abocó a propiciar la participación de la ciudadanía en el desarrollo de instituciones democráticas (Pereira, 2006: 91). Tomando distancia tanto de los partidos políticos como del movimiento de Derechos Humanos, *Poder Ciudadano* buscó constituirse como un espacio que desde la *expertise* abordara problemas y promoviera líneas de acción para su tratamiento (*ibid*, 95).

En un contexto de privatizaciones y reformas administrativas en el sector público, el combate contra la corrupción y la lucha por la transparencia en el modelo de gestión formaba parte del discurso con el cual el equipo económico comandado por Domingo Cavallo intentó posicionarse frente al sector político del gobierno, más cercano al peronismo tradicional. Es en este marco que *Poder Ciudadano* desplegará en 1991 dos líneas de trabajo que focalizan el problema de la corrupción: “iniciativa privada para el control de la corrupción” y “Justicia en Argentina” mientras que en 1993 se implementaron los programas sobre “representatividad política” y sobre “Educación para la participación”. Con financiamiento internacional y amplia llegada a los medios de comunicación a partir del reconocimiento público de Luis Moreno Ocampo, uno de sus directores, la organización se constituyó en un actor gravitante dentro de un proceso de control externo sobre la política y la gestión del Estado que contó, además, con el involucramiento de los consultores de opinión pública, como el caso de Manuel Mora y Araujo, también fundador de *Poder Ciudadano*, uno de los principales referentes del campo de los sondeos de opinión en la Argentina y con fuerte predicamento tanto en el *establishment* económico como en las elites político-partidarias.

En un trabajo más reciente, Sebastián Pereyra (2010) analizó la centralidad que fue adquiriendo la corrupción como problema público en nuestro país en los años noventa desde la agenda de los medios, de los actores de la sociedad civil –como Ongs, expertos-, y el lugar relevante que pasó a ocupar tanto en el discurso político del Poder Ejecutivo como en las estrategias electorales de las fuerzas de oposición. La creciente importancia otorgada al problema de la corrupción estaba en sintonía con las transformaciones operadas a nivel internacional en relación a la elaboración de estándares de transparencia que pasaron a aplicarse para evaluar el desempeño de países o regiones, actuando estas “políticas de transparencia” como condición o restricción para el financiamiento y la cooperación a países periféricos. El autor señala dos tendencias que se consolidaron en los primeros años de la década en relación con el problema aludido en nuestro país: la focalización en el vínculo entre burocracia y corrupción por un lado, y sobre política y corrupción por el otro.¹ Así, la lucha

¹ Pereyra señala cuatro principales orientaciones en las políticas anticorrupción a lo largo de la década del 90: a) la vinculada a la reforma del Estado, que propone, para disminuir la corrupción, menos intervención estatal; b) una posición punitiva que define corrupción como los actos de los funcionarios públicos y por lo tanto propone control

contra la corrupción fue uno de los principales tópicos discursivos en el comienzo de la gestión de Menem. En la óptica presidencial, la corrupción aparecía asociada con la ineficiente administración pública y representaba un obstáculo para el desarrollo económico. A la vez, Menem colocó a la corrupción como una “promesa incumplida” de la democracia (Pereira, 2010: 301-02). Pero la perspectiva más sofisticada del enfoque que vinculaba la corrupción con la necesidad de reformas macroeconómicas la encarnó Domingo Cavallo, al asociar la existencia de una suerte de “corrupción estructural” con el funcionamiento de una economía cerrada, fuertemente regulada por el Estado y con gran número de empresas públicas. Para el ex ministro, este tipo de corrupción sería revertida por el Plan de Convertibilidad, ya que al eliminar la inflación y reducir el gasto público se acotarían los actos de corrupción, del mismo que las condiciones de su aparición, cifradas en el Estado empresario y la regulación económica. De esta forma, la corrupción fue utilizada, según Pereyra, para legitimar el proyecto de reforma del Estado que buscaba recortar acotar y achicar el aparato burocrático estatal, facilitando la libre competencia. Confrontada con la corrupción, la eficacia en tanto criterio técnico será el valor sostenido por el discurso económico para “racionalizar” organismos públicos, privatizar empresas estatales y desregular la actividad económica. La despolitización de los organismos de administración pública sería otro mecanismo utilizado para justificar las “políticas de transparencia y lucha contra la corrupción (*ibid.*, 304-5).

En este proceso de *tematización* de la corrupción los medios de comunicación jugaron un rol decisivo a partir de la consolidación de un género que, como afirma Gabriel Vommaro (2007: 37) permitió la “autonomización de los periodistas como profesión mediadora” entre la política y la sociedad: el “periodismo de investigación”. En efecto, una profusa literatura periodística alcanzó un inusual éxito editorial en torno a la investigación de diferentes casos de

judicial de los actos administrativos; c) la corrupción concebida como abuso de las prerrogativas de los atributos del Poder Ejecutivo, proponiendo el control parlamentario sobre la actividad gubernamental; y d) las políticas de transparencia, donde la corrupción es abordada a partir de la distancia entre gobernantes y gobernados. Los ejes principales de la política de transparencia son el acceso a la información y la responsabilidad (accountability). El autor señala a esta última orientación como la predominante hacia finales de la década. Cf. Pereyra, Sebastián (2010), *Critique de la politique, expertise et transparence. La corruption en tant que problème public en Argentine (1989-2001)*, tesis de doctorado, Ehes, París.

corrupción que se sucedían unos a otros y que involucraban a funcionarios políticos, militares, legisladores, jueces de la Corte Suprema y hasta al entorno familiar del presidente. El diario *Página 12*, con una línea editorial severamente crítica del gobierno de Menem, fue dentro de la prensa el medio que le dio mayor amplitud y profundidad a la investigación periodística sobre diferentes casos de corrupción política. Uno de sus periodistas más importantes, Horacio Verbistky, publicó denuncias que rápidamente alcanzarían el estatus de *escándalo*, como el pedido de un soborno solicitado por el cuñado y asesor presidencial Emir Yoma al frigorífico norteamericano Swift Armour, que derivó en un reclamo del embajador norteamericano Terence Todman al ministro de Economía Erman González y que rápidamente pasó a denominarse *Swiftgate*. Un punto de inflexión en el interés público que suscitó el periodismo de investigación reflejado en el mercado editorial lo marcó la aparición en 1991 del libro del propio Verbistky *Robo para la Corona. Los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*² donde se asociaba al gobierno de Menem con un sistema organizado de corrupción que operaba desde distintas dependencias estatales que llegó a vender en poco tiempo 250 mil ejemplares.

No fue sin embargo la de Verbistky la única investigación que en formato de libro denunciaba el entramado de negocios que había articulado la familia presidencial. Dos años después, en 1993, otro periodista de *Página 12* especializado en este género, Román Lejtman, editaba la investigación completa que había publicado en el matutino sobre los vínculos de los familiares del presidente Menem con el lavado de dólares: *Narcogate* daba cuenta de una saga en la cual el narcotráfico y el lavado de dólares involucraba a ministros, asesores y familiares del presidente, a un juez federal y a miembros de la oficina antidrogas de los Estados Unidos, entre otros. El camino de la investigación periodística se ensanchaba con la publicación de “biografías no autorizadas” sobre personajes políticos sospechados de enriquecimiento ilícito, tal el caso del libro “Todo tiene precio” de Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo sobre una figura clave en la primera parte del gobierno de Menem como fue el operador político y ex ministro del interior del gobierno de Menem José Luis Manzano.

También en 1993, Verbistky vuelve al ruedo con *Hacer la corte. La construcción de un poder absoluto sin justicia ni control*, una pormenorizada investigación que focaliza la

² El libro llegó a vender en pocos meses alrededor de 250 mil ejemplares.

manipulación del poder judicial y el desmantelamiento de los organismos de control por parte del gobierno nacional. Dos años después, los periodistas de radio Mitre Fernando Carnota y Esteban Talpone publican un libro de menor impacto editorial y rigurosidad investigativa pero claramente sintomático de la estigmatizante perspectiva que un sector del periodismo desplegaba sobre la política: *El palacio de la corrupción. Droga, negociados y enriquecimiento en el Concejo Deliberante*. Desde una serie de denuncias sobre los cargos rentados de la militancia política, el enriquecimiento ilícito de varios legisladores, los vínculos de los concejales con el narcotráfico y las oscuras negociaciones que formaban parte de un conjunto de prácticas afiatadas en la dinámica del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, la denuncia de corrupción ya no se acota el poder ejecutivo nacional sino que se la amplía al funcionamiento de un poder legislativo municipal, movilizandó la idea de que la corrupción constituye el *núcleo duro* de la actividad política, cualquiera fuera el poder institucional, la fuerza partidaria o el cargo que se ocupe.

Ahora bien, tomando en cuenta este breve recorrido sobre las publicaciones de investigación periodística que tuvieron repercusión en la primera mitad de los años 90, cabría interrogarse sobre el proceso de enmarcamiento que los medios de comunicación y, en particular la prensa escrita, realizan de las noticias. Reconstruir la historia de vida, hurgar en la privacidad, inscribir el “caso” en tramas más amplias donde se establecen conexiones con poderes políticos, corporativos y el mundo de los negocios, forman parte de los recursos que activan los medios de comunicación para volver “noticiable” a un episodio o suceso. Así, las representaciones sociales difundidas por los medios de comunicación contribuyen a conformar *creencias* sobre un acontecimiento o proceso determinado. Si bien la cobertura mediática tiende a lo coyuntural, a contar lo que acontece en el momento sin examinar –o haciéndolo insuficientemente- transformaciones o cambios graduales, la emergencia de lo insólito o inesperado, la *ruptura* de la normalidad puede derivar en “casos” que se inscriban en el espacio público:

Un caso se constituye cuando la representación en los medios de un acontecimiento hace que emerja en el discurso un conflicto estructural latente, tapado hasta el momento por un discurso público dominante, de los políticos o de los mismos medios, que insiste en un conflicto coyuntural manifiesto de signo contrario” (Tejeiro, Farré, Fernández Pedemonte, 2002: 282).

¿Cuándo la corrupción política deviene en escándalo político? Fernando Jiménez Sanchez define al escándalo como “una reacción de la opinión pública contra un agente político al que considera responsable de una conducta que es percibida como un abuso de poder o una violación de la confianza social sobre la que se base la posición de autoridad que mantiene tal agente” (1997: 298). Al estigmatizar a determinada persona involucrada en un hecho de corrupción, el escándalo político tiende a forjar en adelante una identidad que exprese una suerte de inferioridad moral, poniendo en cuestionamiento de esta forma la confianza social o representatividad del agente político implicado. Según Jiménez Sanchez, si no hay una respuesta satisfactoria por parte del agente que restablezca la confianza el escándalo político puede afectar institucionalmente. En tanto John Thompson (2002: 106-7) inscribe al escándalo político en las disputas por el poder simbólico al interior del campo político, luchas donde la reputación y la confianza adquieren una dimensión central. Los escándalos sexuales desatados en la esfera política, los escándalos financieros que implican una fraudulenta utilización de los recursos económicos y los escándalos de poder (por abuso en el ejercicio del mismo) representan tres tipos de escándalo político.

En muchos casos, este tipo de escándalo aparece vinculado a la corrupción y tienen mayor o menor visibilidad en función de la cultura política y la capacidad de tematizarlos por parte de los medios de comunicación. La influencia que éstos tienen en la construcción social del escándalo responde al marco interpretativo que proveen, es decir, no sólo a la transmisión de símbolos y rasgos de la cultura política de la sociedad en la que intervienen sino también a los marcos (*frames*) que resultan del proceso de producción de la información, de la ideología, de los valores de los periodistas y de la propia empresa periodística, a partir de los cuales se elige un discurso o un enfoque determinado en la re-presentación de los hechos (Zamora-Marin Albaladejo, 2010: 8). En suma, en este devenir de la corrupción en escándalo, los medios de comunicación juegan un rol clave en tanto actor que contribuye a crear un *clima de opinión* sobre determinados procesos políticos, clima en el cual también participan las élites políticas. Es en función del marco interpretativo que se va configurando mediante la intervención de diferentes actores el significado que se le otorgará a la conducta generadora del escándalo.

Si los estudios sobre *agenda setting* han certificado la capacidad de los medios de comunicación para instalar la agenda de temas en la opinión pública, las teorías del *framing* retomaron la perspectiva de la agenda setting pero enfatizando el *encuadre (frame)*, es decir, no sólo interrogándose sobre qué temas se priorizan en detrimento de otros sino sobre cómo son definidos y abordados en su presentación noticiosa (Aruguete, Zunino, 2010: 50). Esto implica valorizar la información *contextual* sobre los asuntos examinados y la interacción que se produce entre los *frames* noticiosos y los propios encuadres, competencias y criterios de decodificación de los receptores, quienes configuran una percepción de la realidad no solamente desde una interpretación selectiva de la información provista por los medios sino también desde la propia memoria y experiencia personal así como de las múltiples interacciones y redes interpersonales, factores éstos que pueden ejercer influencia en la importancia que los grupos sociales le otorgan a determinados temas (Sábala: 2008: 81).

Belén Amadeo (1999) utiliza la teoría del *framing* para analizar la cobertura que los medios de comunicación realizaron sobre la corrupción en la Argentina durante el período 1991-1996, en un estudio que incorpora tanto las investigaciones sobre cultura política como aquellas que indagaron en los fenómenos de corrupción política y escándalo. Amadeo selecciona tres casos resonantes de corrupción que se convirtieron en escándalos políticos y que involucraron a los tres poderes del Estado –el *yomagate* al poder ejecutivo (1991), el *diputrucho* al poder legislativo (1992) y el *caso Trovato* al poder judicial (1996) – a la luz de los encuadres construidos por los diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página 12*, y por la revista semanal *Noticias*. Desde una perspectiva que considera determinados escándalos políticos como símbolos que condensan el imaginario de la sociedad sobre la corrupción política en función de las narrativas y los *frames* construidos por los medios de comunicación, la autora incorpora como variables en su análisis las valoraciones que reciben las instituciones y los personajes implicados, la forma de contextualizar la información, la relación que se establece entre corrupción y escándalo y la ironía empleada en la narración.

Del análisis surgen dos *frames* predominantes en el tratamiento de la corrupción: la “tematización” y la “dramatización”. Mientras el primer *frame* contextualiza, vincula con otros temas, propone líneas de acción y asume la corrupción y el escándalo como *temas en sí*, como

problemas políticos, el *frame* de la dramatización focaliza el día a día, personaliza y utiliza la ironía para abordar el funcionamiento de las instituciones. El abordaje de los casos estudiados revela que los medios tienden más a dramatizar que a tematizar, más a la construcción de la trama y la focalización de los personajes que a los casos. Así,

El Yomagate representa la corrupción del entorno del Presidente, la impunidad, el amiguismo y la incidencia del Poder Ejecutivo en el Poder Judicial. El Diputrucho, por su parte, simboliza la corrupción en el poder legislativo: representa la falta de cumplimiento del deber que tienen los diputados de representar los intereses de los ciudadanos por encima de sus intereses personales o partidistas. Por último, el caso Trovato. Este simboliza no sólo la ostentación y falta de sobriedad de los miembros del Poder Judicial sino también el delito de cohecho: es el ejemplo más conocido de la posibilidad que un juez se deje sobornar para fallar a favor de una de las partes de una contienda judicial. Estos tres casos constituyen, por lo tanto, símbolos del mal funcionamiento de las instituciones políticas. No obstante, en los tres casos, el desprestigio de la institución es menor que el de los individuos, son estos quienes quedan estigmatizados como corruptos: en algunos casos sus meros nombres constituyen, de por sí, símbolos de corrupción” (Amadeo, 1999: 338).

Desde la perspectiva de que los medios pueden afectar la cultura política de la sociedad, Amadeo concluye que éstos contribuyeron a establecer una relación de desconfianza de la sociedad hacia los políticos en general, asociando la actuación en política con la corrupción, que aparece entonces simbolizada como el gran riesgo que pende sobre el sistema político democrático. Asimismo en un abordaje que focaliza la repercusión en la opinión pública que tuvo la revelación en 1995 de que la Argentina había vendido armamentos a Ecuador en el marco del conflicto bélico de este país con Ecuador y, en mayor magnitud, a Croacia en 1991, Silvio Waisbord (2000) diferencia distintos tipos de escándalos: a) aquellos vinculados con la corrupción del Estado: las denuncias de la embajada norteamericana por un pedido de sobornos de funcionarios argentinos a la empresa Swift, de la cuñada presidencial Amira Yoma en operaciones de lavado de dinero, de sobornos pagados por empresas proveedoras a Matilde Menéndez -directora del PAMI en ese momento-, o la vinculación de dos altos directivos del Banco Nación con el cobro de sobornos por parte de IBM Argentina; b) aquellos que derivan de violaciones de derechos humanos: el asesinato de María Soledad Morales en la provincia de Catamarca, la muerte del conscripto del Ejército Omar Carrasco en Zapala, el homicidio del periodista José Luis Cabezas y los atentados a la Embajada de Israel y a la Sede de la AMIA. Estos escándalos suelen estar vinculados con las élites políticas; c) aquellas coberturas de tono

sensacionalista vinculadas con los problemas de figuras famosas. Los casos citados adquirieron la dimensión de escándalos cuando la sospecha de corrupción, encubrimientos o asesinatos que involucraban a funcionarios y personajes ligados al poder se instaló en la opinión pública a partir de la amplia visibilidad que le otorgaron los medios de comunicación. El caso particular de la venta de armas a Ecuador y Croacia se inscribió en una sospecha más amplia que era la de su vinculación con la explosión en un arsenal del ejército en Río Tercero, Córdoba, también durante 1995 - que terminó con la vida de siete personas e hirió a otras trescientas- para borrar rastros ligados a la desaparición de armas en ese lugar. A diferencia de otros escándalos políticos, el caso de las armas no fue apropiado y tematizado por un periódico en particular, sino que los tres grandes diarios de Capital Federal sostuvieron periódicamente la evolución judicial y política del acontecimiento. Sin embargo, al no contar con aristas más sentimentales o emocionales el caso movilizó más a periodistas y élites políticas que a la propia ciudadanía.

Esta convergencia entre periodismo de investigación y expertos de ONGs como *Poder Ciudadano* en la empresa de posicionar a la corrupción como problema de principal prioridad para la opinión pública sería potenciada por uno de los principales actores del periodismo televisivo en los años 90, una suerte de *intelectual orgánico* del poder real en la Argentina durante décadas. Nos referimos a Mariano Grondona, que en 1993 publica un libro que sin alcanzar el boom editorial de *Robo para la Corona* obtiene un considerable nivel de ventas: *La Corrupción*. El columnista político de *La Nación* y mentor de *Hora Clave* considera allí que el “horror de la corrupción” es el nuevo desafío que debe enfrentar la sociedad argentina, habiendo superado la inestabilidad política mediante el respeto a las instituciones democráticas y la inestabilidad económica al saber “rechazar el populismo” (Grondona, 1993: 14). Exacerbada en los países subdesarrollados y con el Estado como principal matriz generadora de sus prácticas, la corrupción pasa a representar el núcleo rector de los problemas argentinos: la ley no se orienta por el interés público sino por intereses empresariales privados y de “funcionarios corruptos”; la ineficacia y el derroche impiden la orientación estatal de la economía; ahuyenta la inversión; falsifica la representación democrática; debilita al Estado y vuelve a la nación premoderna; aumenta la desigualdad social; promueve un clima de cinismo generalizado, se vuelve endémica y generalizada (*ibid*, 94). Con largas referencias a los casos de Collor de Melo

en Brasil, Alberto Fujimori en Perú y la emergencia del coronel Hugo Chávez en Venezuela, Grondona advierte sobre los riesgos que pueden conllevar el apoyo societal a líderes “moralizadores” que ganan la opinión pública con un discurso anticorrupción. El cambio debe provenir desde la sociedad civil, que deben sostener como requisito más importante a la hora de elegir gobernantes *la honestidad: “cabe preguntarse si los argentinos no requerirán en 1995 que sus candidatos sean un ejemplo de honestidad” (ibid, 30)* Alienta la movilización social contra la corrupción y retoma una propuesta vertida en su programa televisivo por el diputado Juan Pablo Cafiero: la formación de una Comisión Especial para investigar la corrupción similar a lo que ocurrió con la CONADEP.

La concepción *transparentista* de Grondona se completa con dos capítulos sugerentes sobre el abordaje de la corrupción: uno del economista y ex presidente del Banco Central en el comienzo del gobierno de Menem, Javier González Fraga y otro del ya mencionado Luis Moreno Ocampo. Como recetario para reducir y controlar la corrupción, González Fraga propone reforzar una idea que gozaba de pleno vigor por entonces: menos Estado. El “intervencionismo estatal” y la “falta de competencia” representan la primera forma de corrupción. La “burocracia permanente” se combate con una profunda desregulación y transparencia de la actividad económica (1993: 114). La “estabilidad monetaria” –léase convertibilidad- es otro factor de contralor contra la corrupción, además de una justicia independiente. Critica al periodismo por no investigar a las grandes empresas multinacionales que operan como grandes avisadores de publicidad en los medios y asevera que “el respeto por la iniciativa privada, en competencia y transparente” será el corralito de la corrupción (*ibid: 115*). En tanto Moreno Ocampo, tomando como referencias encuestas que reflejan el crecimiento de la corrupción como tema de atención en la opinión pública³, despoja a los políticos de cualquier capacidad para combatir la corrupción; son los “ciudadanos”, en función de la “desconfianza que sienten con los dirigentes” los que pueden ocupar un rol clave a partir de sostener una demanda en torno a la

³ Toma los estudios de Gallup Argentina entre 1989 y 1993, en donde ante la pregunta de cuál era el problema más urgente que enfrentaba el país, el 3 % de los consultados había respondido la corrupción en febrero de 1990, creciendo a un 15 en diciembre del mismo año mientras que en marzo de 1992 el problema de la corrupción ocupaba el primer lugar con el 18 %

implementación de sistema de controles. “Ningún dirigente, sea un político o un empresario, tiene mucho interés en investigar a fondo la cuestión y hacer transparente toda su organización. Le puede generar altos conflictos, puede encontrar que algún implicado es amigo suyo, que los que benefician con la coima se alían en su contra, [...] y es muy difícil que obtenga beneficios si descubre casos graves” (Moreno Ocampo, 1993: p. 121-148).

6.2. La batalla por “la transparencia”. La lucha contra la corrupción como eje de oposición al gobierno de Menem

También desde el propio campo político la corrupción se fue consolidando como un problema público de relevancia y como un eje organizador de la oposición al gobierno de Menem. Gabriel Vommaro (2008) sostiene que en la campaña moralizadora de la actividad política se puede leer una de las claves de legitimación que le permitió a la Alianza entre el Frepaso y la UCR tener éxito electoral y acceder al gobierno. No obstante, cabe señalar que la tematización sobre la corrupción por parte de los actores políticos es un proceso muy anterior a la constitución de la Alianza. En efecto, en 1991 Hugo Barcia y Norberto Ivanchich publicaron “La carpa de Ali Baba. El Grupo de los Ocho contra la corrupción”, una recopilación de proyectos de ley, de resolución, pedidos de informes y presentaciones ante la justicia durante un año parlamentario por parte de los diputados justicialistas disidentes. Entre ellos, investigaciones sobre privatizaciones de Entel, Aerolíneas Argentinas, el sistema ferroviario y las concesiones de peajes; sobre la privatización de la actividad minera en La Rioja, de Galerías Pacífico y sobre las sospechas de corrupción en el gestión municipal de Carlos Grosso, especialmente en el caso de contratación de la empresa de limpieza Manliba. Se destacaban, entre otros proyectos, los proyectos de ley para reprimir el tráfico de influencias, la obligatoriedad de la declaración jurada de bienes de los funcionarios públicos y los legisladores, la derogación de las jubilaciones de privilegio y el proyecto de resolución para la constitución de una comisión especial de “Lucha contra la corrupción”.

La lucha contra la corrupción planteada por *los Ocho* se concebía en el libro mencionado como un “trabajo colectivo”, que despegara a la política del entramado de poder y la resituara “entre la gente”. Frente a un diagnóstico sombrío sobre la política, colonizada por profesionales

que acumulan poder en su seno “abandonando el verdadero sentido de la política, la construcción de un orden social justo”, con clientelismo, funcionarios sospechados y un “clima de decadencia moral” frente a la cual aparece una “sociedad descreída”, “hastada, dolorida y escéptica”. Así, la batalla contra la corrupción renovaría el vínculo de credibilidad en la política, en la militancia y en los ideales, resituaría la práctica política en el “espacio social de una nueva moral”, siempre y cuando la sociedad logre percibir que existe una nueva dirigencia política, “con autonomía de los grandes intereses y capaz de cargar de ideales y compromisos la acción política”. La apuesta es por “restituir una moral pública y la transparencia de la acción política”. (Barcia-Ivanchich, 1991: p. 11-13).

El abordaje de la problemática de la corrupción por parte de este grupo de diputados justicialistas disidentes reenvía al proceso político-económico en el cual este fenómeno se inscribe. Giulio Sapelli, en su trabajo “Cleptocracia”, concibe la corrupción como una “variante de la ilegalidad económico-política”, es decir, como un proceso que da cuenta de la compenetración entre el sistema político y el sistema económico. La creación de “comunidades cerradas” se convierte en el sostén del moderno “neopatrimonialismo invisible” extralegal. Sapelli encuentra en el comportamiento de las empresas el núcleo de la corrupción, por su protagonismo en la construcción de mercados cerrados, de oligopolios, monopolios y monoposolios⁴ como también por la adquisición de ventajas competitivas a través de la violencia, la evasión fiscal y tributaria, la destinación de ingentes masas de capital a actividades ilícitas, siendo la principal el narcotráfico (1998: 47). Así, se conforma un “neopatrimonialismo invisible extralegal” que funciona en el marco de una economía cerrada, regulada políticamente donde los “ordenamientos jurídicos de hecho” sustituyen a los del “centro del poder legal-racional” (Sapelli, *ibid*, 42). En esta clave examina el fenómeno italiano de corrupción, que denomina como “mecanismo único”, es decir la constitución de un poder paralelo al legal por parte del poder político que controla los recursos estatales y las “tendencias colusivas” de las empresas (*ibid*: 137).

⁴ Sería el caso de “actores que controlan la demanda de bienes en forma total y que ponen en marcha el circuito de la corrupción. Es una forma de mercado en la que, mientras la oferta está fragmentada en un número indefinido de operadores, la demanda está concentrada en uno solo”. Sapelli, Giulio (1998), *La cleptocracia. El mecanismo único de la corrupción entre economía y política*, Buenos Aires, Losada, pp. 55.

Desde una perspectiva también tributaria de la interpenetración entre política y economía, José María Simonetti vincula el fenómeno de la corrupción con la emergencia de nuevas “fracciones de clase” que se desarrollaron trasladando prácticas “irregulares”, “mafiosas” y una “cultura criminal” a la esfera política y, por ende, al Estado. Tomando como espejo el caso argentino, Simonetti percibe en la corrupción un medio predominante de acumulación económica en términos de “cuasi renta monopólica” o “de privilegio” obtenida mediante el acceso o la influencia sobre las políticas públicas estatales por parte de unos pocos actores económicos y que desplaza de este modo a la renta generada por procesos de desarrollo con innovación tecnológica e inversión en conocimiento. Para ello se utilizan métodos extorsivos que van de la especulación al fraude y que en términos más concretos se expresan en amenazas sobre el tipo de cambio, precios, tasas de interés, evasión y elusión impositiva, subsidios, privatizaciones exentas de marcos regulatorios claros, o intervenciones extorsiva de los tribunales, entre otras (Simonetti, 1998). Esta trama, que tiene cómo núcleo a importantes empresarios líderes de grupos económicos, se completa con funcionarios políticos del Estado, sectores de la dirigencia política y comunicadores sociales afines. Así, se consolidan procedimientos corporativos que transforman en públicos intereses privados que no gozan de representación política. En suma, al igual que Sapelli, el análisis de Simonetti se centra en la capacidad de coacción que ha desarrollado el weberiano “capitalismo aventurero” sobre la política y el Estado. La permanente validación política de sus intereses daría cuenta del carácter sistémico de la corrupción.

Desde esta lógica, Eduardo Basualdo haciendo uso del concepto de *transformismo* de Antonio Gramsci, analiza en términos de “cooptación” –como señalamos en el capítulo I- la relación entre el poder político y las principales fracciones de los sectores dominantes a partir de la dictadura militar y durante los años ochenta y noventa en la Argentina. Ante la ausencia de un partido político orgánico del poder económico, Basualdo sostiene que la estrategia de los sectores dominantes fue ir modelando las voluntades tanto del partido político que gobierna como de dirigentes opositores y organizaciones de la sociedad civil. Los “factores materiales” sobre los cuales se asienta dicho proceso de cooptación son la corrupción y los altos ingresos de los “integrantes del sistema político” (Basualdo, 2001: 23).

Podríamos retomar aquellos *frames* sobre la corrupción que Belén Amadeo encontraba como predominantes en el análisis de la cobertura sobre casos de corrupción por parte de la prensa argentina para examinar qué enfoques sobre la corrupción están presentes en la crítica que efectúa el “Grupo de los Ocho”. En este caso, la *tematización* y la *dramatización* de la corrupción informan diferentes concepciones sobre el fenómeno de la corrupción política. Mediante la *tematización*, los diputados del grupo conciben la corrupción como un engranaje central del proceso de desarticulación de las capacidades estatales para fijar un rumbo económico y para disciplinar los actores empresariales. Así, la corrupción habría que examinarla a la luz del proceso de privatizaciones, de las múltiples concesiones a los grandes grupos económicos, de la negociación con los acreedores externos, transformaciones que revelaban esa “privatización de la política” y el repliegue del Estado sobre los intereses del poder económico concentrado. Como afirma Pereyra (2010, 313), la corrupción estructural pero en un sentido inverso a cómo es definida por el discurso de Menem y Cavallo.⁵ En referencia a la privatización de Entel (primera cita) y a la concesión de las rutas nacionales (segunda cita) para implementar el sistema de peajes, se vislumbra esta concepción más estructural sobre la corrupción:

La inexperiencia y la primera vez aparecen como justificación de las desprolijidades, cuando lo que se oculta es la urgencia política de subordinarse a los poderosos y tratar de encontrar una nueva doctrina de legitimidad que es la eficacia. (Barcia e Ivancich, 1991: 23)

La dicotomía entre empresa privada eficiente y empresa pública ineficiente, aparece, en principio como simplista, ya que con la aparición de la patria contratista, a determinados

⁵ Asimismo, esta concepción estructural de la corrupción se mantuvo aún después de que el “Grupo de los Ocho” se disolviera. A días de constituirse el Frente Grande, viajaron a Italia para investigar la conexión argentina de los pagos de coimas en el ámbito político italiano y sus conexiones con otros países, caso conocido como “Tangentópolis” a partir de la investigación iniciada por la Justicia de ese país mediante el operativo “mani pulite”. En particular, investigaron el destino y la utilización de los créditos italianos por parte del gobierno de Menem, los presuntos pagos de sobornos a cambio de concesiones de obras en infraestructura, digitalización de red telefónica, ampliación del polos petroquímicos, remodelación de aeropuertos y contratación de equipos sanitarios. En este marco, Álvarez y Cafiero indagaron sobre una causa de 1982 que involucraba a Franco Macri y su hermano en el tráfico de armas. En el Parlamento, los diputados solicitaron que se incluyera la figura jurídica del “arrepentido” para facilitar la investigación de los casos mencionados. Cf. “Demanda de investigación sobre los créditos de Argentina”, Clarín, 16 de marzo de 1993 y Luis Pasos y Sibila Camps (1995) *Ladran Chacho*, *op. cit.*

capitales privados el Estado les garantizaba las ganancias sin que corrieran ningún tipo de riesgo. Aclaremos que el riesgo de la inversión es uno de los principios básicos en los que debería asentarse cualquier economía que pretenda tildarse de sana y capitalista. El actual gobierno dice tener este objetivo y considera que la patria contratista es uno de los obstáculos a vencer. Justamente en el proceso licitatorio de adjudicación de las rutas vemos que se produce una reconversión empresaria que tendería a la creación de una nueva patria: la patria concesionaria. Es decir, las ganancias ya no están aseguradas en términos de los contratos de previsión de obras, productos y servicios, sino por el pingüe negocio que el estado le asegura a una empresa privada a partir de que impone a los usuarios determinados costos que van a convertirse en la ganancia privada. Antes el que garantizaba la ganancia era el estado como comprador. Pero quiénes llenan de recursos al estado? Ninguna duda: los usuarios. Ahora se ha superado esta intermediación estatal. Las empresas le cobran directamente al usuario. Los actores empresarios no han cambiado, lo que ha cambiado es su metodología (ibid., pp. 97-8).

Asimismo, por momentos y según el tema tratado el abordaje sobre la corrupción “enquistada en el gobierno menemista” se emparenta más al tratamiento mediático donde prima el *frame* de la *dramatización*: la corrupción es un asunto de funcionarios deshonestos y se despliega en una trama que exuda frivolidad, exhibicionismo e impunidad: así las prácticas fraudulentas y los ilegalismos políticos portan los rostros de Menem, Barrionuevo, Manzano, Grosso, Estenssoro, María Julia Alsogaray, Dromi, entre los más emblemáticos habitantes de la *Carpa de Alí Babá*. Si en el primer caso la corrupción es un mecanismo necesario para concretar una transformación en el modelo de acumulación de sesgo neoliberal, en el segundo la corrupción es un fin en sí mismo que toca el nervio de la ejemplariedad en la función pública, poniendo en crisis la propia representatividad; la política carcomida por la “inmoralidad”.

El libro incluye una entrevista al por entonces ex fiscal Aníbal Ibarra quien considera a la participación y la denuncia como los mecanismos más importantes para ejercer un control efectivo en los diferentes niveles institucionales. Pero no cualquier denuncia, si no aquella que logra resonancia y atención de la opinión pública:

Cuando me refiero a la denuncia no me remito solamente a la denuncia limitada al marco judicial, sino también a una denuncia política en donde juegan al mismo tiempo, y de manera importante, los medios de difusión. (...) Hay que tener presentes que muchos hechos de corrupción que han tenido que dar marcha atrás porque fueron descubiertos y quedaron a la luz, fueron justamente a través de esas denuncias públicas. Cuando la opinión pública toma conocimiento de estos hechos de corrupción ya se torna más sencillo detener estos hechos (ibid., p. 113).

Ibarra menta la eficacia de los controles de la sociedad en el pasaje de la denuncia de la corrupción al *escándalo político*. Dos años después, él mismo será protagonista, en este caso ya como concejal del Frente Grande, de una denuncia contra Matilde Menéndez por cobro de sobornos a prestadores de servicios de psiquiatría como directora del PAMI, encontrando el espacio más adecuado para que la denuncia de la corrupción se anudara en la tela melodramática del escándalo: la televisión, más particularmente el programa político predominante en la década de los 90: *Hora clave*, cuyo conductor Mariano Grondona abogaba por la llegada de los “políticos honestos” y la nueva etapa del *transparentismo político* que debía acoger la Argentina. La denuncia contra funcionarios deshonestos en un tema tan sensible al humor social como los servicios de salud para los jubilados apelaba al componente emocional como insumo infaltable en el espectáculo político televisivo.⁶

Esta convergencia entre discurso periodístico y estrategia de la oposición frentista en relación a colocar al problema de la corrupción como medular en el funcionamiento político sería refrendada por el saber *autorizado* de los consultores de opinión, en particular por el enfoque del consultor más cercano al *establishment* político y económico, en tanto referencia insoslayable, padre fundador del campo de la encuestología en nuestro país: Manuel Mora y Araujo. En una columna de opinión publicada en la Segunda Sección del matutino *Clarín* pocos días después de las elecciones constituyentes de abril de 1994, el sociólogo señalaba:

El país está demandando equilibrio de fuerzas. El resultado del domingo no asusta ni genera desconfianza; ni siquiera la Bolsa tambaleó. Lo que atrae es un arco con mayor pluralidad de fuerzas políticas, ningún predominio definido, candidatos que desdibujan el perfil ideológico para resaltar sus propuestas inmediatas. La exigencia sobre los gobernantes tiende a ir en aumento. El electorado no quiere sacrificar la estabilidad, que es un bien apreciado por la gran mayoría de la población y no cuestionado por la gran mayoría de los candidatos; pero quiere que se sienten a la mesa otros comensales y que sus puntos de vista sean tenidos en cuenta, porque además de la estabilidad hay otros temas. **El primero de esos temas es la corrupción. Es la gran demanda que surge de las expectativas sociales de hoy***, después de la primera ola que llevó como prioridad a la democracia y de la segunda ola de la estabilidad y la reforma económica. La demanda de hacer algo con el problema de la corrupción viene unida a un creciente rechazo a los partidos, a la política de comité, al internismo y al estilo político manipulativo, renuente a rendir cuentas e insensible a las voces de los representados. El 10 de abril la ciudadanía votó demandando que, de alguna manera, la

⁶ Cf. “Somos hijos de la desilusión del 83, *Página 12*, 11 de abril de 1994, p. 11.

*El subrayado es mío.

preservación de la democracia y de la estabilidad se aún en a las respuestas a otros problemas y a la renovación de los dirigentes y de su manera de hacer política. (Mora y Araujo, 1994: 20)

La reflexión de Mora y Araujo es exactamente la misma que la de Grondona en cuanto al desafío más importante que tiene la democracia argentina por delante una vez que superados, desde su punto de vista, los obstáculos de la inestabilidad política y la inestabilidad económica. La demanda por “políticos honestos”, por reformas orientadas a “bajar los costos de la política” por la “rendición de cuentas” y por la “eficiencia” formó parte de una de las premisas centrales del discurso neoliberal que mediante la exigencia de “racionalidad” fue acotando y erosionando los significados y la legitimidad de la política como horizonte de acción transformadora. Sobre el telón de fondo de la experiencia hiperinflacionaria de fines de los ochenta, el gobierno de Menem construyó una narrativa que evaluaba moralmente en términos dramáticos aquel episodio asociándolo a la “crisis del estado” y reforzando las virtudes del mercado para resolver problemas y asignar recursos con eficiencia. *Profesionalizar la política* era el llamado de la época. Promocionada por nuestra politología, la *accountability* pasó a ser el concepto insigne del protocolo de buenas prácticas al que la política y los políticos debían adecuarse.

6.3. Moral(idades) y política.

¿La política como *problema moral*? Las categorizaciones y clasificaciones que organizan la percepción del mundo social (Bourdieu, 1993) suelen operar como “evaluaciones morales” en la medida en que recurren a valores vinculados con lo correcto o incorrecto, justo o injusto, bueno o malo, decente o impúdico, apropiado o inapropiado (Visacovsky, 2009: 253), evaluaciones que se construyen a partir de experiencias compartidas y que están contextualizadas históricamente (Sautu, 2000: 111). En función de ello, se proyectan sobre –y al interior de– la escena política, sus actores y el funcionamiento del Estado calificaciones valorativas explicitadas en términos de eficiencia-ineficiencia, justicia-injusticia, honestidad-deshonestidad, compromiso-indiferencia, libertad-autoritarismo, igualdad-desigualdad u otras. Como sostiene Eduardo Archetti, la política se analiza mediante evaluaciones morales porque “es a través de la moralidad que los actores sociales se posicionan en la esfera política. La

presencia de valores e ideales es parte del funcionamiento del poder y está detrás del soporte de la autoridad". (Archetti, 2006) Desde esta perspectiva de análisis, Sabrina Frederic (2004) cuestiona aquellas miradas que, ancladas en los medios de comunicación, las ONGs o en algunas corrientes de las ciencias políticas locales- proponen pensar el problema moral de la política a partir de la "inmoralidad de los políticos", miradas que al evaluar desde estándares morales externos a la política sus propias conductas y comportamientos proyectan una despolitización de la *moralidad propia de la política*. Si los políticos no son *sujetos morales*, es decir si no son portadores de valores, creencias, ideales sino sólo de la ambición y el cálculo, entonces desde la "sociedad civil", desde "la justicia", se les debe poner límites, controlarlos y exigirle "transparencia". Frederic propone otra lectura: pensar una moralidad propia de la política, esto es, indagar en las tensiones propias del entrecruzamiento, las superposiciones entre la moral y la política. Dado que, en la medida en que son heterogéneas y contradictorias, las evaluaciones morales se inscriben conflictivamente dentro del proceso político.

Para el caso que nos ocupa, el propio "Grupo de los Ocho" efectuó una lectura *moral* sobre el gobierno de Menem en un doble sentido: por un lado, su constitución como grupo disidente respondió a la consideración de que Menem había *traicionado* las banderas del "verdadero peronismo" siendo la traición, como analiza Fernando Balbi (2003), un valor caro al sentimiento y la tradición justicialista. Por otra parte, el "Grupo de los Ocho" decide renunciar al justicialismo a principios de 1990 por su desacuerdo con los indultos del gobierno aplicados a los jefes de las juntas militares responsables del terrorismo de Estado entre 1976 y 1983. En esta decisión primó el rechazo a la *injusticia* inherente a una medida que garantizaba impunidad a los crímenes de lesa humanidad cometidos en el período señalado. La evaluación moral que gira en torno al eje justicia-injusticia es abarcativa: puede remitir no sólo a la ponderación positiva o negativa de la política de derechos humanos sino también a otras esferas del accionar estatal, por ejemplo la asociada a un valor preponderante cuando se evalúa la calidad de la política y de la vida democrática: la igualdad. La *justicia* o el "ideal distribucionista de igualdad" (Sautu, 1998) ocupó un lugar relevante en los marcos interpretativos tanto del peronismo disidente como de otros grupos sociales y sindicales que se opusieron enfáticamente a las políticas neoliberales en los años '90, pero también estuvo presente de manera muy nítida,

como lo refleja el estudio cualitativo coordinado por Ruth Sautu en 1998, en una porción importante de la clase media porteña, que como veremos en el próximo capítulo fue el mayor soporte electoral tanto del Frente Grande como del Frepaso.

Pero no fue el eje igualdad-desigualdad el que se erigió como dominante en las evaluaciones morales sobre la política promovidas por los principales dirigentes del Frente Grande y del Frepaso, sino aquel que examinaba la *honestidad* o *deshonestidad* de los políticos. De este modo, el énfasis puesto en la lucha contra la corrupción amplificaba, hacia el campo de la comunicación política y en interlocución con los poderes reales, la agenda temática *más conveniente* de oposición al gobierno que rápidamente Álvarez se encargó de instalar, aprovechando la performance electoral exitosa y su arribo a las grandes ligas de la política nacional. De esta forma, reconocía un día después de su triunfo en capital que el discurso contra la corrupción tuvo rédito en las urnas:

Ganamos por tres cosas: una fue el pacto de Olivos que en capital tuvo un efecto negativo: hay una porción significativa del radicalismo que es profundamente antipactista. La otra es una demanda de oposición en la capital para frenar los abusos del menemismo. Y tercero, un cansancio moral de un espectro político ideológico muy amplio, que incluye a los liberales democráticos que quieren más control para frenar los abusos de poder y que votaron más liberados que en otras ocasiones en las que pensaba mucho la defensa de la estabilidad económica. Nuestro triunfo es un señal muy fuerte para el gobierno, que pensaba que la gente votaba desde el bolsillo aun frente a un tema institucional (...) si uno analiza la campaña electoral ve que tuvo una dureza inusitada por parte del gobierno a partir de la denuncia del PAMI, porque eso destapó el tema de la plata negra, el financiamiento ilegal de la política y el sistema de coimas y retornos. Y en el sistema bipartidista de eso no se hablaba. Nosotros empezamos a hablar de las cosas censuradas, vulneramos las reglas de juego entre oficialismo y oposición” (*Página 12*, 11-4-94).

A la salida de las elecciones constituyentes, entonces, el discurso de Álvarez se orientaría cada vez más a proyectar una imagen de desconfianza sobre la política anclada fundamentalmente en torno de la *denuncia contra la corrupción* en el gobierno de Menem –“el menemismo es una asociación ilícita”- que también se plasmaba en la tarea legislativa con el pedido de informes o en las presentaciones judiciales. Pero a la vez el despliegue de la crítica a la corrupción alcanzaba al otro actor del bipartidismo: el eslogan de campaña para la constituyente era “Por una constitución sin mafias”, extendiendo la sospecha del fraude de confianza, de la prebenda o la “transa” al radicalismo. Solamente desde afuera del bipartidismo

“cómplice”, pero más allá, desde afuera de la “clase política”, se podía renovar las prácticas y “restaurar la confianza en la representación política”. De esta forma, el concepto de “mafia” va a comenzar a formar parte del entramado discursivo con el cual el Frepaso apostó, ya desde 1995 y de forma más nítida después de las elecciones presidenciales del 95, a pivotar sobre el eje corrupción-anticorrupción como estrategia de antagonismo con el gobierno. La “nueva forma de hacer política” se cifraba en orden a la “honestidad” de los funcionarios, la “transparencia” administrativa y la “austeridad” en la gestión pública. Sobre estos pilares se constituía la imagen “republicana” del progresismo que Álvarez pretendía construir como opción de gobierno en tanto contraposición de la “ostentación”, el “gasto dispensioso” y el “prebendarismo” que caracterizarían desde su percepción el gobierno menemista y que explicaban en gran parte las desigualdades económicas y sociales que padecía la Argentina (Charosky, 2002: 40).

En esta clave puede leerse la reunión mantenida en agosto de 1995 por Álvarez y Fernández Meijide con el por entonces ministro de Economía, Domingo Cavallo, para que ampliara sus denuncias en torno a la existencia de “mafias enquistadas en el gobierno” acusación que tendía a personalizarse en la figura del empresario postal Alfredo Yabrán quien, según Cavallo, mantendría negocios ilegales con el Estado que alcanzaban al propio Carlos Menem, con la protección de algunos de sus funcionarios y la presión del Poder Ejecutivo a los jueces encargados de investigar las denuncias que involucraban al empresario. Actuando como interlocutores de Cavallo, Álvarez y Fernández Meijide legitimaban al ícono de la “racionalidad de mercado” en la empresa de “purificar” la política. Con este afán, culminada la reunión Álvarez comenzó a promover un acuerdo parlamentario con el radicalismo para constituir una comisión que investigara casos de corrupción. Retomando aquella propuesta de Juan Pablo Cafiero que había reflejado en su libro Grondona, publicitó la necesidad de conformar una *Conadep de la corrupción*. Las “mafias enquistadas en el Estado” no revelaban una compleja trama de intereses, lobbies y penetraciones capilares de grandes grupos económicos en las estructuras de decisión, sino que asumían el formato de *caso emblemático* de delito o de

corrupción al que debía darse la sanción ejemplificadora⁷, en correlato con el *frame* de *dramatización* construido por los medios de comunicación para abordar e instalar, con periodicidad y en forma personalizada y estigmatizante, el tema en el interés de la opinión pública. La *Conadep de la Corrupción* debía estar integrada por “notables que despierten confianza” y elegida por “la gente” mediante una consulta popular.⁸ De este modo, Álvarez operaba como un articulador de diversos discursos sociales –periodísticos, empresariales, politológicos, de la “sociedad civil”- que reclamaban por una judicialización y fiscalización de la política conforme a los estándares de “transparencia”, “eficiencia” y “racionalidad” exigidos por las auditorías de los organismos neoliberales de crédito. Ejerció este rol con la perspicacia de quien busca reposicionarse como protagonista en el escenario político nacional tras la derrota electoral, pero a la vez como la *voz carta más* confiable de ese control externo sobre los “desvíos de la política”, aun en los casos donde surgiera un cuestionamiento a la racionalidad de mercado. Cuando hacia finales del año 95, Alfonsín planteó que un mínimo grado de inflación controlada era preferible al estado recesivo de la economía, Álvarez replicó:

La contradicción no es inflación o recesión, ni se trata de bajar sueldos, sino que hay que empezar a bajar los bolsones de privilegio, luchar contra la corrupción y tener un presupuesto equilibrado con control parlamentario, a partir de allí, con un nivel de austeridad muy fuerte, se puede discutir la situación económica”. (Página 12, 2/11/95).⁹

La *moralización de la política* basada en un discurso anticorrupción no sólo fue patrimonio de Álvarez sino que fue una clara seña identitaria de Graciela Fernández Meijide, la figura política más exitosa en términos electorales que tuvo el Frepaso y quien con más insistencia apeló a los tópicos tradicionales del liberalismo político tanto para subrayar los “déficits institucionales” que formaban parte de las “incomprensiones” del peronismo como para dar cuenta del ideal “republicano” que debe estar en la base de un determinado tipo de

⁷ Además del caso Yabrán, los casos IBM-Banco Nación, el desvío de armas a Croacia y la explosión de Río Tercero y la “mafia del oro” pueden inscribirse en esta categorización.

⁸ Poco tiempo, Álvarez presentó un documento en el mismo sentido fiscalizador de la política. En “Argentina sin ley” relevaba diferentes denuncias en las que se incorporaban las acusaciones contra Yabrán.

⁹ En una crítica a esta lógica de razonamiento, Eduardo Basualdo señala tres errores estratégicos cometidos por el Frepaso, entre los cuales señala la consideración por parte de sus dirigentes de que la corrupción era un fenómeno “fenómeno privatido del partido hegemónico y no inherente al sistema de dominación generado durante la valorización financiera. En consecuencia, para erradicarla, sólo era necesario derrotar al partido hegemónico y asentar un alianza social sustentada en la expansión productiva y una más equitativa distribución del ingreso. Cf, Basualdo, Eduardo (2001), *Sistema político y modelo de acumulación*, op. cit.

democracia. En pleno apogeo de su romance político y electoral con las clases medias urbanas después de su triunfo en las elecciones a senador porteño en 1995 y en la Estatuyente del año siguiente, en 1997 publica un libro en parte autobiográfico y en parte programático: “Derecho a la esperanza”, donde retoma la problemática de la corrupción y del estado “mafioso”:

El día que los dirigentes peronistas puedan asumir y reconocer explícitamente el valor de las instituciones, y comprender que nombrar a un juez de la Nación no equivale a nombrar a un amigo, que los controles serios son garantía de idoneidad republicana y que ésta nada tiene que ver con el favoritismo; cuando se muestren dispuestos a creer en todos estos valores; cuando sea capaz, el justicialismo de perder elecciones y entregar el poder sin resentimiento esencial porque ha comprendido la importancia decisiva de la alternancia partidaria en el poder, cuando en fin, todo eso ocurra, entonces sobrevendrá la convergencia indispensable y podremos hablar de democracia establecida en la Argentina y eso quiere decir, una democracia cuyas bases están afianzadas como para que pueda quedar trazado el camino del perfeccionamiento constante que ella requiere. (Fernández Meijide, 1997: 123)

Esa democracia “republicana” es permanentemente corroída, según el parecer de Meijide, por los “poderes paralelos” que remiten a trama “mafiosa” en el ejercicio del Poder:

Estos poderes deberían gobernar la sociedad y lo que advertimos es que se los reemplaza por factores de poder no institucionalizados que anidan en el seno de las instituciones. Como ilegales y clandestinos que son, esos factores paralelos de poder no respetan las reglas institucionales legítimas ni las funciones establecidas, formando redes invisibles que controlan recursos y resortes de poder. Me refiero, por supuesto, a la corrupción y las mafias enquistadas en las agencias públicas y gubernamentales. Su afianzamiento y despliegue de su acción mina la seguridad jurídica y por lo tanto las posibilidades de crecimiento en un marco legal. Por este lado también desembocamos, como se ve, en la necesidad de legalidad y por lo tanto de mayor transparencia para asegurar un mejor crecimiento económico. **En otras palabras: a esta altura ya resulta más que evidente que la corrupción ha tomado en el país tal magnitud que atenta también contra el crecimiento económico, pues es una forma de inseguridad legal que encarece los costos de la transacción hasta el punto de que hace muy difícil un capitalismo sano y competitivo.** Estamos, como es de público conocimiento, ante un “estado paralelo” gobernado por una mafia que ha construido su propia legalidad y trata de imponerla sobre el orden republicano. (ibid., p. 174).

Por último querríamos retomar un punto abordado en el capítulo IV en relación a la escisión de lo político y lo social para examinar un ejemplo concreto donde se proyecta con fuerza la evaluación moral externa sobre la política del discurso frepasista. El 21 de diciembre de 1996, el Frepaso organizó un evento donde se otorgaron distinciones a personas anónimas

destacadas por su compromiso, esfuerzo y solidaridad en diferentes actividades sociales como participantes de diferentes organizaciones, elegidas en el marco de la campaña “Argentina tiene ejemplos”. Para publicitar esta campaña, se editó un libro con el mismo slogan de la convocatoria, con la autoría de Álvarez y Fernández Meijide (quienes figuran en la tapa de “Argentina tiene ejemplos. Otro país es posible”). El libro comienza con una afirmación contundente: “los honestos somos mayoría”. Sin embargo, esa “mayoría” está preocupada por la patología que atrapa a la política y parece expandirse por el cuerpo social:

Existe la sensación de que la Argentina está enferma de corrupción y que la plaga desatada en la cúspide ha contagiado a todo el cuerpo social. Agobiada por una sucesión de escándalos, la sociedad entera se siente agredida y sólo ve a su alrededor lo que parece una epidemia: sobornos, tráfico de armas, reuniones fastuosas en donde procesados por la justicia se codean con el poder político, narcotraficantes y estafadores que se mueven con la soberbia de la impunidad, enriquecimientos de sospechosa rapidez que emparenta servidores públicos con los ricos y famosos.(Fernández Meijide, Graciela, Álvarez, Carlos, 1996: 7)

Frente a la política “enferma” hay una “sociedad que se resiste a ser contaminada y a abandonar sus hábitos de honradez, que “no ha perdido la sensibilidad, que la solidaridad existe y la practican millones de personas desconocidas”. “Un país solidario, trabajador, honesto, con un fuerte sentido de la ética, “un país al que no se escucha porque hoy sólo se escucha el ruido del escándalo”. Un país que “se siente manipulado” al “ver cómo se falsea la voluntad popular”. De este modo, “la política, por lo tanto, cae bajo el manto de una generalizada sospecha que produce un desánimo moral colectivo y la incertidumbre acerca del cambio” (*ibid.*, p. 10). La sociedad *frente a* la política; dos esferas diferenciadas y, más aún, antagónicas en cuanto a la encarnación de moralidades: “trabajadora”, “esforzada”, “altruista” una; “corrupta”, “mafiosa”, “impune” la otra. La *renovación de la política* mentada por Álvarez y sus principales dirigentes debía provenir no ya desde las militancias ni desde los cuadros que durante años sostenían organizaciones colectivas de diferente tipo, sino “de lo social”, “de la gente”, de “ejemplares” comportamientos individuales que no están carcomidos por las plagas de la política: la corrupción y el “clientelismo”.

La especificidad de la política, como nos enseñaron Weber y Durkheim, reside en su condición de proceso social a partir del cual se producen y expanden representaciones social –valores,

creencias, símbolos, reglas, etc. (Balbi-Rosato, 2003: 14). La política no se constituye entonces en un campo o esfera delimitada, de *dominio especializado* y diferenciado de lo social, sino que se constituye en el entrecruzamiento permanente con otras esferas de la vida social. También esta incapacidad de los dirigentes frepasistas de pensar lo político y la política como trama y no como “dominio” o como “clase” contribuyó a consagrar una perspectiva *despolitizadora sobre la política*.

Al mismo tiempo que se instalaba como tema relevante y motivador de “políticas de transparencia” a nivel internacional, incluso en los programas de entidades financieras como el Banco Mundial, la corrupción se convertía en un problema público central en la agenda de los años 90 en nuestro país, promovido por los medios de comunicación, por actores de la sociedad civil como Ongs y desplegado en el propio ámbito político-institucional. Fue un núcleo temático importante en el discurso presidencial durante la primera etapa de su gobierno y también de su principal gestor económico. Desde los lenguajes tecnocráticos que fueron permeando las áreas claves de la política gubernamental, la corrupción fue utilizada para confrontarla con la racionalidad y eficiencia de las políticas macroeconómicas de desregulación, liberalización y recorte de las capacidades estatales. Desde el enfoque propiciado por los medios de comunicación, la instalación de la corrupción como problema prioritario contribuyó a delimitar la autonomía del periodismo de investigación en su capacidad de escrutar sobre las prácticas “desviadas”, “deshonestas” de la política y los políticos, construyendo una narrativa que reforzaba el componente melodramático del problema y en la oscuridad, truculencia o extravagancia de los personajes involucrados.

La lucha contra la corrupción fue también utilizada como estrategia electoral por parte de las fuerzas políticas y, como el caso de nuestro objeto de estudio, como claro rasgo identitario. Abordamos el posicionamiento del “Grupo de los Ocho” frente a este tema: habitaba en su tratamiento y en su acción política una tensión en la conceptualización de la corrupción como problema estructural que reenviaba al proceso de desestructuración de la

matriz estatal y la penetración de la lógica económica neoliberal y, por otro lado, la corrupción como práctica que connotaba la inescrupulosidad y los abusos y el egoísmo de los dirigentes frente a la sociedad, la *irracionalidad* de la política. A medida que el Frente Grande fue ganando legitimidad como fuerza de oposición y consiguió sucesivos apoyos electorales, esa tensión se resolvió abandonando la concepción más estructural sobre la corrupción y abonando la tesis de que era un problema de la propia política, de sus dirigentes inescrupulosos y de su afán por el poder y los negocios. En este sentido, el discurso de Álvarez, pero también de Ibarra y Fernández Meijide posteriormente, proyectaron una mirada negativa sobre la política, modelando una nueva promesa de alcances módicos que ya no requería esfuerzos transformadores: *honestidad y transparencia*, dos requisitos que no anticipaban tensiones con los poderes reales y que calificaban como prioritarios en los protocolos de evaluación de los organismos financieros internacionales y del saber experto local.

Capítulo VII

Hacia una coalición antimenemista

El pragmatismo es una filosofía del poder que define lo posible a través de la resignación. Su producto –esquizofrénico- es una política que despierta expectativas para luego enfriarlas.

Carlos Auyero, "Unidos" Nº 15, agosto de 1987.

Analizamos en los capítulos anteriores el vertiginoso crecimiento electoral del Frepaso que lo llevó a obtener el segundo puesto en las elecciones presidenciales de 1995, relegando al radicalismo al tercer lugar con una propuesta de gobierno que en lo económico no se diferenciaba en términos sustantivos de la implementada por el gobierno. Al desafío de revertir la débil inserción territorial a nivel nacional se le agregaron los de institucionalizar en forma definitiva la fuerza y construir recursos de gobierno. En este marco, indagaremos en la permanente tensión entre Bordón y Álvarez en la disputa por el liderazgo de la fuerza y en la controversia generada por la candidatura a jefe de gobierno porteño, una instancia decisiva para que el Frepaso pudiera constituirse en alternativa progresista de gestión.

En segundo lugar, examinaremos de qué forma, tras la ruptura entre Bordón y Álvarez, este último se reposiciona como principal referente de la oposición recuperando algunas premisas del discurso crítico que había sostenido hasta las elecciones constituyentes en 1994. Para ello, focalizaremos nuestra atención en la revitalización de la protesta social a partir de 1996, observando la singularidad de la convocatoria frepasista al *apagón* contra el aumento de impuestos proyectado por el gobierno nacional. El mismo nucleó a buena parte de los actores políticos, económicos y sindicales críticos del gobierno de Menem y contó con la activa participación de una parte de la clase media porteña, cuya cultura política revelaba denominadores comunes con la oferta discursiva de Álvarez y Fernández Meijide.

En la última parte del capítulo nos abocaremos a explorar, apoyados en diferentes testimonios de quienes participaron en aquella empresa, de qué manera se gestó aquel

progresivo entendimiento entre Álvarez, Terragno y Alfonsín que dio lugar a la constitución de la Alianza y generó claras implicancias sobre los límites de la “renovación de la política” que prometía el Frepaso.

7.1. La estrategia de crecimiento y el poder institucional

Superados los comicios, se actualizó la disputa por el liderazgo de la fuerza y por su modo de crecimiento, tornándose problemática la posibilidad de un acercamiento con el peronismo propiciado por Bordón. No obstante, el objetivo prioritario fijado por los líderes frepasistas, marcado con insistencia por el senador mendocino, era ganar la intendencia de la ciudad de Buenos Aires. Álvarez descartó nuevamente la posibilidad de presentarse como candidato a jefe del gobierno porteño –“tengo la palabra empeñada, no quiero romper un pacto”- y señaló la necesidad de que tanto él como Bordón fueran neutrales en la contienda entre La Porta e Ibarra, priorizando sus esfuerzos a la construcción de una estrategia nacional y consolidar el bloque parlamentario. Corrido a un segundo plano durante la campaña electoral de mayo, Álvarez se reposicionó como líder de la fuerza, conteniendo y articulando con los referentes de los partidos de la coalición y recuperando un protagonismo contestatario que se había desdibujado en su interna con Bordón. A partir de entonces, los comportamientos de los líderes frepasistas se volvieron más *evidentemente* dispares: la intensificación de los conflictos sociales permitió a Álvarez fortalecer su perfil opositor mientras que Bordón se paseó por Europa intentado cultivar un estilo de estadista. Abocado a consolidar la identidad opositora del Frepaso, Álvarez inició un recorrido por las provincias que atravesaban importantes crisis sociales, arengó a la militancia a participar activamente en la protesta social y endureció su discurso frente al gobierno contra la corrupción.²⁵⁷

En poco tiempo las diferencias en el ímpetu opositor de los líderes derivó en un nuevo enfrentamiento: disgustado con el mendocino por considerar que estaba preservando su imagen para otra candidatura, Álvarez explicitó mediáticamente sus discrepancias: “yo he estado acostumbrado, en los últimos seis o siete años, a tener un nivel de actividad y de

²⁵⁷ “Ahora hay que construir alternatividad, no podemos quedarnos en casa hasta encontrar la solución técnica al problema financiero”, sostuvo, en un mensaje dirigido a su socio político. “Cómo ser opositor”, *Página 12*, 24 de junio de 1995, p.4.

dinámica en todos los temas coyunturales. Bordón es un hombre que ha trabajado con otro ritmo, con otra forma de posicionarse frente a los problemas”.²⁵⁸ En este sentido, la opción del Frente debía pasar por la construcción de una fuerza política que “esté en los conflictos, que protagonice, que dé respuestas cotidianas en los problemas”. Bordón respondió cuestionando fuertemente el personalismo de Álvarez y sus “veleidades de líder”.²⁵⁹ Por otra parte, la sinuosidad de Álvarez lo volvió a acercar al sindicalismo disidente. Por iniciativa de él, a fines de julio economistas del Frepaso se reunieron con técnicos de la UIA, la CTA y MTA, con el objetivo de acordar un programa nacional de empleo para presentárselo al gobierno.²⁶⁰ En el plano electoral, conocida la definitiva renuncia de Aníbal Ibarra como precandidato por el Frente Grande para la intendencia porteña,²⁶¹ Álvarez decidió entonces su apoyo a La Porta –el otro precandidato del Frepaso- y no descartó encabezar la lista de estatuyentes. Ante este nuevo panorama, Bordón reclamó consenso para la candidatura a intendente ante sus fuertes resistencias para respaldar al socialista. Sin embargo, a principios de agosto el Frente convalidó las candidaturas de La Porta para intendente, Álvarez para primer estatuyente y Graciela Fernández Meijide como candidata a senadora porteña.

Remiso a integrar el primer plano de un recalentado escenario político y social, como le reclamaba Álvarez, Bordón prefería un trabajo más reposado tanto en la actividad legislativa como en la construcción política, en un intento de preservar su imagen de futuro presidenciable y también sus sólidos contactos con el exterior; actitud contrastante con el decidido perfil opositor que volvía a encarnar Álvarez con su retorno a las aguas de la protesta social. Pero celoso del protagonismo de Álvarez, Bordón volvió a tensar la relación. Atento a la posible renuncia de Gustavo Béliz al PJ porteño, el senador lo convocó a defender sus ideales en el Frepaso, “él sabe que lo recibiremos con los brazos abiertos”. Estas declaraciones provocaron la

²⁵⁸ Declaraciones radiales al programa *Punto de Vista*, de Nelson Castro.

²⁵⁹ Por el mismo programa Bordón le respondió que "con casi tres millones de desocupados y con los problemas de la cadena de pagos utilizar mucho tiempo para analizar las personalidades de los dirigentes equivoca el rumbo y el objetivo". *Clarín*, 21 de julio de 1995.

²⁶⁰ Asimismo, en la Asociación de Aeronavegantes, presentaron otras serie de propuestas: la creación de un Ministerio de Empleo y Producción, la ampliación del seguro de desempleo para 400.000 desocupados, la eliminación de los gastos reservados del gobierno, la nulidad de toda rebaja salarial realizada sin control judicial y la unificación de todos los programas de recalificación laboral, entre otros. *Clarín*, 20 de junio de 1995.

²⁶¹ Ibarra justificó su renuncia por la falta de apoyo político de su partido: “A esta altura el candidato tiene que ser “Chacho”. Seguiré trabajando en el Frepaso, pero no puedo ser candidato en medio de este manoseo”. *Página 12*, 28 de julio de 1995.

inmediata réplica de Álvarez quien sugirió “tomar distancia de la interna del peronismo” y recordó, en tonó crítico, que Béliz “está adentro del oficialismo y muy consustanciado con la política económica”. Forzando una actitud sectaria de sus socios, Bordón insistió calificando al Frepaso “como una fuerza en pleno crecimiento, cuya composición no está cerrada ni determinada” (...) “la honestidad es transversal” (...) “En consecuencia Beliz podría venir al Frepaso para defender mejor los ideales de transparencia y democracia” (*Página 12*, 14-10-95: 4). Bordón se parapetaba detrás del objetivo de recuperar protagonismo frente a Álvarez y demostrar que sólo él era capaz de construir una alianza que tuviera mayores posibilidades de llegar al poder.

Desde el Frente Grande se instaló la sospecha que Bordón estaría buscando la construcción de una alianza más amplia, con una fuerte impronta de peronismo disidente, donde el Frente Grande y el socialismo ocuparían el ala izquierda de la coalición. El mismo líder frentista advirtió que “el Frepaso debe cuidar su mayor capital político, que es la coherencia. Es una fuerza política que se opone frontalmente a este gobierno. Y por el contrario, tanto Beliz como Ortega son aliados de Cavallo y manifestaron públicamente adhesión al modelo que hambrea a la mitad de los argentinos”. Graciela Fernández Meijide fue más allá: dijo que “tanto Beliz como Ortega estaban usando al Frente”.²⁶² A principios de diciembre, Álvarez utilizó el Primer Congreso Nacional del Frente Grande para hacer una demostración de fuerzas frente a su contendiente. Respecto al formato institucional que debía adoptar el Frepaso, alentó una idea sugerida por uno de sus politólogos asesores: la de un *partido de opinión*.²⁶³ “El Frepaso mantendrá siempre la tensión creativa entre la amplitud y la identidad. La amplitud es parte de la línea con la que nació el Frepaso, un partido con fronteras abiertas. Por eso, tiene que hacerse con ideas claras y ejes propios, para no ser un partido toma todo, que mientras crece

²⁶² Por estos días, Bordón había socializado culpas diciendo que hace un año atrás tanto él como Álvarez habían invitado a Béliz a participar del Frepaso. *Página 12*, 1 de diciembre de 1995, p.7.

²⁶³ “Ante la vorágine informacional que sacude a la opinión pública, un partido moderno debe ser capaz de competir en la capacidad de marcar símbolos y propuestas y de generar a partir de su discurso un tipo de opinión pública”. Definirá al Frente Grande como “un partido de derechos, de la solidaridad, del trabajo, y de los ciudadanos, un partido síntesis de la transversalidad política y social como instrumento para ir forjando una democracia integral. Implica superar definitivamente las viejas y anacrónicas antinomias entre peronismo-antiperonismo o peronismo-radicalismo, que significa mirar la historia hacia atrás y que, en cambio de ayudar a soldar una nueva alianza social, como base de un modelo distinto, cristaliza en términos de representación política el divorcio entre los sectores populares y los sectores medios de la Argentina”. Documento del Primer Congreso Nacional del Frente Grande, diciembre de 1995.

diluya su identidad". En este sentido, instó a una clara demarcación sobre la tolerancia hacia posibles incorporaciones foráneas: "que no vengan al Frepaso los cómplices del poder menemista. (...) "El Frente Grande no es el partido de los frustrados ni de los desesperados".²⁶⁴ En procura de una marcada diferenciación del pensamiento político de Bordón, Álvarez retomó algunos postulados abandonados desde su campaña presidencial: instó por un cambio en el esquema de poder, definió la cultura política como "coherencia entre el decir y el hacer, demostrar que se puede crecer sin comprometerse ni claudicar, siendo autónomos de los grupos de interés", volvió a asociar la corrupción con el plan económico del gobierno y diferenció el concepto de democracia como régimen político de la "democratización en tanto proceso político, social, económico, cultural e institucional de construcción democrática"²⁶⁵

El verano político de la coalición se inició con fuertes cimbronazos. Álvarez había denunciado un "pacto implícito entre el menemismo y De la Rúa para perjudicar al Frepaso" vinculando la elección simultánea de estatuyentes e intendente con la entrevista que pocos días atrás habían sostenido el presidente y el dirigente radical. Pero inmediatamente tuvo que interrumpir su estrategia de confrontación con De la Rúa por la tensión generada en el interior de su fuerza ante la insistencia de Bordón para que Gustavo Béliz se incorporase al Frepaso. Tras los encuentros entre el joven dirigente y Bordón, y sus posteriores declaraciones a favor de su ingreso a la nueva fuerza, tanto Álvarez como Fernández Meijide volvieron a poner límites: mientras Fernández Meijide fue intransigente considerando esta posibilidad una "falta de respeto a nuestra trayectoria y a lo mucho que costó armar este espacio" (*Página 12*, 10-1-96: 8), desde Venezuela Álvarez dejó la puerta abierta para que el ex ministro del interior de Menem ingresara al Frepaso por el partido de Bordón, pero aclarando que "Béliz no puede exigir candidaturas. Es muy mala imagen para la sociedad que el que hoy quiere ser candidato del PJ, de Menem y Cavallo, tres días después quiera ser candidato del Frepaso" (*Página 12*, 9-1-96: 8). Ante las fuertes críticas recibidas, Bordón planteó la necesidad de un debate profundo acerca de las estrategias de crecimiento de la fuerza sin omitir la advertencia a sus socios del Frepaso

²⁶⁴ Las críticas a Bordón animaron las jornadas. El senador solicitó por radio a sus socios del Frente que se "rectificaran por escrito" sobre la acusación de "oportunista" que le había hecho Fernández Meijide. En el segundo día del Congreso se hizo presente y si bien elogió la voluntad política de Álvarez para construir una fuerza distinta aclaró enfáticamente que "no acepto inquisiciones". *Página 12*, 9 de diciembre de 1995.

²⁶⁵ Álvarez, Carlos, discurso del "Primer Congreso Nacional del Frente Grande".

que “debemos ser muy firmes en los principios morales pero al mismo tiempo muy imaginativos y flexibles en las formas organizativas, si no vamos a reconstruir los errores de otras fuerzas” (*Página 12*, 11-1-96). A Bordón, su alianza con el Frente Grande le era útil para contar con el apoyo de los sectores medios urbanos, respaldarse en una coalición de centroizquierda para luego ampliar la base social que le permitiera colocarse en el centro político. En tanto en el Frente anidaban dos posiciones, ambas reguladas por Álvarez: una, encabezada por Graciela Fernández Meijide, muy refractaria al desembarco de Béliz; y otra más receptiva impulsada por Aníbal Ibarra, que insistía en no caer en el sectarismo y regalarle a Bordón la “amplitud” política.

Si bien Álvarez expresó su acuerdo con Bordón en discutir una estrategia general de cómo se penetraba al peronismo²⁶⁶, le cuestionó que se afectara aquellos distritos –concretamente la Capital- donde el Frepaso era ganador y concentraba la mayor cantidad de dirigentes de primer nivel. Eso significaría para él “entrar en una especie de desacumulación” (*Página 12*, 24-1-96: 6). Si por un lado se cuidaba de plantear públicamente una actitud sectaria conforme a su conveniencia política –dejaba en este sentido que Fernández Meijide adoptara las posiciones más duras-, por otro trataba de impedir que Bordón se convirtiera en el nexo excluyente de una potencial alianza de peronistas disconformes, espacio que le restaría importancia al Frente Grande y obstaculizaría aún más sus aspiraciones presidenciales. Tanto Álvarez como Bordón pretendían el mismo lugar para la candidatura presidencial de 1999, al frente de una gran alianza antimenedista. Pero a diferencia de Bordón, Álvarez tenía su base de sustento fuera del peronismo, en alianza con la Unidad Socialista y sectores del centroizquierda, y con una masa de votantes radicales en ascenso. Si bien no desconocía que para desarrollar una estrategia nacional era necesario sumar votantes y dirigentes justicialistas, prefería continuar consolidando su perfil alternativo al peronismo para de este modo retener la adhesión de importantes enclaves geográficos como Buenos Aires, el Gran Buenos Aires y Rosario.

²⁶⁶ No obstante, el líder frentista continuó enviándole mensajes confrontativos a Bordón: “en las próximas elecciones debemos discutir cómo se gobierna la ciudad y cómo se mejora la calidad de vida de la gente y no anticipar estrategias de acumulación personal con vistas a la elección presidencial del '99 para evitar que la gente sienta que lo que prima son sólo situaciones de interés personal”. “Un mensaje para Pilo”, *Página 12*, 27 de enero de 1996, p.5.

Las declaraciones cruzadas y el tono polémico de la confrontación fueron marcando, a comienzos de febrero, la crónica de una ruptura anunciada. Álvarez criticó la propuesta de Bordón de una alianza más amplia que incorporara a justicialistas honestos y díscolos del menemismo²⁶⁷ y definió su acercamiento a Béliz como “un intento de neomenemización” y como parte de una estrategia encuadrada dentro del “menemismo ético contra el menemismo corrupto” (*Página 12*, 1-2-96). Con Bordón en el exterior, el diputado frentista lo acusó de “tener una obsesión enfermiza con la candidatura presidencial del ‘99”. Como no podía ser de otra manera para dos dirigentes eminentemente mediáticos, su primer y agonístico cruce tras el regreso del mendocino al país fue por una emisora radial, en un preanuncio del adiós.²⁶⁸ Finalmente, tras diecisiete meses de difícil convivencia, el Frepaso se fracturó luego de un infructuoso encuentro entre Álvarez y Bordón, en el cual el mendocino anunció que no apoyaría a La Porta para las elecciones del 30 de junio. “Nunca el mejor candidato del menemismo en este distrito puede ser el mejor candidato del Frepaso” sentenció Álvarez para dar por terminada la sociedad.²⁶⁹ Para justificar la ruptura, Álvarez sostuvo que no se le podía cederle “superpoderes” a Bordón cuando tenía una estrategia que involucraba al Frente con el

²⁶⁷ ¿“Cómo se puede pensar en una estrategia de acumulación en el camino al ‘99 que nos conflictúa en la elección más inmediata que tenemos? (...) Que Béliz no se incorpore como candidato no es sólo una cuestión de procedimientos, sino del perfil que queremos para la fuerza. Nosotros no queremos competir en la interna del voto menemista” A Álvarez lo irritó la campaña de afiches de Béliz con la inscripción “peronismo” y su anuncio de la participación de Bordón en el lanzamiento como candidato de Nueva Dirigencia. “Con Béliz nada”, *Página 12*, 1 de febrero de 1996, p.5.

²⁶⁸ En el programa radial *Hoy por Hoy* conducido por el periodista Néstor Ibarra, Bordón volvió a plantear el dilema sobre cómo debe crecer el Frepaso, con qué amplitud y con qué estilo de respeto y de diálogo”. A su turno, Álvarez respondió que “por lo menos nosotros, no vimos motivos suficientes desde el punto de vista de nuestras posibilidades, de modificar lo que teníamos acordado hasta fin de año. El tono diplomático del comienzo mutó a otro más colérico cuando Bordón le recriminó a su socio que su fuerza le dio a entender a Béliz que no tenía ningún lugar en ese espacio y que Álvarez no había sido tan estricto a la hora de cumplir los pactos preexistentes con Fernando Solanas. Como contraofensiva, Álvarez le recordó a Bordón que había instalado otro candidato para intendente y que el propio La Porta se enteró por los diarios de esa candidatura extrapartidaria. ¿Cuál es tu candidato para Capital? avanzó intempestivamente Álvarez, luego de haber sido acusado por Bordón de manipular este tema en los medios. “Ese es un verdadero dilema”, respondió tibiamente Bordón. “Secretos por radio abierta”, *Página 12*, 8 de febrero de 1995, p.3.

²⁶⁹ Las acusaciones entre ambos dirigentes continuaron aún después de la fractura. En un tenso diálogo radial en el programa *Punto de Vista*, sinceraron la discusión: el porteño calificó al mendocino de “soberbio”, de actuar en forma “unilateral” y poco “tolerante” por romper al Frepaso. Bordón replicó denunciando que su antagonista tiene “doble discurso” y se maneja con “rigidez e “ideologismo”. “Chacho y Pilo ni se tutean”, *Página 12*, 13 de febrero de 1995, p. 5.

menemismo y no le interesaba el Frepaso como proyecto político (*Página 12*, 11-2-96: 5). Se jactó nuevamente de “mantener la palabra empeñada” y recordó que “la gente necesita un proyecto coherente y dirigentes que respeten las decisiones de la estructura partidaria”. Para un sector de la opinión pública la pelea dirigencial fue perjudicial para la solidez de la alianza.²⁷⁰ Enrique Martínez, integrante del círculo político más estrecho del senador mendocino, da cuenta del carácter unilateral de la decisión:

Bordón nos reunió un día, y nos dijo que tenía el 51% de las acciones de PAIS, figurativamente, y que en consecuencia él había tomado una decisión que quería comunicar pero no debatir que era renunciar como senador y romper con el Frepaso. Hubo varias personas que nos opusimos. Yo creo que lo de Béliz fue una excusa, en realidad lo que Bordón no podía era considerar pares a Álvarez y a Graciela Fernández Mejide [...] Los subestimaba por su mirada a largo plazo y por su bajo nivel de gestión en particular.²⁷¹

Durante un año y medio de sociedad, Álvarez y Bordón no crearon ningún ámbito para dirimir las supremacías del liderazgo. Tampoco fomentaron los recursos que materializaran una nueva forma de hacer política: internas abiertas (con excepción de la que protagonizaron ellos), una conducción colegiada con capacidad para la resolución de problemas internos y equipos de gobierno eficaces en el diseño de políticas alternativas. El senador mendocino se manejó con impaciencia -a contrapelo de la cautela que lo acompañó a lo largo de su trayectoria política- individualismo y escaso *timing* para procesar las diferencias internas. Según el ex senador Pedro Del Piero, este fue uno de los motivos de la confrontación por los espacios que derivó en la ruptura:

Terminó quedando claro que “Chacho” fue siempre mucho más paciente en el manejo de los tiempos. Bordón fue más atropellado y generó un esquema de ocupación del espacio mucho más avasallante que el de Chacho. Más que una disputa de liderazgos había una disputa por cómo se definían las acciones políticas. Mientras fue la confluencia y la construcción del Frepaso, mientras el tema era ir creciendo, sumando y consolidando, estas situaciones se fueron procesando relativamente bien. El tema fue después de la elección, cuando en realidad la estrategia a marcar los separa rápidamente.²⁷²

²⁷⁰ El 42% de los porteños consideró que la renuncia de Bordón a su banca de senador benefició a De la Rúa en la elección por la intendencia y un 59% expresó que era el gobierno quien se favorecía porque se debilitaba la oposición. Otra encuesta telefónica realizada en Capital y gran Buenos Aires los días posteriores a la ruptura indicaba que el 56,4% de los consultados le atribuía la responsabilidad de los hechos a Bordón y el 13,1% a Álvarez. *Clarín*, 11 y 18 de febrero de 1996.

²⁷¹ Enrique Martínez, *op. cit.*

²⁷² Del Piero, Pedro, entrevista realizada el 27 de julio de 2001.

Bordón utilizó al Frepaso para operar en la propia interna del gobierno y así capitalizar a los disconformes del menemismo, cualquiera fueran sus respectivos posicionamientos frente al plan económico. Su imagen moderada de estadista, alejado del fragor del campo de lucha, perdió fuerza frente al rol de oposición que el Frepaso debió ejercer después de las elecciones presidenciales, más adecuado para el *trabajado* perfil confrontativo de Álvarez²⁷³. Por su parte, el Frente Grande no forzó la ruptura hasta que se garantizó que los efectos más negativos recaerían sobre las espaldas de Bordón.²⁷⁴ Desde algunos enfoques, la ruptura significó el fracaso en la articulación de dos proyectos de crecimiento y acumulación política distintos.²⁷⁵

7.2. Perder la oportunidad de gobernar

La prolongada interna entre El Frente Grande y Bordón no pareció presentar fisuras en la capacidad de crecimiento electoral del Frepaso. A medida que se acercaban las elecciones para senador por la Capital, previstas para el 8 de octubre de 1995, crecía en forma sostenida la figura de la candidata del Frepaso Graciela Fernández Meijide. La ex dirigente de Derechos Humanos comenzaba a generar fuertes adhesiones en un amplio espectro del electorado porteño con un discurso que enfatizaba los postulados clásicos en torno de los cuales había crecido la fuerza –“la ética”, “la transparencia”, “el republicanismo”- y un perfil más centrista respecto a la construcción política.²⁷⁶ Orientada a captar el voto “independiente”, despojó de su

²⁷³ Asimismo, fueron marcadas sus diferencias con socialistas, radicales críticos e independientes sobre el diseño de la política de alianzas y las opciones para el desarrollo nacional y muy discretas sus participaciones en las campañas electorales de Rozas en Chaco (en alianza con el Frepaso), Hermes Binner en Rosario y de la mismísima Graciela Fernández Meijide en Capital.

²⁷⁴ Repuesto de la desgastante pelea, Álvarez reconoció que “la ruptura es previa porque hay un Bordón previo al 14 de mayo, con el que era fácil encontrar coincidencias en programas y posicionamiento electoral y otro posterior, muy solitariamente preocupado por la candidatura del ‘99”. Sostuvo que una hipótesis de fractura ya asomaba en el horizonte dos o tres meses después de mayo del 95. “La ruptura es previa”, entrevista a “Chacho” Álvarez, *Página 12*, 11 de febrero de 1996.

²⁷⁵ Esta es la postura tanto de Ricardo Sidicaro como de Juan Carlos Portantiero. Plantean que mientras Bordón tendía a crecer sobre la crisis del menemismo, Álvarez proponía una evolución con más independencia de ésta y con mayor orientación hacia el electorado independiente. Ver “Buena o mala”, *Página 12*, 11 de febrero de 1996, p.4.

²⁷⁶ Pronosticó que “los liberales también me van a votar” y aclaró que “nunca perteneció a la izquierda tradicional: “Igual que a Chacho Álvarez, a mí me han votado y me votarán en octubre muchos sectores del liberalismo porque la ética atraviesa todos los estratos de la sociedad”. *Clarín*, 13 de agosto de 1995.

estrategia la confrontación con sus rivales –Jorge Vanossi por el radicalismo y Erman González por el oficialismo- y explotó su imagen de honestidad y el vínculo afectivo que establecía con sus votantes, ligado a su condición de madre de un desaparecido. Abocada a una polarización con el gobierno, su propuesta apostó, una vez más, a “la lucha contra la corrupción” del gobierno de Menem, incluso involucrando al propio radicalismo en el caso Yabrán.²⁷⁷ Su triunfo fue el más resonante que obtuviera el Frepaso en Capital Federal hasta el momento.²⁷⁸

Cultora del personalismo que imbuía a los dirigentes más encumbrados del Frepaso y con una excelente llegada a los medios, Fernández Meijide emergía como una nueva figura política en el escenario nacional y una potencial competidora para Álvarez, quien poco tiempo antes de los comicios había relativizado los alcances del triunfo de su compañera de ruta: “las elecciones son cada vez más desapasionadas. (...) La gente está muy preocupada por el desempleo, y sabe que la elección de un senador de la Capital poco va a hacer para mejorar la situación” (*Página 12*, 27-9-1995: 11). El triunfo de Meijide como senadora en la Capital y la conquista de la intendencia de Rosario en manos del socialista Hermes Binner le aportaban al Frepaso nuevas figuras políticas con caudal electoral, pero la sumatoria de votos pesaba más que el poder institucional ostentado por la novel fuerza. ¿Cómo convertir entonces una alianza electoral con notables resultados en una fuerza política con poder institucional? ¿De qué manera desbordar el romance con el electorado porteño y echar raíces en los sectores no progresistas del interior del país? Preocupaciones que Álvarez manifestaba públicamente.²⁷⁹

Disciplinada y estudiosa, de absoluta lealtad con Álvarez, durante el período comprendido entre las elecciones a senador porteño de 1995 y las legislativas nacionales de 1997 creció de manera rutilante la estrella política de Graciela Fernández Meijide. Con experiencia en el campo de la militancia en los derechos humanos, Fernández Meijide no tenía

²⁷⁷ En un debate realizado en el programa “A dos voces” de la señal de cable *Todo Noticias* acusó al radicalismo de “haber votado en el Senado una ley de correos a medida del empresario postal Alfredo Yabrán”. Ver *Clarín* 5 de agosto de 1995.

²⁷⁸ Se impuso por el 45,7% de los votos, contra 24,2% de Vanossi y 22,6% de González.

²⁷⁹ “El problema de la inserción en las provincias no se resuelve en uno o dos años. La cuestión de la representatividad en las provincias es mucho más complicada que en la Capital, pero eso no significa que la Capital sea sólo el bastión del progresismo. Porque el progresismo te da una base del 4,5 %, 10 a lo sumo, sumando todos los matices del progresismo, y el 34% del Frente Grande del 10 de abril del año pasado se da ya tomándole muchos votos al radicalismo, e incluso al peronismo. La pregunta es por qué se puede sacarle votos al menemismo en la capital y no en el resto del país”. “La capital no es solo progresismo”, *Página 12*, 9 de octubre de 1995, p.7.

la misma destreza y formación en economía; tampoco su palabra y sus ideas generaban impacto y expectativa en los cuadros medios y en la militancia que, según los testimonios recogidos, diferenciaban con claridad una figura en ascenso de un líder político, como era el caso de Álvarez. No obstante, la singularidad del fenómeno Fernández Meijide residía en una importante conexión afectiva con el electorado de clase media en virtud de la habilidad con que se manejaba en los medios de comunicación. Pero a diferencia de Álvarez que había sabido explotar la presencia en los medios a partir de innovar en la proposición de una serie de temas “interesantes” para los medios y críticos para el gobierno, Fernández Meijide se destacaba en el desempeño de un *buen decir* televisivo, un ejercicio cultivado por un grupo de intelectuales que la asesoraban en una nueva experticia ligada con el arte de manejar la respuesta *políticamente correcta*. Una integrante de ese grupo de asesores, de quien mantendremos en reserva su identidad, nos revela alguna de las clases de ese *training* televisivo:

Yo tenía la responsabilidad de mirar todos los programas de televisión a los opositores. Entonces, nosotros preparábamos las supuestas preguntas que le podían hacer a Graciela, yo hacía una suerte de memo con todas las posibles respuestas, las discutíamos en el grupo y ella durante años, mientras fue creciendo y creciendo iba a todos los programas y tenía un libreto armado. Era muy disciplinada, absorbía, enseguida se daba cuenta el lugar en el que ella se tenía que poner, sabía que tenía que decir cosas sencillas, no entrar en la discusión, en la pelea ni nada. Y hablarle a la gente. Ella salía de esas situaciones donde los políticos se empiezan a pelear y se dicen cosas. Se estudiaba todas las respuestas posibles frente a las preguntas de los periodistas. (...)Éramos como un grupo de asesores en comunicación. Estábamos de acuerdo con la conducción política del Frepaso y con los principios que postulaba el Frepaso, entonces nuestro trabajo era la visibilidad que el Frepaso necesitaba, figuras que encarnaran ese discurso.

En el marco de esta exitosa performance electoral del Frepaso, se reactualizó un postergado y estratégico debate: cómo conquistar la intendencia de Buenos Aires. Para el entorno de “Chacho”²⁸⁰, el menemismo había logrado reconstruir un perfil conservador-popular en Capital y ante las figuras de Gustavo Beliz y Fernando De la Rúa, sólo Álvarez podía competir

²⁸⁰ Abel Fatale e Irma Parentella eran los más consecuentes en esta posición, Darío Alessandro en menor medida. El “chachismo” consideraba a Ibarra un *outsider* de la política y rechazaba su “falta de compromiso” con las actividades partidarias.

en condiciones de igualdad²⁸¹, ocultando el temor de que Ibarra se convirtiera en una referencia que opacara su brillo.²⁸² La constante presión del “chachismo” y el comportamiento ambiguo de Álvarez provocaron la renuncia a la candidatura de Ibarra en julio de 1995, quien consideró que no tener suficiente respaldo para posicionarse en la interna. Así, Ibarra buscaba despejarle el camino al líder de la fuerza y, a la vez, evitar la esmerilización de su propia figura política:

En realidad, había como una duda si “Chacho” tenía que ser candidato a jefe de gobierno o yo, y entonces lo que hice con esa renuncia fue liberar la situación para que fuera “Chacho”. “Chacho” terminó no yendo y al final fuimos con el candidato socialista y perdimos. Pero la decisión de la renuncia era ésa. Todos los medios hablaban de la posibilidad de “Chacho”, los sectores nuestros también y “Chacho” era un dirigente con mucha más envergadura política que yo. Entonces yo no quería ser traba si “Chacho” quería ir. Y también me parecía que seguir, seguir y seguir, para que llegado el momento de la presentación de lista “Chacho” dijera voy yo era un desgaste también para mí.²⁸³

Desde la lógica de acumulación política, un triunfo de Álvarez en las elecciones porteñas lo ubicaba en un lugar de privilegio como presidenciable para 1999, aportándole un recurso valioso para las expectativas del Frepaso como era la experiencia de gestión. Sin embargo, Álvarez explicitó su insatisfacción por el “perfil administrador” que requería un cargo de gestión:

Esos argumentos –por ejemplo que se necesita experiencia administrativa- son coyunturales. Pueden tener valor o no en un determinado momento y en algunas situaciones. Mi objetivo no es sólo administrar algo, sino transformar la realidad [...] No me estoy preparando para ser candidato. La clave es construir una fuerza a nivel nacional y los candidatos saldrán naturalmente. No pienso en el Frepaso como una máquina de producir candidatos. Tenemos que producir política [...] Construir una fuerza que impacte por su actividad y los hechos que produce todos los días (*Página 12*, 28-5-1995: 5).

A medida que avanzaba la campaña electoral, el nombre del líder del Frente Grande volvió a presentarse como el más conveniente para enfrentar a De la Rúa y Beliz en virtud de las escasas expectativas que generaba la figura de La Porta. Sin haberlo planteado explícitamente como Bordón, tanto Carlos Auyero como Graciela Fernández Meijide compartían el criterio de

²⁸¹ Esta idea no se plasmaba en los sondeos. Un estudio de Romer realizado en la primera quincena de junio del '95 marcaba una ínfima ventaja de De la Rúa sobre Ibarra: el precandidato radical obtenía un 28,1%, mientras que el concejal frepasista alcanzaba el 26,8%. *Página 12*, 18 de junio de 1995.

²⁸² Uno y otro compartían una buena imagen en las encuestas y se manejaban con destreza para capitalizar las denuncias de corrupción en el escenario mediático; convergían además en una escasa vocación por construir una estructura política propia.

²⁸³ Aníbal Ibarra, entrevista realizada el 11 de mayo de 2009.

que “Chacho” era el mejor candidato que el Frente podía ofrecer en la elección. Pero Álvarez se pensaba sobrevolando candidaturas y abocado a la construcción a nivel nacional; ratificó una y otra vez la candidatura de Norberto La Porta y alentó las candidaturas de Aníbal Ibarra como vicejefe y de Fernández Meijide como primera estatuyente porteña, en un intento de apuntalar al candidato socialista. Aparece aquí una cuestión que con el correr de los acontecimientos se volvería contraria al crecimiento de la fuerza: siendo el Frente Grande el motor de tres victorias consecutivas en Capital, proclamaba como candidato a intendente a un socialista, representante del sector de ese partido que más había obstaculizado una alianza con el Frente Grande. Conspicuo integrante del riñón chachista, Alessandro no dudaba de quién debía ser el candidato:

Era el candidato. Pero él jugaba más al liderazgo nacional que al de la ciudad, creo que le tenía temor a la gestión, prefería en todo caso que la gestión la hiciera otro. (...) Cuando nosotros le decíamos ‘gana la ciudad, vos sos un candidato perfecto para Buenos Aires’, él decía ‘¿quién se ocupa de lo nacional?, acá se precisa alguien que tenga un liderazgo nacional, que pueda ir a todas las provincias, sino vamos a ser un partido metropolitano, de capital. Nosotros tenemos que crear un partido nacional’.²⁸⁴

La necesidad de mantener una referencia nacional, también aparece en la perspectiva de Irma Parentella:

Y “Chacho” no quería y aparte el resto del partido del Frente grande nacional, siempre nos criticaba porque decía ‘ustedes lo resuelven en capital y tienen un jefe de gobierno y nosotros con quién vamos a elecciones de presidente? A los dirigentes del interior no les parecía bien que “Chacho” fuera de candidato a intendente Yo era una de las que más me tocaba viajar por el interior por el Frente y eso era lo que me expresaban los compañeros: “Chacho” no tiene que ir en la ciudad, nosotros quedamos sin referencia’. Y había también un pedido de la gente a que fuera candidato nacional. Incluso “Chacho” ahí había recibido la opinión de algunos politólogos del exterior que le decían que la candidatura a intendente lo iba a diluir, etc. A mí me parece que “Chacho” por un lado lo veía con expectativas y por otro lado le costaba mucho el tema de gestionar.²⁸⁵

Ganar la ciudad de Buenos Aires era *clave* para consolidar un crecimiento político e institucional de la fuerza, similar al que habían tenido otros partidos progresistas en Latinoamérica como el caso del Partido de los Trabajadores, el Frente Amplio Uruguayo o el

²⁸⁴ Darío Alessandro, *op. cit.*.

²⁸⁵ Irma Parentella, entrevista realizada el 17 de agosto de 2009.

Partido Revolucionario Democrático de México. Así lo piensa Gustavo Cardesa, dirigente del Partido Intransigente:

La experiencia del Frente Amplio en Uruguay, la del PRD en México, lo del PT en Brasil, es decir, administrar en los niveles comunales de las capitales o principales ciudades de los países de América Latina donde el discurso progresista o de izquierda era más permeable. Porque una fuerza progresista suponía una ampliación del espacio democrático, espacios de participación popular y autogestión que se dan en estas fuerzas latinoamericanas. Entonces nos parecía que el liderazgo de Álvarez debía consolidarse con una administración de este tipo. Pero esto no formaba parte su pensamiento más íntimo, no creía mucho en los espacios de participación, de autogestión comunitaria, en la forma de presupuesto participativo, en la forma distinta de planificación estratégica de las ciudades. En ese sentido Álvarez, tenía incorporado más la forma de gobierno tradicional.”²⁸⁶

El incidente con la juventud radical²⁸⁷ fue el episodio que generó mayor confrontación durante la campaña entre UCR y Frepaso, mientras De la Rúa se preservaba y consolidaba su primer lugar en las preferencias de la opinión pública. Acartonado, carente de carisma y con un perfil más cercano al ombudsman que al de un gobernante con capacidad de gestión, La Porta contaba con escasas posibilidades de derrotar a un candidato que tenía una dilatada trayectoria política y que acreditaba el nada despreciable título de haber ganado en todas las elecciones porteñas en las que se presentó. Erráticamente, el candidato “municipalizó” la campaña cuando la estrategia trazada desde el búnker frentista era “nacionalizarla. Como factor añadido, La Porta sufrió todo tipo de internas, desautorizaciones y retaceos de autoridad por parte de la encarnizada confrontación entre los líderes, las propias ambivalencias de Álvarez y la falta de una legitimidad otorgada por el voto de los afiliados. En un resultando previsible, De la Rúa se impuso por más de diez puntos de ventaja sobre La Porta.²⁸⁸ Para contrarrestar la derrota, Graciela Fernández Meijide obtuvo el primer lugar en la elección para estatuyentes porteños, aunque no compensó la extraordinaria oportunidad perdida para gobernar. Una serie de interrogantes afloraron con los resultados en mano. ¿El Frepaso era más creíble cuando disputaba cargos legislativos que cuando estaban en juego mandatos ejecutivos? ¿Por qué

²⁸⁶ Cardesa Gustavo, *op. cit.*

²⁸⁷ La juventud radical pegó afiches vinculando a La Porta con una editorial del diario socialista “La Vanguardia” del año 1981–período en que el candidato frepasista era subdirector- escrita por Américo Ghioldi, en la cual se apoyaba la dictadura militar. El Frepaso respondió duramente acusando al radicalismo de haberle facilitado al Proceso más de cien intendentes.

²⁸⁸ De la Rúa ganó en la Capital con el 39,91% de los votos mientras La Porta obtuvo 26,58% y el candidato oficialista Jorge Domínguez 18,59%. Gustavo Beliz quedó cuarto, con el 13,06% de los sufragios.

Álvarez desechó ser candidato y se obstinó por defender la postulación de La Porta? ¿Qué motivos sopesó Álvarez para no apoyar con firmeza la candidatura de Ibarra desde un primer momento, o bien, definitiva su renuncia, no lanzar el nombre de Graciela Fernández Meijide, que venía de un resonante triunfo como senadora porteña? ¿Cuáles fueron las razones de rehuir tanto a las internas abiertas que solicitaba Bordón, procedimiento que ratificaría en los hechos la voluntad de renovar las formas políticas? Los ecos del mendocino retumbaron sobre los escombros de la derrota: “para crecer a nivel nacional hay que ganar la intendencia” había insistido en el preámbulo de la pelea.

Cuestionado frontalmente por Bordón e indirectamente por Ibarra y Meijide, Álvarez se atrincheró detrás de La Porta, sabiendo que la Capital era el objetivo estratégico por excelencia para un crecimiento sustentable en términos de recursos y poder para la fuerza. Privilegió su credibilidad por sobre la posibilidad concreta de gobernar, demostrando, extrañamente, escasa vocación de poder. Se hicieron visibles además las diferencias que lo separaban de Fernández Meijide: mientras Álvarez atacó con entusiasmo durante la campaña electoral porteña a De la Rúa, Meijide se manejó con mesura; por el contrario, en el verano fue la senadora quien envistió contra Béliz en tanto el diputado intentaba impedir la desarticulación de la coalición. Si Álvarez propiciaba la necesidad de fortalecer la alianza en sociedad con un sector peronista disidente, Meijide veía con conformidad *un acuerdo con el radicalismo*.²⁸⁹ Después de reconocer que la fuerte instalación de De la Rúa no se pudo contrarrestar con “ideas, propuestas y equipos de gobierno”, Álvarez recurrió a la táctica de la “postura ética” imponiendo por delante del “resultado de coyuntura” la “construcción de una fuerza plural” y “la credibilidad de la gente”:

Creo que yo igual no hubiera ganado, porque me hubieran pasado la factura de un dirigente que dice una cosa y hace otra. Estoy convencido de que nuestro electorado es muy sensible y nos pide una coherencia que no les reclaman a dirigentes de otros partidos. Me hubiesen cuestionado profundamente por haberme desdicho de la palabra asumida, del compromiso frente a la sociedad, por no tomar en cuenta los problemas éticos de la política y por haber sido candidato a cualquier precio (*Página 12*, 1-7-96: 10).

²⁸⁹ Pasadas las elecciones, se comenzó a hablar de “liderazgo compartido” en un intento de buscar corresponsables a la derrota de La Porta. Desde las huestes de Álvarez le endilgaban a Meijide cerrarle la puerta a Beliz, y con eso, sellar la candidatura de La Porta. La idea de un doble liderazgo era atribuir una “doble responsabilidad”. Tras su triunfo, Fernández Meijide marcó territorio: “En realidad, yo siempre tuve peso específico en el Frepaso. (...) Mis características son distintas de las de “Chacho”. Vamos a repartirnos el trabajo”. *Clarín*, 1 de julio de 1996, pp.10-11.

Asimismo, negó una competencia por el liderazgo con Fernández Meijide, aventurando una posible “tarea de complementación, un beneficio de conjunto para el Frente”. Desde el punto de vista del crecimiento de la fuerza, también quedaban sin disipar algunas dudas. ¿Cómo crecer en el futuro? ¿A qué sector de votantes seducir, ahora que el radicalismo con De la Rúa y Terragno como principales referentes comenzaba a recuperar su rol opositor? ¿De qué modo ratificar de aquí en adelante aquel slogan tan efectista que operó durante la crisis acuciante de la UCR tras el Pacto de Olivos: “la verdadera oposición?”. Afloraba un desafío –tan caro al más reciente pensamiento de Álvarez- de penetrar en la base social del peronismo, con suerte incierta.

Desde las elecciones presidenciales del '95, la debilidad organizativa y la falta de una institucionalización más sólida volvía a expresarse como una tarea pendiente. Tras la ruptura con Bordón, Álvarez aceleró la organización del Frepaso en una confederación de partidos que finalmente se concretaría en diciembre de 1996. Hasta el momento en el Frepaso se había producido una seminstitutionalización: Aun cuando desde 1994 y 1995 se intentó darle cuerpo a una conducción nacional y a organizar instancias distritales, el espacio continuaba teniendo una fuerte impronta de informalidad y dependencia de los líderes. La cuestión de la institucionalización –proceso por el cual se imponen reglas y procedimientos en el funcionamiento de la organización- era por lo tanto un objetivo por resolver. Entre 1995 y 1996 se organizaron cursos de formación política de militantes y se realizó, en diciembre del '96, el Primer Plenario Anual del Frepaso, conformándose una Junta Nacional Federal para la concreción de la confederación, compuesta por los siete partidos que integran la fuerza.²⁹⁰ Con el afán por parte de Álvarez de dar señales de interés en desarrollo de una perspectiva de gobierno, el CEP (Centro de Estudios Programáticos) había desarrollado en 1995 distintas actividades donde se analizaba la evolución de sectores específicos de la administración estatal. En diciembre de 1995 se presentó el primer trabajo económico de los equipos técnicos del Frepaso mientras que en abril del '96 éstos se integraron al “Gabinete en las Sombras” que Álvarez propiciaba para ratificar el compromiso de su fuerza en el análisis y la elaboración de

²⁹⁰ Pocos días después se realizarían en la ciudad de Buenos Aires las primeras elecciones internas del Frente Grande con una participación de 4000 personas. La misma metodología se repetiría luego en las provincias de Buenos Aires y Córdoba.

propuestas inherentes a la gestión pública.²⁹¹ No obstante, el énfasis en la organización institucional de la fuerza así como en la necesidad de un aceitado funcionamiento de los equipos técnicos en la elaboración de un proyecto programático provenía de Carlos Auyero, mucho más preocupado que Álvarez en la construcción orgánica del Frepaso.

Aun con estos esfuerzos, no se llegó a consolidar una organización partidaria capaz de alentar una estrategia de crecimiento territorial a nivel nacional y de actuar como instancia de articulación con organizaciones de intereses; se continuaba trabajando más desde una perspectiva de futuras alianzas electorales –crecimiento transversal– que desde la consolidación de un esquema institucional. A nivel nacional aun no se habían realizado internas para elegir legisladores y gobernadores mientras que tampoco se había estimulado un proceso permanente de formación de recursos estratégicos en relación con las eventuales responsabilidades institucionales y ejecutivas que se debieran asumir. A su vez, el funcionamiento original del CEP (Centro de Estudios Programáticos) no garantizó la productividad técnica esperada convirtiéndose en forma paulatina en un apéndice de apoyatura política y electoral. La organización y la identidad eran por entonces déficits institucionales del Frepaso. En suma, las decisiones siguieron siendo resultado de la capacidad de innovación política de Álvarez tanto en el plano de la oposición al gobierno como en las definiciones político-electorales. No obstante, como se señaló anteriormente, esta endeble estructura organizacional era sugerida desde la intelectualidad cercana a Álvarez, que alentaba la consolidación de un *partido de opinión*, una construcción “liviana”, expresión de la “ciudadanía” –en contraposición de la representación de intereses organizados–, con escasa militancia pero con una amplia disponibilidad de “cuadros profesionales muy capacitados” para proponer y elaborar políticas públicas, “gran flexibilidad y receptividad a las demandas sociales” y un “bloque parlamentario que funcionara como centro articulador de la fuerza”.²⁹² Según la perspectiva de Dora Barrancos, que conocía al líder del Frente desde su militancia en el Modejuso,

²⁹¹ Véase al respecto los documentos “Para salir de la crisis” (documento económico del Frepaso, enero de 1996) y “Plan alternativo para salir de la crisis y reactivar el empleo y la producción” (CEP, julio de 1996).

²⁹² Ver Castiglioni, Franco, “Una fuerza de opinión”, *Página 12*, 1 de julio de 1996, p. 10. Para una crítica a este encuadre ver Semán, Ernesto, “Se necesitan fuerza y opinión para una fuerza de opinión” en *La Ciudad Futura* N° 45, otoño-invierno 1995, pág. 8

Álvarez no quería fórmulas institucionales que lo obligaran después a él. Vos tenés un partido muy institucionalizado y tenés asambleas, tenés congresos, tenés formas evidentemente que son correctivas sobre el liderazgo. De ninguna manera, no quería nada de eso. Había un gran desprecio por la militancia, siempre creyó fríamente que no había cuadros. (...)Era como un círculo vicioso, no había ninguna inversión para el crecimiento genuino de cuadros.²⁹³

En una reflexión que comprende incluso la experiencia de gobierno de la Alianza, pero que reenvía a lo formulado por Barrancos, Aníbal Ibarra plantea una disidencia con esta actitud de Álvarez en relación con los recursos técnicos y militantes del Frepaso:

Si algo tuviera que decirle a Chacho, a quien respeto muchísimo, es que subestimó la capacidad de nuestros propios militantes y de nuestra fuerza para tener posiciones de gobierno. El creía que muchos de nosotros no estábamos en posiciones de gobernar y sí el radicalismo que era un partido histórico. Y la verdad es que habían radicales que gobernaban pésimo y otros que gobernaban bien. Y nosotros gente que podía gobernar muy bien y otra que no. Pero creo que en esa subestimación hizo que él no garantizara la presencia nuestra en muchos lugares de gobierno. y entonces no pudimos torcer la voluntad del propio radicalismo conservador de De la Rúa.²⁹⁴

7.3. Yo pisaré esas calles nuevamente... Apagón, Frepaso y clases medias.

Lo que aparecía como un acto extremadamente individualista de apagar la luz de su casa, se convirtió en una expresión social colectiva categórica

*Graciela Fernández Meijide
"Argentina tiene ejemplos"*

El impacto del modelo económico neoliberal con base en la convertibilidad se había hecho ostensible entre 1995 y 1996 en la Argentina. En el mismo mes que Menem era reelecto por el 52 de los votos, el INDEC publicaba el índice de desocupación más alto de la historia: 18,6%, combinado con un proceso recesivo que atravesó el resto del año y también 1996. El desempleo, el aumento de la pobreza, La fragmentación social y la crisis de las economías regionales darán lugar a una intensificación de la protesta social, que tendrá su núcleo más vital en el norte y sur del país, con los cortes de ruta y la emergencia de dos exponentes

²⁹³ Dora Barrancos, *op.cit.*

²⁹⁴ Aníbal Ibarra, *op.cit.*

contestatarios: los fogoneros y los piqueteros. En tanto tres huelgas generales completaban un escenario de creciente protesta social. En este marco, y siempre dispuesto a estar en correspondencia con el humor social de la “gente”, Álvarez presentó, a mediados de diciembre de 1995, el primer trabajo de los equipos técnicos del Frente Grande. Allí se promovía un análisis que superara el “debate modelo-antimodelo” en términos económicos y se desplegaba una crítica -infrecuente en los últimos años- al “desmantelamiento del aparato estatal”, a la “falta de compensación con las asimetrías productivas” y a la “apertura indiscriminada de la economía”. También se denunciaba el “proceso de desintegración social que genera el avance del mercado” y la ausencia de “políticas de control sobre los servicios públicos privatizados”. Asimismo, se cuestionaba la “distribución regresiva del ingreso” y el aumento de la desocupación. Coherente con algunos lineamientos presentes en la plataforma presidencial de 1995 del Frepaso, propone la promoción de la inversión productiva con generación de empleo, la reorientación del gasto público hacia actividades intensivas en mano de obra, con apoyatura fiscal y crediticia; la inversión en capacitación de la fuerza de trabajo y el desarrollo de programas compensatorios que incluyan un seguro de desempleo más “eficaz” (*Página 12*, 16-12-95).

Lo revelador de la propuesta económica presentada por Álvarez es un retorno a posiciones previas al Pacto de Olivos, retomando un discurso emparentado en algunas premisas claves con el sostenido –y criticado por el propio “chachismo”- por Solanas. En efecto, sostuvo que “se deberá recrear la visión del Estado como lugar de orientación estratégica de la economía”, la creación de un comité multipartidario de deuda externa “para explorar alternativas” y una reforma impositiva progresiva, que gravara especialmente las rentas monopólicas, incluyendo empresas petroleras, gasíferas, titulares de los servicios privatizados y bancos.²⁹⁵ Asimismo, el documento examina críticamente la convertibilidad²⁹⁶, en donde

²⁹⁵ Postura diferente de la que Álvarez y Bordón defendieron en las elecciones pasadas. Solanas dijo: “por decir esto mismo nos echaron a nosotros”. *Página 12*, 8 de diciembre de 1995.

²⁹⁶ Como lo señaló Eduardo Jozami en su libro “Final sin gloria. Un balance del Frepaso y de la Alianza”, el documento retoma una propuesta elaborada por Arnaldo Bocco por entonces el principal referente económico del Frente Grande, para salir gradualmente de la convertibilidad. La misma aparece en Bocco, Arnaldo (1995) “Apuntes para un programa económico alternativo” en (Jozami, Eduardo coordinador) *El lugar de la política*, Buenos Aires, El Caminante.

Álvarez y el Frepaso se colocan en un lugar de enunciación más cercano al analista del proceso que a un actor con responsabilidad en haber apoyado la política cambiaria de Cavallo:

Es difícil rebatir que la convertibilidad constituyó un instrumento importante o una de las maneras de construir credibilidad, disciplina fiscal y alejar el fantasma de la hiperinflación. Por eso se convirtió en un tema tabú, intocable y todos quienes osaban discutirla, eran arrojados al lugar de la vuelta al pasado o señalados como profetas de futuras catástrofes. (...) La confusión interesada entre los medios y los fines, o entre los instrumentos y el modelo, llevó a la creencia que el tipo de cambio fijo era, no un mecanismo coyuntural, sino el programa mismo. Esto, todavía hoy, tiene un impacto simbólico, económico y hasta emocional, sobre los comportamientos de los actores económicos y sobre el conjunto de la población todavía fuertemente endeudada. Por eso, hablar de la salida del régimen de convertibilidad conlleva todavía el preanuncio de un escenario de alta complejidad. (...) Es nuestra responsabilidad señalar que hay que ir generando las condiciones para una salida gradual y no traumática del régimen de convertibilidad (...) Hay que considerar que el tipo de cambio es un instrumento de política económica y no define por sí solo, si el programa es viable o inviable, conlleva crecimiento o apunta a metas de desarrollo con justicia social. (...) Es evidente que se debe partir de recuperar la política cambiaria para un esquema de mejoramiento de la inserción de la economía en el mundo, de equilibrio de los precios relativos y una estrategia exportadora con más valor agregado, asociado al producto y a la generación de empleos”.²⁹⁷

Desde esta *nueva* perspectiva crítica, El Frepaso acordó marchas conjuntas con el sindicalismo opositor tanto para reclamar por la autonomía porteña como también en repudio la política económica del gobierno. Como se indicó anteriormente, se constituyeron equipos de trabajo para monitorear políticas nacionales y municipales bajo la denominación de “gabinete de las sombras” y se inició una campaña de presentaciones judiciales de pedidos de amparo para que se inhibieran a las empresas y el Estado de cumplir con los recortes en las asignaciones familiares. Pero lo que marcó un punto de inflexión en la recomposición del vínculo del Frepaso con los sectores medios porteños fue la iniciativa del líder de la fuerza de realizar un apagón contra el “impuestazo” aplicado por el ministro de Economía Roque Fernández. La iniciativa formaba parte, como testimonia Oscar Laborde, de la capacidad de Álvarez para incidir permanentemente en la agenda política de los medios de comunicación:

El apagón fue una cosa extraordinaria, fue una sorpresa para todos porque de la nada Chacho siente que en la sociedad hay un clima que permite hacer una propuesta tan masiva, de esfuerzos y de recursos como fue el apagón. Estábamos Flamarique, Alesandro, Rodil, “Chacho” y

²⁹⁷ Documento del “Primer Congreso Nacional del Frente Grande”, *op.cit.*

yo reunidos. “Chacho” plantea la idea de hacer una propuesta, un cacerolazo no, ya lo hicieron los chilenos, ya no se puede hacer, ‘hagamos un apagón’ dice “Chacho”. ‘Pero “Chacho” cómo vas a convencer a todo el mundo y a la misma hora que la gente vaya y apague la luz’. ‘No, la gente va a ir, es una herramienta para que pelee contra Menem’ dice. Y se dio lo del apagón. Él de la nada con algunas conferencias de prensa y después nosotros convocábamos a la Multipartidaria y vinieron todos. Del partido comunista, vinieron los radicales, vino Terragno, era increíble como el tipo podía imponer escenarios. El FG era un grupo pequeño y eso le daba una gran autoridad porque parecía que él tenía todas las respuestas para ganarle a Menem. Parecía que él permanentemente acertaba: primero con el Pacto de Olivos, después con Bordón, después con el apagón...Yo creo que después para lo que no estábamos preparados era para gobernar.²⁹⁸

Convocado para el jueves 12 de setiembre de 1996 por un Foro Multisectorial que motorizaban Álvarez y Terragno, el *apagón* tuvo una participación importante de los sectores medios urbanos. Desde el espectro político además de la UCR, adhirieron Béliz, Bordón, Solanas y el Partido Comunista. Lo propio hicieron la CTA, el MTA, la Federación Agraria y APYME, entre otras organizaciones sectoriales.²⁹⁹ La convocatoria no era para coordinar un movimiento u organización social, sino simplemente “un gesto de millones de pequeñas acciones sincronizadas que recuperen el protagonismo de la sociedad civil”. Aun cuando nombraba como forjadores de esta convocatoria multisectorial a “vastas fuerzas sociales y políticas” encaminadas a transitar de la “protesta a la propuesta”, eran “los ciudadanos”, “la sociedad civil”, “los que trabajan y buscan trabajo”, los “auténticos emprendedores”, etc., los nuevos protagonistas de la protesta. Poco tiempo después, en abril de 1997 la CTERA instaló en la Plaza de los Dos Congresos una “Carpa Blanca”, donde los maestros ayunaban en reclamo de un aumento del presupuesto educativo y de los salarios docentes. Esta protesta, organizada por un sindicato cuya conducción formaba parte en su gran mayoría del Frepaso, perduró en el tiempo y logró movilizar múltiples adhesiones y participaciones culturales, políticas y sociales, construyendo un nivel de legitimidad que trascendió ampliamente el propio reclamo gremial (Pereyra, 2008: 71). En su origen, fue una protesta sindical, con presencia en la calle, discursos y banderas, visibilidad de un *conflicto* de trabajadores. En contraste con esta expresión de acción colectiva, el *apagón* encontró su esencia en lo efímero, una módica solicitud a los usuarios que

²⁹⁸ Oscar Laborde, entrevista realizada el 31 de julio de 2009.

²⁹⁹ Una encuesta de Gallup publicada durante los días de organización del apagón, indicaba que ocho de cada diez argentinos pensaban que el gobierno era incapaz de solucionar sus problemas, siete de cada diez criticaron la política económica y nueve de ellos manifestaron su desconfianza en la justicia. *Página 12*, 23 de agosto de 1996, p. 6.

desplegaran una acción interruptora del suministro dentro del ámbito doméstico; la protesta no exigía organizarse, movilizarse, debatir, poner el cuerpo, articular acciones, sostenerla en el tiempo y ocupar espacios públicos. Novedosa y entretenida, *por* y *para* el lenguaje audiovisual. Con todo, tanto la *carpa blanca* como el *apagón* contaron con el apoyo explícito de los sectores medios urbanos. Desclasadas en la habitual interpelación discursiva de Álvarez, Fernández Meijide e Ibarra –“la gente”, “la sociedad”, “la ciudadanía”- las clases medias urbanas y, particularmente la porteña, se constituyeron en el gran apoyo electoral del Frepaso.³⁰⁰

El interrogante por el vínculo de las clases medias con lo político ha estado presente en ciertos recorridos de la literatura en ciencias sociales en nuestro país. Los trabajos de Gino Germani orientaron su preocupación por el rol de las clases medias en la construcción de un orden democrático y su capacidad para conducir un proceso de cambio económico y político alternativo al imperante en las sociedades latinoamericanas. Germani le atribuyó un papel importante a las clases medias en la transición hacia la modernización en Latinoamérica y en su proceso de democratización. El surgimiento de las clases medias en la región constituía uno de los resultados de la modernización vinculada con el desarrollo de la economía primaria exportadora. (Germani, 1971, 219). El enfrentamiento de estos sectores con la oligarquía se limitaría a expandir su base de participación política, liderando en algunos casos movimientos multclasistas de carácter populista. Germani advirtió para el caso argentino –pero extensivo también a otras sociedades latinoamericanas- una histórica identificación y dependencia de las clases medias con las elites locales, reflejo de su incapacidad para asumir un rol articulador y liderar un proyecto político transformador en términos estructurales que incorporara a los sectores populares.³⁰¹ Si bien en nuestro país algunas franjas medias vinculadas al Estado se vieron beneficiadas económicamente por el modelo impulsado desde el gobierno peronista en los años '40 y 50', las clases medias en su conjunto no fueron capaces de liderar un proyecto político que incorporara el movimiento popular. Carentes de una cohesión interna, prefirieron

³⁰⁰ Una encuesta de CEOP publicada en Clarín el 26 de septiembre de 1996 indicaba que el electorado propio del Frente Grande respondía a clase media urbana que se había empobrecido –profesionales, empleados, obreros calificados y amas de casa predominantemente, de edades que iban entre 24 y 39 años promedio, con niveles de instrucción secundario y terciario.

³⁰¹ Germani, Gino (1971), *Sociología de la Modernización*, Biblioteca de Psicología Social y Psicología, piados, Buenos Aires.

apostar a las alianzas y acuerdos de coyuntura con sectores antiperonistas más cercanos a su imaginario ético y cultural, reafirmando su debilidad para motorizar un proyecto de cambio y su temor al avance de los sectores populares. Este último factor contribuyó al apoyo brindado a la intervención militar que derrocó del poder a Perón.³⁰²

Entre 1955 y 1965 las clases medias fue objeto de análisis de carácter ensayístico-sociológico desde el campo intelectual de izquierda que observó el fenómeno peronista (Altamirano, 1997, 121). Lejos de concebirla como agente modernizador, la clase media o “pequeña burguesía” fue caracterizada negativamente en la literatura de Hernández Arregui, Jauretche, Jorge Abelardo Ramos y Juan José Sebreli, quienes la definieron por su individualismo, inseguridad, “moralismo” y más en el plano político por su incapacidad para encolumnarse con los “intereses nacionales”, por ser “masa de maniobra para la estrategia imperialista” o por su papel de “freno de la lucha de clases” (Fava-Zenobi, 2009; Adamovsky, 2009). No obstante, para autores como Torre y Altamirano es a partir de 1955 donde las clases medias asumen un inédito protagonismo que las constituye en un actor político relevante hasta entrados los años ‘70. Durante este proceso se plasmó la autoconfianza de las clases medias en su capacidad de acción histórica. En tal sentido, Juan Carlos Torre afirma que “la historia de 1955-1970 es la historia de la clase media. El único sector que se mueve. Los otros sectores defienden posiciones adquiridas (2003: 647). Mientras que para Carlos Altamirano (1997) la clase media, concebida por el campo de izquierda más como (potencial) actor político que como actor social, asumirá el imperativo de un mayor compromiso político, que se vehiculará en un acercamiento a los sectores populares, donde la peronización de la juventud operó como un factor que hacía inteligible dicha proximidad.

El terrorismo de Estado propiciado por la dictadura militar transformó la cultura política y las interacciones sociales en nuestro país. La instalación del miedo, la desconfianza hacia la militancia política y el repliegue en lo privado reemplazaron a la solidaridad, el interés por los asuntos públicos y el entusiasmo por la participación política. A pesar de la expectativa que con el retorno de la democracia concitó la figura de Raúl Alfonsín—por sus modales, su corrección política, su capacidad de llegar con su discurso a la “gente común” (Adamosky, 2009)— los años

³⁰² Sobre el tema ver Nun, José (1970), “El golpe militar de clase media” en (AAVV) *El conformismo en América Latina*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.

80 marcaron un retroceso en el proceso de politización de la clase media reforzándose, a medida que transcurría la década, una perspectiva escéptica en torno a la capacidad transformadora de la acción política. La espiral inflacionaria de 1989 deterioró el vínculo social, mientras que la política económica implementada en los años '90 profundizó la transformación de la estratificación social iniciada durante la dictadura: a medida que crecía la desigualdad, una limitada franja social se vio beneficiada y concentró la riqueza mientras que un arco heterogéneo de grupos sociales se vieron perjudicados por el desempleo, la precarización laboral y la “nueva pobreza”. Cambios que impactaron particularmente sobre sectores de la clase media que vieron perder su posición social. Este proceso de movilización social descendente tuvo su contracara en aquellos “que ganaron”, es decir quienes sostuvieron o mejoraron su posición social y adoptaron estilos de vida sobre la base del consumo y opciones de autosegregación urbana – barrios privados, *countries*- encarnando un determinado modelo de socialización en procura de la homogeneidad social (Svampa, 2001). Este sector apoyó electoralmente la gestión económica del gobierno de Menem.

¿Cómo impactaron estas transformaciones socioeconómicas y culturales en el imaginario de la clase media? Una encuesta realizada en 1998 por un equipo conducido por Ruth Sautu sobre una muestra de doscientos habitantes de la ciudad de Buenos Aires nos permite una aproximación a cierta estructura de valores de ese conjunto social que se constituyó en un apoyo electoral importante para el Frepaso. La encuesta revelaba un marcado desinterés de los consultados por los asuntos públicos: el 78% de los encuestados sostenía una concepción “yoica” de la libertad, centrada en los deseos y en la capacidad de autodirigirse de las personas, pero distanciada de la libertad entendida desde los derechos civiles, políticos, sindicales y desde el interés por el ámbito público. En contraposición con esta visión individualista de la libertad, la idea de igualdad apareció más asociada a lo colectivo –un 55% tiene un idea distribucionista de la igualdad-, aunque también desde una perspectiva escéptica: el 93,5% de los consultados afirmó que no existía en la Argentina la “igualdad de oportunidades” en términos de empleo, riqueza, pero tampoco de acceso a bienes comunes como la salud o la educación. A su vez predominó una concepción negativa de la justicia al emparentar su funcionamiento con la corrupción, la manipulación política, el nepotismo, la ineficacia o la subordinación al poder

económico. La estructura valorativa del universo de clase media consultado proyectaba una relación de desconfianza con la “clase política” (Sautu, 2001).

Ahora bien, sería un reduccionismo definir la relación entre las clases medias y la política en los '90 solamente desde la apatía y la desconfianza. Diferentes sectores de ese conjunto social se manifestaron públicamente contra los efectos del modelo neoliberal. Ezequiel Adamovsky releva el conjunto de organizaciones sociales y productivas de clase media que se movilizaron en todo el país: desde el ámbito rural, los pequeños y medianos productores motorizados por la Federación Agraria intensificaron la protesta realizando en 1993 un “tractorazo” a Plaza de Mayo y al año siguiente un paro nacional agropecuario de diez días en el mes de agosto con cortes de ruta incluidos en el interior del país. A mediados de los años 90 las “Mujeres Agropecuarias en Lucha”, con epicentro en las provincias de La Pampa y de Buenos Aires pero con presencia en otras provincias del país, emergieron en la escena de la protesta nacional reclamando por el freno de los remates de sus campos hipotecados por deudas contraídas ante la falta de rentabilidad de su sector (Svampa, 2005). A nivel urbano, la *marcha federal* de 1994 fue protagonizada por gremios con un fuerte componente de clase media como los gremios estatales y docentes, a los que también se sumaron la Federación Agraria, Fedecámaras y APIME. Adamovsky (2009: 451) reconoce en esta última entidad gremial, representante de las movilizaciones contra la política económica pequeñas y medias empresas de capital nacional, una persistente actitud de resistencia y imperante y, en particular, contra la apertura indiscriminada de la economía y el avance de la flexibilización laboral. Participó además con la CTA y otras organizaciones cooperativas y sectoriales de un documento crítico de las políticas del gobierno y propositivo en cuanto a la viabilidad de una alternativa al modelo económico.

Varias de estas organizaciones en donde participaban sectores de clase media formaron parte de la Multisectorial que promovió el apagón. El mismo expresó el creciente clima de disconformidad contra el gobierno, quien comenzaba a ceder la iniciativa política a la oposición.³⁰³ Renovaba una expectativa que había empaldecido allá por 1994 en torno a la

³⁰³ Seis de cada 10 porteños y bonaerenses que se plegaron al apagón afirmaron que la protesta sirvió para mostrar el malestar de la gente por la situación económica. El jefe del Frepaso fue quien lideró el apagón para un 43% de los consultados, mientras que un 15% en cambio le reconocieron ese papel a Terragno. Quince días después el

construcción de un proyecto político, económico y social alternativo al neoliberal imperante: nuevamente la posibilidad de elaborar una colectivamente una ruptura con el orden neoliberal en un proyecto construido en virtud de la capacidad de articular y expresar a ese conjunto de organizaciones que expresaban a las clases medias, medias empobrecidas y a las clases populares. Pero por detrás de la protesta contra el aumento de impuestos por parte del gobierno, se escondía otro propósito: un acercamiento entre el Frepaso y la UCR para consolidar una fuerte oposición al gobierno; el apagón iluminaba el camino hacia una *alianza antimenemista*³⁰⁴. “Lo pedía la gente”.

7.4. La constitución de la Alianza.

*La gente está diciendo que no puede esperar hasta el '99 y está exigiendo un instrumento más potente, más amplio y más eficiente. Ahí se juega la mayor inteligencia y capacidad de la oposición. Aunque no haya coalición electoral en el '97 es importante que haya un acuerdo transversal de ideas programáticas, porque para gobernar la Argentina en un sentido distinto del programa actual va a haber que construir un amplio consenso”.*³⁰⁵

Carlos “Chacho” Álvarez
“Multisectorial, apagón y después”, *Página 12* (5-9-96)

El radicalismo había sufrido su peor crisis electoral en 1995 cuando quedó relegado al tercer puesto con la candidatura de Horacio Massaccesi y cargaba sobre sus espaldas la sospecha de corrupción en la gestión provincial de Angeloz en Córdoba. El triunfo de Fernando De la Rúa en Capital Federal y la activa conducción de Rodolfo Terragno³⁰⁶ al frente del partido

sindicalismo realizó un paro de dos días que significó una fuerte advertencia al gobierno de Menem. Un día después de que el oficialismo lograra aprobar el pacto fiscal para convertir en ley al aumento de impuestos.

³⁰⁴ Tras el éxito del apagón, un Álvarez envalentonado anunció que “se acabó la era menemista” –“doble crisis de legitimidad: la del modelo y la del liderazgo de Menem”- y no descartó una alianza electoral con el radicalismo, aunque dejó trascender la posibilidad de ampliar la alianza al “liberalismo democrático y a un sector importantísimo del peronismo”. Ver “Se acabó la era menemista”, *Clarín*, 14 de setiembre de 1996.

³⁰⁵ Destacó la necesidad de volver a “colocar la política en el centro como capacidad de conducir lo distinto y defender el interés general para recuperar autonomía respecto de los grupos de presión que operan dentro y sobre el Estado” Ver “Multisectorial, apagón y después”, columna de opinión de Carlos Álvarez, *Página 12*, 5 de septiembre de 1996, p.3

³⁰⁶ Terragno representaba también un nuevo competidor para Álvarez: como él, tenía una importante presencia en los medios de comunicación, acreditaba un fluido diálogo con los empresarios, un discurso de tono “progresista” y

contribuyeron a sacarlo de aquel letargo y volver a disputar el protagonismo de la oposición con el Frepaso. La posibilidad de un acuerdo electoral entre las fuerzas se había explorado por primera vez en agosto de 1995 cuando, como señalamos en el capítulo anterior, Álvarez y Alfonsín se comprometieron a crear una comisión “antimafias” para investigar casos como el del empresario postal Alfredo Yabrán. Dos meses después, aquella posibilidad se materializó electoralmente en la provincia de Chaco, cuando el radical Ángel Rozas ganó las elecciones a gobernador con el apoyo de los dos partidos. En diciembre de ese mismo año, Álvarez planteó en el congreso partidario del Frente Grande Álvarez la necesidad de continuar ampliando la coalición frepasista a aquellos sectores críticos de las formaciones partidarias mayoritarias, en un nuevo guiño al sector conducido por Storani en el radicalismo. A partir de entonces será Graciela Fernández Meijide, entre las figuras más reconocidas del Frepaso³⁰⁷, la dirigente más *aliancista*: la senadora sostuvo, en abril de 1996, que la posibilidad de una alianza con la UCR “era una utopía posible”. (Ollier, 2001: 67).

Aun cuando Álvarez había planteado la necesidad de ampliar la coalición, sus acciones, al igual que las de Auyero, se orientaban más a capturar un sector del voto peronista. Varias de sus intervenciones públicas durante 1996 marcaron distancia de una alianza con la UCR y hasta llegaron a acusar al centenario partido de complicidad con el menemismo por la presunta obstaculización de Enrique Nosiglia y César Jarovslavsky para que el Congreso no investigue a Yabrán. Durante la campaña electoral por la jefatura a gobierno porteño Álvarez había llamado a “derrotar a los viejos partidos”, reformando uno de los rasgos constitutivos del Frente: la de una fuerza *alternativa al bipartidismo*. Buscando polarizar con De la Rúa, señaló que en la ciudad el adversario no es el menemismo sino “la mediocridad y la cultura del ni”. En este marco, desmintió una alianza con el radicalismo para el ‘97 “No hay que alimentar expectativas que confunden, porque la gente perdería claridad en cuanto a la identificación de la fuerza en el sistema político. (...) La suma de la UCR más el Frepaso no garantiza nada, lo que hay que lograr es quebrar la base de adhesión del peronismo”³⁰⁸

ostentaba el pergamino de ser el único dirigente de la oposición que había debatido públicamente con Domingo Cavallo.

³⁰⁷ También Aníbal Ibarra compartía el acuerdo con el radicalismo.

³⁰⁸ “Hipocresía”, entrevista a “Chacho”, *Página 12*, p. 25 de mayo de 1996, p. 8

El punto de inflexión en la disposición a comenzar las negociaciones se dará a partir del éxito del *apagón*, donde Álvarez declara que “no descarto en absoluto una alianza electoral”, posición que se reorzó cuando junto con Rodolfo Terragno, el dirigente radical que más activamente apostaba por un acuerdo con el Frepaso, organizaron el foro *Multisectorial* que además del *apagón* ya mencionado organizó un cacerolazo contra el aumento de tarifas telefónicas en febrero de 1997. En un reportaje concedido a *Página 12* en noviembre de 1996 marcaba explícitamente su nueva vocación aliancista con miras a derrotar electoralmente a Menem:

Si en esta situación de crisis, con la acumulación de indignación social, con el grito furioso de sacarse a Menem de encima, con el *apagón*, con las huelgas, no se vence al PJ, se consolida la idea de la “invencibilidad del peronismo [...] si no hay alianza en 1997 no hay alianza en 1999 (*Página 12*, 24-11-96).

Repentino en su decisión, Álvarez pasó a pilotear el acercamiento a la UCR que antes impulsaba Meijide³⁰⁹: envalentonados por la repercusión del *apagón* y el paro sindical, el Frepaso y la UCR propusieron una sesión en la Cámara de Diputados para obligar al oficialismo a discutir sobre el desempleo, a la cual el justicialismo se negó a dar quórum pero de todos modos hicieron una sesión en minoría. Con esta acción, Álvarez –y en menor medida Terragno– apostaron a que el Parlamento operara como caja de resonancia de la protesta opositora. La posibilidad de una alianza opositora también era ponderada por amplios sectores de la “opinión pública”.³¹⁰ Históricamente refractario a las coaliciones electorales, el radicalismo temía que una alianza con el Frepaso afectara su identidad partidaria y le confiriese a la fuerza de centroizquierda un lugar estelar. Pero por otra parte, el acuerdo le permitía un reposicionamiento no sólo en términos de oposición política sino también de competitividad electoral. Fuertemente resistido el acuerdo por las estructuras dirigenciales del interior del país y por el ex gobernador de Córdoba Eduardo Angeloz, otras corrientes internas preferían el

³⁰⁹ Un acercamiento propuesto por Álvarez fue la discusión común del presupuesto y, en el marco de la *Multisectorial*, la concreción del Consejo de la Magistratura, la defensa del Banco Nación y de Yaciretá.

³¹⁰ La mayoría de los porteños y de los bonaerenses estaban de acuerdo de una alianza electoral entre UCR y Frepaso para las legislativas de 1997 porque pensaban que era “la herramienta para forzar un cambio en la política económica y para controlar la corrupción”. Consideraron además que “ninguna fuerza de oposición por sí sola podría garantizar la gobernabilidad en el posmenemismo”. Así lo revela una encuesta del estudio Graciela Romer, realizada en la Capital y el Gran Buenos Aires durante la última semana de octubre. Ver *Clarín*, 26 de noviembre de 1996.

diálogo pero mantener la independencia, mientras que dos de las referencias más importantes en el partido como Raúl Alfonsín y Fernando De la Rúa se pronunciaron con ambigüedades. En suma, el entusiasmo por el acuerdo electoral se limitaba al presidente del partido Rodolfo Terragno y en menor medida a sectores ligados con el diputado Federico Storani.

Los desacuerdos entre ambas fuerzas giraban en torno a quién conduciría la Alianza y cómo se conformarían las listas. Álvarez aspiraba a que el Frepaso capitalizara el rédito de haber formulado una amplia convocatoria para enfrentar al menemismo. Así, condicionó a la UCR a que el acuerdo se concrete en todo el país y no sólo en Capital, como alentaba Terragno. Al sostener que la alianza tenía sentido si se la nacionaliza, Álvarez buscaba cerrar una negociación que favoreciera ampliamente a su partido dada su escasa estructura territorial y su mínimo capital de poder institucional. Tras las reticencias del radicalismo a labrar un acuerdo nacional³¹¹ Álvarez expresó su molestia por lo que consideró un “doble discurso del radicalismo” pero instó a su fuerza a “tener la audacia de conducir la coalición” en virtud de que ésta era “la mejor herramienta para derrotar a la “coalición menemista liberal (*Clarín*, 8-12-96).

La propuesta proaliancista quedó cabalmente reflejada en la posición asumida por la dirigencia en el Primer Plenario Nacional del Frepaso: allí se reconoce que un “partido solo no alcanza para garantizar la transformación” y que un nuevo “bloque de poder democrático” debe “comenzar a gestarse ya”. Pero se advierte sobre los riesgos de que esa convocatoria se convierta en una “mera sumatoria electoral o acuerdo de cúpulas partidarias” y, a la vez, que ese proyecto “programático y de mayorías” asuma el desafío de una “nueva estatalidad”, un “Estado con poder para regular al mercado” pero que deje atrás el “estado burocrático y clientelístico”, caracterización prototípica de los principales dirigentes del Frepaso sobre la formación estatal previa a las transformaciones neoliberales. Los lenguajes de ese nuevo poder “democrático” aparecen despojados de la opacidad de lo político: “construcción de consensos transparentes”, “concertación”, “acuerdos programáticos”, “armonización de conflictos y desajustes”, “nuevo contrato social”. Pero, por otro lado, se repone en cierto modo el llamado a que la fuerza se constituya un núcleo articulador de diferentes actores y clases, quizás como un

³¹¹ La Convención Nacional del radicalismo convocó a un “amplio acuerdo social político y económico” contra el menemismo, pero dejó a criterio de cada distrito la decisión de conformar alianzas con el Frepaso y otras fuerzas opositoras.

reconocimiento tardío a la potencialidad disruptiva que despuntó con la Multisectorial, el apagón, la carpa docente y las huelgas gremiales: así se propone “un proyecto que exprese un marco de pertenencia común, un horizonte y un futuro compartido, tanto a la clase media como a los sectores populares y excluidos por las políticas neoliberales. Estamos proponiendo una articulación de los nuevos actores económicos y sociales, la movilización de la opinión pública, la participación más activa de los ciudadanos en un espacio abierto, plural, democrático, vertebrado a partir de una coalición política, que proyecte con fuerza y convicción la formación de un gobierno y un proyecto distinto”. El convocante desafío de “volver a situar la política al mando de la economía” pero con la repetida prevención de no caer en el “voluntarismo ni la tentación populista”.³¹²

En el radicalismo, un denominador común entre las corrientes favorables y más remisas al acuerdo era que debía ser ese partido quien condujera la coalición. Asimismo, pugnaban por definir los cargos legislativos mediante una interna abierta para hacer valer su importante estructura a nivel nacional. En el Frepaso en cambio se buscaba negociar sobre la bases de los indicadores de imagen provistos por las encuestas de opinión, que claramente favorecían a Álvarez y Fernández Meijide. Nuevamente una jugada del líder freparista modificó sustancialmente el escenario: propuso el pase de Graciela Fernández Meijide a la provincia de Buenos Aires para encabezar la lista de diputados nacionales, mientras Álvarez haría lo propio en Capital Federal. Esta decisión que en términos electorales volvía a relegar al tercer puesto al radicalismo, fue determinante para la concreción del acuerdo. También alteró los pronósticos optimistas del gobernador Eduardo Duhalde, quien desde hace tiempo se postulaba como el “sucesor natural” de Menem y para quien una derrota en su propio bastión electoral afectaría considerablemente sus posibilidades electorales para el '99. Después de varias reuniones donde se definieron cargos legislativos y se consensuó un sistema de internas abiertas para la resolución de la fórmula presidencial con vistas a las elecciones de 1999, el acuerdo legislativo y

³¹² *Construir el futuro*, Documento de debate para el Primer Plenario Nacional del Frepaso, diciembre de 1996, p.17 y ss.

programático se concretó y se hizo público el 2 de agosto de 1997, conformando la “Alianza por la justicia, el trabajo y la Producción”.³¹³

La mayoría de los entrevistados señalaron haber estado en contra de la constitución de la alianza con el radicalismo, con la excepción de los más orgánicos al líder. En algunos casos, se señalaba el riesgo de erosionar la credibilidad política que había capitalizado el Frepaso en la sociedad ante un acuerdo con un partido que estaba en declive tras el pacto de Olivos. Para otros, la decisión amenazaba con clausurar la búsqueda de una articulación con las bases del peronismo como con dirigentes de este partido críticos del menemismo. Operaba en contra de la promesa “renovadora” que discursivamente comportaba la fuerza. Así lo plantea Jozami:

La Alianza fue un error. Había una presión muy fuerte por hacer la alianza para que Menem no fuera reelecto. Pero creo que cuando se dice eso se olvida señalar algunas cosas. La primera es que esa cuestión se daba sobre todo en la Capital, donde además estábamos la mayor parte de los dirigentes del Frepaso. Donde hay un electorado muy radical que había votado por el Frepaso cuando el radicalismo hizo el pacto de Olivos, y entonces la alianza para ellos eran lo mejor, porque era la manera de seguir siendo radicales y seguir acompañando al Frepaso. Pero no parece que en todo el país fuera exactamente la misma presión para construir la alianza. Por otro lado la alianza nos hacía renunciar a seguir convocando a las bases del justicialismo, que además “Chacho” Álvarez y en general nosotros, pero él particularmente, tenía mucha llegada al PJ. Pero más allá de eso, creo que lo que se pierde con la alianza, es la idea de cuál es nuestro rol como partido que viene a renovar la política en la Argentina. Al fin de acabo nos aliamos con el más tradicional de los partidos argentinos Y además ahí se pone de manifiesto la tremenda falta de criterio democrático en la discusión de estas cosas. Esto debería haber sido un gran debate en el partido, no existió absolutamente nada.³¹⁴

Mary Sánchez comparte el error de excluir a las bases justicialistas de un proyecto político coalicional:

La alianza con el radicalismo es producto de no haber hecho otra construcción política, es un manotazo del final y responde a supuesta exigencia de la sociedad. Es “lo que quiere la gente”. Por eso el problema no es la alianza, sino en qué condiciones la hicimos. Porque ni siquiera tenés a la CTA, orgánicamente. Ni siquiera un pedazo de movimiento obrero. Ni siquiera un pedazo de peronismo, ni hablemos, que en este país no se puede pensar en nada sin el peronismo.³¹⁵

³¹³ Se acuerda conformar listas conjuntas encabezadas por Álvarez y Fernández Meijide en Capital Federal y provincia de Buenos Aires respectivamente y alternar en la constitución de las listas con un miembro de cada partido. El radicalismo encabezó las mismas en Chaco, La Rioja, Santa Fe, Misiones, Tierra del Fuego, Entre Ríos, Santiago del Estero, Salta y Corrientes, En tanto en provincias donde el radicalismo gobernaba y era fuerte como Córdoba, Chubut y Río Negro se negó a la concreción de la Alianza en sus distritos.

³¹⁴ Eduardo Jozami, *op. cit.*

³¹⁵ Mary Sánchez, *op. cit.*

La falta de participación en la decisión también es subrayada por Héctor Polino:

Yo asistí a una reunión del FG que se llevaba a cabo en ese momento en el sindicato de aeronavegantes y me acuerdo que había cuestionamiento de alguna gente del FG, escuché un rato, había muchos que no querían hacer la alianza con el radicalismo y fue el “Chacho” el que se impuso, bloqueó toda la discusión, bloqueó que esa discusión se profundizara y selló la alianza con el radicalismo. Y el partido socialista no participó de esa decisión.³¹⁶

En el riñón del “chachismo” en cambio, con diferentes matices niegan que no haya existido debate:

Se debatió. Se debatió. No se debatió digamos un mes, se debatió cinco días, casi un fin de semana y dos días más. (...) Lo que nos terminó definiendo fue que si Menem ganaba la elección del 97, no había discusión sobre el 99. Había otro gobierno PJ, Menem o Duhalde. Entonces para evitar eso que era inexorable había que juntarse con el radicalismo. No pensar una construcción de acá a ocho años, sino bueno, la elección presidencial que viene, eso fue el motivo de la Alianza. Y sobre todo que en los dos grandes distritos, Capital y provincia, nos podía venir muy bien porque se iba a dar como evidentemente se dio, que el primer candidato iban a ser del FREPASO, “Chacho” en Capital y Graciela en la provincia con lo cual aparecía como una supremacía del Frepaso sobre el radicalismo. Cosa que fue así en la elección pero después se dio vuelta. (...) La Alianza simbólicamente fue más cercana al Frepaso que al radicalismo pero después perdimos esas posiciones.³¹⁷

Irma Parentella se ubica entre aquellos dirigentes que apoyaron sin entusiasmo la decisión de Álvarez:

Había una cosa de exitismo y de no plantarnos y decir nosotros no podemos avanzar más de esto. El menemismo venía retrocediendo, y habíamos hecho una elección importante con Bordón-Álvarez, la gente en la calle nos decía siempre júntense, júntense, júntense con los radicales. (...) Pero lo cierto es que a la Capital Federal le gustaba mucho De la Rúa, al político que parecía serio, honesto. Entonces la idea era que con la crítica al menemismo y sumándose a los radicales, podíamos salir adelante. Yo creo que fue el error más importante. Los que estábamos un poco más abajo en la capacidad de decidir, aceptamos pero no estábamos muy de acuerdo y, a su vez, como todas las movidas que veníamos haciendo salían exitosas electoralmente, también es como que vos decís tengo que darle un voto de confianza a la persona que decide. Ahí teníamos una reuniones que lo criticaban mucho a “Chacho” por esto, muchos porque no quería saber nada con los radicales. Otros porque temían que nos pasara esto.³¹⁸

³¹⁶ Héctor Polino, *op. cit.*

³¹⁷ Darío Alessandro, *op. cit.*

³¹⁸ Irma Parentella, *op. cit.*

El “microclima porteño” emerge como variable explicativa de la decisión aliancista por parte de Álvarez, según relatan algunos dirigentes muy cercanos en la actividad partidaria al líder en el momento en que se toma la decisión. Así lo expresan Fernando Melillo y Oscar Laborde, respectivamente:

A mí me influyó mucho algo que lo influyó muchísimo a “Chacho”. Justamente todo el 97 yo estaba todos los días mucho con “Chacho”, en la calle, hablando en los bares, y la verdad de diez personas que nos cruzábamos en la calle, “Chacho”, “Chacho”, nueve nos decían hagan la alianza, esta es la verdad. “Chacho” siempre tuvo un matiz, decía hay que hacer lo que la gente pide pero también hay que llevar a la gente. Pero esa vez creo que lo influyó muchísimo el clima, ya te digo había intelectuales que por formación podían tener más que ver con la idea de una alianza con los radicales que le decían no “Chacho”, el aparato radical te va a matar. Desde la política de decir sigamos con el Frepaso, hasta que estemos en condiciones de gobernar, el más claro opositor a la Alianza fue Rodil.³¹⁹

Había una vorágine de éxitos, de crecimiento, de aparición en los medios, de cargos y un respaldo en la gente que digamos nos impidió tomar los recaudos para pensar. La mayoría no estaba de acuerdo con la Alianza. Ahora nadie o muy pocos se lo dijimos. Para ser sincero, en los bares, pero también en las regiones, en las provincias no había una convicción. Pero también es verdad que nadie le hizo oposición a “Chacho”. (...) Yo estaba muy cerca de él en ese momento porque era su secretario de prensa. El día que fue a verlo a De la Rúa fui yo con él. Esa parte la conozco. “Chacho” es un tipo que tiene una gran gestación de ideas propias, y cuando la vuelca al colectivo la tiene tan elaborada, las preguntas, las respuestas, era muy difícil contrarrestarlo. El acuerdo con los radicales se veía venir cuando planteamos el apagón, “Chacho” ya lo tenía en mente. Lo hacemos con Terragno especialmente que era el presidente del partido. Y después él lo tira en la mesa del Frente y lo hace público.³²⁰

Rodolfo Rodil era el referente de *Encuentro Popular*, la fuerza que originalmente lideró Luis Brunati. De origen peronista, Rodil integraba en los últimos años junto con Darío Alesandro y Alberto Flamarique el entorno político más estrecho de Álvarez, sin formar parte del orgánico “chachismo”. De acuerdo al testimonio de varios entrevistados, fue uno de los pocos dirigentes y el que más claramente le planteó a Álvarez los riesgos de acordar una alianza con los radicales, en aquella única reunión en el Sindicato de Aeronavegantes donde el líder frepasista comunicó su decisión:

Yo le comenté dos cosas que fueron finalmente las que pasaron: que la UCR era una estructura a la cual, aún en su debilidad, nosotros no teníamos ninguna posibilidad de imponerle una lógica. Y la segunda era que nosotros no íbamos a poder resistir (porque la alianza se concreta en el 97, y en ese año nosotros íbamos a encabezar la lista de diputados por la provincia de Buenos Aires y por la capital con Graciela y con “Chacho”, lo cual en

³¹⁹ Fernando Melillo, *op. cit.*

³²⁰ Oscar Laborde, *op. cit.*

principio aparecía como una gran victoria) una alianza que se construye sobre la base de los dos principales candidatos de la fuerza más pequeña. Y le digo entonces a “Chacho” que yo creía que ni él ni nadie iba a poder evitar las internas abiertas para las candidaturas presidenciales al 99, y que ahí sucumbíamos nosotros frente al radicalismo, que no nos asistía ninguna posibilidad a nosotros de construir un dispositivo donde aparezcamos como la fuerza que impone el candidato a presidente en esa coalición. Y que creía que si nosotros nos manteníamos al margen, aunque ganase Menem las elecciones de medio turno, íbamos a quedar muy bien posicionados para las próximas elecciones. Bueno por supuesto que los que estaban de acuerdo conmigo callaron, algunos tibiamente sostuvieron la posición de “Chacho”, que era muy graciosa, la verdad es que mi posición era mucho más sólida que la de él en términos de debate político, no en términos del poder. El principal argumento de “Chacho” para justificar la alianza, era un gesto. Nos decía: “no, porque yo salgo de acá y la gente me dice (une los dos índices como señal de unión), porque él era mucho de palpar la sensibilidad de la calle (...) Entonces yo le dije que no estaba de acuerdo pero si la fuerza decidía hacer la alianza yo iba a ser el que más iba a militar para que la alianza gane. (...) Y lamentablemente esa vez tuve razón yo.”³²¹

Inmediatamente constituida, los principales dirigentes de la Alianza salieron a consagrar la ley de bronce del modelo económico menemista: la convertibilidad: "Vamos a entrar al 2000 con la convertibilidad", aseguró el principal referente económico de la coalición, José Luis Machinea (Clarín, 2-2-1997), mientras que Álvarez y Terragno aseguraron en una reunión con empresarios estadounidenses que “la estabilidad no se toca” (Clarín, 2-10-1997). Dos meses después, en las elecciones legislativas de octubre de 1997, se concretaba por primera vez uno de los deseos más anhelados por Álvarez, motivo principal de la concreción de la Alianza: *derrotar a Menem*. En efecto, la Alianza se impuso al justicialismo a nivel nacional, obteniendo una victoria muy importante en la provincia de Buenos Aires, donde Graciela Fernández Meijide se impulsó a Hilda “Chiche” Duhalde por siete puntos (48,3% a 41.3%). Tras la elección, la diputada electa afirmó que “la gobernabilidad está asegurada” (Clarín, 28-10-1997).

Analizamos el período que va desde la elección presidencial de 1995 hasta la constitución de la Alianza y su triunfo en las legislativas de 1997. Una de las dimensiones problemáticas que recorre esta etapa es la disputa por el liderazgo del Frepaso. Esta vez no solamente mediada por una cuestión de competencia personal sino por la discusión sobre el

³²¹ Rodolfo Rodil, entrevista realizada el 4 de mayo de 2011.

modo en que debía crecer el Frepaso en el futuro. La gran posibilidad para incorporar experiencia de gestión se desperdició con la negativa de Álvarez a candidatearse como jefe de gobierno porteño, reviviendo el fantasma de su precandidatura presidencial: desconfianza en su capacidad de administración, sumado al temor por una segunda derrota y al fastidio ocasionado por ser una demanda proveniente de Bordón. El apoyo unánime de Álvarez a La Porta, un candidato que evidenciaba serias limitaciones para doblegar a De la Rúa, distanció a los líderes de la fuerza y le permitió a Bordón una vez más avanzar sobre las decisiones de Álvarez instalando el conflicto en torno a la conveniencia de incorporar un sector peronista resentido del menemismo. El modo soberbio y personalista en que se resolvió el desacuerdo –la ruptura de la sociedad- revelaban nuevamente las dificultades de Álvarez para procesar los disensos orgánicamente, aun cuando en este caso el equívoco corriera por cuenta de Bordón. La *postura ética* fue el instrumento al que Álvarez apeló tanto en el sostenimiento de La Porta –“respetar la palabra empeñada” como en su pelea con Bordón –“se necesita coherencia y respetar las estructuras partidarias”.

Con el aumento de la desocupación y la intensificación de la crisis social durante 1996, la dirigencia del Frepaso retomó una lectura crítica sobre el plan económico y planteó la necesidad de pensar al Estado como lugar de “orientación estratégica de la económica”. Con Graciela Fernández Meijide como exitosa figura electoral, el Frepaso continuó avanzando sobre la coyuntura política sin completar el postergado proceso de institucionalización, alentando el mismo Álvarez y su entorno experto el *partido de opinión*, como tipo ideal para configurar una fuerza política “moderna”. Los efectos simbólicos del *apagón* y la efímera vida de la Multisectorial fueron utilizados por Álvarez no para reafirmar un proyecto político alternativo que articulara diferentes actores del campo sindical, profesional, cooperativo, sino para marcar los límites del Frepaso como fuerza política alternativa y apostar a un acuerdo electoral con el *viejo radicalismo*, que sin grandes esfuerzos ni legitimidades ganadas en la sociedad resurgió nuevamente de las cenizas en lo que fue una generosa concesión a uno de los actores del bipartidismo, sistema contra el cual el Frente Grande había luchado y forjado su propia identidad política. Con la promesa de no modificar la convertibilidad ni los grandes lineamientos

del modelo económico neoliberal, se constituía la Alianza, una opción razonable si la utopía era derrotar electoralmente a Menem; equivocada si la apuesta era construir *otro país*.

Apéndice

Los textos del Frepaso. Intelectuales e intervención política

Hasta acá hemos analizado el proceso político que se inicia -tomando como antecedente al “Grupo de los Ocho”- en el Frente Grande, se transforma con la experiencia del Frepaso y cierra su ciclo, como tercera fuerza que amenazó al sistema bipartidista argentino, en el acuerdo con la Unión Cívica Radical que dio lugar a la Alianza. En ese corto pero intenso periplo que estuvo atravesado de disputas, desaveniencias, la distancia con actores sociales y sindicales, destacadas performances mediáticas y creciente apoyo electoral, los intelectuales tuvieron una importante participación: en algunos casos como asesores –incluso hasta el ocaso de la Alianza-; en otros, acompañando con entusiasmo la expansión de la fuerza y promoviendo ciertas discusiones desde los colectivos editoriales más cercanos al espacio de centroizquierda. Adoptando como corpus las intervenciones en las revistas *El Ojo Mocho*, *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista* pero también algunos libros y artículos destinados a analizar la evolución del Frente Grande y del Frepaso, nos interesa ahora examinar qué tipo de discusiones teórico-políticas, cuestionamientos y proposiciones se fueron forjando a la luz del vértigo con el que creció la fuerza frentista, así como también sobre qué temas estos intelectuales o parte de ellos se mantuvieron en silencio u omitieron considerarlos como medulares en la agenda programática de una fuerza que se definía como “progresista”.

1. Intelectuales, política y democracia

Durante las dictaduras militares que asolaron América Latina en los años 70 instaurando el disciplinamiento y resquebrajando el lazo social, también el vínculo entre intelectuales y acción política sufrió transformaciones. Hasta entonces, los intelectuales habían sostenido una tradición de intervención en el espacio público mediante la crítica al poder o la vocación hacia la acción política orientada al cambio social en nombre de valores como la solidaridad, la libertad o la justicia social. En la interacción con otros ámbitos el intelectual trazó otros recorridos de la

experiencia social y convocó a colectivos más amplios que los tradicionales públicos de referencia: el partido, la nación, el pueblo, el proletariado (Sarlo, 1985: 4). Confinada a la producción académica con la instalación de diferentes gobiernos autoritarios, la reflexión sobre la política fue adquiriendo un carácter más estructural a partir de análisis que adoptaban al *Estado* y a las matrices socioeconómicas como objetos de estudio -modelos de acumulación, reproducción del orden capitalista, reconfiguración de clases sociales y alianzas de clase, calidad técnica de la burocracia pública- En esta perspectiva se incluye la producción teórica de la corriente dependientista pero también los innovadores estudios iniciados por Guillermo O'Donnell (1982) sobre la emergencia de un nuevo tipo de estado capitalista que acuñó como *Estado burocrático-autoritario*. Pero como señala Cecilia Lesgart, esta lectura de corte estructuralista sería desafiada por otra que reivindicaría mayor *autonomía* para la política y de este modo enfatizaría en sus estudios dimensiones más institucionales desde las cuales reflexionar sobre la misma. Esto es, el desafío de pensarla más en términos de régimen, sistema, actores, normas y reglas y menos desde una lógica tributaria al accionar estatal o como reflejo-resultado del ordenamiento económico. Según esta autora, será la *democracia* como concepto, idea o categoría analítica la que organizará una renovación teórica en la agenda de las ciencias sociales de la región hacia finales de los años 70 y comienzos de los '80 (Lesgart, 2003: 109).

La política entendida como *producción de un orden* democrático implicó en la Argentina del retorno a la democracia una empresa teórica en la que se embarcaron algunos intelectuales con trayectoria en la izquierda e influencia gramsciana, integrantes algunos de ellos, años atrás, del colectivo político-cultural *Pasado y Presente*¹. Apostaron por la intervención en el espacio público-institucional como asesores del presidente Raúl Alfonsín.² La cultura política, las reglas, los procedimientos, la competencia partidaria, el Estado de Derecho, los derechos de la ciudadanía, el régimen político, se fueron constituyendo en temas prioritarios para estos intelectuales, abonando así una perspectiva *institucionalista* ("pacto democrático",

¹ Nos referimos a Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola, mentores del grupo *Esmeralda* y fundadores, junto con el grupo *Punto de Vista*, del Centro de Cultura Socialista.

² Para un minucioso análisis de las reorientaciones político-ideológicas de estos intelectuales ver Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y presente*, Buenos Aires, Siglo XXI.

“reforma política”, “governabilidad”) en la lectura que realizaron de la transición democrática en el país.³

La renovación peronista también tuvo, con la revista *Unidos*, su propio espacio de debates e intervenciones intelectuales desde el cual examinar críticamente a su propio partido pero también situarse como interlocutores privilegiados en el proceso de reconstrucción del *orden democrático* que impulsaba el gobierno. Los intelectuales de UNIDOS⁴, que se proponían dotar de nuevos significados la relación entre peronismo y democracia incorporando –aun con tensiones- valores del liberalismo político a la concepción nacional y popular de su propia tradición política (Garategaray: 2009: 6), impulsaron el debate ejerciendo la crítica en un doble movimiento: por un lado, acusando de “autoritaria” y “retrógrada” a la conducción política del peronismo –responsable de la derrota en 1983 frente al radicalismo–, por su escasa vocación por el pluralismo democrático y su incapacidad por ocupar el espacio de la “representatividad popular” que expresaba, aunque “sólo en la coyuntura”, el alfonsinismo. Por otro lado, combatiendo el “posibilismo” alfonsinista, el carácter “procedimentalista” y “formalista”, “liberal” de la democracia impulsada por el líder radical⁵, para oponer una concepción de

³ El conjunto de ideas que abonaron a la perspectiva institucionalista mencionada están presentes en el artículo de Portantiero y De Ípola, “Crisis social y Pacto democrático” publicado en *Punto de Vista*. Allí los autores sostenían que “la única metáfora fundadora de un orden político democrático a la altura de la diversidad de los proyectos que en su estallido constituyen la crisis, es la clásica: la del pacto. En esta dirección, la democracia se coloca, rigurosamente, como una utopía. Pero no como una utopía de sociedad perfecta, transparente, sino como una utopía de conflictos, de tensiones y reglas para procesarlos. En esto consiste el orden democrático, como esfera autónoma, irreductible a la esfera económico-social aunque pueda precisarse una mayor afinidad entre ciertos órdenes económico-sociales y la democracia. Pero la relación no es necesaria sino contingente” Portantiero, Juan Carlos, De Ípola, Emilio (1984), “Crisis social y pacto democrático”, *Punto de Vista*, N° 21, agosto, p. 15.

⁴ La revista UNIDOS se publicó desde mayo de 1983 hasta agosto de 1991 y fue dirigida hasta el N° 20 por Carlos “Chacho” Álvarez, quien fue reemplazado tras asumir el cargo de diputado nacional por Mario Wainfeld. Integraban su staff Norberto Ivancich, Arturo Armada, Salvador Perla, Carlos Mundt, Adolfo Rimedio, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Felipe Solá, Horacio González y Hugo Chumbita, entre otros. Llegó a tener una tirada de 3000 ejemplares en pleno con el ascenso del peronismo renovador y alternó su periodicidad entre salidas bimestrales y cuatrimestrales hasta editarse casi una vez por año desde octubre de 1988 hasta su último número. Para un análisis del posicionamiento de la publicación en el debate interno del peronismo, ver Garategaray, Martina (2009), “Peronismo y democracia. La revista *Unidos* en el debate”, Programa Buenos Aires de historia política del siglo XX. Disponible en internet en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/garategaray.pdf>

⁵ En referencia a la gestión de Alfonsín y su ideal de democracia, Álvarez desarrolla una perspectiva muy crítica en abril de 1986 calificándola como una democracia “sin contenidos” aun cuando le atribuye al presidente el mérito de garantizar la “convivencia democrática”: “¿Por qué no reconocer que su único éxito no imaginario es el imperio de la Constitución y sus garantías? Siendo así se podrá pensar más claramente en la síntesis que precisa el país: la democracia formal alfonsinista y la democracia social del peronismo. (...) El anodino discurso de Alfonsín es un baño refrescante que hace de la democracia un fin en sí misma y apunta a que los argentinos aprendamos a convivir en

democracia “sustantiva”, con anclaje en el “pueblo” y las “mayorías nacionales” (*ibid.*: 4), capaz de “transformar la sociedad”. El director de *Unidos*, Carlos “Chacho” Álvarez, sintentizaba el proyecto que debía impulsar el peronismo en estos términos:

[...] Una propuesta de democracia nacional y popular, superadora de la opción liberal-popular y diferente de la del nacionalismo elitista y autoritario, necesita para su despliegue profundizar un diagnóstico de la sociedad que nos permita actualizar el conocimiento sobre la composición, las características, los comportamientos y las expectativas de los actores sociales, sobre los que debe operar aquella propuesta. Significa definir con precisión a los enemigos de la Nación, o sea los sectores que objetivamente se benefician de nuestra condición de país periférico y dependiente. Esto implica devolverle claridad al concepto de oligarquía (*Unidos* N° 3, 1984: 3)

El triunfo de Menem en las elecciones presidenciales de 1989 generará autocríticas tanto en *Unidos* - que había apostado claramente a la precandidatura de Antonio Cafiero en las elecciones internas de 1988-, como en *La Ciudad Futura*, la necesidad de revisar ciertas categorías teóricas y la sensación de estar ante una “crisis de los sentidos políticos que habían vertebrado la visión de la política durante décadas” (Reano, 2010: 235). En el caso de *La Ciudad Futura*, luego de que la conducción de la revista reconociera como un error, una “exageración politicista”, la autonomía de la dimensión “política institucional” respecto de las dimensiones social y económica,⁶ el eje de discusión entre sus integrantes habituales y colaboradores se desplazó hacia la necesidad de *construir un espacio de centroizquierda* donde convergieran las diferentes corrientes del partido socialista, capaz de articular un proyecto “pluralista y democrático”. Así, en el número 22, un suplemento especial denominado “Las posibilidades y límites de la centroizquierda en la Argentina”, los editorialistas afirmaban:

El actual debate sobre las posibilidades de construcción de una corriente política de centroizquierda arranca de una comprobación imposible de ocultar: las profundas limitaciones del radicalismo y del peronismo para implementar políticas de reformas de

el disenso. Lo cual es necesario, pero insuficiente e ilusorio si no se acompaña de una acción de gobierno que despegue al país del "congelamiento" en la miseria y la injusticia social. Si el formalismo democrático se convierte en una dieta rigurosa y sigue excluyendo realizaciones en el campo económico y social, la sociedad seguirá conflictuada y en ebullición y se correrá el riesgo de que termine engendrando proyectos subversivos a izquierda y derecha, frustrándose el loable propósito de educarnos para la convivencia. Me pregunto en fin si democracia formal, justicia social y desarrollo económico no son interdependientes. Se está gestando una dualidad conflictiva entre el estilo y los hechos políticos, de cuya responsabilidad el gobierno no se exime echándole la culpa a la deuda externa y otras situaciones heredadas”, Álvarez, Carlos (1986), “El peronismo: una batalla por la significación”, *Unidos*, N° 9, abril, p.2

⁶Véase *La ciudad futura* N° 17-18., Buenos Aires, 1989, p. 3.

clase sentido progresista. Pero la creación de una corriente que aspire a ocupar el espacio de una gran fuerza reformadora supone asumir el desafío de elaborar programas, propuestas y estrategias a la altura de un vertiginoso cambio de época. Sin esta profunda y radical reconstrucción cultural de la izquierda democrática Argentina resulta imposible un proyecto capaz de romper con la lógica del esquema bipartidista y crecer como un factor gravitante en la formación de un bloque social y político alternativo (NE. LCF N° 22, 1990: 9)

En el inicio de ese debate que la revista promovía, Emilio de Ípola, en un comentario sobre el libro de Carlos Auyero, titulado *“Desde la Incertidumbre*, sitúa sus críticas a la centroizquierda en la persistencia de una cultura política reincidente en el *internismo* y la fragmentación de los partidos y corrientes que se ubican en ese espectro político-ideológico, así como también subraya la presencia conflictiva en la identidad de centroizquierda del “registro populista o nacional-popular”. En este último punto, de Ípola cuestiona uno de los argumentos centrales de Auyero, que es la necesidad de “articular una propuesta ideológica, política, social y económica estructurada en torno a la tradición nacional-popular que no incluya en su conformación a la tradición liberal, por considerarla responsable de una democracia “restringida”, “puramente institucional” (LCF N° 22, 1990: 10). De Ípola discute este argumento al considerar que la tradición nacional-popular no es la única que define “nuestra experiencia histórica” sino que “varias expresiones partidarias o movimientistas de raigambre socialistas se han inspirado en principios liberales, fundamentales para entender la “idea democrática en el mundo occidental europeo y americano” (*ibid.*, 11).⁷ En la respuesta al comentario de de Ípola, Auyero señala dos desafíos para la centroizquierda si quiere superar el estado de minoría y la absorción por parte del bipartidismo. En primer lugar, desarrollar una estrategia de construcción que no se apoye especulativamente en la diáspora de los grandes partidos; por otro lado, “la izquierda democrática” deberá enfrentar “tanto la cuestión del Estado como la de resolver en torno a qué antagonismos se articulará su propia estrategia de transformación” (LCF, 1990: 13). El dirigente de la Democracia Cristiana anunciaba así dos ejes centrales que son

⁷Por otra parte de Ípola cuestiona la revisión crítica que Auyero realiza de la democracia concebida como un “sistema de reglas” reivindicando aquella tesis del “pacto democrático” sostenida por él y Portantiero en los albores del gobierno alfonsinista. De Ípola, Emilio (1990), “Un aporte al debate de la izquierda democrática” en *La Ciudad Futura* N° 22, Buenos Aires, abril-mayo, pp. 9.12.

de suma utilidad para analizar el posterior desempeño de la centroizquierda que él mismo integró como uno de sus principales referentes.⁸

Con posterioridad a las elecciones a senador por capital de 1992 donde la centroizquierda había ido dividida, *La Ciudad Futura* comenzó a señalar la necesidad de construir “una articulación de izquierda democrática” como experiencia preparatoria para la construcción de una “gran coalición de centroizquierda que incorpore fuerzas enroladas en los grandes partidos hasta hoy mayoritarios”. En la editorial correspondiente al N° 33 de la publicación, titulada “En la mitad del camino”, se formuló una crítica con doble destinación: al aislacionismo del socialismo y al “frentismo indiscriminado” de Solanas, “con esa amalgama heterogénea y frágil en la que se entremezcla el nacionalismo populista y la izquierda anacrónica en un programa (y sobre todo una actitud) puramente testimonial” (N.E, *LCF*, 1993: 3). Se transmitía así la idea de que el proyecto político que acompañaría este colectivo cultural no sería aquel capaz de construir un espacio alternativo al bipartidismo, sino un espacio que incorporaría al radicalismo para enfrentar a una “coalición populista-conservadora que gobierna el país”.

Tras esta breve recorrido por algunos núcleos discursivos que organizaron el debate teórico-político en los colectivos editoriales emparentados con la centroizquierda durante los años 80 y principios de los 90, nos interesa ahora reconstruir los posicionamientos y las intervenciones de los intelectuales más cercanos a ese espacio desde el momento en que el

⁸ Escrito en el final del gobierno alfonsinista, *Desde la Incertidumbre* plantea una poderosa crítica al sistema bipartidista, responsable a su juicio de consolidar un proceso democrático que subordina lo social a lo político y erosiona aquellas identidades sociales que no se expresen partidariamente, restringiendo a la política democrática a un conjunto de reglas y a la dinámica competitiva del mercado electoral. El “posibilismo” resultante de esta lógica –que delinea el perfil liberal-modernizador del radicalismo pero no encuentra una ruptura en la oposición peronista – responde al objetivo del capitalismo transnacional quien “busca engendrar en nuestras sociedades un enclave de partido único mediante la simbiosis o mezcla institucional del partido mayoritario con el principal partido de oposición, un bipartidismo de clase dominante destinado a asimilar culturalmente a los sectores populares”. En este marco, el dirigente de la Democracia Cristiana apuesta a la participación popular como modo de ampliar los márgenes y superar las restricciones que impone la democracia representativa. Asimismo, plantea la necesidad de una política económica que impulse la reactivación mediante el incremento del salario y la disminución de la tasa de ganancia, estimule la inversión productiva y castigue el uso especulativo de la ganancia, fortaleciendo determinados tipos de actividad y reteniendo la renta minera, agraria, urbana y financiera. Todo ello requiere un “pacto político antes que social” y una profunda reflexión sobre el Estado, ausente en las diferentes tradiciones políticas de izquierda a derecha en la Argentina, según el autor. Auyero, Carlos (1989), *Desde la incertidumbre. Un proyecto político pendiente*, Buenos Aires, Legasa.

Frente Grande creció vertiginosamente en términos electorales y comenzó a (auto)definirse y ser definido como una posible “opción de gobierno” hasta la constitución de la Alianza. Como indicamos al comienzo del capítulo, nuestro propósito será examinar sobre qué ejes o dimensiones se propuso la discusión en torno a la orientación ideológica del Frente Grande y del Frepaso, qué tópicos fueron omitidos o secundarizados en relación con las demandas y los actores que una fuerza de centroizquierda debía expresar y representar y cómo se fundamentó en la concepción de algunos intelectuales los giros y las inflexiones políticas e ideológicas que fue dando la fuerza y sus líderes en el marco de la persistente política de ampliar la coalición.

2. Del Frente Grande al Frepaso: las implicancias del giro “institucionalista”.

Como indicamos en los capítulos IV y V de este trabajo, a partir del vertiginoso crecimiento electoral registrado por el Frente Grande en las elecciones para constituyentes de 1994, comenzará un denominado “giro” hacia el centro político en el discurso de quien, tras haber salido victorioso en capital federal, se constituía en el principal referente de esa fuerza política: Carlos “Chacho” Álvarez. Así, progresivamente perderán vigor las denuncias contra el modelo económico de ajuste implementado por el menemismo, presentes en la matriz del tipo de oposición propuesta en sus orígenes por esta fuerza, para concentrarse en una crítica que, en nombre del “republicanismo”, se asentaba en los déficits institucionales del gobierno y los sucesivos casos de corrupción resultantes de su gestión. Esta reorientación que Álvarez le imprimió a la fuerza sobreactuó un reconocimiento a la estabilidad económica así como buscó una aprobación de los empresarios a lo que se pretendía construir como una “oposición seria y responsable”.

En los comienzos del giro “institucionalista” algunos intelectuales advirtieron sobre los riesgos de construir una opción política que no se articulara con el plano social y se convirtiera así, en un actor más del sistema político. Así, desde *La Ciudad Futura*, Ricardo Sidicaro entendía que la presencia importante en el espacio público de nuevos referentes provenientes de las organizaciones sociales, con su diversidad de demandas, exigía que el Frepaso estableciera

vínculos, diálogos y asumiera políticamente la interpelación proveniente desde estos actores.⁹ La repercusión mediática que tuvo este reposicionamiento, le valió a Álvarez no solamente las críticas de su contendiente interno, “Pino” Solanas, sino una largo y profundo cuestionamiento desde un espacio ideológicamente cercano al cineasta, la revista de crítica cultural *El Ojo Mocho*. Desde la línea editorial de la publicación, se reprochó severamente la decisión de desplazarse vertiginosamente, sin construcción política mediante, a una “cultura de gobierno” abocada a incorporar acríticamente las transformaciones neoliberales consideradas como restricciones inevitables y abandonar la ardua tarea de apostar a un proyecto de política diferente a los encarnados por los partidos tradicionales. Esta labor, según las nuevas posiciones adoptadas por Álvarez, formaría parte de la “cultura de la impugnación”, propia de las posiciones contestatarias que deben dejarse atrás si se piensa en una opción de poder. Así lo reflejaba la editorial de la revista:

Toda política es pugna, posición e impugnación. En el mismo momento en que se concibe al “buen gobierno” en diferendo con la impugnación, la misma raíz de la política desaparece. El buen gobierno se tornará entonces un asunto de técnicos, un mero oficialismo de época. (NE, *EOM*, 1994: 8).

La apuesta frepasista entonces, desde los lentes de *El Ojo Mocho*, en la medida en que recurre al saber experto y tecnocrático para revestirse de lenguajes programáticos y formatea su identidad originaria en el set televisivo, se inviste de una nueva versión de la gobernabilidad moldeada por las urgencias y prioridades de época, que exigen el comportamiento responsable, consensual, nada disruptivo, creíble. Así, la revista denuncia el carácter “conservador” del progresismo que arrolla las banderas de la contestación al modelo económico de ajuste y acepta, también como guiño a la “gente”, ser opositor y “fomentar un recambio tolerable”.

⁹ Hacía referencia a las figuras de Hebe de Bonafini, Víctor de Gennaro y Carlos “el perro” Santillán. Sidicaro, Ricardo (1994), “El retorno del progresismo” en *La Ciudad Futura* N° 39, Buenos Aires, invierno, pp. 13-14. En la misma línea, Julio Godio señalaba los riesgos que le deparaban al espacio progresista en el futuro: “El Partido del Frente sólo podrá consolidarse si arraiga en la sociedad civil no sólo como representante de un sector de “ciudadanos”, sino como representación de “intereses sociales” y como referente político-partidista de diversos tipos de organización, afincadas en el mundo del trabajo así como en el “mundo de los excluidos”. El peligro principal para el PF es que predomine una cultura política progresista sólo para representar ciudadanos progresistas pero no clases y estratos sociales “subalternos”. Si ocurriese esto último el PF no podría afincarse ni en el mundo de los sindicatos ni en el mundo de la informalidad y la pobreza, ambos fuertemente cercanos por la estructura partidaria del PJ, el sindicalismo tradicional y el asistencialismo estatal”. Godio, Julio (1994), “La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo (el partido del Frente)” en *La Ciudad Futura* N° 41, Buenos Aires, verano, pp. 7-10.

La época nos agasaja como opositores si sabemos enriquecerla con nuestra voluntad continuadora. Nos diremos de izquierda (de centroizquierda), pero esto debe ser entendido en su necesario complemento: el motivo de centro-derecha (de derecha) que también nos complementa y anima (ibid., 8).

La falta de audacia de la propuesta frepasista, el temor por *sensibilizar a los mercados*, se vislumbra también en la destinación de su discurso político: eliminado el concepto de pueblo de la jerga progresista, se apuesta a sondear las motivaciones de la “gente” y darle curso a sus inquietudes, miedos, *demandas*. Esta ausencia de “sujeto unificante”, critica *El Ojo Mocho*, ha sido reemplazada por un conjunto de *temas* “de justicia, de honestidad, de gestión”, de administración del presente, con la prevención de no alentar irresponsablemente algún “horizonte cultural superador”, tarea de “chiquilines” (NE. *EOM* N° 6: 3). La crítica punzante al abandono de una oposición más férrea y confrontativa al modelo de poder, se extiende al devenir del propio liderazgo de Álvarez, a la alianza con Bordón y al resultado de la interna que proclamó como candidato a presidente por ese espacio al ex gobernador mendocino. En un número especial llamado “Erdsain”, que salió a la calle en el invierno de 1995, emerge nuevamente la crítica a una concepción de la política que la publicación claramente concibe en forma negativa. Horacio González, uno de los directores de *El Ojo Mocho*, decide abandonar por un momento la editorial como campo de batalla y recurrir al género epistolar para exigir renovación a la concepción de la política de un viejo amigo devenido candidato querellable: “Carta al Chacho” titula González un texto con tono de tuteo y ánimo de interpelación. El giro institucionalista dado por Álvarez y su sector es leído por González como una forma de subordinación de la política a la economía, rubricada en la tan mediática confesión de arrepentimiento por no haber votado la ley de convertibilidad realizada por el líder frepasista. En este efecto *mimético con los poderes*, empalidece el pensamiento político que asocia un proyecto de cambio con la lucha contra la corrupción:

En reuniones con empresarios afirmó de modo casi excluyente la necesidad de hacer transparente el financiamiento de la política, exigiéndose en mostrar que tal situación les convenía, en primer lugar, a los propios empresarios. (...)El argumento es “pro-política”, es la política investigándose a sí misma y ofreciéndose de otra forma, para rescatarse a sí misma, y al mismo tiempo, para hacer de los empresarios copartícipes en la fundación de la neo-transparencia social. El ejercicio den la política con su financiamiento autónomo

garantizado por ley, rescataría la ética política al mismo tiempo que la ética de los dueños del dinero (González, 1995: 8).

La otra crítica de González a Álvarez y al Frepaso reside en cómo paulatinamente va marcando una *exterioridad* frente a la cuestión social, la identificación con lo común, lo cotidiano, lo plebeyo para emplazarse en la enunciación y los comportamientos de casta de la política tradicional; *Lo social*, en sus máscaras de muchedumbre, de anonimato, de marcha y asamblea, de conflicto y crispación exige tomar distancia y prevenirse por parte del hombre público:

¿Pero no escuchamos decir a quien se ha declarado “uno en la muchedumbre” –ante una pregunta periodística- que ahora no viaja más en colectivo porque sería visto como un acto demagógico? ¿No leímos también que ante una reunión de defensa de los derechos humanos en Neuquén, sólo asistió ante la insistencia del sacerdote que la organizaba pues temía “politizar” el hecho? ¿Y no afirmaría también, ante el atentado a la Amia, que no se trataba de politizar el dolor profiriendo declaraciones costumbristas? (...) La contradicción inasumida se toma así –cuando se escinde mecánicamente- en dos figuras poco estimulantes de la política. Una, como agrupamiento estamental de los políticos. “Nosotros, los políticos”. Así lo ha dicho en la Convención Constituyente el máximo representante frentista: “El horizonte político debe comprender el conflicto social”. Otra, como una sociedad que permanece como enigma ante el político, sociedad que, en su cotidianeidad, no hay que “politizar” para que no pierda libertades, pero a la que hay que asociarse como “uno más”. Ante la Marcha Federal dijo el mismo dirigente: “no alcanza” (Ibid. , 10-11).

González recupera de una charla con Álvarez la idea de “repensarlo todo”, la necesidad, de repensar las relaciones sociales en términos más creativos a la vez que le recrimina pensar la autonomía de la política como renunciamiento a la intervención colectiva capaz de reencauzar el conjunto de las prácticas sociales, evitando los riesgos y peligros a los que se enfrenta cualquier política que se pretenda autónoma. Crítica su escape de lo testimonial, lo califica como un “propósito indigno de un político” que “renuncia a la crítica de su tiempo”, al “coraje intelectual” que debe alimentar un proyecto político que no sucumbe a lo que solicita *la época*. Este cuestionamiento será respondido desde un sector del “chachismo”.¹⁰ En la misma

¹⁰ En efecto, en el número 6° de la revista, Juan José Gianni, quien fuera concejal por el Frente Grande en la ciudad Rosario, apelando también al género epistolar, examinaría en tono crítico la indeleble crítica de *El Ojo Mocho* hacia la fuerza política que él integraba. Impugna la posición de “exterioridad” desde donde la revista analiza el proceso político al considerarla estéril para pensar la “dimensión constructiva de la política” y las restricciones que debe

perspectiva crítica, Eduardo Rinesi traza un paralelismo entre el “realismo progresista” de Alfonsín, puesto en juego en ocasión del Pacto de Olivos, y el promovido por Chacho Álvarez y el Frepaso, antes y después de las elecciones presidenciales del '95; paralelismo en la medida en que ambos expresan *una* manera de pensar la política, la única forma “responsable”: la política como gestión, como “gobierno”, como esfera autónoma y experta, a distancia de la participación popular, a la que ven como un peligro “para la estabilidad de las reglas de juego” y un Estado que en lugar de encuadrar a los actores económicos y sociales y políticos con más influencia en la sociedad civil, se amolda a ellos. La crítica se extiende a periodistas e intelectuales que participan del pensamiento frepasista justificando el pragmatismo de Álvarez –menciona a Mario Wainfeld, Alvaro Abós- pero también a pensadores nucleados en *La Ciudad Futura* y, en particular, a la figura de Juan Carlos Portantiero quien, según Rinesi, expresa cabalmente ese “posibilismo progresista” al pasar de valorar la centralidad que debe tener el radicalismo en la conformación de una coalición con el Frente Grande capaz de formar una “oposición democrática” al menemismo a descartarla pocos meses después y enfatizar el talento y coraje de Álvarez para abandonar la “cultura de oposición” y “asumirse la cultura de gobierno”:

Y así, el mismo pensamiento ha venido a desplazarse del compromiso con la UCR, movida hoy por incomprensibles e “incontenibles pulsiones autodestructivas”, al apoyo al FG, que tiene que aprender rápidamente lo que el viejo partido acuñó como experiencia de un siglo de vida y varios lustros de gobierno. Es seguramente por eso que el imperativo de la “madurez”, ya anunciado en el artículo anterior, aparece dos veces a lo largo de éste. Una, para insistir sobre “la necesidad de superar el marco testimonial de la protesta e ingresar en la más madura esfera del realismo político (vayamos subrayando: productividad, gobernabilidad, realismo); otra, para advertir a los nuevos protagonistas del sueño

contemplar en su ejercicio. Esta postura “ética” del intelectual adheriría a un proyecto político como el de Solanas que, desde la óptica de Gianni, acapararía escasos apoyos electorales. Gianni, Juan José (1995), “Luces y sombras de la exterioridad”, *El Ojo Mocho*, N° 6, invierno, pp. 10.12. La crítica será respondida por Eduardo Rinesi quien refuta la tesis de Gianni acerca de su posición de exterioridad respecto a la política, subrayando que no critican la política sino el proyecto político encarnado por Chacho Álvarez a instancias de las elecciones internas con Bordón, donde se fue mimetizando cada vez más con el perfil conservador y continuista del dirigente peronista. Rinesi impugna la concepción de la política pensada desde la lógica del poder y del gobierno sostenida a su juicio por el Frepaso, una concepción que piensa a la política exclusivamente desde la representación y ocluye los canales de la participación y de la ciudadanía crítica y activa. Rinesi, Eduardo (1995), “Iracunda tu abuela” en *El Ojo Mocho* N° 6, invierno. pp. 12-14.

progresista, con tono paternal y severo, que “deberán rendir diariamente exámenes de madurez” (Rinesi, 1995: 16).

La revista *Punto de Vista* también fue un espacio de reflexión que destinó algunos debates al fenómeno del Frente Grande-Frepaso, al tipo de crecimiento y a la orientación del proyecto político que encarnaba. A diferencia de *El Ojo Mocho*, que se manifiesta explícitamente crítico en el período que atraviesa la ampliación del Frente Grande al Frepaso, la *Punto de Vista* acompañó dicho proceso de crecimiento, aun cuando no fuera un sistemático objeto de análisis y reflexión. Quien más se ocupó de analizar la evolución del Frente Grande y del Frepaso fue Carlos Altamirano, quien en varias ocasiones subrayó la flexibilidad y el talento de Álvarez para constituir una nueva fuerza política y poder así sacar de “su nicho electoral a un conglomerado dominado por el populismo de izquierda” Lo innovador de Álvarez, para este intelectual, fue el énfasis en las “demandas de ética pública y justicia”, así como un mensaje de “reformismo progresista”(Altamirano, *PDV* N° 50, 1994: 4). Pero poco tiempo después, en un artículo que Altamirano publica en *La Ciudad Futura* hacia finales de 1995, cuestiona la excesiva vocación frepasista por enunciar, darle lugar a *lo que quiere la gente*, articulando una referencia socialista que plantea un dilema sobre el tipo de oposición pero también de fuerza política que se debe construir:

¿Cómo debería concebirse la oposición: como una fuerza que debe conectarse con una mayoría ya existente para darle expresión o como una fuerza que debe construir una mayoría? Recoge demandas o hace propuestas? Simplifico evidentemente los términos del dilema, pero me anima a hacerlo la circulación en el lenguaje entre político y periodístico que hoy es corriente de frases hechas que tienen a lo que se llama “la sociedad” como núcleo. Como, por ejemplo, “expresar a la sociedad”, “responder a la sociedad”, “escuchar las demandas de la sociedad”, etcétera. Si ésta fuera la clave, bastaría reunir a un par de buenos encuestadores para hacer de la política la actividad más sencilla del mundo. La invocación a la “sociedad” tuvo entre nosotros una función crítica saludable: recordar a algunos partidos y movimientos que, encerrados en su “verdad” habían quedado desconectados de la experiencia hecha colectivamente por la sociedad argentina. (...) Pero más allá de los límites de este papel crítico, las invocaciones a la sociedad o son clichés retóricos o llevadas hasta el final, diluyen la idea del partido político. Este, sea partido de gobierno o de oposición, no mantiene nunca una relación de pura inmediatez con la sociedad ni se limita a “expresar” sus demandas que son diversas, heterogéneas y producen división tanto política como social. ¿Qué demanda recoger? Más o menos impuestos? Qué impuestos? Castigar a los culpables o tender un manto de olvido sobre el pasado? Etcétera.

(...) Se puede decir, las demandas de la mayoría. Pero la mayoría o es un dato construido sociológica y estadísticamente o es un dato político que debe ser construido mediante el trabajo de representación política (Altamirano, *LCF* N° 44: 5).

Más ideas y menos encuestas sugería en el final de su artículo Altamirano. El reformismo progresista” del Frepaso, catalogado como vimos de conservador por González y Rinesi, no es interrogado por *Punto de Vista* en términos de si encarnaba o no un proyecto de cambio social o si se encuadraba dentro de los parámetros generales del programa neoliberal. En un análisis de las elecciones presidenciales de 1995 compartido por Carlos Altamirano y José Nun, emergen las primeras observaciones críticas en las páginas de *Punto de Vista* sobre el proyecto político “progresista”. Ambos intelectuales coinciden en que el Frepaso recibió más un voto para fortalecer la oposición al menemismo que para transformarlo en una opción real de gobierno. Nun cuestiona la declinación del entusiasmo del Frepaso por construir una oposición con un proyecto alternativo en materia económica aún a sabiendas del riesgo electoral que ello implicaba. Advierte sobre cierta incapacidad para realizar una articulación política de los conflictos inherentes al escenario de fragmentación social derivados del modelo, así como también señala la ausencia de tópicos como la justicia social y la igualdad en el discurso frepasista. A su juicio, la oposición que debe realizar una fuerza progresista es una oposición “contra la dominación de clase” aunque esto no debe saturar el tipo de identidad que se busca conformar. En tanto Altamirano, señala el déficit organizativo de la fuerza, su exceso de “movimientismo” y la necesidad de una instancia orgánica con capacidad estratégica y de gestión para las reformas. Sin descartar la necesidad de figuras fuertes como rasgo insustituible de la mediatización y personalización de la política (Altamirano, *PDV* N° 52, 1995: 5). Nun también se inclina por un partido más estructurado, de orientación más ideológica que las organizaciones de tipo *catch al*:

Hay que fijar un rumbo, aunque no sea fácil porque hoy no se lo establece con declaraciones principistas ni buscando interlocutores que no existen. Debería tender a estructurarse una alternativa socialdemócrata que haga eje en el tema de la desigualdad social (Nun, *PDV* N° 52, 1995: 5).

3. El fantasma del populismo y el elogio de la moderación

Otros intelectuales del arco “progresista” cercanos a los referentes de la fuerza, celebraron el “giro” justificando ampliamente la emergencia y consolidación de una crítica “republicana” al gobierno menemista, disociada de cualquier pretensión “populista” como promesa política. En su libro “La innovación política” Isidoro Cheresky destaca la irrupción electoral de una fuerza política de centroizquierda con una “prédica republicana en ruptura con las tradiciones populistas y revolucionarias”, que focalizara sus reclamos en la corrupción del gobierno menemista, en la concentración de poder en manos del Poder Ejecutivo y en el avasallamiento sobre la justicia, por ejemplo:

El estilo innovador residía también en concentrar la acción política en el tema institucional, en el significado de la vocación reeleccionista del presidente y del pacto que quería consagrarla, más que en el detalle de las reformas propuestas (Cheresky, 1999: [1994]: 65).¹¹

A su vez, el autor realizaba de esta “prédica republicana” una especie de *elogio de la moderación* política, dado que revelaba un modo de oposición que empezaba a incorporar, como cambios inevitables, las reformas estructurales realizadas en el comienzo de la década de los 90’, renunciando a encarnar algún tipo de proyecto socioeconómico alternativo al neoliberal. De este modo, el mensaje electoral del Frepaso había estado “desprovisto del exceso de sentido que dan las globalizaciones ideológicas y las consiguientes propuestas irresponsables”. El innovador “republicanismo” frepasista acreditaba el mérito de no asumir ningún compromiso transformador del orden vigente que implicara revertir el sesgo excluyente del programa económico como tampoco representar a aquellos sectores claramente damnificados por el mismo:

Quizás la principal ruptura con las tradiciones de izquierda y populistas se cristalizó en este abandono de expresar lo social directamente en el plano político. Tradicionalmente se atribuía a los reclamos sociales evidencia en su solución y se los situaba en una mera lógica de relaciones de fuerza de modo tal que la representación política era concebida como la expresión de intereses sociales en pugna, cada uno de los cuales se proponía desplazar a su rival. El que explícitamente no se rechazara globalmente la política económica en curso y no se formulara un programa alternativo, no revela simplemente un reconocimiento a las virtudes de la política antiinflacionaria o las falencias en la constitución de un equipo técnico

¹¹ Entre corchetes se indica la fecha del artículo original, pero fue incorporado a un libro cuya fecha de publicación es la que aparece en primer término, es decir, 1999. El número de página corresponde a esta última publicación.

capaz de formular propuestas opositoras consistentes, sin o quizás la búsqueda de un nuevo perfil. Según éste, una fuerza reformista no tiene forzosamente una alternativa económica global, sobre todo si el país no se halla en una crisis en ese plano, aunque sin duda tiene propuestas de política social porque este es el ámbito por excelencia donde hay opciones vinculadas a principios de la tradición progresista (*Ibid.*, 67).

Mayor intervención del Estado en la economía, convocatoria a ampliar la participación y el protagonismo popular, reforzar la visibilidad de las demandas sectoriales: todos componentes vertebradores del *populismo*, lastres de la experiencia histórica de los que la nueva oposición se desprende para recorrer el camino hacia el *liberalismo político*. Pero, por otra parte, lo “innovador” de esta prédica “republicana” parece ser, según el autor, que se inscribe en un nuevo emplazamiento de legitimación política: el universo de los medios de comunicación, aparente condición de posibilidad para forjar otra ruptura con la dinámica política tradicional: frente a los partidos políticos y sus molestos aparatos, al programa doctrinario y su denso y nunca cumplible repertorio de propuestas, a la movilización y las nostálgicas consignas de la militancia, el *personalismo político* viene a renovar la escena pública y a construir otro vínculo con la “ciudadanía”. En la figura de Álvarez, Cheresky resalta al nuevo tipo de liderazgo que refrenda con éxito sus iniciativas en la arena mediática:

La ausencia de mediaciones distintas de las mediáticas limita la movilización política su umbral, la de actores virtuales que participan mediante la imaginación en el juego democrático. Esta pasividad de los ciudadanos, si no está acompañada de otras formas de intervención en la vida pública, reduce la deliberación a la que pueda producirse por vía interpósita. (...) Sin embargo, por otra parte, este nuevo vínculo poco organizacional destraba la producción de iniciativas políticas. En el caso del FG, el eco de las apariciones de Carlos Álvarez le permitía desarrollar autónomamente su discurso legitimándolo cada vez con el éxito mediático y prescindiendo en buena medida de acuerdos con aquellas agrupaciones que constituían formalmente su etiqueta partidaria. Sin esa relación directa con una audiencia, el éxito del FG y la adaptación misma al nuevo discurso de los grupos que le dieron nacimiento hubiesen sido impensables (*Ibid.*, 63).

La personalización de la política vuelve más importante al candidato, a su estilo, a su *feeling* con el público, que a sus ideas o que al conjunto de propuestas de la tradición o de la fuerza política que representa; la política sin promesa, sin programa ni horizonte deseado: sólo basta el cuerpo significativo y la astucia política de un viejo conocedor de la cultura política porteña.

De modo que la imagen política requiere como condición de su viabilidad una conexión con la experiencia vital de los individuos. Pero, es esta imagen, el estilo político que encarna, la

que goza de credibilidad y no una propuesta política abstractamente formulada. Debe tenerse en cuenta que la devaluación de las propuestas programáticas y de las promesas se debe también a que son consideradas cada vez menos pertinentes dada la imprevisibilidad de las condiciones en que los gobiernos deberán adoptar sus decisiones (*Ibid.*,34).

Una perspectiva similar desarrollan Marcos Novaro y Vicente Palermo en “Los caminos de la centroizquierda”, un libro publicado en 1998, un año después de la constitución de la Alianza. Por un lado el texto se propone reconstruir el devenir histórico de la fuerza frepasista. Asimismo, analiza los “desafíos” que tiene por delante dicha fuerza en el marco de la coalición recientemente constituida con el centenario partido. Con el propósito de justificar e inventariar los beneficios de la reorientación producida por esta coalición a partir de las elecciones constituyentes, los autores fundamentan el apoyo electoral recibido por el Frente Grande y luego Frepaso en haber logrado desactivar cualquier propuesta vinculada a representar colectivos sociales específicos e intentar expresar a la ciudadanía en general:

Mientras más crecía el respaldo electoral al frente, más evidente se hacía que él no podía reducirse a un catálogo expresivo de las protestas sociales y sectoriales. El discurso de Álvarez, Fernández Meijide e Ibarra interpelaba el interés general de la sociedad y a los ciudadanos electores en términos universales, no sólo los “derechos adquiridos” de los afectados por las reformas, ni los intereses particulares de las víctimas del ajuste (Novaro y Palermo, 1998: 99) [...] El Frente Grande no estaba formando una coalición defensiva, porque no era el partido de los damnificados por el ajuste; no debía atender, por lo tanto, demandas inmediatas de reparación, sino demandas más mediatas y complejas, más políticas y universales que sectoriales (*Ibid.*, 107).

Frente al “catálogo de expresivo de las protestas sociales y sectoriales”, el Frepaso pasaba a encarnar los reclamos de “electores genéricamente progresistas e independientes”, aquellos que se circunscribían al control sobre el poder gubernamental: “denuncias de corrupción, reclamos por derechos adquiridos, demanda de justicia y oposición a todo tipo de abuso de poder” (*Ibid.*, 91).¹² La nueva orientación debía alejarse decididamente tanto de la

¹² Planteado más en términos de disyuntiva en cuanto a qué tipo de oposición debía construir el Frente Grande, Edgardo Mocca abona a esta perspectiva de moderación y centrismo político: “De acá en adelante están en juego dos grandes maneras de pensar el juego político. Uno, tributario de los esquemas clásicos de la “acumulación de fuerzas para el poder”, reivindica y convoca en su auxilio la mística del pasado combativo del peronismo y de la izquierda con toda su carga iconográfica. El otro enarbola la construcción de una identidad acorde con los tiempos, interpela a la ética, a la estética, a la credibilidad social sustentada en propuestas puntuales de reformas. El juicio sobre los enfoques en pugna se bifurca según se quiera una izquierda como agente eficaz para drásticas transformaciones contra el capitalismo o una fuerza capaz de equilibrar el sistema político limitando las manifestaciones más groseras de la embriaguez del poder y apuntando a desplegar formas participativas y más

“izquierda revolucionaria” como del “peronismo verdadero” de modo de “desentenderse de las lacras del pasado”. Así, el renovador discurso frepasista debía captar, como destinatario natural, a “clases medias preocupadas por las instituciones de la república” y no al “público genéricamente populista”. (*Ibid.*, 256). En este nuevo periplo, la fuerza iría encontrando, a juicio de los autores, claras señas de su identidad “republicana” pero que se completaban con otras dos componentes, curiosamente compatibles tal como están planteados:

Se comenzó a perfilar de este modo lo que llamaremos un Republicanismo social modernizador; republicano en tanto hacía hincapié en el equilibrio de poderes, la autonomía del Poder Judicial y la recuperación de una moral cívica; social en cuanto la otra seña de identidad que se ofrecía era la defensa de valores de equidad y justicia social que se contraponían con la Tendencia en curso en el país desde mediados de los años 70 a profundizar la exclusión, la concentración económica y la desresponsabilización del estado de estos asuntos; y modernizador, por último, porque se asumía el imperativo reformista de la hora, que respondía al agotamiento de un modelo económico y estatal y a las nuevas condiciones internacionales de desarrollo y el crecimiento. La toma de distancia respecto de la tradición populista de la que hasta entonces participaban en general estos líderes y sus seguidores se observaba en las tres dimensiones, y era ilustrada en particular en la consideración del estado como conjunto de instituciones capaces de gestionar políticas públicas a distancia de intereses corporativos y sectoriales, y en la retraducción de la noción de justicia social en clave de derechos, igualdad de oportunidades e igualdad ante la ley, es decir, enmarcada en una concepción amplia de la ciudadanía republicana (*Ibid.*,103).

Al igual que en un libro anterior dedicado a analizar el primer gobierno de Menem,¹³ Novaro y Palermo asocian las reformas estructurales de signo neoliberal implementadas por el gobierno de Menem con la “modernización económica”: esta última incluiría la estabilidad macroeconómica, las privatizaciones, la reorientación del Estado en cuanto a su rol regulador en la economía, la apertura comercial, la disciplina fiscal y la competitividad en los mercados. Sin relevar las consecuencias en términos de desestructuración del tejido social que ya por entonces había provocado la mentada “modernización económica”, los autores consideran posible conjugar dicha modernización con una “democracia más amplia y una mayor equidad e integración social” (*Ibid.*, 102). En las antípodas de esta “modernización económica” y en la misma perspectiva que Cheresky, Novaro y Palermo colocan al *populismo*. Este concepto ha sido profundamente examinado por la literatura sociológica y –también– politológica. Pensado como

democráticas de hacer política”. Mocca, Edgardo, (1994), “El tercero en discordia”, en *La Ciudad Futura* Nº 40, Buenos Aires, primavera, 9-11.

¹³ Nos referimos a Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (1996), *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Norma-Flacso.

régimen o sistema político, como movimiento de masas, como forma de democracia o como dictadura, como gobierno reformista, como lógica discursiva o como estilo de movilización política, el populismo ha sido objeto de fuertes debates y controversias en las ciencias sociales latinoamericanas e intensamente criticado desde diferentes matrices ideológicas: en varios casos se lo ha presentado como un obstáculo insalvable para el funcionamiento de la democracia representativa; en otros, se lo asoció a la demagogia y al engaño a las masas. Otras miradas negativas sobre el populismo lo definieron como un tipo de Estado intervencionista, que asfixia la iniciativa privada, cultor de prácticas clientelistas y afiatado a un fuerte liderazgo “carismático”, “personalista”, “demagógico”.¹⁴

Aun cuando para Novaro y Palermo los principales dirigentes de la fuerza fueran portadores de un discurso republicano haciéndose eco de las genuinas demandas del electorado “progresista y democrático”, el populismo siempre estaba al acecho: desterrado del discurso político de sus líderes, resistía sin embargo en el imaginario político de los cuadros medios y la militancia del espacio de centroizquierda:

Seguían teniendo vigencia las pautas y certeza de la cultura política tradicional de la izquierda y el peronismo: el estado productor de bienes y servicios, la protección de la industria nacional, la indiferencia ante los problemas fiscales y de equilibrio presupuestario, la parcial incompreensión cuando el rechazo de los principios liberales y republicanos, el aislacionismo frente al mundo, la contraposición entre un “bloque social popular” y un “bloque antipopular”, etc. (*Ibid.*, 105).

¹⁴ María Moira Machinnon y Mario Pedrone trazan una especie de mapa conceptual sobre el populismo latinoamericano identificando cuatro líneas interpretativas, a saber: a) aquella que lo analiza en clave de *proceso de modernización*, donde el populismo emerge como un fenómeno de los “países subdesarrollados” en su transición a la modernidad (Gino Germani, Torcuato Di Tella) ; b) una perspectiva *histórico-estructural*, que inscribe al populismo en el marco de la crisis del modelo agroexportador y del estado oligárquico como fenómeno donde el estado se erige como el conductor de un proceso de cambio a partir de un rol interventor (Cardoso-Faletto, Giani, Vilas, Touraine, Murmis y Portantiero); c) una línea que prioriza más las coyunturas históricas a la hora de analizar la situación de clases o sectores sociales (Adelman, French, Doyon, Adelman, Horowitz, Murilo de Carvalho, Boris, entre otros) y d) el populismo examinado como *discurso ideológico*. (Laclau, De Ipola-Portantiero). Véase María Moira Machinnon y Mario Pedrone (comp..) (1998), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Buenos aires, Eudeba, Buenos Aires, 1998, pp. 11-53. Entre los análisis sobre populismos contemporáneos, denominados en algunos casos como “neopopulismos” una referencia importante fue el trabajo los de Sergio Zerméño sobre México, donde la reemergencia de lo “nacional-popular” que hace posible el vínculo líder-masas se inscribe en el acelerado proceso de urbanización e industrialización –y su posterior estancamiento-, proceso en el cual se resquebraja el ordenamiento tradicional, se descomponen identidades preexistentes y la sociedad tiende a atomizarse y delegar su recomposición al Estado. Ver Zerméño, Sergio (1989) El regreso del líder. Crisis, neoliberalismo y desorden, *Revista Mexicana de Sociología*, 51, México, octubre-diciembre.

4. Orgánico o flexible. En torno al formato Partido

La discusión por la “institucionalización” del Frepaso que comenzó tras las elecciones presidenciales de 1995 alcanzaba al tipo, formato y estructura política que se quería consolidar. Hasta entonces, este espacio había funcionado en una permanente *política de alianzas* con partidos y/o corrientes en cuanto al espectro ideológico, política que aparecía subordinada a las características de la coyuntura electoral y, en parte, a la voluntad e iniciativa de “Chacho” Álvarez. Como ya hemos señalado en el capítulo 5, si bien las elecciones de 1995 habían representado un avance importante para el Frepaso en cuanto a posicionarse como principal fuerza de oposición, esto no se traducía de forma automática en una mayor capacidad para controlar recursos institucionales (gubernaciones, intendencias, legisladores, aunque esto último en forma más matizada) y poder consolidar así una presencia nacional de la coalición. La disyuntiva acerca de si el Frepaso debía constituirse con la misma lógica que los partidos tradicionales o bien debía profundizar el estilo de poder concentrado en el vértice, de organización flexible, de contacto fluido con llamada “opinión pública”, de débiles instancias intermedias de debate y participación y escaso vínculo con la militancia, se constituyó en objeto de análisis principalmente de los intelectuales, algunos de ellos integrantes del entorno más próximo a Álvarez. La apuesta por darle continuidad a la política de coaliciones y avanzar hacia una más ambiciosa que incluyera al radicalismo en una estrategia de acceso al poder, fue una premisa central en los escritos de Juan Carlos Portantiero:

Desde estas páginas y hace ya tiempo venimos insistiendo en esa articulación para modificar una relación de suma cero, como la que se ha venido estableciendo entre UCR y Frepaso, convirtiéndola en otra de suma positiva. Superar los obstáculos que impiden esos acuerdos estratégicos entre ambos es hoy la tarea central de la democracia argentina, no porque con ellos se agote la capacidad de acumulación política de fuerzas progresistas sino porque esa articulación de las dos principales corrientes opositoras es la única condición para ampliarla a otros sectores y para crear un estado de movilización colectiva. Es mucho lo que se ha avanzado desde el apagón y el cacerolazo del 12 de setiembre pasado, la participación en el paro sindical y la constitución del foro multisectorial. Pero preocupa que ese impulso inicial no mantenga su ritmo, desacelerado, quizá por la convergencia involuntaria tanto de quienes pretenden abortarlo cuanto de quienes quieren apresurarlo, en las dos agrupaciones. Es evidente que hay sectores en el Frepaso y en la UCR que por

desconfianza, prejuicios o competencias por el liderazgo no ven con entusiasmo el proceso de convergencia (LCF N° 46: 10).

Desde una perspectiva crítica a los formatos tradicionales de organización partidaria, otros intelectuales se inclinaban por mantener la “flexibilidad” y la “innovación” que le había impreso su líder y generar una apertura hacia actores sin trayectoria política que, en su insospechada intencionalidad de usufructuar algún beneficio personal, vendrían a renovar el resquebrajado vínculo entre la política y la sociedad. Según Mocca,

El Frente, por su parte, pretende avanzar en su institucionalización en momentos en que la forma-partido en su versión clásica atraviesa su más profunda crisis y sin que aparezcan fórmulas alternativas claras. En ausencia de “recetas organizativas” absolutas (y de las otras) es deseable que la institucionalización avance en la multiplicación de canales de diálogo del Frente con la sociedad, en la creación de condiciones para el aporte de quienes no hacen de la política su actividad principal y se economice todo lo posible en la construcción de pesados aparatos y en los poderes de los “burós políticos” (LCF N° 44: 8).

Pero quien más abogó y fundamentó la necesidad de trascender el formato partido fue Franco Castiglioni, al considerar que la flexibilidad y el dinamismo de un “partido de opinión” superarían aquellos obstáculos que dificultaban convertir al Frepaso en un partido de alcance territorial, entre ellos, la ausencia de referentes y figuras de prestigio con capacidad de convocatoria a nivel municipal y provincial y también la falta de líderes de opinión que no se identifican con las prácticas y los valores de los grupos dirigentes y militantes, muy preocupados por “definir candidaturas electivas” (Castiglioni, 1995: 7). Comportando las mismas prácticas que la de los grandes partidos, los grupos sociales que integran la militancia frentista patentizan la “rigidez” propia de la gran estructura sin la capacidad de implantación territorial que esta suele ofrecer. El poco crédito que ostentan los partidos políticos tradicionales y la “crisis de la militancia en el mundo” advertirían, según Castiglioni, sobre los peligros de insistir con una construcción presuntamente perimida.¹⁵ Aun cuando el nuevo formato no estuviera a salvo de ciertos riesgos:

¹⁵ En el mismo número de la publicación, Ernesto Semán polemiza con la perspectiva sostenida por Castiglioni, al entender que su propuesta sólo implica una “reconversión para poder seguir compitiendo por el control del Estado. No es por sí mismo, la condición que da forma a una fuerza transformadora, que se proponga no sólo el poder político, sino también modificar el statu quo”. Semán, Ernesto (1995), “Se necesitan fuerza y opinión para una fuerza de opinión” en *La Ciudad Futura* N° 45, otoño-invierno, p. 8.

Una fuerza flexible (en contraposición a la rigidez característica de los grandes partidos a la hora de abrirse a la participación de externos), ligera (en cuanto no cargada de burócratas y brokers clientelistas), de opinión (porque desligada de anclajes dogmáticos) y de gobierno (capaz de superar la cultura de la oposición testimonial), lleva, sin embargo, dos riesgos implícitos: la forma movimiento y la volatilidad ideológica. En el primer caso, el Frente Grande es una cabal demostración de la dificultad de superar el estadio personalista y de movimiento y de la incapacidad de institucionalizar sus prácticas y procedimientos internos. Sin embargo (...) Hay ejemplos relevantes de partidos de opinión en el mundo, con gran capacidad de incidencia a la hora de definir políticas aun cuando su estructura organizativa es relativamente débil. Son los que cuentan con importantes líderes y dirigentes reconocidos por su autoridad simbólica o profesional (Castiglioni, LCF N° 45: 6).

En la misma línea se presenta la caracterización peyorativa que hacen Novaro y Palermo sobre la militancia y en algunos casos sobre los dirigentes medios, vinculados con concepciones e intereses que obstaculizaban el fluido desarrollo de la fuerza. También ellos plantean la conveniencia del tipo de partido que se estaba construyendo, con fuertes liderazgos que concentraran toda la iniciativa y el poder de decisión, escasos vínculos orgánicos tanto con las bases militantes como con organizaciones sociales y sindicales y fuerte predominio mediático:

Sin desconocer las dificultades que la coalición encontraba para institucionalizarse, cabe decir que, en términos organizativos y prácticos, el FG luego el Frepaso, tal vez gracias a esas limitaciones, reunieron ciertos rasgos que son de gran utilidad en los partidos contemporáneos: ser difusos en la base, centralizados y personalizados en el vértice, capaces de adoptar ágilmente cambios de orientación y de representar corrientes de opinión móviles, dinámicas y una sociedad muy fragmentada. En suma: el frente de centroizquierda se conformaba como una fuerza más cercana al “partido de opinión” y al “aparato profesional-electoral” (Panebianco, 1990) que a los tradicionales partidos de masas, y eso no necesariamente era un déficit, habida cuenta de que los propios partidos tradicionales evolucionaban en esta misma dirección (*Ibid.*, 115).

La exigencia de “reconversión” –sacrificio imprescindible a todo nivel para legitimar el giro- tiene un destinatario en particular: la *militancia*, afincada –desde esta óptica- a universos ideológicos perimidos y a intereses materiales siempre renovables, los parecidos de familia de ella en sus niveles de confrontación al bipartidismo y en su obsesiva apuesta por la identidad de “izquierda tradicional” prenden una luz de alarma en la búsqueda de una nueva cultura política. Así lo entiende Mocca quien, al igual que Cheresky, deposita en el líder la facultad de crear e innovar formas de participación de ciudadanos sin *resacas políticas*:

Los nuevos liderazgos que necesita el Frepaso no van a venir de prácticas dogmáticas orientadas a crear nuevas identidades de aparato. Las “nuevas ideas” y las “nuevas figuras” que necesita el Frepaso –como con razón afirma Castiglioni, no van a provenir

exclusivamente de formas clásicas de compromiso y pertenencia militante. Existe algo así como una franja intermedia entre los pocos miles de militantes activos y los cinco millones de votantes de 1995 que puede y debe ser convocada a través de formas no convencionales a participar en múltiples acciones de creación política. (...) Si lo que nos preocupa es reivindicar la militancia política, lo mejor que podemos hacer es dejar de identificarla de modo exclusivo con un sistema de asignación y distribución de poder, penetrado en muchos casos de la lógica clientelista de la política tradicional. Tal vez de lo que se trate sea de reconvertir la práctica militante dotándola de recursos ligados al conocimiento y estudio de áreas concretas de la realidad social, de capacidad comunicativa y aptitud de liderazgo social efectivo. De ese modo estaríamos permitiendo que la transversalidad que las votaciones del Frepaso han ido mostrando en grandes escalas puedan expresarse en planos territoriales y sociales más pequeños, superando así las graves carencias del Frente en el terreno local. (...) A la idea de una fuerza alternativa en sí misma a los partidos clásicos supuestamente agotados parece corresponder una organización estructuralmente rígida y que paradójicamente reproduciría las lógicas clientelares de tales partidos. A la idea de un partido o confederación concebida como instrumento para la concreción de un gobierno de concertación progresista a partir de 1999 tiende a corresponder el proyecto de partido flexible, de opinión y con cultura de gobierno que propone Castiglioni en su artículo (Mocca, LCF N° 46: 5).

En noviembre de 1996, Julio Godio y Dante Caputo publican un libro titulado “Frepaso: alternancia o alternativa” donde elípticamente se cuestionan varios de los argumentos esgrimidos hasta aquí por diferentes intelectuales respecto a la orientación que debe adoptar el Frepaso en tanto fuerza de oposición y alternativa de gobierno. El libro de Godio y Caputo es un material interesante en la medida en que, desde el propio seno de la inteligencia frepasista, repone una terminología excluida de las perspectivas analíticas del entorno intelectual. Terminología que remite a una serie de *problemas políticos* de primer orden a la hora de definir cómo se posiciona una fuerza política ante una sociedad que sufrió profundas mutaciones y qué *promesa de cambio* encarna. Lo primero que emerge con potencia en el libro es el análisis sobre un actor secundarizado, casi ausente en las preocupaciones de coyuntura de los textos freparistas: el *Estado*.

Más bien el desafío consiste en poner en marcha una nueva estatalidad, moderna, capaz de concebir y ejecutar políticas públicas promotoras de la reindustrialización integrada, de la cohesión del mercado nacional y de una mejor distribución del ingreso (Caputo y Godio, 1996: 34-35).

Políticas tributarias, financieras y de reindustrialización, control sobre los sectores privados con actitudes rentísticas, modernización “en sentido progresista” de las relaciones laborales, amplio sistema de seguro de desempleo, transformaciones tecnológicas de las

empresas, restablecimiento de la “cultura del trabajo”, establecer lazos de cooperación entre empresarios y trabajadores, fortalecimiento del papel de los servicios públicos y de las redes de protección social. Premisas sobre las cuales se debe organizar la propuesta de una fuerza de centroizquierda para Godio y Caputo: otra organización de la economía de mercado y una institucionalidad política diferente. “Así, el Estado debería a) conservar su función de productor y distribuidor de los llamados bienes sociales (educación, salud, previsión social, etc.) y b) promover la participación de la gestión democrática de instituciones estatales o mixtas creadas para impulsar la reindustrialización” (*Ibid.*, 46) Según los autores, esta estrategia sólo puede ser fructífera si se desarrolla un “polo de poder” sobre el cual se asiente la soberanía estatal:

Es un serio error pensar que es alcanzando el gobierno que se crea el poder. El gobierno desgasta el poder; éste debe ser una condición previa. Si no, como tantas veces lo hemos visto en nuestra historia, el posibilismo será la norma de quienes ejerzan un gobierno sin poder, la resignación a repetir lo mismo, su consecuencia y una nueva oportunidad perdida, el costo de la equivocación (*Ibid.*, 63).

Por ello, en una crítica elíptica a la orientación ideológica centrista que venía sosteniendo el Frepaso, leen en clave crítica la construcción de una alianza entre fuerzas de centro y de izquierda democráticas con fines meramente electorales, es decir, de una coalición que apuesta a una renovación del gobierno pero sacrificando una construcción de poder capaz de impulsar “políticas alternativas al neoliberalismo”. Denominan a esta estrategia como “neoliberalismo piadoso” (*Ibid.*, 74). El otro elemento nuevo que estos intelectuales incorporan en el análisis a la hora de pensar la construcción de una fuerza progresista son, paradójicamente para un espacio con procedencias peronistas y de izquierda, los “trabajadores” y las organizaciones sociales, los “excluidos”:

Se trata de una batalla cultural y política para la cual el eje estratégico no debe ser el debate restringido a lo económico sino un debate sobre dos tipos antagónicos de relación y reestructuración entre el estado, el mercado y la sociedad. (...) Un bloque socio-político progresista no puede localizarse exclusivamente en un estrato popular. Por el contrario, debe articularse a partir del segundo estrato, el único en condiciones (trabajadores sindicalizados, técnicos, empresarios pequeños y medianos, abarca al 50% de la población) por su posición en el sistema económico, formación profesional, mundos culturales, etc. de dar sustentación sólida a un bloque socio-político progresivo. Pero éste, para conquistar la hegemonía, debe servir de puente entre los trabajadores del sector moderno, los excluidos y los grupos empresarios del primer sector (*Ibid.*, 79-80).

De aquí se desprende que los objetivos del Frepaso deben ser claramente transformadores, recuperando lo mejor de tradiciones políticas y sociales “progresistas” en la historia del país, en la apuesta por una “democracia económica, social y política” (*Ibid*, 86). Ahora bien, ¿Cuáles son los soportes colectivos sobre los que debe apoyarse ese proyecto “progresista”?

El Frepaso asegurará su futuro si es capaz de representar al “mundo del trabajo”, cuyo núcleo son los trabajadores y sus sindicatos, pero cuyo universo incluye a otras capas y categorías sociales, incluidos los pequeños y medianos empresarios urbanos y rurales cooperativistas, científicos y profesionales, microempresarios del sector informal de la economía. A la vez, se requiere desarrollar los componentes político-culturales del “frepasismo” y dar una identidad cultural al Frepaso como núcleo de la concertación política. De lo que se trata es de dar dirección a la creciente protesta y desencanto de la sociedad. (...) Si el Frepaso sabe interpretar a esa mayoría, encontrará la fuente de un poder nuevo, suficientemente grande para encarar las transformaciones ya mencionadas. La primera es que el Frepaso sepa lo que quiere el pueblo y que el pueblo conozca lo que quiere el Frepaso. En ese sentido, un programa político no es un manual de recetas técnicas. Es, ante todo, una suerte de decálogo de los objetivos centrales de transformación (*Ibid.*, 88-89).

Los trabajadores, los sindicatos, los microempresarios de la economía informal, el desafío de capitalizar la protesta social; las *mayorías* con las cuales se debe construir *poder democrático* asumen otra densidad -que aquellas aclamadas desde el registro estadístico de la “opinión pública”- cuando se reconocen aquellos actores colectivos que deben ser partícipes del desafío de construir un proyecto político alternativo al imperante por entonces.

5. El Frepaso en la Alianza y el *tardío punto de vista* autocrítico

A medida que se iba tejiendo el acuerdo con la UCR, los intelectuales nucleados en *La Ciudad Futura* fueron expresando su entusiasmo por la nueva coalición con opción a gobierno en 1999. Los riesgos que podrían generar esta empresa así como el tipo de proyecto político que se dejaba atrás no fueron objeto de examen ni de debate en las páginas de la revista porteña. En cambio, con posterioridad a la conformación de la Alianza, *Punto de Vista* organizó dos debates donde participó su *staff* y colaboradores de la publicación para analizar las elecciones de 1997 primero (debate de diciembre de 1997) y la orientación político-ideológica de la Alianza en el camino a las elecciones presidenciales de 1999 después (debate de agosto de

1998). En el primer caso Juan Carlos Torre y Tulio Halperín Donghi subrayan la buena recepción en términos electorales de la demanda “republicana” y de “regeneración política” al tiempo que, sin desconocer el “moderatismo” en materia económica de la coalición, no cuestionan la falta de un discurso transformador. En cambio, nuevamente José Nun escruta críticamente el posicionamiento de la alianza al disociar moderatismo y reformismo (*PDV* N° 59: 1-6). En el segundo debate organizado por la revista tras la concreción de la Alianza, se despliega un tono crítico no sólo a la Alianza sino al devenir del propio Frepaso, el cual generó simpatía en su momento para algunos de los intelectuales que participaban del debate pero que no se había constituido como objeto de reflexión ni se había revisado sus posicionamientos en materia económica, social y su relación con los poderes fácticos.¹⁶ Por primera vez, aparece en la voz de varios de los participantes – Altamirano, Sarlo, Vezzetti entre otros- la insuficiencia que supone el desarrollo de una fuerza política que cifra su crecimiento en la destreza mediática por sobre formas más tradicionales de construcción política.

Quando el Frepaso podía ser el elemento dinámico, el nervio de la Alianza, descubre que puede perder la elección interna porque, para ganarla, no bastan los minutos de televisión. Para ser una fuerza renovadora, se necesita algo más que dos personas instaladas de manera permanente en la televisión (Altamirano, *PDV* N° 61: 20).

A esa debilidad que podría denominarse *orgánica*, Sarlo suma la debilidad de *ideas* de la Alianza, ya presente en el Frepaso en consonancia con la tendencia de esta fuerza a sobrevalorar las “demandas de la sociedad” sobre la base de la información provista por las encuestas de opinión.¹⁷

¹⁶ Participan del mismo la directora de la publicación, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Jorge Dotti, Adrián Gorelik, María Teresa Gramuglio, Hilda Sabato, Oscar Terán y Hugo Vezzetti. El debate recibirá los comentarios de Jorge Meyers y Alejandro Blanco.

¹⁷ En el mismo sentido, Jorge Myers observa la falta de coherencia del Frepaso dado que en su momento “Chacho” Álvarez reafirmaba la necesidad de que la alianza se construyera sobre la base de una “auténtica discusión de ideas y proyectos” y, en la práctica el Frepaso y la Alianza “replicaron cada vez más el modo realista, pragmático, con la que los partidos tradicionales han procesado la relación entre programas e ideas, y la praxis cotidiana del poder y la trenza”. Por otro lado, Myers cuestiona la concepción “societalista” promovida por el Frepaso y que adquiere continuidad en la Alianza por la cual sólo aquellas demandas provenientes de “la sociedad” gozan de legitimidad, clausurando la posibilidad de realizar cambios independientemente a las valoraciones de la sociedad –motivados por la circulación de ideas, las políticas estatales por ejemplo-. Esto marcaría una tendencia hacia el “quietismo propositivo”. Meyers, Jorge (1998), “El realismo sociológico y su espejo político”, en *Punto de Vista* N° 61, Buenos Aires, agosto, pp. 40-45.

La timidez de renovación de la alianza fuerza a se vincula, fundamentalmente en el Frepaso, con establecer un 'diálogo', no de respeto sino de mimesis, con los actores económicos que, naturalmente, fija un límite de posibilidad a las ideas. En este punto, valdría la pena subrayar la influencia que tienen los técnicos y, entre los técnicos, los economistas, en el estrechamiento de los límites dentro de los cuales hay autorización para pensar (Sarlo, *PDV* N° 61: 20).

Así, por primera vez se problematiza en esta revista la relación de heteronomía que la política estableció con la economía desde el reformismo frepasista. Se señala a coro la falta de vocación por la transformación para superar la alternancia y convertirse en una alternativa y se propone, incluso como tarea para los intelectuales, definir un nuevo eje de conflictos en el cual adquiriera centralidad la autonomía de la política respecto al poder de los mercados:

[...] Esto es más fácil decir que hacer, pero si la racionalidad económica sigue determinando el campo de la política, la disputa política se va a reducir a la competencia sobre quién puede administrar lo mismo. No es un llamado a la moral, que Sarlo ha criticado bien como discurso del deber ser de la política. Una fuerza que sea sólo fuerza moral y que haga de la anticorrupción el único pivote de su identidad, es demasiado débil para enfrentar los desafíos del tiempo (Altamirano, *ibid.*, 22).

Aflora otra debilidad: la corrupción como principal eje de oposición por parte del Frepaso, temática que se inscribe, en el análisis de los intelectuales que acompañaron y/o aceptaron el giro de la fuerza, en la dimensión "ética" y "republicana" que Álvarez y su legión habían convertido en el motor de su propuesta. ¿Qué responsabilidad tuvieron los intelectuales en esos silencios, en esos *olvidos*, en secundarizar tópicos de carácter más estructural en referencia a un país que, abruptamente, se desestructuraba? Hugo Vezzetti ensaya una autocrítica a propósito de cómo las propias inflexiones ideológicas de los intelectuales contribuyen a explicar la aceptación acrítica de las inflexiones frepasistas:

Algunos de nosotros formamos parte entusiasta de esa ola, y entonces me pregunto cómo contribuimos a este desenlace, si no habrá pasado en esta crisis el fuerte moderatismo al que nosotros mismos nos sometimos, casi como una especie de castigo de conversos: después de haber pedido la revolución, sólo había que pedir un país normal, donde, simplemente, se eviten las interrupciones. ¿Qué significa un país normal? ¿Normal como qué: como Suecia, como Francia? Creo que el desafío al que los intelectuales reformistas no supimos responder fue el de detectar y producir ideas menos pegadas a la política estrictamente posible, que pudieran ser tomadas por los políticos reformistas para generar

las nuevas imágenes de país que debían proponerse y el hecho de que esto parezca casi un anacronismo muestra con claridad los límites de la situación (Vezzetti, *PDV* N° 61: 27).¹⁸

6. Videos y política

En varios de sus trabajos, Beatriz Sarlo desarrolló una perspectiva crítica sobre el rol de la televisión en relación con su influencia sobre la arena política. Esta perspectiva está sintetizada en “Siete hipótesis sobre la videopolítica”, un capítulo del libro titulado “Instantáneas, desde donde propone replantear la relación entre la política, la opinión pública y la ciudadanía a la luz de la hegemonía mediática. Para esta autora, el “dispositivo audiovisual” tendrá una impronta decisiva en la reconfiguración de lenguajes, géneros, actores, escenarios y discursividades, a tal punto de transformar las propias prácticas políticas. Máxima visibilidad y publicidad, ilusión de inmediatez, efecto de verdad, desacralización de la política reduciendo las distancias entre ciudadanos y políticos profesionales, coloquialidad, resignificación de jerarquías y prestigios profesionales a la luz de intercambios y equivalencias con *stars* y famosos, son algunas de las características que reviste esta mutación:

La videopolítica impone sus reglas sobre las del discurso político: cambios en el estilo de argumentación, en la lógica y en la retórica, en los niveles de la lengua, en el sistema de imágenes, en el tipo de interpelación. En términos generales, la videopolítica prefiere un discurso fuertemente marcado por la coloquialidad, por la interpelación directa, por el recurso a la experiencia como prueba de verdad, por la garantía personal del juicio general (Sarlo, 1997: 151-152).

¹⁸ En agosto de 2001, cuando ya se había resquebrajado el gobierno de la Alianza con la renuncia del vicepresidente Álvarez, la directora de *Punto de Vista*, Beatriz Sarlo, publica un artículo donde revela su desilusión con el Frepaso y deja entrever cierto tono de autocrítica por su compromiso como intelectual en ese periplo: “Sobre estas intervenciones exitosas, un haz de fuerzas muy heterogéneas dio la impresión de compactarse en un programa de renovación institucional que, a mediados de los años noventa, fue confundido (muchos de nosotros quisimos dejar en suspenso las diferencias) con un programa reformista de centro izquierda que incluyera también las dimensiones social y económica. (...) La novedad, en verdad, estaba en el liderazgo de Álvarez tanto como en su discurso modelado por la politología. ¿Sólo eso? Naturalmente, había mucho más en la promesa. Cuando me acerqué a Álvarez y al Frepaso, creí, como muchos otros, que se podía desatar el nudo que había apesado a las fuerzas reformistas (a la izquierda reformista) en el campo de la insignificancia electoral y la ausencia de dirigentes fuertemente populares. (...) La crisis del reformismo toca no sólo a Álvarez o a la queda de su fuerza política. Los intelectuales que estuvimos cerca de ella estamos tan tocados por la disolución de una posibilidad como por la obligación de anotarla en una lista de malentendidos y desencuentros”. Sarlo, Beatriz (2001), “Ya nada será igual” en *Punto de Vista* N° 70, Buenos Aires, agosto, p. 8.

La relación entre discurso político y televisión es presentada en términos de “imposición” por parte de esta última. Nada del orden de los lenguajes tradicionales, las formas argumentativas ni los estilos retóricos pueden impregnar las implacables estrategias del set televisivo. Más que de un desplazamiento a otro escenario, con sus intercambios, hibridaciones y condicionamientos recíprocos, se la plantea como una *adaptación*, un montaje, una puesta en escena preformateada por la lógica mediática, donde el político se ve conminado a someterse a la *productividad del rating*:

La videopolítica define un nuevo tipo de acontecimiento público especialmente creado para integrarse en su continuum. A la televisión no le interesa registrar aquello que la política puede mostrarle siguiendo sus propias reglas. Por el contrario, de manera cada vez más evidente, la política monta el acontecimiento para que éste merezca el registro de la televisión, hasta el punto en que muchos acontecimientos políticos son producidos sólo para ocupar un lugar en la videoesfera (...) Por eso, los políticos, los movimientos sociales, los ciudadanos saben que sus reclamos o sus denuncias han encontrado en la videosfera el lugar donde la visibilidad es máxima (*Ibid.*, 157).

La hipótesis fuerte, con la que comienza el texto, descarta la importancia del “acontecimiento” político regido por sus propias reglas, capaz no sólo de “mostrar” sino también de penetrar y condicionar otras agendas públicas. La videopolítica, sostiene la autora, es prácticamente la *condición de posibilidad* de la existencia de la política actual:

La videopolítica es hoy la forma más visible del aspecto público de la política. Se trata de una reconfiguración tecnológica y cultural de la que ya no es posible imaginar un retroceso. (...) Por eso, lo que hoy llamamos videopolítica es la forma actual de la política en las sociedades occidentales, aunque existan modalidades políticas que no se inscriban en ella. Estas modalidades, anteriores, “libres”, o externas a la videopolítica, de todas maneras se producen en un espacio reorganizado por la nueva estética y regido por sus leyes de legitimación. Es posible pensar formas no audiovisuales de la política, incluso es posible que esas formas sean defendidas como alternativas mejores a la esfera pública mediática. Sin embargo, todos los cambios, complementarán el régimen de ese nuevo espacio (*Ibid.*, 149).

¿Cuáles son los sentidos de la política que quedan neutralizados en esta hipótesis? Sin desconocer el lugar cada vez más gravitante que ocuparon los medios de comunicación y la televisión en particular en la formación de un *clima de opinión*, concebir el funcionamiento de la política solamente bajo las reglas de la televisión supone poner en un pie de igualdad actividades y emplazamientos ontológicamente diferentes (“la videopolítica transforma la democracia representativa en democracia de opinión” [*Ibid.*, 158]). Pero además, implica

subordinar o directamente quitarle cualquier entidad a otras arenas, procesos o instituciones desde donde la política asume un carácter multiforme, plena de sentidos y significados en disputa. Esta presunta reformulación de la política en clave televisiva, nos reenvía, una vez más, a la *arendtiana* pregunta; en diálogo con la filosofía política moderna, Eduardo Rinesi nos acerca una definición sugerente sobre “qué es la política”, revelando la fecunda polisemia de esa “palabra”:

[...] la palabra política es ambivalente porque no porque esté necesitando una ‘definición’ más precisa, *sino porque aquello que nombra involucra una tensión inerradicable*. En efecto: contra quienes reducen la política (como lo hacen las teorías ‘institucionalistas’ que dominan en el ambiente de la politología académica) al mero funcionamiento de la maquinaria institucional, *pero también* contra quienes buscan la política *solamente* en las prácticas de oposición a esos dispositivos, sostendré acá que el conflicto y la tensión entre la idea de la política entendida como práctica institucional de administración de las sociedades y la idea de la política entendida como antagonismo y lucha *es constitutiva de la política misma*. Que el espacio de la política se define en esa tensión, en ese punto de cruce entre las instituciones formales y las prácticas sociales [...] entre los poderes constituidos de los Estados y el ‘poder constituyente’ de la multitud, entre las ‘instituciones’ y los ‘acontecimientos’ entre autoridad y novedad. [...] La política es siempre, en efecto, la actividad o el conjunto de actividades desarrolladas en ese espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden *precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos no satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él* (Rinesi, 2003: 22-23).

Si recorremos a grandes trazos la dinámica política del primer lustro de los ’90, período de análisis del texto, encontramos diferentes acontecimientos, procesos, reestructuraciones, toma de decisiones y de *palabra*, que no fueron producidos e impulsados desde los medios de comunicación sino que o bien asumieron la invisibilidad propia del ejercicio del poder o bien siguieron cursos de acción bajo formas más tradicionales de construcción política. A saber: Tanto el alineamiento incondicional con el gobierno conservador de los Estados Unidos como el exponencial endeudamiento externo por parte de la gestión de Menem pueden presentarse como dos procesos que se desplegaron al margen de cualquier incidencia mediática y con la intervención de diferentes actores políticos y económicos nacionales y transnacionales que no requirieron construir o refrendar legitimidades mediáticas para hacer valer sus intereses sectoriales, corporativos o de política internacional. *Las Manzaneras* como organización

mediante la cual el por entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires Eduardo Duhalde intentó reforzar su control político sobre el conurbano bonaerense implicó despliegue de lógicas políticas territoriales, negociaciones, puesta en juego de intercambios y vínculos afectivos; la *Marcha Federal* -la principal protesta hasta entonces contra el modelo neoliberal- impulsada por la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA)-, evidenció un modo de construcción política territorial donde participaron un sinnúmero de organizaciones sociales de diferentes sectores y provincias, que requirió un largo tiempo de esfuerzos, adhesiones, debates y donde, además, la política se cifró en clave de movilización y participación.

Finalmente, uno de los *hechos políticos* de la década, que habilitó la reelección de Menem y dio lugar a la expansión del propio Frente Grande como principal fuerza opositora, el *Pacto de Olivos*, acuerdo secreto, síntesis de la obnubilación por el poder de los líderes del bipartidismo argentino, se fue tejiendo por operadores que habitualmente se mueven dando brazadas en las aguas profundas de la política, alejados de la estética y los buenos modales mediáticos. Tanto la invisibilidad de los recintos palaciegos como la trama territorial desplegada desde el control del aparato partidario como desde los nuevos formatos en que se manifestó la protesta social nos permite poner en cuestión ese sentido común dominante desde el cual no había vida para la política sino era a través del firmamento televisivo.

¿Por qué volver sobre las palabras de Sarlo ya no en su reflexión sobre los intelectuales ni en sus intervenciones de análisis de coyuntura sino sobre su veredicto inapelable en torno a la naturaleza mediática de la política noventista? Si bien el texto no refiere en ningún momento a partidos políticos en general ni al Frepaso en particular, es claramente un texto *inspirador* de cómo concibió a los medios El Frente Grande y el Frepaso y, en consecuencia, de cómo decidió subordinar su lógica política a la construcción mediática. Como ya hemos señalado en capítulos anteriores, desde prácticamente sus inicios como Frente, los principales referentes encontraron en la televisión un ámbito privilegiado para intentar construir hechos políticos mediante denuncias de corrupción que alcanzan alto impacto y cubrían el componente dramático requerido para las reglas del espectáculo audiovisual. Frente a la farandulización de la imagen política exhibida por el menemismo, cuyo recinto privilegiado para desplegarla el programa de espectáculos o el magazine- los referentes del Frepaso elegían el programa periodístico “serio”,

“reflexivo”, moralizador, para representar la indignación de la “gente” acerca de los excesos de la figura presidencial y su entorno. Lejos de cualquier causalidad o determinación, podría trazarse una “afinidad electiva” entre *Las siete hipótesis sobre la Videopolítica* y el desplazamiento de *las mediaciones a los medios* como modo de construcción política del Frepaso.

Como abordamos en el capítulo 1, en el período que comprende las intervenciones intelectuales en esta última parte analizadas (1993-1997) ya se habían llevado a cabo las transformaciones con sesgo neoliberal del Estado, la desocupación resultaba el nuevo mecanismo de *disciplinamiento social* y la exclusión era la nueva y perdurable postal que ofrecía la estructura social. Con ello, emergían otras formas de acción colectiva que interpelaban al Estado pero también al sistema político en general, revelando déficit de integración y tensando el tradicional espacio público. Lejos del cuestionamiento de los intelectuales de *El Ojo Mocho* al corrimiento ideológico de Álvarez y el Frepaso que implicaba el pasaje de una “cultura testimonial” a una “cultura de gobierno”, los ejes estructurantes del debate en *La Ciudad Futura* y de otras intervenciones intelectuales se circunscribieron mucho más a cuestiones electorales – conveniencias en la políticas de coaliciones- y al tipo de partido al que debía apostarse que a discutir qué propuestas debía tener una fuerza de centroizquierda para revertir la retracción del Estado, el nuevo fenómeno del desempleo y la cada vez más *evidente y audible* “cuestión social”.

La crítica a la sobreexposición mediática, a un discurso “societalista” que se afincaba más en reparaciones de tipo ético y moral que en cambios estructurales, el vínculo subordinado de la política a la economía construido en pos de ganar la aceptación del *establishment* económico, aparecieron, postergadamente, como algunos de los tópicos centrales del diagnóstico de los intelectuales de *Punto de Vista*. Tampoco en este caso nudos problemáticos como *la cuestión social* y el *rol del Estado* fueron ejes que organizaron el temario en los análisis dedicados al escenario político y a la orientación que debía asumir el espacio frentista. Recién dos años

después de la constitución de la Alianza, casi los mismos intelectuales mencionarán estos *issues* en otro debate, conjuntamente con un análisis de las imposibilidades o posibilidades limitadas de las terceras fuerzas en la Argentina y la falta de un proyecto de construcción política a largo plazo por parte del Frepaso, sostenido en el andamiaje de una estructura que sí tenían otras fuerzas progresistas latinoamericanas¹⁹.

¹⁹ Ver "Debates sobre la transición", *Punto de Vista* N° 54, Buenos Aires, diciembre de 1999.

Conclusiones

El alfonsinismo teorizará sobre las virtudes del ciudadano, un ser casi incontaminado, que no debe “amontonarse” y debe rehuir toda convocatoria a lo comunitario o a lo colectivo. Lo plural es sinónimo de multitudes atrincheradas en lo singular. Es un individualismo de nuevo cuño, que se identifica con propósitos sociales, pero descrece de los instrumentos para alcanzarlos. Es una concepción teñida de progresismo, de solidarismo teórico y de modernismo cultural que confluye en una ética con desempleo y miseria.

*Carlos ‘Chacho’ Álvarez,
“Unidos”, diciembre de 1985*

[...] En cuanto al ‘Chacho’ tenía gran capacidad asociativa, mejor dicho, agregativa. Un pragmático de la ilusión. Estaba motivado por su capacidad de huir elegantemente de las discusiones más enredadas, propias de la capilla cultural. Las miraba con sorna y en todas veía la posibilidad de saldar el intrínquilis con la invocación de un horizonte más extenso y superador de las complicaciones. Escuchar, aprender y escurrir. Así fue su aprendizaje. Siempre un ‘eso no alcanza, busquemos otra cosa adelante’. Lo que parecía deslizamiento ideológico o desapego, impresionaba por el fervor con que invitaba a abandonar lo menos generoso de nuestros clichés y estereotipos.

*Horacio González
“El peronismo fuera de las fuentes”*

La aplicación de políticas neoliberales en la Argentina durante la dictadura militar y su profundización durante los años 90 acotó la autonomía de la política en su capacidad de orientar un proceso de desarrollo económico y social y en su facultad de regular y delimitar el campo de acción de los actores de poder. La *expertise* de economistas y técnicos provenientes de consultorías y centros de investigación privados fue penetrando y ocupando lugares estratégicos en los diseños de gestión económica de los sucesivos gobiernos. La palabra del

técnico o del funcionario económico se erigió en aquella más autorizada en el espacio público. El Estado perdió capacidad tanto para regular el ciclo económico como para redistribuir el ingreso con equidad; sus intervenciones generaron procesos de concentración económica y exclusión social (Forcinito y Tolón, 2008: 101). Ante el fracaso de no poder cumplir con las ambiciosas expectativas generadas a partir de la promesa de una democracia inclusiva, la política fue perdiendo legitimidad y delegando autoridad en el discurso de los economistas, en el saber experto; pero, asimismo, la política cedió terreno a otro actor con creciente capacidad para construir creencias y representaciones sobre el mundo social: los medios de comunicación. La pérdida de credibilidad de la política con sus sucesivas imposibilidades de responder a sus promesas fue delegando la autoridad de la palabra a los medios de comunicación y a los sondeos de opinión, los otros actores del campo de la comunicación política que, con diferentes soportes de “representatividad”, construyeron un discurso exterior y autónomo al de la política, que penduló entre el control y el descreimiento.

En el marco de estos dos procesos de progresivo debilitamiento de la política y subordinación a otros campos –el de la economía y el de la comunicación política- inscribimos nuestro objeto de estudio. Frente a la implantación y el vertiginoso avance del programa neoliberal a principios de los 90, un grupo de diputados justicialistas decidió constituirse en una minoritaria pero férrea oposición política al interior del partido gobernante frente a la orientación económica adoptada por el gobierno de Menem. El rechazo a la reforma del Estado mediante las privatizaciones, a la apertura comercial y a la alianza con el poder económico más concentrado, se constituyeron en los núcleos duros de una oposición que, reivindicando las banderas del “peronismo verdadero”, evaluó a Menem desde el registro moral de la *traición*. El indulto presidencial a los militares en 1990 provocó una ruptura de gran parte de los diputados que se referenciaban en ese grupo con su partido, expresando la centralidad que ocupaba por entonces en el imaginario político de este sector la temática de los derechos humanos.

La emergencia del Frente Grande en 1993 logró darle una primera significación electoral a aquella conformación disidente, después de un largo y trabajoso proceso de articulación de fuerzas de izquierda y centroizquierda dispersas. El sector referenciado en Álvarez (Fredejuso) y el Frente del Sur de Solanas tenía como denominadores comunes una contundente crítica al

modelo económico neoliberal por su carácter “concentrador y excluyente” y al carácter estructural de la corrupción en el funcionamiento del gobierno menemista. Emergía así una voz dentro del escenario político de Capital Federal y la provincia de Buenos Aires que reclamaba debatir “el país que queremos”, exigiendo la presencia de un Estado activo que se orientara a dar respuesta a las “necesidades populares” y redistribuyera la riqueza; para ello, el Estado debía tener el dominio “de las palancas de la economía para decidir una estrategia social” y apostar a “una democracia ampliada y participativa”. Descansando en estas premisas, se sostenía la firme convicción de que “las decisiones estratégicas no pueden quedar supeditadas al mercado”.

Nos permitimos volver sobre este documento de finales del 93, pocos meses de la aparición del Frente Grande, por su elocuencia en plantear la necesidad de invertir ese vínculo heterónimo entre la política y la economía que desarrollamos en el primer capítulo. La política debía desplegar sus velas, tomar posesión del timón y reorientar al país hacia otro rumbo. En el reverso de aquella “consigna, “Otro país es posible”, se podía leer algo más sustantivo que el típico encabezado de un documento partidario: contenía el germen de una *promesa política*, asociada con la recuperación del *Estado* como orientador del proceso socioeconómico, con la construcción de una *democracia participativa* -tan mentada esta última en la palabra política de los años ochenta y en los estudios transitológicos (Lesgart, 2003)- y con la recuperación de la *justicia social*. En tanto “conjunto de prácticas configuradoras de sentido” (Aboy Carlés, 2001) las *identidades políticas* que constituyen una fuerza o un grupo político se construyen en una doble dimensión: en la delimitación de una diferenciación, de un antagonismo con un “otro” exterior; y en la configuración de un *nosotros* que expresa homogeneidad, afinidades en torno a una serie de valores, intereses y marcos ideológicos en común. La inscripción de una acción política en una dimensión conflictual de la vida pública le da cuerpo a una identidad colectiva: es allí donde, siguiendo a Mouffe (2005), cobra sentido *lo político*.

En esa primera etapa del Frente Grande aparece el intento de trazar una ruptura, una “frontera”, en los términos que lo ha conceptualizado Gerardo Aboy Carlés, en orden a las consecuencias sociales de las reformas liberalizadoras y desreguladoras implementadas por el menemismo; frente a ese “otro” exterior que constituye un modelo económico y social de

exclusión, se vislumbra un *nosotros* que incluye a los “trabajadores, los desocupados, los jóvenes, los jubilados, los pequeños y medianos empresarios de la ciudad y el campo”, es decir una amplia comunidad de referencia integrada por las clases populares y sectores de las clases medias afectados por el proceso de liberalización económica y reforma del Estado. Aún en ciernes, asomaba en 1993 un proyecto que intentaba marcar una diferencia significativa con el orden neoliberal en la expectativa y el entusiasmo por construir, mediante políticas reformistas reparadoras de esa comunidad disgregada, *otro país*.

La evolución del Frente Grande demostró que este intento de marcar una ruptura estaba, como vimos en el capítulo IV, mucho más acentuado en la propuesta de Solanas que en la de Álvarez. Si hasta 1993 el diputado porteño había sostenido un discurso fuertemente confrontativo con el modelo económico y, a la vez, con el bipartidismo que le daba sustento en términos políticos, a partir del éxito electoral obtenido en las elecciones constituyentes de abril de 1994 iniciará un ostensible giro discursivo, reorientando su crítica y su oposición hacia dimensiones de carácter más institucional como la lucha contra la corrupción, la acumulación y el manejo discrecional del poder por parte del presidente, o el déficit en el equilibrio de poderes. Es a partir de este desplazamiento de una concepción nacional-popular a una concepción liberal-republicana desde donde intentamos leer tanto la distancia que Álvarez y su sector tomó de la protesta social y del sindicalismo opositor a mediados de los noventa, como su sobreactuación en términos de conferirle “racionalidad” al plan económico, reconociendo los beneficios del plan de convertibilidad. A un año de haberse creado el Frente Grande, sin haber consolidado aún una identidad política, sin recursos institucionales como un bloque legislativo importante, o gobiernos provinciales e intendencias, y sin una implantación a nivel nacional, súbitamente esta fuerza debía abandonar la “cultura testimonial” y apostar a una “cultura de gobierno”, a una “opción de mayorías”. Flamante en la galería de los liderazgos nacionales, Álvarez comenzó a imponer una lógica emparentada con el marketing electoral: “se trataba de sumar y sumar” reconocía Aníbal Ibarra en la entrevista citada; en efecto, la prioridad pasó a ser ampliar la coalición, incorporando a sectores afines en términos ideológicos y/o programáticos de los partidos tradicionales. La construcción de un proyecto político en ruptura con el orden neoliberal, que requería una apuesta importante, consolidar compromisos y acuerdos con otros

actores, desplegar una estrategia de crecimiento a mediano plazo, fue sustituida por la propuesta de “renovar las formas de hacer política”, la “cultura política”, tan “degradada por los partidos tradicionales”. Con este afán, Álvarez propuso una idea con resonancias más contemporáneas: la *transversalidad*, un acuerdo político y electoral con José Octavio Bordón y Federico Storani, quien finalmente no se sumó al nuevo emprendimiento. Junto al sueño cumplido de incorporar al reticente partido socialista a la coalición, se conformó el Frepaso.

Álvarez y Bordón, dos sillas, una mesa, la comunidad de micrófonos y las cámaras de televisión. Dos dirigentes y un anuncio a los medios parecían expresar una “nueva forma de hacer política” que ya no exigía plenarios, debates, consulta a las bases, confrontación de proyectos. A pocos meses del Pacto de Olivos, ambos dirigentes habían pactado a paquete cerrado su propio *núcleo de coincidencias básicas*: apoyo a la economía de mercado sobre la base de la estabilidad económica, la continuidad de las privatizaciones, la apertura comercial y, fundamentalmente, la “lucha contra la corrupción”. También “el fortalecimiento del estado de derecho” y la “independencia de la justicia”. Por ello, sostuvimos en los capítulos IV y V que el devenir del Frente Grande al Frepaso no representó un mero pasaje, un desplazamiento evolutivo en términos de ampliación de la fuerza; marco un *punto de inflexión*, un giro muy connotado en cuanto a la resignación y el abandono al desafío de plantear una ruptura, de persistir con aquella promesa política de construir “otro país”. Si el imperativo de la época para el espacio progresista ya no era el de asumir una alternativa política sino el de construir una alternancia en el poder, el socio indicado dejaba de ser Solanas y pasaba a ser Bordón, con quien había plena coincidencia, a pesar de los matices, en que una nueva fuerza política se construía en el marco de los constreñimientos provocados por las reformas estructurales; incorporarlas a éstas como “inevitables” era una condición indispensable para dar previsibilidad a los mercados y confianza a “la gente”. El valor agregado sería, entonces, demostrar que se podía gestionar con honestidad y en forma “republicana”. La consigna de la campaña del 95 así lo testimoniaba: “el cambio seguro”. Neoliberalismo sin corrupción.

En todo el recorrido del Frente Grande al Frepaso, se destacaron figuras políticas con menor o mayor impacto electoral: Solanas, Ibarra, Bordón, Fernández Meijide. Pero hubo un solo líder: Álvarez. A pesar de su eficacia para lograr el control y el manejo de la fuerza política,

Álvarez siempre evidenció dificultades para dirimir sus disputas con otros socios políticos que como en el caso de Solanas y Bordón, los emparentaba un fuerte ego y el personalismo político. “Pino” Solanas fue útil mientras se trataba de referenciar un espacio ampliamente heterogéneo en identidades y tradiciones políticas, atravesado de egoísmos y sin ningún caudal electoral. Pero cuando el Frente Grande cobró impulso y se buscó imprimirle tanto una identidad como una orientación de oposición, el perfil nacionalista de izquierda del cineasta no cuadraba en la progresiva moderación que Álvarez trasuntaba en los postulados económicos. Los persistentes reclamos por internas abiertas y democratización de la fuerza por parte del solanismo fueron relegados sistemáticamente, en un primer indicio de que las nuevas formas de hacer política no cristalizaban de manera adecuada en la dinámica interna del espacio frentista.

Con todo, donde se evidenció con mayor nitidez las dificultades de Álvarez para procesar las diferencias generadas por la discusión de su lugar de liderazgo en la fuerza fue en la compleja relación que mantuvo con Bordón. Montado en las expectativas que generó con la propuesta de la transversalidad, El ex gobernador de Mendoza fue un hábil competidor para Álvarez: lo obligó a concederle internas abiertas y lo destronó de la candidatura presidencial, un lugar desde donde el líder frentista parecía inamovible. Dueño del espacio y de la popularidad en el periplo que va desde la Constituyente hasta su derrota con el senador mendocino, Álvarez adoptó, en su precandidatura presidencial, una estrategia errática cuando intentó seducir al centro del electorado, desdibujando simbólicamente su carácter opositor con el que obtuvo el resonante triunfo en abril de 1994 y desplazándose –en una operación mimética- hacia un perfil político más cercano al de su oponente, al cual fortaleció subrayando como valiosas sus características: discurso centrista, confiabilidad, idoneidad para gobernar. De este modo, al privilegiar a los sectores de la clase media urbana seducidos por la estabilidad pero críticos de los “desbordes” del menemismo, Álvarez construyó un destinatario de su mensaje que recibía con mucha más naturalidad y confianza la figura política de Bordón para gobernar. El arrepentimiento por no haber votado la convertibilidad le hizo perder confiabilidad como opositor a la política económica sin que por ello fuera más aceptado como garantía de gestión. Sobreactuó un acuerdo general con una política económica aperturista, privatizadora y reglamentada por el mercado, aún cuando cuestionara las modalidades de implementación.

Arriando la bandera del protagonismo y la autonomía de la política e instalando un discurso económico convergente en líneas generales con el plan ejecutado desde el gobierno, Álvarez quedaba preso así de la construcción discursiva del menemismo respecto a la “resignificación ideológica de los problemas económicos” (Sidicaro, 1994).

Luego de aceptar con generosidad un segundo plano en la campaña presidencial, el líder frentista tensó la cuerda cuando avizó que peligraba su autoridad ante los avances de Bordón para incorporar a otros dirigentes justicialistas y definir el candidato a jefe de gobierno municipal. Pese a la soberbia e irresponsabilidad del mendocino, Álvarez aplicó nuevamente una estrategia utilizada con Solanas: si a éste último lo asociaba con el Partido Comunista para dar cuenta de la necesidad de purgar a la fuerza de posiciones “ultrarevolucionarias” y “propuestas testimoniales”, a Bordón lo vinculó –mediante Beliz- con un “menemismo prolijo”, un especulador que desinteresado por el destino de la fuerza sólo quería sacar rédito personal en términos de acumulación política para una nueva candidatura presidencial. En uno y otro caso, “Chacho” utilizó los medios para resolver sus disputas con los competidores internos, consciente de las ventajas que obtenía allí con sus intervenciones. En este sentido, el Frepaso cultivó más la querrela mediática que el debate partidario.

Con su obcecado rechazo a postularse como candidato a jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, aparece otra problemática ligada a la fisonomía del liderazgo de Álvarez: su *incomodidad para asumir la gestión*. En las instancias gubernamentales, la política discurre en circuitos administrativos, organizativos y se recrea en la permanente toma de decisiones; su lógica de previsibilidad funcional aparecía reñida con el perfil inorgánico y repentino de Álvarez, más proclive a un *formato opositor* de liderazgo político. Aun así, él era el candidato natural para intendente a la jefatura porteña por peso propio y gran receptividad del electorado de Capital Federal. El temor a una nueva derrota y la desconfianza en su capacidad de administrador pesaron más que la potencialidad de colocarse en la mejor vidriera para las próximas presidenciales y de acumular recursos institucionales para el Frepaso.

Esto plantea el interrogante de qué tipo de fuerza política se intentó construir y, en relación con ello, cómo se materializó la propuesta de “renovación”. Primero el Frente Grande y luego el Frepaso fueron adoptando un dispositivo político distinto al de los partidos

mayoritarios, más acotado y flexible, con fuerte peso de sus liderazgos dirigenciales y gran vocación mediática. Persistente en la crítica al modo de funcionamiento de los aparatos partidarios tradicionales, Álvarez intentó moldear un partido con mayor grado de apertura al ingreso de nuevas figuras públicas, de perfil movimientista y cuyo crecimiento respondía más a una estrategia transversal, alentada por la fuerza aluvional de los votos, que a la instalación nacional de una estructura medianamente organizada, factor clave éste para acceder más rápidamente a recursos institucionales. Institucionalizar la fuerza suponía establecer reglas de juego claras, funcionamiento de estructuras orgánicas, debates programáticos, entre otras funciones. También mantener ciertos acuerdos con aquellos grupos de interés que habían acompañado el crecimiento del Frente Grande como las organizaciones sociales, gremiales y de la producción. Compromisos que ponían límites a los márgenes de autonomía del líder.

En este sentido, Los fallecimientos de Germán Abdala y de Carlos Auyero en el comienzo y el final del período que analizamos respectivamente, privaron al Frente Grande y al Frepaso de dos figuras claves en la construcción política en términos más orgánicos. Abdala -una figura absolutamente reconocida por todos nuestros entrevistados y, quizás, el único de los socios políticos cuya palabra tenía peso sobre las decisiones de Álvarez, contaba con la capacidad de articular el campo político y sindical; provenía de las estructuras gremiales y disponía de flexibilidad y fluidez, sin renunciar a sus principios, para pensar la política. Auyero era un dirigente político reconocido a nivel nacional, con gran capacidad para organizar equipos y formar recursos, convencido de que el crecimiento partidario debía proyectarse más en clave estratégica. Ni Abdala ni Auyero habían alcanzado reconocimiento a partir de la visibilidad mediática: eran dos dirigentes políticos que, provenientes de matrices ideológicas diferentes, eran consecuentes en su lucha contra la orientación neoliberal del Estado.

Con Panebianco (1988), podemos afirmar que en el permanente crecimiento de esta coalición política, no hubo una rutinización del carisma, una transferencia de autoridad hacia el partido que derivaría en un límite al poder decisorio del líder. La fuerza democratizadora y horizontal que presuntamente encarnaba el partido de opinión resultaba muy atractiva como justificación a la escasa propensión organizativa, y propositiva; una estructura débil, secundaria en los cuadros dirigentes y silenciada en los flancos disidentes, le permitía al líder un gran

margen de autonomía para establecer un vínculo personal con la ciudadanía y generar hechos políticos en los medios, ese particular emplazamiento que le facilitaba una formidable economía de recursos para sortear los “incómodos aparatos” y “grupos ideologizados” de la militancia. Estas características le permitieron a Álvarez alentar el crecimiento del espacio progresista a través de una política de alianzas, en una sucesiva incorporación de fuerzas que se adosaban unas a otras como capas geológicas, marcando los contornos políticos de la coalición y desdibujándolos apenas la realidad más próxima indicara que ya no era suficiente y debía construirse algo nuevo, diferente, más “convocante” que lo anterior.

La “renovación cultural de la política” operó más como tematización en la agenda política que en las decisiones de conducción interna. Álvarez ejerció una fuerte concentración de decisiones, se rodeó de entornos políticos seguidistas y prestó mucha más atención a su grupo de asesores que a los cuadros directivos y bases militantes. En este sentido, mantuvo un formato similar a los líderes tradicionales en el modo de conducción. Si bien la conformación de una estructura liviana era coherente con sus críticas a los aparatos burocráticos tradicionales, perdía consistencia cuando decidía competir por el acceso al poder. En efecto, ¿cómo destronar del gobierno a la consolidada coalición menemista con un *partido de opinión*? La obsesión por desplazar a Menem del gobierno en lugar de construir una organización partidaria con poder institucional (gubernaciones, intendencias, etc.) y de elaborar un programa de gobierno, explicaban las limitaciones estructurales del coyunturalismo y evidenciaban la debilidad de la fuerza, puesta en el espejo de las exitosas experiencias de crecimiento a largo plazo que representaban el PT en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay.

La ausencia de construcción de un partido político, con una presencia estructurada y organizada en términos provincial y nacional fue suplantada por la visibilidad mediática que tuvieron los principales dirigentes del Frente Grande y el Frepaso. Aníbal Ibarra y Graciela Fernández Meijide lograron buena recepción en los medios de comunicación por las denuncias asociadas al escándalo político en el primer caso, o la corrección, simpleza y moderación con que la ex dirigente de derechos humanos planteaba algunos ejes de oposición afines a un “público” indignado con la “corrupción menemista. Pero por afinidad cultural, capacidad de crear sentido político y alto nivel de exposición, Álvarez era un político distinto para el

periodismo “independiente” y crítico del gobierno menemista, pero también para las propias reglas del espectáculo político. El diputado proteño construyó en los medios de comunicación – por diferentes razones que Menem- una forma de legitimarse y consolidarse como figura política nacional a partir de su hábil adaptación a los lenguajes, gestualidades, tiempos y correcciones televisivas y de su capacidad de instalar en la agenda mediática una serie de problemáticas de carácter “institucional” sensibles a las audiencias desconfiadas de la “clase política”.

No obstante, nos interesa subrayar otro aspecto en la relación de Álvarez con los medios y con el campo de la comunicación política. Indicamos en el capítulo VI la preponderancia que *la corrupción* pasó a ocupar como problema público en la agenda de diferentes actores los años noventa: las “irregularidades” o los “sobornos” constituyeron un campo fértil para el posicionamiento del periodismo –no sólo de investigación- en su propósito de constituirse, como lo señala Gabriel Vommaro, en mediadores entre “los políticos” y “la sociedad”. Pero también otras discursividades e intervenciones en el espacio público de aquella época, como las de *Poder Ciudadano*, o las voces legitimadas de Mora y Araujo y el mismo Grondona, dimensionaban a la corrupción como *él* problema a resolver, luego de que el país hubiera consolidado el “orden democrático” y la “estabilidad económica”. Álvarez se constituyó, en el campo de la acción política, en un articulador de esas discursividades provenientes de ámbitos como la sociedad civil y la comunicación política, proyectando una mirada de desconfianza sobre la política, estructurada como “clase” de espaldas a la “sociedad”. De este modo, contribuyó a fortalecer una *moralidad exterior* a la política (Frederic, 2004) que evaluó a ésta desde estándares negativos: la política es “inmoral”, es “corrupta”, es “egoísta”. En este plano cumplió la función de un *intelectual* orgánico, conjugando distintas miradas –de la “sociedad civil”, del poder económico- que exigían controlar, fiscalizar la política, dotarla de “racionalidad”.

Álvarez militó, ya desde la época del Movimiento Renovador Peronista, por la necesidad de “renovar las prácticas políticas”; en esto no hizo “seguidismo de la opinión pública”. Fue consecuente con una antigua convicción; pero en esa persistente militancia *por la idea* fue construyendo, en sintonía con otros discursos públicos, una representación sobre la política en

la que se eximía de responsabilidades a otros actores, como por ejemplo el poder económico, en cuanto a la capacidad de vetar determinadas decisiones políticas o a ser partícipes de una corrupción de índole estructural. Por el contrario, la corrupción sólo anidaba en los partidos y en los políticos, los cuales operaban en una dimensión de autorreferencialidad que los distanciaba de la sociedad, les quitaba legitimidad para expresar y agregar diferentes demandas. En consecuencia, la persistencia de Álvarez por “renovar la política” despojaba a ésta de capacidad de transformación, mutaba en una administración honesta del orden existente; puesto que transformar implica tensión, conflicto, afectación de intereses, acciones que probablemente no conciten un apoyo inmediato. Desplegó una estrategia discursiva que propiciaba una forma de construir política desde un discurso despolitizador; una renovación lindante con la resignación: un paradójico pesimismo de la voluntad.

En un texto ya clásico, Oscar Landi señalaba que “las interpelaciones forman las diferentes identidades a través de las cuales los agentes sociales se inscriben –consensual o conflictivamente- en el orden de las formaciones sociales” (1981: 28) ¿Cuáles fueron las modalidades de interpelación dominantes en los años noventa? Con la implantación de la economía como verdad revelada, el menemismo edificó dos eficaces formas de interpelación, ligadas en un caso con las obligaciones tributarias – *el contribuyente*- y en otro con las realizaciones individuales en el mercado: *el consumidor*. La ciudadanía aparecía en un lugar de exterioridad y de desconexión en relación con la política, con el ámbito de las decisiones públicas (Franzé, 1994: 115). En tanto, el “indeciso” y el “público independiente” constituyeron otras categorías enunciativas modeladas por los sondeos de opinión y los medios de comunicación respectivamente (Vommaro, 2008) que pretendían dar cuenta de la distancia y de la desidentificación con la política y los partidos por parte de la ciudadanía. Con todo, quisiéramos señalar que el “independiente” también fue un modo de interpelación utilizado por el Frepaso en su empresa “renovadora” de la política: esta última ya no era viable desde la lógica partidaria, burocratizada y atrofiada por prácticas dirigenciales que sólo buscaban “satisfacer sus propios intereses” y por “militancia en busca de un cargo”. Para superar esa “crisis de representatividad” y volver a otorgarle credibilidad a la política debía renovarse a sus representantes: desplazar al político tradicional, aquel que no es eficaz en la mediación entre

Estado y sociedad, por figuras que contaran con reconocimiento público en virtud de su destacada performance profesional, candidatos “temáticos”, con prestigio propio como para sortear cualquier control partidario o rendir examen de su idoneidad en relación a *la cosa pública*. No se requerían estas capacidades: las exitosas performances individuales en el plano privado se volvían homologables para el desempeño político.

El Frepaso contribuyó a consolidar esta relación de distancia de la sociedad con la política reforzando en su interpelación el componente qualunquista: “uno de nosotros” buscaba la identificación de la persona descreída, casi indignada con “los políticos”, con esa actividad “llena de privilegios”, una apelación más cercana a un voto bronca que a la movilización de un entusiasmo para liberar las arterias obstruidas de la política. Los giros en la estrategia discursiva de Álvarez obstaculizaron la posibilidad de solidificar un colectivo de identificación a largo plazo. Subestimando en parte a los actores políticos y sociales vinculados con la base de sustentación del crecimiento frentista, el discurso político frepasista se concentró en seducir a un electorado mayoritariamente de clase media, interpelado como “ciudadano independiente”, cuya fisonomía mutaba en cada coyuntura electoral.

Como señala Verón (1998), si la estrategia discursiva se encuadra únicamente en los términos propuestos por el marketing electoral –la seducción a un votante indeciso y fluctuante- se desvanece el componente programático –la construcción de un proyecto político-, aquello que tiene una continuidad en el tiempo y que garantiza el colectivo de identificación a largo plazo. La compulsividad de Álvarez en incorporar a las “mayorías”, perdió de vista la necesidad de reforzar la identidad preexistente, el mensaje destinado a aquellos que habían comulgado con la propuesta encarnada por la fuerza política que representaba. El “ciudadano” era una apelación familiar a la clase media pero no expresaba intereses sociales concretos, con lo cual el discurso tenía dificultades para penetrar en sectores (pobreza, sindicalismo) tradicionalmente ligados al peronismo. De este modo, las interpelaciones más tradicionales se desdibujaban al confundirse en la apelación a un *mega destinatario: la gente* (Grimson, Rocha, 1994), provocando verdaderos vaciamientos semánticos en términos de identificación. En ese sentido, Álvarez compartió la misma pretensión que los sondeos de opinión y los medios de comunicación de ejercer un “poder performativo de designación”, ese efecto de usurpación por

el cual se habla en nombre del grupo, del colectivo que se instituye en el acto de designarlo, de producir y a la vez descifrar el mensaje (Bourdieu, 1993: 165).

¿El retorno de lo político o la política acorralada?

Como señalamos en el capítulo 7, la expansión de la protesta social en 1996 y 1997 se expresó no sólo a través de la realización de tres huelgas generales, sino también con la emergencia del movimiento de desocupados en el norte y el sur del país, desplegando una nueva politicidad (Merklen, 2005) mediante los cortes de ruta y su identificación como piqueteros. Sumado a esto, la repercusión obtenida en la realización del apagón por parte de la Multisectorial que organizó el Frepaso y la instalación de la carpa docente meses después, revelaban con claridad que el marco de oportunidades políticas había cambiado, con una serie de actores movilizados y la adhesión de otros sectores de la sociedad que se habían replegado del espacio público en la primera mitad de la década. En este contexto, mostramos cómo en el documento del Congreso del Frente Grande de diciembre de 1995 aparecían nuevamente las huellas de aquel discurso confrontativo y crítico del gobierno que formó parte de la protoidentidad del Frente Grande: no solamente la necesidad de “salir paulatinamente de la convertibilidad” y comenzar a estudiar una eventual reprogramación de la deuda externa, sino además restituir al “Estado como lugar de orientación estratégica de la economía”. Frente al sentido común dominante consolidado desde el gobierno de Menem en torno a los riesgos de afectar la estabilidad y el modelo económico, límite inexpugnable para las demandas de políticas inclusivas (Armony, Kessler, 2004: 105), la *politización de la cuestión social* era una tarea a emprender por una fuerza política que se dispusiera a marcar una ruptura frente al orden neoliberal y desarrollar un proyecto alternativo. Pero aún cuando en el discurso frepasista estaba presente la equidad y la demanda de “ciudadanía social”, las consecuencias del apagón demostraron que no había una apuesta a articular y representar a aquellos sectores que desde diferentes posiciones, organizaciones y clases sociales estaban reclamando *otro país*. Si las clases medias empobrecidas se diluían en la interpelación a “la gente”, las clases populares aparecían en el discurso frepasista desprovistos de politicidad: se las nombraba desde una identidad social negativa -“excluidos”- o pasaban a formar parte, como patentizaba en cada

discurso de la campaña electoral de 1997 Fernández Meijide – de la trama del clientelismo que, junto con la corrupción, significaban las dos grandes distorsiones de “la clase política”. El apagón no fue utilizado por el Frepaso para capitalizar la protesta en torno a la cuestión social y para articular un proyecto que representara a todos los actores que se habían expresado; fue, en cambio, la gran coartada para comenzar a diagramar otra propuesta: la Alianza con el radicalismo.

Nos interesa esas dos vertientes diferentes de la política: la protesta social y la opción electoral. Álvarez, lo dijimos, no era una mera figura mediática. Era un dirigente que supo con eficacia expandir la productividad de hechos políticos en los medios de comunicación. Cuando aun no militaba en las grandes ligas de la política nacional, tuvo en la palabra el arma más filosa para abrirse camino en la maleza indócil del anonimato peronista. Dirigió un colectivo editorial que dinamizó el debate ideológico en aquel derrotado peronismo de mediados de los 80; fue la pluma elegida por Antonio Cafiero para escribir el documento liminar de la *Renovación*. Junto con Germán Abdala y otros dirigentes del “Grupo de los Ocho” militó en las esquinas porteñas, megáfono en mano, intentando convencer a los porteños de los enormes perjuicios que ocasionarían las políticas de mercado implementadas por Menem y Cavallo. Del mismo, en el bloque del “Grupo de los Ocho”, también con Abdala, canalizó reclamos de usuarios por las irregularidades de las empresas concesionarias de servicios públicos; trepidó una y otra vez, a pesar de su marchar asmático, en los colectivos intentando difundir ideas, dialogando, abriéndose al debate, desplegando todo su carisma en el catastro urbano. Pero aquella militancia y sueños compartidos que provenían del Movimiento Renovador Peronista habían quedado atrás: cuanto más resaltaba su liderazgo como lo “innovador” del escenario político nacional, los lenguajes de tres figuras políticas claves de los años noventa, comenzaron a habitarlo y envolverlo: el lenguaje democrático-liberal de Alfonsín, el pragmatismo de los hechos consumados de Menem y el discurso que naturalizaba la “racionalidad económica” de Cavallo. En la misma medida, lo había deshabitado el propio lenguaje de Abdala.

El apagón, vendría a consolidar aquello que ya estaba latente en su distanciamiento de la protesta social durante la Marcha Federal: la política ya no tenía que convencer, que difundir ideas, programas, debatir, polemizar, movilizar. Se podía capitalizar la inconformidad, un clima

social negativo mediante la invitación a una interrupción del suministro eléctrico, en forma individual, en el espacio doméstico; adiós a la calle. Cuando en una reunión con su bloque de legisladores, se le cuestionó la posibilidad de concretar la Alianza, Álvarez respondió uniendo sus dos dedos índices en señal de que la “gente”, solicitaba que se juntaran con el radicalismo para derrotar electoralmente a Menem. El índice, el lenguaje corporal convocando a un acto de protesta y justificando la renuncia a recorrer un camino más largo pero quizás más fructífero. ¿En qué momento se había perdido la palabra convocante, que fijaba sentido y despertaba ilusión? ¿En qué trinchera Álvarez había abandonado la *batalla por la significación*? ¿En cuál? se preguntaba el narrador omnisciente de Vargas Llosa.

Finalmente, Álvarez había logrado *renovar* la política: el rostro de la política se quedaba sin expresión, enmudecía, su lenguaje ya no era la palabra sino la seña, la indicación, el silencio. La política había perdido la facultad de instituir, de construir representaciones, de contravenir los mandatos de la sociedad. La política renovada era aquella acorralada, estigmatizada como “corrupta” frente a la “honestidad” de la “sociedad (“Argentina tiene ejemplos”); rechazada por “irracional” en relación a la “eficiencia” propagada por el discurso tecnocrático y económico, que le exigía a la política no entrometerse –vía regulaciones- en las potencialidades inmensas del mercado (Iazzetta, 2007). En sucesivas campañas electorales, la Alianza demostraría con elocuencia lo que intentamos significar: horas después de que Fernández Meijide derrotara a Hilda “Chiche” Duhalde en las elecciones legislativas de 1997, aseguró: “la gobernabilidad está asegurada”; en la campaña presidencial de 1999, Álvarez secundó a un candidato cuya principal estrategia electoral se resumía en levantar sus índices y prometer que, con él, “un peso, un dólar”.

Ahora bien, el “giro institucionalista” y liberal de la fuerza que inicialmente buscó edificar una alternativa al sistema bipartidista en la Argentina, que generó polémicas y diferentes posicionamientos entre las corrientes internas que disputaban el espacio, también motivó disonancias entre aquellos intelectuales que formaban partes de los entornos cercanos de cada una de ellas. Si desde el *Ojo Mocho* se cuestionó severamente el corrimiento discursivo y político de Álvarez y la resignación en términos de apuesta al cambio y a la transformación que implicaba asumir repentinamente una “cultura de gobierno”, desde *Punto de Vista* hubo

menos reparos en torno a la orientación ideológica de la fuerza, aun cuando el desplazamiento hacia el centro y la falta de alternatividad del proyecto fueran observados por Nun y Altamirano. Otros intelectuales y espacios editoriales, como por ejemplo *La Ciudad Futura*, apoyaron y fundamentaron este devenir leído en clave de *madurez y realismo político*. “Innovación política”, “republicanismo social modernizador”, “concertación progresista” constituyeron el nuevo glosario que daba sentido al Frepaso ya no como alternativa al bipartidismo sino como proyecto de alternancia en el gobierno al menemismo. De este modo, los ejes problemáticos centrales en torno de los cuales se agrupaban ideas y planteaban opciones giraban sobre la conveniencia de un partido orgánico o flexible, la política de alianzas en el corto y mediano plazo para derrotar al menemismo o la productividad política de un liderazgo sumamente astuto en el juego de la comunicación política. La articulación de un programa económico que progresivamente revirtiera el proceso de concentración y fragmentación consolidado por el menemismo, las implicancias de la pérdida de capacidades regulatorias estatales, las consecuencias devastadoras de la acechante *cuestión social*, por ejemplo, no eran objeto de análisis. Discutir esos tópicos, a pesar de la agenda “institucionalista” que predominaba en el Frepaso y de los humores de la opinión pública, implicaba discutir y pensar otro país. Pero *otro país no era posible* a mediados de los años noventa en la voz, la escucha y la pluma frepasista.

Bibliografía

Abal Medina, Juan Manuel (1994), A propósito de la “normalización” del sistema de partidos en Argentina en *La Ciudad Futura* N° 41, Buenos Aires, verano, pp. 26-31.

----- (2000), *El final del bipartidismo argentino y la formación del partido Frente Grande*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Flacso, México.

----- (2002), *Los partidos políticos. ¿Un mal necesario?* Colección Claves para Todos, Buenos Aires, Capital Intelectual.

----- (comp.) (2006), “Explicando las causas internas del surgimiento y crisis del Frente Grande”, en *Los senderos de la nueva izquierda partidaria*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 39-72.

----- (2009), “The Rise and fall of the Argentine Centre-Left: The Crisis of Frente Grande” en *Party Politics*, vol. 15, n° 3, p. 357-375.

----- y Franco Castiglioni (1999), “Crisis y transformación: los nuevos partidos políticos. El FG-Frepaso y Forza Italia en perspectiva comparada”, en *Metapolítica*, n° 10, volumen 3, México, abril-junio de 1999.

Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.

----- (2002), “Entre la autocrítica y la reinención del pasado”, en *La Ciudad Futura* N° 53, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 6/7.

----- (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios sociales* N° 28, primer semestre.

Aboy Carlés, Gerardo: “Raúl Alfonsín y la fundación de la ‘segunda república’” en Gargarella, Roberto, Murillo, María Victoria y Mario Pecheny (comps.) *Discutir Alfonsín*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2010, pp. 67-84.

Adamovsky, Ezequiel (2009), *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta.

Adrogué, Gerardo (1995), “El nuevo sistema partidario argentino” en Acuña, Carlos (comp.) *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 27-70.

----- y Melchor Armesto (2001) "Aún con vida. Los partidos políticos argentinos en la década del noventa" en *Desarrollo Económico* N° 160, enero-marzo, pp. 619-652.

Acuña, Carlos (1995), *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Alcántara Sáez, Manuel y Juan Pablo Luna (2004), "Ideología y competencia partidaria en dos post-transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada", en *Revista de Ciencia Política*, Universidad de Salamanca. Volumen XXIV, N° 1, pp. 128,168.

Adelman, Jeremy y Eric Ershberg (2003), *Paradoxical inequalities: social science, social forces and public policies in Latin America*, Princeton Institut for Regional studies, Princeton.

Alem, Beatriz (2007), "El Frepaso, problemas de una identidad lábil", en Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (ed.) *Los lentos de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo, pp. 219-270.

Altamirano, Carlos (1992) "El peronismo verdadero" en *Punto de Vista* N° 43, agosto, pp. 6-10.

----- (1993), "Peronismo y verdad", en *Punto de Vista* N° 45, abril, pp. 43-48.

----- (1995a) "La oposición y sus problemas" en *La Ciudad Futura* N° 44, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 3.5.

----- (1995b), "El orden y el movimiento", *Punto de Vista* N° 50, Buenos Aires, noviembre, pp. 2-4.

----- (1997), "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 105-123.

----- (2004), "La 'lucha por la idea': el proyecto de la renovación peronista" en Novaro, Marcos y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.

----- (2006), *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Norma.

----- y Nun, José (1995), "Después de las elecciones" en *Punto de Vista* N° 52, Buenos Aires, agosto.

----- y et. al. (1998), "Debate sobre política e ideas, en *Punto de Vista* N°61, Buenos Aires, agosto, p. 20.

----- Cheresky Isidoro y Julio Godio (1997), "¿Tiene futuro la izquierda?", en *Punto de Vista* N° 57, abril, pp. 28-34.

Altimir, Oscar, Beccaria, Luis (1999), "La distribución del ingreso y el nuevo orden económico", en *Revista Latinoamericana de Política Social*, N° 2, FCS/UBA/UNR/FLACSO, Rosario.

Álvarez, Carlos (1984), "El peronismo se renueva o se muere", *Unidos* N° 3, agosto.

----- (1985), "El peronismo: una batalla por la significación", *Unidos* N° 9, abril.

----- (1986), "El peronismo, la modernidad y la crisis de la política", en *Unidos* N° 10, junio, pp. 25-39.

----- (1995), "La continuidad de un proyecto" en *La Ciudad Futura* N° 43, Buenos Aires, invierno, pp. 17-18.

----- (1997), "Nueva relación de la política con la sociedad", en *La Ciudad Futura* N° 48, pp. 3-4.

----- (2002a), "La Alianza, entre la vieja y la nueva política", en Fazio, Horacio (coord.), *La política en discusión*, Buenos Aires, Flacso-Manantial, 19-34.

----- (2002b), "Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida", en Fazio, Horacio (coord.), *La política en discusión, op.cit.* pp. 35-44.

----- y Morales Solá, Joaquín (2002), *Sin excusas*, Buenos Aires, Sudamericana-La nación.

Álvarez, Silvina (1997), "Reflexiones sobre la calificación moral del soborno", en Laporta, Francisco, Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 91-114.

Álvarez Tejeiro, Carlos, Farré Marcela y Damián Fernández Pedemonte (2001), *Medios de comunicación y protesta social*, Buenos Aires, Konrad –Adenauer- Stiftung-La Crujía.

Amadeo Belén (1999), *La aplicación de la teoría del Framing a la cobertura de la corrupción política en Argentina (1991-1996)*, tesis de doctorado, Universidad de Navarra, Facultad de Comunicación.

Anderson, Perry (1997), "Neoliberalismo, un balance provisorio" en VVAA *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires, 1997.

Arceo, Nicolás et. al. (2008), *Empleos y salarios en la Argentina. Una visión de largo plazo*, Buenos Aires, Claves para Todos.

Armellino, Martín (2005), "Resistencia sin integración: protesta, propuesta y movimiento en la acción colectiva sindical de los noventa. El Caso de la CTA", en Schuster, Federico, Naishtat,

Francisco y Nardacchione, Gabriel Comp.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 275-311.

Armony, Victor y Gabriel Kessler (2004), "Imágenes de una sociedad en crisis. Cuestión social, pobreza y desempleo", en Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 91-113.

Aronskind, Ricardo (2003), "El país del desarrollo posible", en James, Daniel (dir.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 65-115.

----- (2007) *Riesgo país. La jerga financiera como mecanismo de poder*, Buenos Aires, Claves para Todos.

Arroyo Martínez, Luis (1997), "El escándalo político como fenómeno de los medios de comunicación", en Laporta, Francisco, Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial.

Aruguete, Eugenia (2006), "Lucha política y conflicto de clases en la posdictadura. Límites a la constitución de alianzas policlasistas durante la administración de Alfonsín" en Puciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Alfonsín. El poder de la democracia o la democracia del poder*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 65-114.

Aruguete, Natalia y Zunino Esteban (2010), "El encuadre de las noticias", en Lila Luchessi (comp.) *Nuevos escenarios detrás de las noticias. Agendas, tecnologías y consumo*, La Crujía, Buenos Aires, pp. 37-50.

Aubenas, Florence y Miguel Benasayag (1999), *La fabricación de la información. Los periodistas y la ideología de la comunicación*, Buenos Aires, Colihue.

Auyero, Carlos (1989), *Desde la incertidumbre. Un proyecto político pendiente*, Buenos Aires, Legasa.

----- (1990), "Respuesta a un comentario" en *La Ciudad Futura* N° 22, Buenos Aires, abril-mayo, pp. 12-13.

----- (2007), *Escritos políticos*, Buenos Aires, Coppel-Sudamericana.

Auyero, Javier (2002), *La protesta. Relatos de la beligerancia popular en la Argentina de los noventa*, Buenos Aires, UBA-Libros del Rojas.

Azpiazu, Daniel (2002) (coord.), *Privatizaciones y poder económico. La consolidación de una sociedad excluyente*, Buenos Aires, UNQUI-FLACSO-IDEP.

Barcia, Hugo e Ivanchich, Norberto (1991), *La carpa de Ali Baba. El grupo de los Ocho contra la corrupción*, Buenos Aires, Legasa.

Basualdo, Eduardo (2001), *Sistema político y modelo de acumulación*, Buenos Aires, FLACSO-UNQUI.

----- (2006), *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires, FLACSO-Siglo XXI.

Bauman, Zigmunt (1997), *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Bayón, María Cristina (2006), "Precariedad social en México y Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales", en *Revista de la CEPAL* N° 88, abril, pp. 133-152.

----- y Saraví, Gonzalo (2003), "Vulnerabilidad social en la Argentina de los años noventa: impactos de la crisis en el gran Buenos Aires", en Kaztman, Raúl y Guillermo Wormald (coords.) *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas en América Latina*, Buenos Aires, pp. 61-92.

Beccaria, Luis (2002), "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX", en (AAVV) *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Biblos, Buenos Aires, pp. 27-54.

Beccaria, Luis y Roxana Mauricio (2005), "El fin de la convertibilidad, desigualdad y pobreza", en Beccaria et. al. *Mercado de trabajo y equidad en Argentina*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo.

Belmartino, Susana (2005a), "Crisis y reformulación de las políticas sociales" en Suriano, Juan (dir.) *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 225-280.

----- (2005b), "La Salud pública bajo la regulación del poder corporativo", en Suriano, Juan (dir.) *Nueva Historia... cit, supra*.

Blanco, Alejandro (1998), "Una alianza con pocas ideas.", en *Punto de Vista* N° 61, agosto, pp. 31-33. (comentario a "Debate sobre política e ideas").

Bonilla Vélez, Jorge-García Raya, Eugenia (1995), "Nuevas dinámicas de representación política: movimientos sociales, espacio público y redes de comunicación", en *Revista DIA-LOGOS de la comunicación* N° 42, junio.

Bordón, José Octavio (1995), "El espíritu de El Molino y los días que vendrán", en *La Ciudad Futura* N° 43, Buenos Aires, invierno, pp. 16-17.

Borón, Atilio (1997), "La sociedad civil después del diluvio neoliberal", en AAVV *La trama del neoliberalismo*, Oficina de Publicaciones del CBC/UBA, 1997.

Bourdieu, Pierre (1990), "La opinión pública no existe", en *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México.

----- (1993a), "La delegación y el fetichismo político", en *Cosas dichas*, Barcelona, Manantial.

----- (1993b), "Espacio social y poder simbólico", en *Cosas....cit, supra*.

Bosoer, Fabián y Santiago Leiras (1999), "Posguerra fría, "neodecisionismo" y nueva fase del capitalismo: el alegato del Príncipe-gobernante en el escenario global de los '90", en Borón, Atilio, Gambina, Julio, Minsburg, Naum (coords.), *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Breton, Philippe (1998), "Medios, mediaciones, democracia", en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comp.), *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, pp. 356-371.

Bufano, Sergio (1994), "¿Centroizquierda o neoperonismo?" En *La Ciudad Futura* N° 40, Buenos Aires, primavera, 7-8.

Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y presente*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Caletti, Sergio (1999), *Videopolítica, esa región tan oscura. Notas para repensar la relación política/medios*, Buenos Aires, julio, mimeo.

Canelo, Paula (2006), "La descomposición del poder militar en la Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín" (1981-1987), en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, pp. 65-114.

Caputo, Dante y Godio, Julio (1996), *Frepaso: alternancia o alternativa*, Buenos Aires, Corregidor.

Castellani, Ana (2006), "Los ganadores de la "década perdida". La consolidación de las grandes empresas privadas privilegiadas por el accionar estatal. *Argentina 1984-1988*" en (Pucciarelli, Alfredo coord.) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, pp. 65-114.

Castiglioni, Franco (1995^a), "¿Puede el radicalismo renunciar a su fórmula?", en *La Ciudad Futura* N° 42, Buenos Aires, otoño, pp. 21-23.

----- (1995^b), "Frepaso. Apuntes para el debate", en *La Ciudad Futura* N° 45, otoño-invierno, p. 6.

----- (1997), "Unidad en la diversidad", en *La Ciudad Futura* N° 47, Buenos Aires, pp. 7-8.

Cavarozzi, Marcelo (1997), *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.

----- y Abal Medina, Juan Manuel (2002), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.

Cerruti, Marcela (2000), "Determinantes de la participación intermitente de las mujeres en el mercado de trabajo del área metropolitana de Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, 39/156, 619-638.

Champagne, Patrick (1998), "La doble dependencia. Algunas observaciones sobre las relaciones entre los campos político, económico y periodístico", en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comp.) *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, pp. 237-254.

----- (2002), *Hacer la opinión. El nuevo juego político*, La Paz, Plural editores.

Charosky, Hernán (2002), "Honestos y audaces: realizaciones y límites de la política anticorrupción", en Marcos Novaro (ed.) *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Norma, Buenos Aires, pp. 197-251.

Cheresky, Isidoro (1990), "Socialismo y modernización" en *La Ciudad Futura* N°23, Buenos Aires, septiembre. pp. 10.11.

----- (1995), "Las dos almas de la nueva oposición política" en *La Ciudad Futura* N° 42, otoño, pp. 17-19.

----- (1998), "¿Hay todavía lugar para la voluntad política?", en Torcuato Di Tella (comp.) *Crisis de representatividad y sistemas de partidos políticos*, Buenos Aires, ISEN, Nuevo Hacer, pp. 43-64.

----- (1999), "Reflexiones a partir de los resultados electorales del 10 de abril de 1994 en Argentina" en *La innovación política*, Buenos Aires, Eudeba.

----- (2002), "Luces y sombras de una reflexión bienvenida", en *La Ciudad Futura* N° 53, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 5-6

Cortés, Rosalía-Marshall, Adriana (2003), "Salarios, desigualdad y sector externo bajo distintos regímenes macroeconómicos" en *Revista Realidad Económica* N° 195.

Corral, Damián (2007), “La seducción del instante y el hastío de la duración”, en Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro ed.) *Los lentes de Víctor Hugo...*, cit, *supra*.

Cortina, Adela (1997), “Ética de la sociedad civil. ¿Un antídoto contra la corrupción?” en (Laporta, Francisco, Álvarez Silvina eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 253-270.

Damill, Mario (2005), “La economía y la política económica: del viejo al nuevo endeudamiento” en Suriano, Juan (dir.), *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, 155-224.

de Ipola, Emilio (1990), “Un aporte al debate de la izquierda democrática”, en *La Ciudad Futura* N° 22, Buenos Aires, abril-mayo, pp. 9-12.

Delamata, Gabriela (2000), “La oposición al menemismo y la promesa de ciudadanía social”, en *Estudios Sociales*, 1° semestre, pp. 61-88.

De Riz, Liliana (1994), “Reforma constitucional y consolidación democrática”, en *Revista Sociedad* N° 8, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

De Simone, Carla (2002), “La estructura tributaria en la Argentina: una comparación internacional”, mimeo.

Del Frade Carlos (2004), *Nosotros los trabajadores. Historia de la Central de los Trabajadores Argentinos (1991/1997)*, Buenos Aires, El Farol.

Di Tella, Torcuato (1986), “Sistemas partidarios en América Latina: una clasificación”, en *Historia de los partidos políticos en América Latina, Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Dos Santos, Mario (coord.) (1992), *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.

Etchemendy, Sebastián (1994a), “¿Coalición de centroizquierda en la Argentina? Una mirada al caso chileno.” En *La Ciudad Futura* N° 40, primavera, pp. 15-17.

----- (1995), “Pensando el juego político desde la actual Constitución”, en *La Ciudad Futura* N° 42, Buenos Aires, otoño, pp. 7-10.

Faba, Ricardo y Zenobi, Diego (2009), “Moral, política y clase media. Intelectuales y saberes en tiempos de crisis” en Visacovsky, Sergio y Enrique Garguin (comp.) *Moralidades, economías e identidades de clase media*, Antropofagia, Buenos Aires, pp. 217-246.

Fernández Meijide, Graciela (1997), *Derecho a la esperanza*, Buenos Aires, Emecé.

----- (2007), *La ilusión. El Fracaso de la Alianza visto por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana.

----- y Álvarez, Carlos (1996), *Argentina tiene ejemplos*, Buenos Aires, Carlos Serrano Editor.

Fernández Pedemonte, Damián (2010), *Conmoción Pública. Los casos mediáticos y sus públicos*, La Crujía, Buenos Aires.

Fabrini, Sergio (2009), *El ascenso del Príncipe democrático. Quien gobierna y cómo se gobiernan las democracias*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Farinetti, Marina (2005), "Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo: Indagación sobre el significado de una rebelión popular", en Schuster, Federico, Naishtat, Francisco, Nardacchione, Gabriel y Pereyra, Sebastián (comps.) *Tomar la palabra...*, cit, *supra*.

Forcinito, Karina, Tolón, Gaspar (2008), *Reestructuración neoliberal y después...1983-2008: 25 años de economía argentina*, Los Polvorines, UNGS-Biblioteca Nacional.

Franzé, Javier (1994), "La sociedad civil frente a la crisis de la política. Control y desentimiento", en *Nueva Sociedad* N° 134, diciembre, pp. 102-117.

Frederic, Sabina (2004), *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

Garategaray, Martina (2009), "Peronismo y democracia. La revista *Unidos* en el debate", Programa Buenos Aires de historia política del siglo XX. Disponible en internet en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/garategaray.pdf>

Gargarella, Roberto (2010), "Democracia y derechos en los años de Raúl Alfonsín" en Gargarella, R, Murillo, M.V. y Pecheny, Mario (comps.) *Discutir Alfonsín*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Germani, Gino (1971), *Sociología de la Modernización*, Buenos Aires, Paidós.

Gianni, Juan José (1995), "Luces y sombras de la exterioridad" en *El Ojo Mocho*, N° 6, invierno, pp. 10.12.

--Giles, Jorge (2000), *Los caminos de Germán Abdala*, Buenos Aires, Colihue.

-Godio, Julio (1994), "La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo (el partido del Frente)", en *La Ciudad Futura* N° 41, Buenos Aires, verano, pp. 7-10.

-González, Horacio (1995), "Carta al Chacho" en *Erdoesain*, verano, pp. 8-9.

----- (2008), *El peronismo fuera de las fuentes*, Los Polvorines, UNGS-Biblioteca Nacional.

Granosky, Martín (2001), *El divorcio. La historia secreta de la ruptura entre Chacho y De la Rúa, las coimas en el Senado y la crisis en la Alianza*, Buenos Aires, El Ateneo.

Grimson, Alejandro y Amparo Rocha (1994), "Algunas tendencias del discurso político en la televisión", en Mangone, Carlos y Warley, Jorge (comps.), *El discurso político. Del foro a la televisión*, Buenos Aires, Biblos.

-Grondona, Mariano (1993), *La corrupción*, Buenos Aires, Planeta.

-Grossi, María y Roberto Gritti (1989), "Los partidos frente a una democracia difícil. La evolución del sistema partidario en la Argentina", en *Crítica y Utopía* N° 18.

Habermas, Jürgen (1981), *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Madrid, 1981.

Halperin Donghi, Tulio, Nun, José y Juan Carlos Torre (1997), "Elecciones 1997: el triunfo de la Alianza", en *Punto de Vista* N° 59, Buenos Aires, diciembre, pp. 1-6.

Heredia, Mariana (2006), "La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín", en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, pp. 65-114.

----- (2011), "La hechura de la política económica. Los economistas, la convertibilidad y el modelo neoliberal", en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Menem...*, cit. *supra*.

Humahuaca, Centro de estudios e investigación (2009), *Progres. Un acercamiento a la experiencia de la centroizquierda argentina*, Buenos Aires. Tiempo Beta.

Hoffman, Nelly y Centeno, Miguel Angel (2004), "El continente invertido. Desigualdades en América Latina", en *Nueva Sociedad* N° 193, Venezuela, septiembre-octubre, pp. 97-117.

Iazzetta, Osvaldo (2007), *Democracias en busca de Estado. Ensayos sobre América Latina*, Homo Sapiens, Rosario.

Jiménez Sánchez, Fernando (1997), "Posibilidades y límites del escándalo político como una forma de control social", en Laporta, Francisco, Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 293-334.

Jozami, Eduardo (2004), *Final sin gloria. Un balance del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Biblos.

Lamo de Espinoza, Emilio (1997), "Corrupción política y ética económica", en Laporta, Francisco, Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 271-290.

Landi, Oscar (1981), *Crisis y lenguajes políticos*, Buenos Aires, CEDES.

----- (1988), *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.

----- (1992), *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente. Qué hace la gente con la televisión*, Buenos Aires, Planeta.

Lanzaro, Jorge (2001), "Uruguay: las alternativas de un presidencialismo pluralista" en Lanzaro, Jorge (comp.) *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, pp. 283-317.

Laporta, Francisco (1997), "La corrupción política: introducción general", en Laporta, Francisco y Silvina Álvarez eds.) *La corrupción política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 19-36.

Lascano, Marcelo (2001), "Elementos de la política fiscal 1991-2000. Propuestas" en *Enoikos* Nº 19, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 130-139.

Levinstky, (2003), *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Leiras, Marcelo (2005), *Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

Lindenboim, Javier (2005), *El reparto de la torta. ¿Crecer repartiendo o repartir creciendo?*, Buenos Aires,, Claves para Todos, Capital Intelectual.

Lipset, S. y Rokkan, S. (2000), "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales", en *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel.

Lissidini, Alicia (2002), "Uruguay y la centralidad de la política", en Cavarozzi, Marcelo y Juan Manuel Abal Medina (comps.) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 349-380.

Malamud, Andrés (1994), "El radicalismo: perfil y perspectivas de un partido en crisis" en *La Ciudad Futura*, N° 39, invierno, pp. 19-22.

----- (2003), "Partidos políticos", en Pinto, Julio (comp.) *Introducción a la Ciencia Política*, Eudeba, Buenos Aires.

----- (2004), "El bipartidismo argentino: evidencias y razones de una persistencia (1983-2003)" en *Revista Uruguaya de Ciencia Política* N° 14, 137-154.

Malem Seña, Jorge (1997), "El fenómeno de la corrupción", en Laporta, Francisco, Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción...cit. supra..*

Manin, Bernard (1992), "La metamorfosis de la representación", en Dos Santos, Mario (coord.), *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.

Martucelli, Danilo, Svampa, Maristella (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

Merkel, Wolfgang (1994), *La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza Universidad, Madrid. Alianza.

Merklen, Denis (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires.

Myers, Jorge (1998), "El realismo sociológico y su espejo político", en *Punto de Vista* N° 61, Buenos Aires, agosto, pp. 40-45, (Comentario a "Debates sobre política e ideas").

Mocca, Edgardo (1994a), "El tercero en discordia", en *La Ciudad Futura* N° 40, Buenos Aires, primavera, pp. 9-10.

----- (1994b), "La decisión del 26 de febrero", en *La Ciudad Futura* N° 42, Buenos Aires, otoño, 11-13.

----- (1995a), "La nueva oposición", en *La Ciudad Futura* N° 43, Buenos Aires, invierno, pp. 5-7.

----- (1995b), "Sucesión y oposición en tiempos de crisis", en *La Ciudad Futura* N°44, primavera-verano, p. 8.

----- (1996), "Una fuerza para el partido de la concertación", en *La Ciudad Futura* N° 46, primavera-verano, p. 5

----- (1997), “La transición al posmenemismo”, en *La Ciudad Futura* N° 47, Buenos Aires, primavera, pp. 9-10.

----- (2009), “Clivajes y actores políticos en la Argentina democrática” en *Temas y debates* N° 17, pp. 11-32.

Mouffe, Chantal (2007), *El turno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Muraro, Heriberto (2007), *Políticos, periodistas y ciudadanos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Novaro, Marcos (1994), “Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática” en *Revista Sociedad* N° 8, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

----- (1995), “El debate contemporáneo sobre la representación política” en *Desarrollo Económico* N° 137, abril-junio.

----- (2000), *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.

----- (2002a), “La simulada autocrítica de la ‘política verdad’”, en *La Ciudad Futura* N° 53, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 9-11.

----- (2002b), *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires, Norma.

----- y Palermo, Vicente (1998), *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Buenos Aires, Losada.

----- (2003). *La dictadura militar, 1976-1982. Del golpe a la recuperación democrática*, Paidós, Buenos Aires.

Nota Editorial EOM (1994), “Oficialismos de época”, en *El Ojo Mocho* N° 5, agosto, pp. 3-10.

----- (1995), “Sobre los hechos que son del dominio público”, en *El Ojo Mocho* N° 6, invierno, pp. 3-6.

----- (1996), “Todos estos años de gente”, en *El Ojo Mocho* N° 7/8, otoño, pp. 3-6.

Nota Editorial LCF (1993), “En la mitad del camino”, en *La Ciudad Futura* N° 33, primavera, pp. 3.

Novick, Marta (2002), "Reconversión segmentada en la Argentina: empresas, mercado de trabajo y relaciones laborales a fines de los '90", en (VVAA) *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires, pp. 49-72.

Nun, José (1970), "El golpe militar de clase media", en (AAVV) *El conformismo en América Latina*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.

----- (1995), "Populismo, representación y menemismo", en AAVV *Peronismo.....cit. supra*.

----- (2000), *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Obradovich, Gabriel (2011), "La conversión de los fieles. Los cambios en el electorado de la Unión Cívica Radical en la década de los noventa", en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 113-142.

O'Donnell, Guillermo (1997), "¿Democracia delegativa?" en *Contrapuntos*, Buenos Aires, Norma.

Ollier, María Matilde (2001), *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Offe, Claus (1990), *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza.

Ortiz, Ricardo y Martín Schorr (2006), "La economía política del gobierno de Alfonsín: creciente subordinación al poder económico durante la "década perdida", en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, pp. 65-114.

Palermo, Vicente y Patricio, Inés, (2002), *Trémula intención: las reformas tributarias argentinas en los '90*, mimeo.

Palomino, Héctor (2005), "Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales", en Suriano, Juan (dir.) *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 225-280.

Panebianco, Ángel (1988), *Modelos de partido*, Alianza Editorial, México.

Paramio, Ludolfo (1993), "Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo", en *Cuadernos del CLAEH 68*, Montevideo, diciembre, pp.15-28.

Pazos, Luis y Sibila Camps (1994), *Ladran Chacho*, Buenos Aires, Sudamericana.

Pedroso, Osvaldo (1994), "Disparen contra 'Chacho' Álvarez", en *La Ciudad Futura* N° 40, primavera, pp. 18-20.

Pereyra, Sebastián (2006), "La lucha contra la corrupción y las políticas de transparencia: un programa global, un problema local", en Grimson, Alejandro y Pereira, Sebastián (comp.), *Conflictos globales, voces locales*, Prometeo, Buenos Aires, pp. 89-134.

----- (2008), *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*, Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional.

----- (2010), *Critique de la politique, expertise et transparence. La corruption en tant que problème public en Argentine (1989-2001)*, tesis de doctorado, Ehess, París.

Pesce, Julieta (2006), "Política y economía durante el primer año del gobierno de Raúl Alfonsín. La gestión del ministro Grinspun", en Pucciarelli, Alfredo (coord.) *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, pp. 65-114.

Porras Nadales, Antonio (Ed.) (1996), *El debate sobre la crisis de la representación política*, Madrid, Tecnos.

Portantiero, Juan Carlos (1994a), "Las nuevas mayorías", en *La Ciudad Futura* N° 39, invierno, pp. 5-7.

----- (1994b), "Tiempo de decisiones", en *La Ciudad Futura* N° 40, Buenos Aires, primavera 1994, pp. 21-23.

----- (1995a), "El incendio y las vísperas", en *La Ciudad Futura* N° 42, Buenos Aires, otoño, 5-6.

----- (1995b), "Tiempos de oscuridad" en *La Ciudad Futura* N° 43, Buenos Aires, invierno de 1995.

----- (1995c), "Peronismo y menemismo: continuidad y ruptura", en AAVV *Peronismo...*, cit. *supra*.

----- (1996), "Poner en marcha una alianza posmenemista", en *La Ciudad Futura* N° 46, Buenos Aires, primavera-verano, pp. 10-11.

----- (1997a), "La incompetencia y las mezquindades de la oposición fortalecen al gobierno", en *La Ciudad Futura* N° 47, otoño, pp. 3-4.

----- (1997b), "La Alianza: una empresa estratégica", en *La Ciudad Futura* N° 47, Buenos Aires, pp. 5-6.

----- (2002), "Un punto de partida para ampliar un debate necesario", en *La Ciudad Futura* N° 53, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 3-4.

----- y de Ipola, Emilio (1984) "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista*, N° 21, agosto, pp. 13-20.

-Portes, Alejandro-Roberts Bryan (2004), "Empleo y desigualdad urbanos bajo el libre mercado", en *Nueva Sociedad* N° 193, Venezuela, septiembre-octubre, pp. 76-95.

Pousadela, Inés (2003), "La oposición progresista frente al consenso neoliberal", en Cheresky, Isidoro y Jean-Michel Blanquer (comp.) *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Rosario, Homo Sapiens.

Pradera, Javier (1997), "La maquinaria de la democracia. Los partidos en el sistema político español", en Laporta, Francisco y Silvina Álvarez Silvina (eds.) *La corrupción política...*, cit. *supra*.

Quevedo, Luis Alberto (1992), "La política bajo el formato televisivo" en Schmucler, Héctor, Mata, María Cristina (Comps.), *Política y comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Universidad Nacional de Córdoba-Catálogos, pp. 13-20.

Quiroga, Hugo (2005a), "El tiempo del "proceso", en Suriano, Juan (dir.) *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 33-86.

----- (2005b), "La reconstrucción de la democracia argentina", en Suriano, Juan (dir.) *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 87-154.

Raimundi, Carlos (1995), "Reflexiones sobre radicalismo, progresismo y nuevo espacio", en *La Ciudad Futura* N° 42, Buenos Aires, otoño, pp. 13-16.

Rapaport, Mario (2005), *Historia económica, política y social de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.

Reano, Ariana (2010), *Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín, Unidos, Controversia y La Ciudad Futura*", Tesis de Doctorado, IDES-UNGS.

Rinesi, Eduardo (1994), "Carisma, discurso y política en la época de la imagen", en Mangone, Carlos y Jorge Warley (Comp.) *El discurso político. Del foro a la televisión*, Biblos, Buenos Aires, 1994, pp. 169-173.

----- (1995a), "Iracunda tu abuela", en *El Ojo Mocho* N° 6, invierno. pp. 12-14.

----- (1995b), "Nuevo elogio de la locura. Una diatriba contra el realismo progresista", en *Erdosain*, invierno, p. 16.

----- (2003), *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*, Buenos Aires, Colihue.

----- y Vommaro, Gabriel (2007), "Democracia y populismo en la Argentina pos-cacerolazos", en Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (eds.) *Los lentes de Víctor Hugo...*, cit. *supra*.

Rosato, Ana y Fernando Balbi (2003), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires, Antropofagia.

Sádaba, Teresa (2008), *Framing: el encuadre de las noticias. El binomio terrorismo-medios*, Buenos Aires, La Crujía ediciones.

Sapelli, Giulio (1998), *Cleptocracia. "El mecanismo único de la corrupción entre economía y política"*, Buenos Aires, Losada.

Sarlo, Beatriz (1985), "intelectuales: ¿Escisión o mimesis", en *Punto de Vista* N° 25, Buenos Aires, diciembre, pp. 1-6.

----- (1997), "Siete hipótesis sobre la videopolítica", en *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Buenos Aires, Ariel, pp.151-152.

----- (1998), "Debate sobre política e ideas", en *Punto de Vista* N° 61, Buenos Aires.

----- (2001), "Ya nada será igual" en *Punto de Vista* N°70, Buenos Aires, agosto, p. 8.

Sautu, Ruth (2001), *La gente sabe. Interpretaciones de la clase media acerca de la libertad, la igualdad, el éxito y la justicia*, Buenos Aires, Lumiere.

Semán, Ernesto (1995), "Se necesitan fuerza y opinión para una fuerza de opinión" en *La Ciudad Futura* N° 45, otoño-invierno, p. 8

Semán, Pablo (1992), "Un paso adelante, dos atrás", en *La Ciudad Futura* N° 30/31, Buenos Aires, diciembre de 1991-febrero 1992, pp 5,6.

Sartori, Giovanni (1992), *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza.

Schuster, Federico y Sebastián Pereyra (2001), "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política", en Norma Giarracca (comp.), *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (1994a), "El retorno del progresismo" en *La Ciudad Futura* N° 39, Buenos Aires, invierno, pp. 12-15.

----- (1994b), "Política menemista y problemas de la oposición", en *La Ciudad Futura* N° 41, Buenos Aires, pp. 5.7.

----- (1995), "Poder político, liberalismo económico y sectores populares", en VV.AA., *Peronismo y Menemismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

----- (2001), *La crisis del Estado y los actores políticos socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

Simonetti, José María (1998), *El ocaso de la virtud. Ensayos sobre la corrupción y el discurso del control social*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Universidad Nacional de La Plata.

Schmucler, Héctor (1992), "La política como mercado o la desventura de la ética" en Schmucler, Héctor-Mata, María Cristina (Comps.) *Política y...*, cit. *supra*.

Storani, Federico (1995), "Un camino y una fuerza alternativa", en *La Ciudad Futura* N° 43, invierno, p. 19.

Svampa, Maristella (ed.) (2000), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, UNGS-Biblos.

----- (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos.

Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Paidós.

Thwaites Rey, Mabel (2007) "Las bases de dominación social", entrevista publicada en *Historia de la economía argentina del Siglo XX*, Página 12, Buenos Aires.

Thompson, J. B. (2002), "Naturaleza y consecuencias de los escándalos políticos", in Peruzzotti, E. y Smulovitz, C. (ed.) *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Temas.

Tilly, Charles (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

Torrado, Susana (2004), *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia*, Buenos Aires, Claves para Todos.

Torre, Juan Carlos (1998), *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.

----- (2003), "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", en *Desarrollo Económico*, vol. 42, Nº 168, pp. 647-664.

Touraine, Alan (1989), "Comunicación política y crisis de representatividad", en Jean M. Ferry, Dominique Wolton y otros, *El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa.

Tula, Jorge (1994a), "Entre los principios y la realidad", en *La Ciudad Futura* Nº 39, Buenos Aires, invierno, pp. 8-11

Tula, Jorge (1994b), "El riesgo del vértigo" en *La Ciudad Futura* Nº 40, primavera, 5-7

----- (2002), "El peso inusual de un político", en *La Ciudad Futura* Nº 53, Buenos Aires, primavera/verano, pp. 11-13.

Verón, Eliseo (1987), "La palabra adversativa", en AAVV *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette.

----- (1992), "Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada" en Ferry, Jean-Marc, Wolton, Dominique, *El nuevo espacio...*, cit. *supra*.

----- (1998), "La mediatización de lo político", en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comps.) *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona.

Vidal Beneyto, José (1984), "El espacio público de referencia dominante", ponencia al Simposio Internacional de Bolonia, organizado por la International Sociological Association, Bolonia, 1984.

Visavovsky, Sergio (2009), "Imágenes de la 'clase media' en la prensa escrita argentina durante la llamada 'crisis del 2001-2002'" en Visavovsky, Sergio y Enrique Garguin (comp.) *Moralidade...*, cit. *supra*.

Vommaro, Gabriel (2008a), *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento.

----- (2008b), *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo.,

Vezzetti, Hugo et. al. (1998), "Debate sobre política e ideas", en *Punto de Vista* N° 61, agosto, p. 19.

VVAA (1994), *Cómo gobernará el Frente Grande*, Buenos Aires, La Urraca.

Waisbord, Silvio (1995), *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

----- (2002), "Interpretando los escándalos. Análisis de su relación con los medios y la ciudadanía en la Argentina contemporánea", en Peruzzotti, Enrique, Smulovitz, Catalina (ed.) *Controlando...*, cit. *supra*.

Weber, Max (1998), *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica. (duodécima reimpresión).

Wolton, Dominique (1992a), "La comunicación política. Construcción de un modelo", en Jean M. Ferry, Dominique Wolton y otros *El nuevo espacio...*, cit. *supra*.

----- (1992b), "Los medios, eslabones débiles de la comunicación política" en Jean M. Ferry, Dominique Wolton y otros *El nuevo espacio...*, *supra*.

-----, (1998), "Las contradicciones de la comunicación política", en Gauthier, Gosselin, Mouchon (comps.) *Comunicación...*, cit. *supra*.

Zamora, Rocío; Albajadelo, Juan Antonio (2010), "La representación simbólica del escándalo político. Hacia una tipología de los marcos periodísticos (*frames*) utilizados en la narración del escándalo de corrupción política", en *Razón y palabra. Primera revista electrónica En América Latina especializada en comunicación* www.razonypalabra.org.mx

-Zermeño, Sergio (1989), "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, N° 4, octubre-diciembre.

Fuentes consultadas

Fuentes periodísticas

-*Clarín*, enero 1991-diciembre 1997.

-*La Nación*, diversos ejemplares 1991-1997.

-Página 12, enero 1991-diciembre 1997.

Documentos, partidarios, comunicados, solicitudes

-“La renovación peronista. Un proyecto y una voluntad para transformar la Argentina”, Buenos Aires, 21 de diciembre de 1985.

-“Nos comprometemos a luchar, cueste lo que cueste, para que el peronismo cumpla con...”, Movimiento Renovador Peronista, 14 de mayo de 1989.

“Comunicado de prensa. Repudio al indulto. Renuncia a nuestros cargos en el partido justicialista de la Capital Federal”, 29 de diciembre de 1990.

“Existe otro camino”, Buenos Aires, 1990.

“Primer encuentro del FREDEJUSO. Declaración política”, Buenos Aires, agosto de 1991.

Primer Congreso del FREDEJUSO, Buenos Aires, 24 de octubre de 1992.

Solicitada: convocatoria al Frente Grande, Frente del Sur, Buenos Aires, 1992.

“Acuerdo Frente Grande”, Buenos Aires, 25 de mayo de 1993.

“Acta constitutiva de la alianza electoral transitoria Frente Grande”, Buenos Aires, 1993.

Plataforma electoral de la alianza “Otro país es posible”, Buenos Aires, 1993.

“Boletín Informativo de la Mesa Nacional N° 1”, Frente Grande, Santa Fe, julio de 1994.

“Boletín informativo de la Mesa Nacional N° 2”, Frente Grande, Buenos Aires, agosto de 1994.

-“Otro país es Posible”, bases para la discusión de un proyecto alternativo, Frente Grande, Corriente Grande, Buenos Aires, agosto de 1994.

-Propuesta Programática N° 1, Centro de Estudios Programáticos, Buenos Aires, agosto de 1994.

-Propuesta Programática N° 2, Centro de Estudios Programáticos, Buenos Aires, agosto de 1994.

“Bases para la propuesta del Frente Grande”, Segundo Congreso del Frente Grande de Capital Federal, Buenos Aires, 26 de marzo de 1995.

- “Un país para todos”, Carlos Álvarez, abril de 1995.

“Propuesta de los equipos programáticos, Frepaso, Buenos Aires, mayo de 1995.

“Un partido programático y de mayorías”, Buenos Aires, 1995.

- “Para salir de la crisis”, documento económico del Frepaso, enero de 1996.

“Plan alternativo para salir de la crisis y reactivar el empleo y la producción” (CEP, julio de 1996).

- “El fortalecimiento de la alternativa”, Mesa Nacional del Frepaso, agosto de 1996.

“CONSTRUIR EL FUTURO”, documento de debate para el Primer Plenario Nacional del Frepaso, Buenos Aires, diciembre de 1996.

“Por un país justo, una Alianza victoriosa y un Frepaso fuerte”, diciembre de 1997.

-“Carta a los argentinos”, Alianza, Buenos Aires, 1999.

Otros documentos

“Aporte para el debate del Congreso Nacional de la cultura, el trabajo y la producción”, APYME, CTA, FAA, FEDECAMARAS, FUA, IMFC, Buenos Aires, 1994.

Convocatoria Multisectorial, volante “Para que el gobierno vea, préndase al apagón”, Buenos Aires, 1996.

Entrevistas

Gerardo Adrogué, Darío Alessandro, Gustavo Álvarez, Osvaldo Avelluto, Ricardo Aronskind, Pablo Balcedo, Dora Barrancos, Rafael Bielsa, Atilio Borón, Luis Brunati, Gustavo Cardessa, Franco Caviglia, Isidoro Cheresky, Víctor De Gennaro, Pedro Del Piero, Damián Fau, Juan José Gianni, Oscar Goycochea, Aníbal Ibarra, Eduardo Jozami, Oscar Laborde, Claudio Lozano, Enrique Martínez, Pablo Martínez Zameck, Fernando Melillo, Cecilia Merchán, Edgardo Mocca, Ernesto Muro, Marcos Novaro, José Nun, Héctor Núñez, María Matilde Ollier, Irma Parentella, Luis Pícoli, Héctor Polino, Luis Alberto Quevedo, Julio Raffo, Carlos Raimundi, Rodolfo Rodil, Martín Sabattella, Mary Sánchez, Luis Sosa, Mario Wainfeld.